

PALABRAS
CLAVE
del
NUEVO
TESTAMENTO

-II-

DR. H. J. JAGER

**PALABRAS CLAVE
DEL
NUEVO TESTAMENTO**

- II -

DIOS TE BENDIGA

(El ministerio cristiano MILAGRO KREATIVO solo es un enlace externo que provee servicios de descarga de insumos y herramientas cristianas, por lo que de forma clara y precisa otorgamos todos los derechos al autor del documento o archivo a descargar, enfatizando que nuestra labor consiste en ser un canal de bendición y no una finalidad monetaria)

FIRMEMENTE creemos que los materiales que periódicamente publicamos en nuestra página de **FACEBOOK: MILAGRO KREATIVO** son de enorme utilidad para quienes desean buscar al Señor Jesucristo en espíritu y en verdad. Por lo anterior expresamos nuestro mayor agradecimiento a DIOS por darnos la oportunidad de servir de esta forma a personas de todo el mundo y de todas las denominaciones. Por medio de herramientas como este libro o revista queremos ayudarle en su edificación cristiana y a la vez, le hacemos una atenta invitación a hacer buen uso de estos materiales que pueden ser descargados libremente y sin costo alguno desde nuestros servidores.

Por lo tanto, nos reservamos el derecho de “encriptar” con contraseña estos documentos para su edición y/o modificación, para evitar que personas o entidades inescrupulosas descarguen nuestros archivos para luego subirlos a páginas web, sitios electrónicos, páginas y grupos en **FACEBOOK** con el fin único de **MONETIZAR** (obtener dinero a cambio de links) el tráfico de los enlaces externos. Contrario a ellos, nosotros; siendo un ministerio pequeño pero creyente fundamental que las cosas de DIOS no tienen precio, evitamos incurrir en prácticas de este tipo. Es por eso que nuestros enlaces son directos y sin la peculiaridad de pedir dinero, dadivas, ofrendas o compensaciones. Por esto y todo lo demás, **PEDIMOS** que se haga buen uso de estos materiales y que se fomente el respeto, la tolerancia y la comprensión en todos nosotros. Que Dios nos bendiga y nos ilumine con su sabiduría al servicio de la obra del reino de los cielos.

Puede hacer cualquier consulta al correo institucional: milagrokreativo@gmail.com

Atentamente. -



Alfredo Guevara
Encargado de Comunicaciones
Santa Ana, El Salvador 6 de Junio del 2017

PALABRAS CLAVE DEL NUEVO TESTAMENTO

- II -

Dr. H. J. Jager

**FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)**

*"Lámpara es a mis pies tu palabra
y luz para mi camino".
(Salmo 119: 105)*

NOTA IMPORTANTE: Este tomo II cierra el comentario a «Palabras Clave del Nuevo Testamento»; y sigue, consecutivamente, la paginación iniciada en el tomo I, a fin de manejar más fácilmente el **ÍNDICE DE TEXTOS BÍBLICOS**, de ambos tomos, que añadimos al final del mismo.

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido tomadas, casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera, revisión 1960.

Título original: *Kernwoorden van het Nieuwe Testament*,
Editado por Buijten & Schipperheijn, Amsterdam,
Países Bajos 1968

Traductor: Rev. Juan-Teodoro Sanz Pascual

ISBN: 906311036 7
Depósito Legal: B. 5423 - 1999

Edita y distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)
Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk-Z.H. - Países Bajos

Distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Diseño portada y composición:
Misión Cristiana Ministerios Creativos
Apartado 23022 - 08080 Barcelona

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo	307
El yugo suave	309
Prueba (y palabras análogas)	317
Consuelo, consolación (y palabras análogas)...	325
Amonestar y amonestación	333
Sobriedad	349
Sencillez	355
Moderación	361
Indulgente (clemente y similares)	377
Paciencia y perseverancia	385
Tristeza según Dios	393
Benevolencia (y palabras similares)	399
Denuedo (confianza, libertad y similares)	407
Libertad, libertinaje	417
Alegría (y palabras similares)	445
Benevolencia de Dios (y palabras similares) ...	473
Unidad	481
Diversidad (y palabras similares)	515
Perfección	521
Profesión, profesión de fe; confesar, confesión de fe, de pecados	537
División (la iglesia de Corinto)	565
Soledad	607

PRÓLOGO

Con la aparición de este tomo II termina la serie intitulada Palabras Clave del Nuevo Testamento; y como el lector podrá comprobar, a través de sus dos tomos se van desgranando espigas de rica y buena semilla conforme a la Palabra de Dios. Pero no sólo se hace de forma académica, sino también práctica y pastoral, pues su autor reúne el carisma de ser, además de un excelente maestro, el de un celoso pastor de la Iglesia de Jesucristo.

Aún recuerdo al Dr. Jager como profesor de exégesis del Nuevo Testamento, y como predicador frecuentemente invitado a proclamar la Palabra de Dios en muchos cultos dominicales. Su predicación expositiva llenaba la mente y el corazón, no tanto con el consuelo de las promesas del SEÑOR, cuanto con la sabiduría de Su Palabra.

No puedo decir que el autor de este libro tuviera un tema preferido; pero sí me atrevo a afirmar que quien se disponga a recorrer leyendo los temas de este tomo II, podrá reconocer que su autor le habla con y desde el corazón, y en base a la experiencia de una vida plena en comunión con Cristo, el Señor, y desde el convencimiento de que el testimonio cristiano es la mejor manera de «hacer iglesia» en la unidad y diversidad del Pueblo de Dios.

¡Quiera el SEÑOR bendecir a los lectores con el mismo Espíritu de docilidad y obediencia que asistió al pequeño Samuel (I S. 3:9), para que, ante la voz de Dios en Su Palabra (de la que este libro quiere ser un débil reflejo y remedo), muchos vengan al conocimiento de la Verdad, y vivan para la honra y gloria de Su Nombre!

FELiRE, Juan T. Sanz

EL YUGO SUAVE

Es natural que la mayoría de nosotros conozca estas palabras. Se hallan en el Evangelio de Mateo, cap. 11, verso 30: «Porque mi yugo es suave y ligera mi carga». Pero no todos tienen una idea exacta del significado de estas expresiones. Realmente parecen ser un poco contradictorias. Por *carga*, se piensa en algo que es pesado de llevar; y por *yugo*, normalmente pensamos en algo molesto.

Aquí habla Jesús de una carga que es ligera, y de un yugo que es suave, fácil. ¿Cómo, pues, se ha de entender esto? En una ocasión, un hermano en la fe me escribía una carta en la que ponía de manifiesto que, según su opinión, la mayoría de los predicadores no tienen una idea exacta de este texto. Hablan de un yugo que se ponía a los bueyes cuando se iba a roturar la tierra. Era un apero necesario para uncir un par de bueyes para trabajar la tierra; se ponía sobre la nuca de los bueyes y se sujetaba a sus cuernos, y de él debían tirar fuertemente hacia adelante. Este enser de labranza aún se sigue usando en países menos mecanizados.

Con este medio no es que el trabajo se hiciera más suave y llevadero, pero es cierto que sin un yugo

era poco menos que imposible realizarlo. El trabajo, pues, sigue siendo pesado aún con yugo.

Pero el mencionado hermano pensaba en algo diferente al referirse al yugo. Ahora le dejo la palabra a él: «Yo mismo he usado muchas veces una especie de yugo. En nuestros tiempos modernos apenas es necesario, porque el transporte funciona de otra forma. Mas cuando antaño llevábamos dos cubos llenos de agua o leche a una larga distancia, debíamos hacer uso de un yugo. En una distancia corta podíamos llevar ese par de cubos con ambas manos, pero siempre con mucho cuidado para no derramar el líquido elemento. Esto no era posible en distancias largas. No sólo era muy cansado, sino también sucio: el agua o la leche chorreaba por tus piernas a causa del vaivén de los cubos.

Con un yugo se evitaba esto. El líquido no se movía y, aun en distancias largas, el transporte se hacía muy llevadero. También hacíamos los transportes en bicicleta. Un yugo, pues, facilitaba muchísimo el trabajo, el cual ciertamente podía ser fastidioso, pero no debido al yugo sino a nosotros que no lo colocábamos bien sobre nuestros hombros».

Este comunicante, pues, quiere entender las palabras de nuestro Señor Jesús de la siguiente forma: «La fe en nuestro Señor Jesucristo es el yugo que debemos tomar sobre nosotros. Entonces podemos sobrellevar la vida. Esa fe nos fortalece y nos temple, y así podemos vencer las dificultades; y lo que en un principio nos parece pesado de llevar, se hace ligero». Así pues, nuestro comunicante nos pide lo que yo quiero exponer acerca de este tema.

Es posible que haya hombres y mujeres que encuentren difícil este texto. Por eso quiero exponer aquí lo que yo sé del tema. Si repasamos las Sagradas Escrituras en aquellos lugares en que se

habla de un yugo, entonces se nos evidencia que normalmente por yugo entendemos algo fastidioso y pesado. En I Reyes 12:4, los israelitas dicen a Roboam: «Tu padre agravó nuestro yugo, mas ahora disminuye tú algo de la dura servidumbre de tu padre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos». Aquí, pues, yugo es indicación de servicio y carga que un rey pone a sus súbditos. En Jeremías 27:8, se habla así: «Y a la nación y al reino que no sirviere a Nabucodonosor rey de Babilonia, y que no pusiere su cuello debajo del yugo del rey de Babilonia, castigaré...» En este pasaje, el servir a un rey extraño es presentado en la imagen de «doblegar el cuello bajo un yugo». Todos conocemos el texto de Lamentaciones 3:27: «Bueno es al hombre llevar el yugo desde su juventud». Aquí, llevar un yugo es tanto como soportar el dolor. Esto es algo que un hombre en su juventud puede sobrellevar muchísimo mejor.

También en el Nuevo Testamento la palabra yugo es casi siempre indicación de un servicio, carga, deber u obligación. Cuando en la era apostólica hay judaístas que quieren imponer a los cristianos provenientes del paganismo la obligación de sufrir la circuncisión y cumplir toda la ley de Moisés, Pedro se opone a ello con las siguientes palabras: «Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo...?» (Hch. 15:10); y en Gálatas 5:1, se habla del «yugo de esclavitud»; y en I Timoteo 6:1, de «los que están bajo el yugo de esclavitud», es decir, de los esclavos y siervos.

Cuando en Mateo 11:30 se habla del yugo de Cristo, en esas palabras hemos de entender el servicio que el Señor pide a sus súbditos; o dicho de otro modo: los mandamientos del Señor que sus súbditos deben cumplir. Es posible que esto nos suene algo

extraño. Pero estas palabras las usó el mismo Salvador en aquel conocido mandato suyo de evangelización: «Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; *enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado*» (Mt. 28:19-20).

Ahora, lógicamente, uno se pregunta: ¿En qué clase de yugo hemos de pensar? ¿En un instrumento que se les ponía a la pareja de bueyes cuando se les preparaba para arar? ¿O en un yugo-de-hombros que facilitaba el transporte de dos recipientes llenos de líquido? La respuesta más probable es la siguiente: -En ninguno de ambos casos. Pues la palabra *yugo* en días de Jesucristo había recibido entre los judíos el significado de «servicio», «encargo» y «obligación». Se hablaba del yugo de la Ley, es decir, la obligación de la Ley; así como también del yugo de los mandamientos, o del yugo de la conversión, o del yugo de Dios.

Los escribas imponían un yugo «demasiado pesado de llevar»; como dice el Salvador en Mateo 23:4: «Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas». Hacen amarga la vida de sus seguidores. Sus discípulos se fatigan y atormentan con mil y un mandamientos. En cada bocado que comen han de preguntarse: -¿esto es realmente limpio o impuro? En todo lo que compraban debían inquirir: -¿Se han pagado por esto los diezmos, o no? En la celebración u observancia del sábado había que preguntarse, punto por punto, lo que sí se podía o no se podía hacer. De esta manera, el sábado, que, originalmente y según la voluntad del SEÑOR, era un día de gozo y regocijo, se convertía en un día de aburrimiento y fastidio. Si

alguien quería cumplir con todas aquellas mezquinas prescripciones que ordenaban los maestros de la Ley, ¡ya tenía trabajo por delante! Había que ser un pensionista y dedicar todo el tiempo para poder llevar semejante yugo; y también se debía ser rico, pues el servicio que imponían los escribas costaba gran cantidad de dinero. Y lo más grave del caso era que quien tomaba a pecho el cumplimiento de tanto mandato, jamás llegaba a tener paz; y sólo lograba cansarse hasta la extenuación.

A estos cansados y fatigados dice ahora el Salvador: –Venid a Mí; sed discípulos míos; creed en Mí y confiaos a Mí; y tomad mi yugo sobre vosotros; venid a servirme a Mí; haceos discípulos míos; abrazaos a mis mandatos. Entonces encontraréis que mis mandamientos no son pesados, sino todo lo contrario: mi servicio es ligero.

En esta expresión, el acento no recae en yugo, sino en *suave*; no recae en carga, sino en *ligera*. Yo no sé exactamente cómo era el yugo que se ponía a los bueyes; y mucho menos sé si había yugos que se parecieran a los yugos para transportar leche o agua que hemos conocido en alguna ocasión. Y me parece que no es preciso llegar a saber cómo eran exactamente esos yugos. Tampoco importa que nos hagamos una clara representación de los yugos usuales en tiempo de Jesucristo. Pues la palabra *yugo* ha obtenido el significado de servicio. Esta palabra se usa en sentido *figurativo*.

Quizá a alguien le parezca extraño decir que no precisamos saber cómo era un yugo en tiempos de nuestro Señor Jesucristo. Si reflexionamos un instante en ello, no resulta tan extraño. En estos días me encontré con una carta en la que se podía leer: «Navegamos con dificultad; por favor, ¡muchacha con las velas!» Todos comprenderán lo que esto

significa: Actualmente la vida es difícil; ¡pon la mira al frente! Ante semejante expresión, no pensamos en una vela real. Nos encontramos ante una expresión acuñada, común, que todos comprenden inmediatamente, aunque no tengan ni idea de la navegación. Aun cuando nunca hayamos visto una coraza, comprendemos muy bien aquella expresión: «Esta coraza no puedo soportarla»: -Mi servicio es suave, y mis mandatos no son gravosos.

Si, por último, preguntamos: ¿pero en qué consiste este servicio?, la respuesta debe ser ésta: -En cumplir lo que el Señor Jesús nos manda. Pero, si seguimos inquiriendo lo que esto encierra, las preguntas se multiplican. Citaremos un par de mandatos del Sermón del Monte en Mt. 5-7.

Allí el Señor Jesús nos ordena que nuestra luz brille delante de los hombres para que vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre celestial. Se nos manda que nuestra justicia (esto es, nuestro hacer la voluntad del SEÑOR) debe ser más abundante que la de los escribas y fariseos, de lo contrario no entraremos en el reino de los cielos. No nos irritaremos contra nuestro hermano; no miraremos a ninguna mujer (con mirada impura) para desearla, pues esto es igual a adulterio; cortaremos nuestra mano que nos lleva al pecado, y sacaremos nuestro ojo que nos hace mirar las cosas de la tierra; no juraremos ni por lo alto ni por lo bajo, sino que diremos sí o no; andaremos dos millas con quien nos invita a andar; amaremos a nuestros enemigos y oraremos por los que nos persiguen. Y aún podría seguir enumerando cosas que el Señor requiere de nosotros.

¿Esto no es terriblemente difícil? ¿Y esto no es un yugo duro y una carga pesada? ¿Cómo puede decir el Señor Jesús, si es que El se refiere o quie-

re decir lo que he citado, que su servicio o yugo es suave, y que Sus mandamientos no son pesados? A nosotros nos parece horriblemente difícil e increíblemente pesado. Y, sin embargo, ¿será suave y ligero? A nosotros no sólo nos parece difícil, sino también imposible; quizá un poco irracional también. Así pues, ¿en qué queda el caso?

La pregunta es bien sencilla: ¿quién tiene razón, el Señor Jesús o nosotros? No se trata de lo que *a nosotros nos parece*, sino de lo que dice el Señor Jesús. Lo que El dice es verdad. Podemos tener por seguro, que El no nos miente lo más mínimo. ¿Creemos esto?

Pues esto es ahora lo primero que el Señor Jesús pide: Fe. El comienza entregándose a sí mismo a nosotros; nos promete Su gracia, Su Espíritu, Su Palabra. No comienza exigiendo, sino dando. El concede, regala perdón de los pecados; promete renovación de nuestra vida; quiere estar con nosotros y por nosotros. El es la vid y a nosotros nos permite ser los sarmientos unidos a esa vid. El no nos deja solos luchando y bregando con ese yugo que nos pone. El conoce nuestra debilidad y sabe lo que es la tentación; sabe cuán débiles somos y escasos de fuerzas. Pero El quiere manifestar Su poder en nuestra debilidad. ¿Creemos esto?

Entonces tenemos bastante con Su gracia; y en ese caso, también creemos que Sus mandamientos no afligen y que servirle a El no es opresivo, y así, ya no protestamos, sino que nos entregamos vencidos; y entonces comenzamos a vivir según Su voluntad; y descubrimos que servirle a El es un placer y no una carga. Al fin aprendemos a decir: Servirte a ti, Señor, por amor, nunca me ha entristecido.

El servicio al diablo es pesado. El servicio al pecado es una carga. Si vivimos según la carne, cosecha-

mos miseria, y la vida se vuelve una muerte latente. Mas si vivimos según el Espíritu, esto es, en la fe y de conformidad con el santo Evangelio, entonces estamos en lo seguro y en lo mejor; y, en ese caso, podemos usar tranquilamente la imagen de aquel hermano cuya carta leíamos: ¡Con aquel yugo resultaba leve transportar los cubos de leche y de agua! ¡Era tan sencillo! Es cierto que esto no es una aplicación directa de aquellas palabras del Señor, pues El no se refirió a tal yugo. El habló sencillamente de Su servicio. Pero es verdad: ¡El servicio de Cristo es tan agradable! Sus mandamientos llevan a la vida. El no hace amarga la vida a Sus discípulos; Su servicio proporciona, concede, liberación. Esto es lo que el Salvador quiere manifestar cuando dice: «Vosotros hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt. 11:29 b).

PRUEBA (y palabras análogas)

Probablemente la mayoría de los lectores sabrán que la palabra *prueba* se encuentra en Romanos 5:4. Es muy posible que muchos de ellos conozcan (al menos por fuera) los primeros versículos de este hermoso capítulo. Por cierto, merece la pena que nosotros y nuestros hijos podamos citarlos de memoria. Para aquellos que no tienen tan buena memoria los transcribo acto seguido, tomando la versión de Reina-Valera, 1960, en donde leemos: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado».

En esta versión yo cambiaría dos palabras: paciencia por perseverancia, y prueba (: vivencia) por virtud-probada. Lo que en tiempos de esta versión

citada se entendía por *paciencia*, es algo que ignoro. Quizá entonces fue ésta una buena versión de lo que tenemos en griego. Pero hoy en día, por *paciencia* entendemos algo distinto de lo que está en el original griego. En un famoso diccionario se da esta explicación de *paciencia*: «Tranquila conformidad; llevar con paciencia su suerte; sujetar tu alma en paciencia, poner buena cara, no irritarse». *Paciencia* nos hace pensar en pasividad, resignación. Pero no es en absoluto el significado del texto, pues se emplea una palabra que significa: Mantenerse firme bajo una prueba, mostrar elasticidad y energía a la vez, perseverar frente a la adversidad.

El otro cambio (que yo creo una mejor versión) es que cambiemos la palabra *prueba* o vivencia por virtud-probada. Es muy difícil concretar lo que nuestros antepasados, Reina y Valera, quisieron expresar con la palabra *prueba* (: vivencia). A lo largo de los siglos, esta palabra ha tomado un significado que ciertamente no concuerda ya con la palabra griega del original. Mi diccionario dice: «prueba, vivencia, lo que se experimenta, sufre; percepción en el alma de la comunión con Dios: ¡la experiencia o vivencia de un alma creyente!» Esto último es, según me parece, lo que poco más o menos se entiende por prueba, vivencia y comprobación, hoy en día. Algo así como una experiencia íntima, una sensación o emoción del ánimo, una consonancia de nuestro sentimiento.

En una célebre enciclopedia cristiana encontré un comentario sobre las palabras *prueba* y *vivencia*. Su autor no acierta a ver diferencia entre prueba (vivencia) y *virtud-probada*, pues, escribe: «La *prueba* (vivencia)... se halla en la vida religiosa en el terreno de nuestras reacciones íntimas que obra el Espíritu Santo cuando nos hace partícipes de Cristo

y de todas Sus bendiciones... la prueba o vivencia, pues, es (según leemos en Romanos 5:4) una cierta comprobación o virtud-probada, y no puede faltar en nuestra vida cristiana; la obra del Espíritu *en* nosotros también ha de merecer nuestra atención tanto como la consecución de la salvación, y en la dogmática se ha de conceder a ésta un lugar y tratamiento extenso, al igual que al capítulo de la vivencia o prueba». Yo no niego que haya reacciones íntimas en los creyentes, ni tampoco que el Espíritu Santo obre en nosotros. ¿Quién se atrevería a negar tal cosa? Pero, sí niego que esto lo encontremos en Romanos 5:4.

Bien es verdad que muchos exégetas han explicado de esta manera este texto. Mas, no con derecho. Su error consistió en que el terreno de la tribulación y la lucha lo trasladaron del «lugar de la batalla de esta vida» al alma, a lo íntimo o al ánimo. Escribo concretamente y apostó *ánima*, pues con esta palabra (: ánimo) aquí se da a entender algo muy distinto de la palabra alma, tal y como la usan las Sagradas Escrituras. Mas esto es un tema o asunto aparte. Un conocido y viejo exégeta entiende por paciencia, vivencia y esperanza, tres «excelentes formas del ánimo»; y de la vivencia (: prueba) escribe: «la cual propiamente es un conocimiento práctico u observado, que se obtiene mediante una correcta y minuciosa atención de lo que nos acontece, ya sea por íntimas sensaciones del ánimo e ideas, o también por los sentidos externos». El apóstol Pablo, ciertamente, no ha pensado en algo semejante. Aquí, no amonesta a una autoinspección minuciosa de si esto se ha experimentado de una u otra manera, sino que él asegura que los creyentes son templados y fortalecidos mediante o por las tribulaciones. Dominados por

la gracia de Jesucristo, ofrecen poderosa resistencia y logran la victoria. Precisamente en las tribulaciones y persecuciones que sufren del mundo, son formados como probados soldados de Cristo.

Como un arbusto crece bajo la presión de la roca, así crecen los creyentes en la gracia y conocimiento del SEÑOR en tiempos de afrenta y opresión por causa y por amor de Cristo. Estoy totalmente de acuerdo con el Prof. Dr. Greijdanus, quien en este versículo señala que el texto no alude «a una experiencia o fricción interna, sino a un ser y parecer virtuoso, a una situación o estado que puede resistir o ha resistido la prueba». Como un buen soldado mediante la lucha se convierte en un veterano, así el soldado-cristiano en la tribulación se convierte en un combatiente probado. Aquí no se habla para nada de auto-inspección o examen de sí mismo de un estado o situación propia, sino que la (prueba) virtud-probada procede y fluye de la tribulación.

En la lucha práctica contra el pecado y el mundo, se endurece y fortalece el creyente. Es un hecho conocido que, precisamente en días de tribulación florece la certeza de la fe. La opresión no hace a la capacidad de reacción elástica más pequeña, sino más grande, y hace resistir en la lucha; y donde hay esa resistencia, allí hay virtud-probada. En la lucha práctica, bajo opresión y trabajos, la autenticidad de la fe es probada y demostrada. Yo debo adherirme totalmente a la exposición del Prof. Van Leeuwen, cuando escribe: «La línea de pensamiento, pues, es clara: quien ha sido justificado, y está en la gracia, tiene por Jesucristo la certeza de salvación y absolución; y en la tribulación aprende, conociendo su propia indignidad, a soportar y a ser sufrido; esta capacidad de sufrimiento, fruto de las

tribulaciones, da la experiencia que no en vano está fundamentada en las promesas de Dios; y así el creyente también aprende a mirar con confianza hacia la gloria de Dios, escondida en Cristo».

Mucha incertidumbre

El motivo de este artículo es una correspondencia desde la cual, me pareció que también en nuestros círculos, aún se da vueltas al interrogante acerca de la reacción de la fe y la «vivencia» o prueba. Y como sea que en algunas versiones de Rom. 5:4 encontramos esta palabra (: prueba o «vivencia»), creí conveniente comentar esta expresión. Sin embargo, en este texto nadie se puede apoyar para demostrar que primero hemos de experimentar esto o aquello antes de que podamos creer que también nuestros pecados han sido perdonados. Aquí no se habla en absoluto acerca de «vivencias», experiencias o pruebas tal y como éstas normalmente se entienden.

Hay hermanos y hermanas en la fe que creen que Jesucristo es el Señor; andan en los caminos del SEÑOR y, sin embargo, temen si realmente conocen al SEÑOR, y si ciertamente aman a Jesucristo. Este temor surge del hecho que ellos (-as) nunca «experimentaron» o sintieron algo especial. Ellos (-as) no sienten o notan nada nuevo de una especial ilustración por medio del Espíritu Santo. A veces andan preocupados y se preguntan si verdaderamente han nacido de nuevo; y si no resultará que son engañados viviendo de una fe sencilla en Jesucristo, y luchando diariamente contra el pecado. Ciertamente les entristece el pecado y lo confiesan ante el SEÑOR. Pero se preguntan si su conocimiento del pecado es suficientemente profundo; se gozan en los caminos del SEÑOR, pero se preguntan si

ese gozo es lo suficientemente grande. Creen el Evangelio, pero les agradaría tener más certeza personal, y esperan esa certeza por medio de una vivencia especial.

Podría ocurrir, que muchos más hermanos y hermanas de los que imaginamos le dan vueltas a estos interrogantes. Ciertamente, aún hay mucha duda y mucha incertidumbre en la iglesia del SEÑOR. ¿Qué decir de esto? Si entramos en contacto con los tales, ¿buscaremos justamente con ellos esas vivencias, aunque sean tan poca cosa? ¿Preguntaremos si no recuerdan una especial liberación o una extraordinaria vivencia o experiencia de sus años juveniles o posteriores? ¿Les incitaremos a un examen de conciencia aún más profundo? O, ¿acaso les despediremos anunciándoles que en tanto no experimenten algo extraordinario, podrán darse por condenados? Todo esto no ayudará y tampoco puede ayudar. Alguien que no confía plenamente en el SEÑOR, ¿podría confiar en sus propias experiencias o vivencias? Alguien que está dudoso frente al incondicional Evangelio, ¿no estaría indeciso en su búsqueda y constatación de señales internas?

Yo conozco un solo remedio para ayudar a quienes tanto dudan y cavilan: ¡El incondicional, generoso y real Evangelio, que regala perdón a hombres y mujeres pecadores! Pues eso es precisamente lo hermoso del Evangelio, que no pone condiciones y requisitos. No es un anuncio gozoso para gentes conversas de esta o de la otra forma. No es anuncio de buenos tiempos para gentes que son piadosas de esta o de la otra manera, o que piensan que han creído por ellas mismas. Nosotros no tratamos con un Dios que perdona a gentes piadosas sus pecados. Ni tampoco hemos de habérmolas con un Salvador que ha derramado su sangre por gentes

que ya han renacido. Tratamos con un Dios que justifica impíos, esto es: que perdona a pecadores sus pecados.

En ninguna parte el SEÑOR nos aconseja a confiar en nuestro nuevo nacimiento, o en nuestra conversión, o en nuestra fe. El SEÑOR nos aconseja a todos a poner nuestra confianza única— y solamente en Jesucristo, pues El mismo ha anunciado: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). El mismo, por medio de uno de sus apóstoles, ha hecho escribir lo que es válido para todos los siglos: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna» (I Tim. 1:15-16).

¿Qué, pues? ¿no tendrán razón de ser las «experiencias y vivencias» en la vida? —Sí, por cierto; pero en la vida de la fe. Quien, no teniendo fe en el Señor Jesús, busca señales y vivencias de cualquier clase que sean, es como si se dispone a encontrar un objeto negro en un almacén a oscuras. No verá ni encontrará ni uno solo; y cuando, sin previa fe en el Señor Jesús, ciertamente encuentra experiencias y vivencias en las cuales se dispone a fundamentar su fe, entonces se engaña a sí mismo. Sólo cuando creemos en el Señor Jesús, y vivimos de esta fe, y sólo en El edificamos, y sólo de El esperamos todo lo que necesitamos para nuestra salvación, únicamente entonces podemos, como de pasada, notar con gratitud los frutos de la fe, y ya no nos gloriamos en esos frutos ni nos apoyamos en ellos, sino que con

CONSUELO, CONSOLACIÓN (y palabras análogas)

A veces, hay momentos en la vida en que toda la miseria de esta existencia se nos echa encima desde todos los lados. Un familiar muere de cáncer después de un sufrimiento casi insoportable de meses y meses. Desaparece un conocido, después de haber padecido durante años una enfermedad incurable en la sangre. Los periódicos están llenos de todo tipo de accidentes y desastres en los cuales muchos son arrancados de esta vida. Cuando leemos estas noticias, el pensamiento se dirige a las viudas y huérfanos que echarán de menos a su esposo y padre, o a los padres que lloran por sus hijos que ya no existen. En otros casos, oímos de un viejo amigo que está en tratamiento en una institución psiquiátrica, y de otros que padecen una crisis nerviosa y ya no pueden con la vida. Añadamos a esto los rumores de guerra, y sublevación, y revoluciones sangrientas o sin derramamiento de sangre, con todas las consecuencias que ello acarrea y la miseria que nos amenaza desde todas partes.

¿Cuál es el consuelo que se puede presentar y poner frente a todo esto?

Yo he leído, en alguna parte, que la palabra *con-*

suelo guarda relación con la misma raíz que también se halla en la palabra *confianza*. Originalmente, pues, significaría: confianza, seguridad, firmeza. Tener consuelo significaría lo mismo que tener seguridad, tener una buena perspectiva. Así pues, consolar a alguien, es: poner a alguien un fundamento firme y seguro bajo sus pies; a alguien cuya confianza ha temblado y ha perdido su asidero, volverle a dar algo a lo que pueda asirse fuerte— y firmemente.

La mayoría de los creyentes recordarán sus días de escuela bíblica en los que se nos enseñaba: —Consuelo es el conocimiento de un bien cierto que se propone frente a un mal cierto. Hay mucho mal en esta vida y nadie se libra de la experiencia del mismo; y todo hombre y mujer busca en los días malos algún consuelo. Pero ese consuelo es vano y exiguo en la mayoría de los casos.

A través de todos los siglos, los hombres han intentado consolarse a sí mismos y a los demás con las mismas reflexiones. Tal y como se hace hoy día, ya se hacía también hace dos mil años atrás. Es algo que podemos leer en poetas y filósofos, y también en las inscripciones mortuorias que nos han quedado de la antigüedad. Cuando alguien sufría una gran pérdida, se le consolaba señalándole lo bueno que aún le quedaba; o se indicaba el hecho de que contra la muerte no cabe ahora resistencia, y que todos han de tener parte en la misma suerte. Sin embargo, en todo esto se habrá encontrado, ya entonces, un consuelo muy escaso. Otros intentaron consolar a los que lloran, diciéndoles que esta vida no era todo, o se hacía recordar el buen nombre que el difunto había dejado. Por lo general, los que consolaban no podían hacer otra cosa que amonestar a sobrellevar el destino con un poco de buen ánimo y valor. Mas de dónde se habría de sacar aquel

valor, tampoco sabían decirlo. En esta vida no hay consuelo alguno contra la muerte para aquellos que no conocen a Dios. Sin Dios, es como estar sin esperanza en este mundo.

También nos encontramos con amonestaciones de gentes que sólo saben dar consuelo indicando a los semejantes a que gocen del bien y de lo bueno de esta vida, en tanto que puede gozarse. Algunos aconsejaron a saciarse de vino, el cual hace olvidar las penas y miserias; o se señaló a la música como una dulce consoladora.

Alguien dirá que los paganos ya sabían de la «inmortalidad del alma». Por consiguiente, ¿no le serviría esto de consuelo? Ciertamente eso se cita como un fundamento de consuelo, y se asegura que los buenos sobreviven y propiamente no están muertos. Incluso podemos leer que la muerte es un bien, un volver a nacer en otra vida. Algunos filósofos vieron en el cuerpo una cárcel para el alma, y la muerte, consecuentemente, como una liberación de una prisión. Según ellos, la muerte es un retorno al terreno o reino del que se ha venido. Incluso se habla de una ascensión del alma. También se presenta a la muerte como un sueño dulce, y al sepulcro como un lugar de descanso tranquilo. Pero nos da la impresión que muchos, explícita o implícitamente, dudan seriamente de la realidad de una subsistencia del alma. Es bastante frecuente oír expresiones como ésta: —¡Si al menos fuera verdad! ¡En caso de que sea verdad! Y en las oraciones fúnebres se dejan caer estos términos: —Posiblemente, quizá, eventualmente, es de suponer, etc. El pensamiento de una vida eterna fue para muchos no más que una hipótesis consoladora o, a lo sumo, una suposición. No se creía mucho de todo esto. Cuando Sócrates fue condenado a beber la copa

de veneno, dijo a sus jueces que él no temía a la muerte: «La muerte era o un sueño eterno, o el paso a una nueva vida; en ninguno de ambos casos era un mal». Tal disyuntiva (o esto, o lo otro) ya demuestra incertidumbre: y ¿qué consuelo habría en un sueño eterno?

¡Cuán distintamente hablan las Sagradas Escrituras! Ellas conocen otro Dios que el dios de los filósofos. Conocen al Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Es el Dios vivo y el Dios de los vivos. Cuando los saduceos llegan al Señor Jesús con la pregunta respecto a la resurrección, el Salvador dice: «Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios... Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt. 22:29 y ss).

¡Esta vida puede ser tan desconsoladora! También de esto saben las Sagradas Escrituras. En Isaías 54:11, leemos: «Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo». En las Escrituras también se habla de «consoladores difíciles»; en Job 16:2, se les llama «consoladores molestos». Asimismo somos amonestados y avisados respecto a los dioses que no pueden consolar verdaderamente: «Porque los terafines han dado vanos oráculos, y los adivinos han visto mentira, han hablado sueños vanos, y vano es su consuelo; por lo cual el pueblo vaga como ovejas, y sufre porque no tiene pastor» (Zacarías 10:2). Tampoco las grandes riquezas y las muchas posesiones dan seguridad alguna en la vida. Hay ricos que confiaron en su riqueza y se gloriaron en su poder. Pero el poeta del salmo 49 ve «que aun los sabios mueren; que perecen del mismo modo que el insensato y el necio, y dejan a otros sus rique-

zas. Su íntimo pensamiento es que sus casas serán eternas, y sus habitaciones para generación y generación; dan sus nombres a sus tierras. Mas el hombre no permanecerá en honra; es semejante a las bestias que perecen». ¡Ay de quienes ponen su confianza en tesoros terrenales! En ellos encaja la palabra del Señor Jesús: «¡Ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo» (Lc. 6:24).

Sólo hay UNO que puede ofrecer verdadero y auténtico consuelo, es decir, Dios, el SEÑOR. El mismo es el consuelo de Su pueblo. Aunque perezca esta vida, nos queda el SEÑOR, tendremos consuelo tanto en la vida como en la muerte. Nada habremos de temer, aunque vayamos por un valle de sombras de muerte (Salmo 23).

El SEÑOR es el Pastor de Su pueblo. Cuida de los Suyos, como un buen pastor cuida de sus ovejas. Bajo su cuidado están seguras. De esto nos habla el conocido salmo del consuelo: «Jehová (el SEÑOR) es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de Su Nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento» (Salmo 23).

El Todopoderoso es su sostén y apoyo. Esto es su consuelo. En otra imagen, el SEÑOR es comparado a una Madre que consuela a su hijo. Aquí pienso en Is. 66, donde leemos: «Porque así dice Jehová: He aquí que yo extendiendo sobre ella paz como un río, y la gloria de las naciones como torrente que se desborda; y mamaréis, y en los brazos seréis traídos y sobre las rodillas seréis mimados. Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén tomaréis consuelo» (vs. 11-

13). Cuando Isaías habló estas palabras y las escribió, la situación de Jerusalén era desconsoladora para todo aquel que considera las cosas que se ven. Pero Isaías brindaba perspectiva de un futuro glorioso. Jerusalén sería consolada; y desde este consuelo futuro ya resplandecía la luz sobre el pueblo que aún estaba en grandes apuros. Todos los que creyeron estas consoladoras palabras, ya entonces fueron consolados en aquel gozoso porvenir. A Isaías lo llamamos el evangelista entre los profetas. También le podríamos llamar el profeta del consuelo. La parte de su libro que comienza con el capítulo 40 lo llamamos, y con razón, el libro del consuelo. Todos nosotros conocemos aquellas consoladoras palabras: «Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados» (Is. 40:1-2).

Junto al profeta Isaías, también los salmos están llenos de *consuelo*. El Salmo 23 ya lo he citado. El Salmo 119 nos hace ver que la Palabra de Dios es consuelo para esta vida. Allí, a partir del versículo 49, leemos: «Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar. Ella es mi consuelo en mi aflicción, porque tu dicho me ha vivificado. Los soberbios se burlaron mucho de mí, mas no me he apartado de tu ley. Me acordé, oh Jehová, de tus juicios antiguos, y me consolé».

También el Nuevo Testamento nos indica a Dios y a Jesucristo como «el único consuelo tanto en la vida como en la muerte». Simeón espera «la consolación de Israel» (Lc. 2:25); y mira hacia la llegada del Cristo de Dios. Pablo habla del «Dios que consuela a los humildes y nos (le consoló a él) consoló...» (II Cor. 7:6). Al principio de esta mis-

ma carta, habla del «Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (1:3-4).

El SEÑOR consuela a Pablo haciéndole encontrarse nuevamente con Tito, y haciéndole llegar buenas noticias de las congregaciones. Dios puede consolar con Sus obras y hechos. Pero, sobre todo, somos consolados por las promesas de Dios. Por las promesas de la vida eterna y de la herencia incorruptible, Dios promete a Su pueblo que siempre, siempre estará con Jesucristo. Cuando El, Cristo, vuelva y los muertos resuciten o, por mejor decir, sean resucitados en inmortalidad.

Con una extraña palabra los teólogos también dicen que el consuelo frecuentemente es *escatológico*, es decir: que somos consolados con lo que se nos promete en el retorno de Cristo. ¿Qué consuelo hay frente a la muerte? –Que los muertos en Cristo resucitarán con El en gloria eterna. Cuando el apóstol Pablo en I Tes. 4 y 5 ha hablado acerca de la suerte de los muertos y acerca de lo que acontecerá al regreso de Jesucristo sobre las nubes del cielo, concluye su exposición del siguiente modo: «Por tanto, *alentaos* los unos a los otros con estas palabras» (4:18), y: «Por lo cual, *animaos* unos a otros, y *edificaos* unos a otros, así como lo hacéis» (5:11).

Es Dios quien consuela a Su pueblo con Sus promesas. Mas los hombres pueden consolarse mutuamente, y amonestarse, y edificarse, leyendo y comentando esas promesas. En días de enfermedad y luto, poco podemos ayudarnos unos a otros. No podemos sanar enfermos y volver a la vida a los muertos. Sin embargo, podemos hacer muchas cosas por

los demás: indicándoles las promesas de Dios; hablando del Señor que ha resucitado de entre los muertos y resucitará a todos los Suyos a vida eterna; preguntando: ¿Acaso ya no vive el Dios Todopoderoso, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob? Podemos consolar a los tristes, amonestarles y edificarles profesando con la boca y el corazón: -Yo creo la resurrección de la carne y una vida eterna.

¿Lo hacemos realmente alguna vez? ¿Llevamos a los enfermos flores o fruta; estrechamos la mano a los familiares de algún difunto y les deseamos fuerza de ánimo? Apenas hay ocasión para más en un enterramiento. A quien se halla desmoralizado ¿le hacemos mirar a Jesucristo, que ha vencido a la muerte?, ¿le hablamos de Dios, el cual resucita a los muertos?, ¿le hablamos de nuestro Señor Jesucristo, de cuya comunión pueden participar nuestros muertos? ¿O nos avergonzamos de nuestras convicciones religiosas? ¿O quizá existe la duda en nuestro corazón de si todo eso es verdad? Pues entonces somos cual los paganos, acerca de los cuales hablé al comienzo de este artículo. Si es así, habremos de convertirnos de nuestra falta de fe. Pues esta es la verdad: ¡Jesucristo vive! y quien cree en El, vivirá aunque esté muerto. Ser propiedad de El, es el único consuelo tanto en la vida como en la muerte (Catecismo de Heidelberg, dom. 1, preg. y respuesta primera).

AMONESTAR Y AMONESTACIÓN

En el artículo anterior escribía algo acerca del consuelo. Es posible que alguien, al leer el título de éste, piense: –Ahora nos vamos a encontrar con algo totalmente opuesto al consuelo. Pues, según nuestra concepción, *consuelo* y *amonestación* se hallan bastante enfrentados entre sí. Con el *consuelo* nos alegramos, el consuelo nos gusta; pero no nos agrada ser amonestados.

En realidad, el consuelo y la amonestación no se contradicen ni repelen entre sí. Con ambas cosas debemos estar contentos. No es bueno si no recibimos consuelo alguno; pero tampoco es bueno si no somos amonestados o no aceptamos amonestación alguna. También es curioso que el Nuevo Testamento usa la misma palabra para *consolar* y *amonestar*. Esto lo podemos constatar muy fácilmente si comparamos algunos textos. Cuando Pablo y Bernabé se hacen notar en la sinagoga de Antioquía, los principales mandaron a decirles: «Varones hermanos, si tenéis alguna palabra de *exhortación* para el pueblo, hablad». Pero según otras traducciones, las autoridades de la sinagoga mandaron a rogarles: «Varones hermanos, si tenéis alguna palabra de *consolación* para el pueblo, hablad»

(Hch. 13:15). El mismo Lutero tradujo: «Queréis hablar algo y *amonestar* al pueblo, pues habladle así». Otro ejemplo lo encontramos en II Corintios 13:11. En Reina-Valera tenemos: «*consolaos*»; y en Nacar-Colunga leemos: «*exhortaos*».

Esto les parecerá un poco extraño a la mayoría de los lectores. Pero es que la misma palabra griega puede significar: consolar y amonestar. Otra palabra en relación con ésta puede ser traducida por consuelo y amonestación.

El verbo podría traducirse literalmente por llamar la atención, llamar hacia sí, llamar junto a sí. Imaginemos que un padre ve a su hijo hacer algo malo o peligroso; entonces llama junto a sí a ese hijo: -«Ven aquí un momento», y luego le amonesta a acabar con aquello. Así comprendemos que «llamar junto a sí» puede significar: «amonestar». Imagínese también que un padre ve a su hijo llorar; entonces llama a ese hijo que vuelva junto a él, y luego le consuela. Así comprendemos que «llamar junto a sí» también puede significar: consolar.

En el Antiguo Testamento y de acuerdo con la traducción del mismo que nos ha sido confiada, no aparece muy frecuentemente la palabra *amonestar*. Sin embargo, también esa parte de las Sagradas Escrituras está llena de amonestaciones. ¿Es una cosa mala si el pueblo del SEÑOR es amonestado? ¿si el SEÑOR amonesta a Su pueblo? Todos comprenden que esto no es una maldición, sino una bendición: y que mediante la amonestación el Padre celestial quiere apartar a Sus hijos del mal y empujarles a hacer lo que es bueno a Sus ojos. El rey Josafat instaaura jueces en Jerusalén y, entre otras cosas, les dice: «En cualquier causa que viniere a vosotros de vuestros hermanos que habitan en las ciudades, en causas de sangre, entre ley y precepto, estatutos y

decretos, les amonestaréis que no pequen contra Jehová, para que no venga ira sobre vosotros y sobre vuestros hermanos. Haciendo así, no pecaréis» (II Cró. 19:10). La amonestación tiene como fin preservar de pecado y mantener en el recto camino. ¿No estaríamos contentos con esto?

El Salmo 19 llama a los derechos del SEÑOR «deseables más que el oro, y más que mucho oro refinado; y dulces más que la miel, y que la que destila del panal» (v. 10).

Y luego sigue en el v. 11: «Tu siervo es además amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón». La ley del SEÑOR nos amonesta claramente del pecado. Por eso es hermosa y deseable. De ella dice el Eclesiastés: «Mejor es el muchacho pobre y sabio (¡que quiere escuchar consejo!) que el rey viejo y necio que no admite consejos» (4:13).

Es un necio el que no quiere oír amonestación.

La palabra *amonestación* la hallamos pocas veces en el Antiguo Testamento; pero prácticamente el SEÑOR amonesta a Su pueblo muy poderosamente, por ejemplo, con estas palabras: «Guardaos, no os olvidéis del pacto de Jehová vuestro Dios, que él estableció con vosotros» (Dt. 4:23). Por lo demás, todo el Antiguo Testamento está lleno de amonestaciones, mandatos, prohibiciones, avisos, o como queramos llamarlo. Todo esto debemos entenderlo bien. A veces se hace antítesis entre el Antiguo Testamento como Ley, y el Nuevo Testamento como Evangelio. Pero esta antítesis es falsa. También en el Antiguo Testamento las amonestaciones son *evangélicas*, pues se hacen en base al *pacto de Dios* que El estableció con Su pueblo. Primeramente, el SEÑOR se da a Su pueblo. El es su Dios y ellos son Su pueblo. Después, y en esa relación, siguen las amonestaciones.

Primero, dice el SEÑOR a Abraham: Yo soy el Dios Todopoderoso.

Luego, sigue: Anda en Mi presencia y sé perfecto (Gen. 17:1). Primero, dice el SEÑOR: Yo soy el SEÑOR tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre; y a esto siguen los conocidos diez mandamientos (Ex. 20:1 y ss). No debemos leer «legalísticamente» las amonestaciones o exhortaciones. Es decir, como si Israel por su obediencia debiera granjearse aún la complacencia y favor del SEÑOR. Sino que hemos de leerlas evangélicamente.

Como un padre quiere mantener a sus hijos en el camino recto mediante amonestaciones, así quiere el SEÑOR mantener a Sus hijos en Su gracia mediante amonestaciones. El no se complace en la muerte del pecador, sino en que se convierta y viva. Las amonestaciones tampoco sirven para poner cargas pesadas al pueblo de Dios, sino para hacerle vivir. Así es precisamente como se nos dice en el Nuevo Testamento. Debemos leer, por ejemplo, el Sermón del Monte no legalísticamente, sino evangélicamente.

Primero, el Señor Jesús llama bienaventurados a Sus discípulos. Se entrega a ellos y para ellos; y ellos obtienen el regalo de poder ser Su propiedad.

Luego, sigue la suave y agradable ley del Reino de los cielos. Esto mismo hallamos en las cartas de Pablo y de los otros apóstoles.

Estamos acostumbrados a dividir estos escritos en una primera parte en la que se exponen las promesas; y, a continuación, una segunda parte en que estarían las exigencias; o por decirlo de otra forma: Primero, tenemos una parte en la que se nos ofrece el consuelo de lo que tenemos en Cristo, y luego sigue una segunda parte que está llena de amo-

nestaciones prácticas. O así: Primero, la doctrina; luego, la vida.

Esto está bien, con tal que nos cuidemos de no dividir o separar ambas partes, pues se corresponden mutuamente. Es verdad que en la carta a los Romanos, por ejemplo, en su primera parte (caps. 1-11), se nos presenta lo que «tenemos en Cristo». Mientras que a partir del capítulo 12 y ss. siguen las amonestaciones para caminar por la vida. Mas en aquella primera parte también hay pasajes exhortatorios. Recordemos las palabras del cap. 6:12: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal». Mientras que en la última parte (Rom. 13:1-7) también tenemos lo que se nos enseña acerca del lugar y cometido de la autoridad en la sociedad. Pero, sobre todo, debemos tener presente que las amonestaciones están fundamentadas en las promesas. Esto está muy claro en el comienzo de Rom. 12: «Así que, hermanos, os ruego (: os amonesto) por las *misericordias* de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional».

Precisamente porque hemos encontrado la misericordia de Dios, presentaremos nuestra vida al servicio del Dios misericordioso. Esto no quiere decir que nosotros, puesto que Dios ha hecho tanto por nosotros, debemos hacer también algo por El. Las Sagradas Escrituras desconocen tal teoría retributiva. ¿Qué podríamos hacer nosotros mismos para o en favor del SEÑOR?! El apóstol Pablo quiere decir que la misericordia de Dios urge, como lo más natural y lógico, a una vida de gratitud. Sólo la recordación y el recuerdo de tan grande gracia de Dios, nos empuja a amar al SEÑOR. Sólo cuando olvidamos la gracia de Dios, podemos seguir viviendo en el pecado.

Esto también está muy claro en Fil. 2:1: «Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo». Si creemos en Cristo el Señor, entonces no se puede dar de lado una amonestación a ser de un mismo sentir.

De cómo las amonestaciones guardan relación con el Evangelio se evidencia claramente por la carta a los Hebreos. Allí se nos presenta la magnificencia de Cristo. El es más excelso que los ángeles: y mayor que Moisés y Aarón. El es nuestro Rey eterno, y único Sumo Sacerdote, y un Abogado cerca del Padre. Pero tantas cuantas veces el autor ha recordado esto a la iglesia, continúa, por así decirlo, un pasaje exhortatorio. Así lo vemos Hebreos 2:1 «Por tanto (: porque Cristo es tan grande), es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos».

Releamos una vez más la carta a los Hebreos, de la cual aún quiero citar esto: «Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día...» (3:12-13).

¡Que los ministros de la Palabra no tengan miedo de amonestar al pueblo de Dios, con tal que lo hagan en buena forma y estén ciertos de que amonestan y exhortan en nombre del SEÑOR! Durante más de treinta años hube de oír la condena de un anciano sobre una predicación en la que no se había amonestado en la forma correcta y buena. Pues comentaba: «En aquella predicación no oía la voz del SEÑOR.

Aquel pastor se desató contra la congregación,

como si él mismo fuese el amo de ella. El nos expondría la ley; el nos diría qué periódico o revista debíamos leer, y de qué organización debíamos hacernos miembros o de cuál habríamos de darnos de baja».

Cuando un ministro de la Palabra dice: «Así habla el SEÑOR», deberá estar cierto de que habla en nombre del SEÑOR, y cuando amoneste, debe hacer sentir o notar que es en base a la misericordia de Dios. Yo mismo, en una ocasión, he recriminado tan duramente que un anciano me dijo: «Usted da tantos palos, figuradamente hablando, que también las ovejas de nuestro Señor Jesús se hacen asustadizas y hurañas». Ciertamente tenía razón aquel hermano, y desde entonces aprendí a hacerlo de otra forma.

La amonestación consiste no sólo en instar a una nueva vida, sino también a permanecer en la fe. Por lo cual, debemos buscar, una y otra vez, la salvación y la vida fuera de nosotros mismos, en Cristo. En este sentido escribe Pablo a los corintios: «Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (II Cor. 5:20). Pero, desde esta relación reconciliadora, está permitido y se debe amonestar a una vida santa.

Los Menonitas llamaban a la predicación: amonestación, exhortación. Incluso su lugar de cultos se llamaba: casa de amonestación. Lo que no está tan fuera de razón. Pues incluso el Evangelio llega a nosotros con esta amonestación: «Convertíos». Cuando Pedro ha dirigido su conocida predicación de Pentecostés, que nos ha sido conservada en Hechos cap. 2, sigue: «Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta generación perversa» (v. 40). Las Sagradas Escri-

turas están llenas de exhortaciones para padres e hijos, para mujeres y hombres, para señores y siervos, para viejos y jóvenes. Ellas nos indican cómo debemos comportarnos con amigos y enemigos, en comunión con la Iglesia y en el mundo. Nos amonestan a creer el Evangelio, pero también a vivir después según el Evangelio. Están llenas de promesas y exigencias, de enseñanza y de vida, de fe y conversión, de Evangelio y Ley. Seremos dóciles para escuchar el Evangelio, si somos amonestados a la obediencia mediante amonestaciones. Nunca somos tan viejos como para poder prescindir de ellas. Son tan necesarias como el pan. Pertenecen al Evangelio. Los *Cánones de Dordt* nos hablan de las «santas amonestaciones del Evangelio». Mientras que también allí se nos dice: «Porque por las amonestaciones se pone en conocimiento de la gracia» (caps. 3-4, XVIII).

Debemos tener siempre presente en nuestro pensamiento las palabras del Salvador: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt. 7:21); o aquella otra expresión de nuestro Redentor, después que hubo lavado los pies de Sus discípulos: «de cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis». (Jn. 13:16-17).

Amonestaciones mutuas

Hasta ahora hemos hablado especialmente de las amonestaciones con que el SEÑOR llega hasta Su pueblo, tanto por medio de las Sagradas Escrituras como por la predicación. Hemos visto que las Escrituras desde Génesis a Apocalipsis están llenas de exhortaciones, y que el SEÑOR, por medio de

ellas, quiere mantener lejos del pecado a Su pueblo y también retenerle en el recto camino. Para ello quiere usar a los ministros en la congregación. Estos pueden y deben, en Nombre del SEÑOR, corregir las irregularidades y hacer retornar a los descarriados al camino recto. Este es un trabajo hermoso. ¡Qué agradable cuando un pastor nota con alguna frecuencia que hay alguien que ha sido alcanzado por una amonestación, de forma que se convirtió de la desviación de sus caminos! Recuerdo que, en una ocasión, durante una visita familiar, un hermano me dijo: «De vez en cuando me siento tocado por la predicación. Entonces me digo a mí mismo que tengo que acabar con esto o con aquello». Es un gran beneficio cuando por medio de las amonestaciones vemos que el SEÑOR reparte Su gracia.

Sin embargo, los miembros de la congregación no deben pensar que la amonestación es cosa del pastor y de los ancianos. Esto es muy cómodo, pero el SEÑOR no lo encuentra bien. Pues El lo ha ordenado de otra manera en Su Palabra.

Recuerdo un texto del Antiguo Testamento, que quizá muchos de nosotros no conocemos. Está en Lev. 19:17: «No odiarás a tu hermano en tu corazón; ciertamente reprenderás (: *amonestarás, exhortarás*, Nota del T.) a tu prójimo, para que no llesves pecado por su causa» (Versión Moderna).

En la versión Reina-Valera (1960), leemos: «No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado». Es verdad que ambas versiones varían en alguna forma, pero en las dos lo principal del caso es idéntico: no podemos odiar al hermano. Pero esto es lo que hacemos cuando no le exhortamos o amonestamos si vemos que peca (: anda en peca-

do). Pues, puede ser que por nuestra culpa (si no le amonestamos) el hermano se pierda. Le amaremos, como a nosotros mismos. ¿Nos agradecería condenarnos por culpa de otro? Pues bien, entonces tampoco debemos hacérselo a otro.

Si alguien nos dijera: -«Eso tenía validez bajo el Antiguo Testamento. Entonces había un solo pueblo, una sola gran familia cuyos miembros debían velar entre sí como hermanos y hermanas», ésta sería mi respuesta: -Tal pueblo o tal familia existe aun hoy. Ciertamente que a veces no se le parece mucho, sin embargo así es, según la disposición del SEÑOR. La congregación o iglesia es la nueva familia; y cómo debemos comportarnos en ella los unos con los otros, nos lo ha dicho el Señor Jesús en aquellas célebres palabras de Mt. 18:15, que leemos: «Por tanto, si tu hermano». Lo que sigue a esta cita es probable que ya lo sepamos, pero lo que a mí me importa aquí es el mandato del Señor Jesús a todos los miembros de Su iglesia a que se amonesten y exhorten mutuamente.

En las diferentes versiones de estos pasajes bíblicos se usan palabras tales como reprender, censurar, amonestar, increpar. Todo lo cual viene a ser lo mismo. La intención, naturalmente, debe ser salvar o ganar al hermano que ha caído en pecado. Pues si continúa por un camino pecaminoso puede caer irremediablemente y condenarse eternamente. ¿Queríamos dejar a alguien caminar hacia la condenación en el infierno? En ese caso, ¡le estaríamos odiando! Pero si queremos bien a alguien, si le amamos, le amonestaremos cuando toma un camino equivocado.

Que aquí hay una tarea para toda la congregación, para todos sus miembros, es algo con lo que difícilmente se conciencian. Puede ser que esa re-

cíproca amonestación ocurra más de lo que yo pienso. Mas en mi trabajo pastoral lo he notado muy poco. Ahora se me podría decir: —«Eso es lo bueno. Usted tampoco tenía por qué notarlo; ya que, cuando se ha ganado un hermano, sobran posteriores comentarios y tampoco tiene por qué enterarse el pastor».

Estoy completamente de acuerdo con esto, y espero que eso ocurriera muchas veces en las iglesias en las que fui pastor. Pero me temo que no fue ni es cosa fácil. En el tiempo que regenté una pastoría, sólo ocurrió en un par de ocasiones que un caso de éstos se llevó al consistorio después que primeramente fuera tratado según Mt. 18. Esto sería extraño si verdaderamente se hubiera procedido según Mt. 18. Pues, que un pecador casi siempre escucha una amonestación, me parece demasiado hermoso para ser verdad.

Además, tenemos, aunque no se cuán frecuentemente ocurre, que se presentó una queja contra un hermano, sin antes haber procedido como se nos dice en Mt. 18; y con frecuencia se rehusó ir primeramente junto al hermano en cuestión a fin de amonestarle; o, dicho llanamente: ¡Al evangelio de Mt. 18 no se le daba importancia alguna!

Aún me queda una razón para aceptar que la cuestión de la amonestación recíproca no anda muy bien. A veces, ocurría que un hermano o hermana, que no participando ellos mismos de la Mesa del Señor, aseguraban que «se acercaban» muchos que no debían hacerlo. Según aquéllos, acudían a la Santa Cena blasfemos, ramera y holgazanes. ¡Si el pastor hubiera sabido la gravedad del caso!

Mi pregunta no se hacía esperar: —¿Quieren ustedes acompañarme algún día para ir a amonestar a esos hermanos o hermanas? Esto se rehusó siempre;

y con toda esa clase de excusas que todos nosotros conocemos: –«Que no se sabía hablar bien; que tampoco uno mismo era tan bueno; que no serviría de mucho, etc., etc.». En total, que el hombre siempre sabe encontrar excusas y reparos.

Ahora, sé ciertamente que en las mencionadas acusaciones había alguna exageración. Sin embargo, estoy convencido que existía algo de verdad. Pero también es mi convencimiento que muchos hacen poco caso de lo escrito en Lev. 19:17 y en Mt. 18. Semejantes textos no vibran en la conciencia de muchos miembros de la iglesia. Quizá debiera ser así, pero, según parece, no hay razón que lo justifique.

¿Por qué escuchamos las amonestaciones del SEÑOR de forma tan rematadamente mal que, con frecuencia, rechazamos exhortarnos unos a otros? ¿Es porque realmente no creemos que el camino del pecado es el camino de la muerte? ¿Posiblemente creemos que no es para tanto? ¿Por qué nos atrevemos a dar consejos y avisos a alguien cuando está enfermo? –Porque tenemos miedo que pueda ser algo grave, y porque pudiera ser una equivocación dilatar ir al médico. ¿Y no tendremos miedo cuando alguien se halla en un camino pecaminoso? ¿No nos amaremos un poco más, y por eso nos avisaremos de la perdición eterna?

¡Cuán frecuentemente encontramos en las Sagradas Escrituras que nos debemos amonestar y exhortar los unos a los otros! El apóstol Pablo escribe, en Rom. 15:14, que les considera capacitados para que se amonesten mutuamente, y en Col. 3:16, dice: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría»; y en I Tes. 5:14, leemos: «También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos».

En la carta a los Hebreos, que es autocalificada de exhortativa, tenemos: «Exhortaos los unos a los otros cada día» (3:13); y en otro pasaje se nos insta: «Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de reunirnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto que veis que aquel día se acerca» (10:24-25). A fin de cuentas, poco importa cuántas veces se hable de esto en las Escrituras. Con tal que lo mencionara una sola vez, a ella deberíamos atenernos. Pero, ciertamente, se nos recomienda la amonestación en casi una docena de ocasiones.

También en cumplir este mandato hay gran recompensa. ¡Qué hermoso es cuando podemos hacer volver al buen camino a un hermano en la fe! En ese caso, libramos de la muerte a alguien. También cuando alguien no nos escucha, nos queda el consuelo de haberle avisado. Mientras que, por el contrario, nos puede quemar la conciencia cuando tenemos que acusarnos de no haber ofrecido la mano a una persona que estaba en camino de perdición.

A este respecto, también hay aquí una tarea especial para los padres con relación a sus hijos. En la carta a los Efesios leemos: «Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor» (6:4).

Cuando Pablo en la carta 1ª a los Tesalonicenses habla de su trabajo para la congregación, de cómo ha aconsejado y exhortado, compara su trabajo con el de un padre y una madre en el hogar. En el capítulo 2, versículo 7, nos dice: «Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la madre que cuida con ternura a sus propios hijos»; y en el v. 11: «Así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de

vosotros». Pablo ve como lo más lógico que un padre que ama a sus hijos como a sí mismo, les avise del mal y les inste al bien. Por lo demás, esto ya se inculcó y recomendó en el Antiguo Testamento a los padres, en aquel célebre pasaje de Dt. cap. 6: «Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán en tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa,...» (v. 6 y ss.).

Pero, vosotros diréis: -¿No es eso lo más lógico y natural? Sin embargo, mi experiencia es que no es tan lógico y natural que los padres amonesten a sus hijos.

Aún lo veo sentado frente a mí en mi despacho. Era un chaval travieso: lo suficientemente espabilado como para que estuviera calificado de *pintilla*.

Estaba loco por las chicas, y lo curioso es que también muchas chicas estaban locas por él. Llevaba una vida desastrosa; tanto que muchos contaban y no acababan. Finalmente, todos estos rumores llegaron hasta mí. Entonces le pedí que viniera a verme, y vino. Entre otras cosas, le pregunté si nunca le habían hecho ver los peligros e inconvenientes de tal actitud; o si nadie le había dicho que el SEÑOR aborrecía una vida semejante. El me contestó -y tengo mis razones de que decía la verdad- algo así: -«Nadie me ha llamado nunca la atención seriamente».

Ciertamente se le había injuriado, afrentado; se le había puesto como un trapo; todo a sus espaldas. Pero nunca nadie le había amonestado cristiana-, amorosa- y seriamente. Ni incluso su propio padre, el cual después no lo negó y reconoció que amonestar era algo muy difícil!

¿Que no es difícil? Yo me atrevería a decirlo más crudamente: -¡Es casi imposible! Mas han de entenderme bien. Quiero decir lo siguiente: Si alguien

piensa: -«Yo lo arreglaré; yo lo retendré en el buen camino; yo haré esto y aquello y lo de más allá con él, etc., etc...», temo que no se conseguirá nada, absolutamente nada positivo. Lo más frecuente es que, después de todo, nos sintamos corridos, confundidos y un poco avergonzados. Nosotros no tenemos a nuestros hijos de la mano, y, por naturaleza, nos falta la sabiduría, la paciencia y el amor para amonestar y exhortar como el SEÑOR quiere. Nos es «por naturaleza» algo imposible de llevar a cabo.

Pero, por otra parte, también es fácil.

Si conocemos y reconocemos al SEÑOR en todos nuestros caminos; si deseamos de El la sabiduría que, por naturaleza, nos falta; si aprendemos de El la paciencia; si amamos al SEÑOR y por El también a nuestros hijos, como hijos del Pacto que El nos ha dado, en esos supuestos, no dejaremos de amonestarles. Quizá con una sola palabra, dicha en el momento oportuno; a veces con un solo gesto pueda ser suficiente; como algunos padres que pueden dirigir a sus hijos con una simple mirada. También puede ser necesario que tomemos aparte a uno de los hijos para hablar seriamente con él o ella. Podemos estar agradecidos si esto no es preciso; si es suficiente con que, como de pasada, exhortemos en la convivencia ordinaria y según las distintas fases de la vida de nuestros hijos; es decir, que avisemos de los malos caminos e indiquemos los buenos, en los cuales procuraremos andar según mejor sepamos. ¡Ay de nosotros si nosotros mismos hacemos algo que escandalice a nuestros hijos! ¡Ay de nosotros si nosotros mismos no hacemos lo que indicamos a nuestros hijos como el buen camino! Si nos siguen en el mal, el SEÑOR nos reclamará su sangre, es decir, nos preguntará qué hicimos con Sus hijos.

Se me ocurre pensar que en nuestros círculos y ambientes falta mucho de esa amonestación recíproca. A veces, en los periódicos se dan noticias de castigos públicos.

Se habla muchísimo los unos de los otros. Pero la pregunta es ésta: ¿Hubo primeramente una amonestación previa y bajo cuatro ojos? Si así hubiera sido, entonces se podría haber evitado aquel castigo público. Quiera Dios concedernos que nosotros nos atengamos a la voluntad del SEÑOR; y dejemos que cada uno comience a hacerlo por sí mismo.

SOBRIEDAD

Usamos las palabras *sobriedad* y *sobrio* bastantes veces en diversos significados. Tanto en sentido propio como figurado. Si debemos tomar un jarabe en ayunas (= con estómago ayuno), todos sabemos lo que eso significa: antes de que hayamos comido o bebido algo.

Si alguien después de una fiesta llega ayuno o sobrio, eso quiere decir que no estaba borracho. Si hablamos de la verdad fría o ayuna, ello significa: una verdad libre o despojada de todo adorno o invención. A veces, la palabra *sobrio* toma el color de: objetivamente frío, sin gracia.

Cuando decimos: «Es aún un niño sobrio», con esto queremos significar que acaba de ver el mundo, que aún es inocente o sin picardía.

Si ahora queremos examinar cómo las Sagradas Escrituras usan esta palabra, me limito al Nuevo Testamento y al significado figurado.

Cuando el apóstol Pablo, en la carta a Tito, cap. 2, amonesta a los ancianos a ser sobrios, esto realmente significa que «no sean dados al vino» (1:7). Amonestación que también es válida para las ancianas (2:3). De esto no haré aquí comentario alguno.

¿Qué significa cuando el apóstol en I Tes. 5:6, escribe: «velemos y seamos sobrios»? Esto se evidencia claramente del contexto. Pablo ha hablado del día del Señor, que vendrá como un ladrón en la noche. Los incrédulos dirán: «¡No pasa nada! Falsos profetas anunciarán: «¡Paz, paz; no hay peligro! A éstos el día del Señor les sobrevendrá «como los dolores de parto a una mujer en cinta». Pero no ocurrirá así con la iglesia de Cristo. Pues los creyentes son hijos de la luz. Han sido transportados del reino de las tinieblas a la luz de la revelación y de la gracia de Dios.

No pertenecen a la noche del mundo y a las tinieblas del pecado. Los incrédulos viven según la regla: «Comamos y bebamos, pues mañana moriremos» (I Cor. 15:32). Recogen de la vida lo que pueden; y gozan de ella lo que pueden, pues no tienen otra cosa. Son hijos de la noche. Se emborrachan de los goces de este mundo.

A los creyentes les dice Pablo: «Todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios» (I Tes. 5:5-6).

Es claro lo que el apóstol quiere decir: «No os dejéis arrastrar por el mundo. No os emborrachéis de la grandeza de la vida, o de las pasiones de la carne, o de los deseos de los ojos.

Dí ¡no!, sobria—, clara— y radicalmente contra todo goce que no puede conjugarse con la esperanza del retorno de Jesucristo. En el lenguaje ordinario también usamos la palabra *sobrio* en sentido análogo. Por ejemplo, de algo decimos que no está dentro de nuestro alcance, o que no podemos pagar: ¡Eso me coge ayuno (: sin blanca, sin dinero)!

Así dice el apóstol: Permaneced ayunos de todo

lo que no puede resistir el juicio del Señor, que viene a juzgar a los vivos y a los muertos.

Con este aspecto negativo no está dicho todo. Está bien que «no amemos las cosas que están en el mundo» (I Jn. 2:15).

Pero la sobriedad cristiana no sólo consiste en no-hacer algo. Un cristiano que sólo sabe de «no manejes, ni gustes, ni aun toques», no agrada al SEÑOR, y tampoco puede mantenerse en pie ante el juicio de Dios.

Permanecemos ayunos del mundo, cuando nos mantenemos firmes en el bien.

Pero obramos positivamente armándonos de la fe y del amor; y nos armamos con el yelmo: la esperanza de la salvación o de la redención. Si somos sobrios en el sentido de las Sagradas Escrituras, entonces comprendemos que este mundo pasa con sus concupiscencias. También entendemos que existe otro mundo. Otra realidad que Dios nos ha revelado.

Un reino o riqueza de promesas que nos es permitido y debemos creer.

Una abundancia de exigencias paternas de Dios, es decir, amar a Dios con todo nuestro corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Un glorioso futuro en el cual nos es permitido esperar. Y con ese amar, creer y esperar tenemos las manos tan llenas que, sencillamente, no tenemos tiempo alguno para el goce del mundo.

La auténtica sobriedad nos hace renunciar al mundo impío. Mas esto nada tiene que ver con la fría objetividad, o frigidez, o simplicidad. Nosotros permanecemos ayunos, sobrios de todo lo que el Señor odia.

Por la fe nos saciamos de las promesas de Dios, encontramos liberación en el servicio amoroso de

Dios, y somos ricos en la esperanza en la vida bienaventurada y eterna.

También en la primera carta del apóstol Pedro se relaciona el ser sobrio con el retorno de Cristo y la fugacidad de la imagen de este mundo; pues leemos: «Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración» (I Pe. 4:7). En el párrafo anterior se trató de «la vida de los paganos» y de un camino «en desenfrenos, concupiscencias, etc».

Asimismo se habló de «dar cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y los muertos».

Teniendo presente la transitoriedad de este mundo y el retorno Cristo, seremos sobrios y velaremos en oración, para que no entremos en tentación y caigamos.

También en este contexto, no sólo se dice de qué hemos de abstenernos, sino que, asimismo, se nos avisa de esperar sobriamente la llegada de otro mundo: de una nueva tierra y de un cielo nuevo, donde mora la justicia.

Teniendo esto en cuenta, nos amaremos mutuamente con amor encendido, cubriremos multitud de pecados y seremos hospitalarios.

«Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios (v. 10).

Aquí, ser sobrio en sentido negativo significa: Decir no a todo en lo que no está la gracia del SEÑOR.

Positivamente, quiere decir que nos hallaremos muy ocupados con el servicio de amor a Dios, que también fluye del o en el servicio al prójimo.

Finalmente, en I Pe. 5:8, el «ser sobrios y velar» se relaciona con la lucha contra Satanás, el cual da vueltas como león rugiente, buscando una presa que pueda devorar.

Los lectores de la carta de Pedro tenían que sufrir mucho en este mundo. Esta era la realidad que sobriamente debían tener bien presente.

Esto es lo que también ocurre con todos nuestros hermanos en el mundo. Ya lo predijo el Salvador: «en este mundo tendréis persecuciones» (Jn. 16:33). Pero los creyentes no se acobardarán, sino que resistirán al diablo y permanecerán firmes en la fe. Cristo ha vencido al mundo, y tampoco el demonio tiene poder sobre aquellos que se han asido a Jesucristo.

¿Somos sobrios? ¿Velamos? ¿No? Pues, ¡volvámonos todo lo contrario! El apóstol Pablo, en I Cor. 15:35, escribe: «Velad debidamente, y no pequéis». Esto se nos dice, una vez más, en relación con la resurrección de los muertos, y con el peligro de aquel: «comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (15:32).

¡Tenemos necesidad de esta amonestación en estos tiempos y en nuestras iglesias!, pienso yo.

SENCILLEZ

La primera vez que encontramos esta palabra en el Nuevo Testamento es en los Hechos de los Apóstoles 2:46. ¡Qué descripción tan hermosa nos dan las Sagradas Escrituras acerca de la vida de la primera iglesia! ¡Qué bien se llevaban los hermanos y hermanas! Tanto como para estar celosos de ellos. Ciertamente no había comunidad de bienes, pero sí cuidaban los unos de los otros. Si era necesario, alguien vendía una parte de sus bienes y hacienda, a fin de cubrir las necesidades de los pobres. Había una maravillosa unidad. Se citaban mutuamente en el templo. Ahora aquí, luego allá, se reunían a comer juntos. Si se trataba de comidas fraternales, o si se trataba de la celebración de la Santa Cena, o si no era otra cosa que comidas normales y corrientes, es algo que no importa gran cosa para lo que queremos decir en este tema. Pues, lo que a nosotros nos interesa en este momento es que aquellas reuniones se celebraban «con alegría y sencillez de corazón».

Seguro que allí no hubo ni adornos ni aliños. Los miembros de la iglesia no eran ricos en dinero ni en bienes. Lo más hermoso era aquella alegría y sencillez de corazón. En este texto hay una palabra que

significa: *natural*, «*sencillamente*», *simple*, llegaríamos a querer decir.

Eso sí, usada no en sentido insatisfactorio, sino satisfactorio. Aquí no se trata de una sencillez innata o natural. Pero ellos creían sinceramente en el Señor Jesús. El rico no se engreía sobre su hermano pobre; y el pobre carecía de sentimiento de inferioridad. Se trataban abierta y naturalmente, porque también trataban a Dios abierta- y sinceramente. ¡Cuán hermoso es si también ahora se puede decir eso mismo de una iglesia!: ¡Que los hermanos y hermanas conviven con alegría y sencillez de corazón!

En Romanos 12:8, Pablo estimula a los creyentes a emplear los dones que tienen. Quien pueda amonestar o exhortar, debe hacerlo. Quien tiene don de profecía, profetice; y quien puede enseñar, enseñe; y quien reparte, hágalo con sencillez. Esto lo expone el Prof. Greijdanus de la forma siguiente: «*Con sencillez*» o liberalidad, quiere dar a entender: *sin segundas intenciones*; sin esconder misteriosas intenciones de búsqueda del honor propio, o de colocar al otro en una situación de dependencia.

Antes bien se trata de dar y ayudar sin consideraciones innobles. Aquí realmente se trata de repartir dones materiales, como los calificamos; y eso debe tener lugar con sencillez. El que reparte, sólo debe ver la misericordia del SEÑOR y la necesidad que, según la voluntad de Dios, ha de ser aliviada. ¡Con cuánta frecuencia ha pecado la iglesia contra esta regla! Los que reparten, miran a veces más al presupuesto de la diaconía que a la necesidad de los necesitados. Muchas veces se buscó más el honor propio que el honor del SEÑOR. Incluso todo se quedó en besos y apariencias, con lo que los necesitados no fueron sino humillados. La palabra *sencillez*

barre a los cuatro vientos todas esas segundas intenciones. Quien reparte, debe dar de forma sencilla según quiere el SEÑOR, y según la necesidad de los indigentes. En esto es, pues, un imitador de Dios. Pues de El escribe el apóstol Santiago: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente (con sencillez) y sin reproche» (Sant. 1:5). Aquí nos encontramos con la misma palabra que en Rom. 12:8.

Quien da con sencillez, sin segundas intenciones, sólo porque el SEÑOR lo quiere y la necesidad lo exige, se hace liberal, generoso. Da espontáneamente, según sus posibilidades, a veces por encima de ellas. Así actuaron las iglesias de Macedonia cuando se les pidió sus dones para la pobre iglesia de Jerusalén. Pablo escribe acerca de esto en II Cor. 8:1-2: «Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riqueza de su *generosidad*. Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas» (v. 3). Aquí, por «generosidad», tenemos en griego la misma palabra que en Rom. 12:8 es traducida por «liberalidad». Quien sencillamente pide o inquiere lo que el SEÑOR quiere, y quien mira sin recelo suspicaz la necesidad que se ha de prestar, lo más natural es que se vuelva generoso y liberal. Pero el significado fundamental y la raíz de la palabra es: *sencillez*.

También en Ef. 6:5 se habla de «sencillo» o «sencillez»: «Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, *con sencillez* de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como

siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios, sirviendo de buena voluntad, como al SEÑOR y no a los hombres». También aquí la palabra *sencillo* viene a significar: sin segundas intenciones, con honestidad y sinceridad. No debemos pensar que para los esclavos fue sencillo servir a su Señor sirviendo a sus amos terrenales, tal y como aquí se les pide. Como tampoco debemos pensar que nos sea fácil ocuparnos en todas las cosas sin segundas intenciones, aunque se trate del servicio al Señor. Eso sólo lo podemos aprender de nuestro Señor Jesucristo. La sencillez en el sentido escriturístico no es una cualidad «natural», sino cristiana. También de esto podemos decir: «Si alguno tiene falta de *sencillez*, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada» (Cf. Sant. 1:5).

Finalmente, tenemos otro aspecto de la palabra «sencillo». Pedro y Juan han sanado a un paralítico junto a la Puerta Hermosa, y después han predicado el Evangelio, para enfado y escándalo del Sanedrín y sobre todo de los saduceos, que no querían saber nada de la resurrección de los muertos. Los apóstoles son apresados y llevados ante el Consejo. Entonces Pedro predica valientemente el nombre y el poder de Jesucristo, por Quien el paralítico había sido sanado. En este contexto, ahora leemos en Hechos 4:13: «Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras (sencillos), del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús».

La expresión «hombres (sencillos) del vulgo», también podemos traducirla por: laicos. Los apóstoles no eran hombres de aquella profesión; no habían estudiado en las escuelas de los rabinos; tampoco estaban impuestos en el derecho de los príncipes

de la iglesia, como podríamos llamar a los sacerdotes de aquel tiempo. Estos, pues, se maravillaban que aquellos *laicos*, iletrados, se atreviesen a hablar en público tan denodadamente acerca de Jesús, pues no eran teólogos o filósofos. Los miembros del Sanedrín olvidaban que aquéllos habían sido enseñados en la escuela del más Sublime Profeta y Maestro. De El habían aprendido a entender en toda exactitud las Sagradas Escrituras; y, por esto, eran los verdaderos maestros de las mismas.

La misma palabra que fue usada por el Sanedrín para calificar a los apóstoles de laicos o iletrados, también la encontramos en I Corintios cap. 14. Allí trata Pablo de la glosolalia (: hablar en lenguas desconocidas). Ese es un fenómeno extraño, del cual no nos podemos hacer una idea exacta. Era un orar a Dios y un alabarle en sonidos que sólo podían ser entendidos por el que lo hacía. A veces había en la iglesia otra persona que podía interpretarlo. El mismo Pablo también había hablado en lenguas (I Cor. 14:18).

El no condena la glosolalia. ¡Sin embargo, en las reuniones de la iglesia no hace bien alguno! Tal persona habla ciertamente a Dios y le honra, pero ¿cómo participan de ello los miembros de la iglesia, los cuales no lo entienden? En cualquier caso, debe haber alguien que interprete la glosolalia; pues de otra forma, quien tenga el don de hablar en lenguas, lo debe expresar en privado. ¿Qué provecho tiene una iglesia si alguien ora o habla en lenguas que ella no puede comprender? Pues bien, en ese caso, escribe Pablo: «Porque si bendices con el espíritu, el que ocupa lugar de *simple oyente*, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias?, pues no sabe lo que has dicho». (v. 16) (Versión Reina-Valera, 1969). La versión Moderna dice: «indocto». Pero en ambos ca-

sos se quiere indicar alguien que no está iniciado en el lenguaje de la glosolalia; que es un laico en ese terreno; que no tiene ni idea de ello ni comprende nada del mismo. Pablo, pues, quiere decir: ¡Piénsese en la iglesia! Ella se compone de un 90% de gentes sencillas, indoctas y no iniciadas en glosolalia; y en el v. 23 vuelve sobre este asunto, y dice: «Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?».

Aun puede predicarse de forma que todos los indoctos puedan entender. ¿De qué les aprovecha a los sencillos, a los no iniciados en palabras que no entienden? Si ocurre que un incrédulo entra en la iglesia, posiblemente invitado por su vecino cristiano, tampoco podrá entender nada de lo que se dice. Por tanto, aunque sólo fuera por esta razón, es mejor decir cinco palabras que son comprensibles, que mil que para él son ininteligibles.

MODERACIÓN

Parece como si esta palabra ya no existiera en nuestros días en muchos diccionarios. Al menos se nota bastante poco. ¿Para qué habrías de moderarte y dominarte? Vivimos una época de gran prosperidad para casi todo el mundo. A la mayoría de las gentes no les falta dinero; y si se puede gozar de esto o de aquello, ¿por qué te has de refrenar? Un hombre vive una sola vez, ¿por qué, pues, has de dejar pasar la oportunidad? Asistimos a unos días de milagros sociales y económicos, como nunca jamás han ocurrido, y se nos predice que aún vendrán tiempos «mejores». Dentro de poco, la semana de cinco días de trabajo será aún más corta, y posiblemente con aumento del salario, y más tiempo libre para vivir auténticamente y poder satisfacer todos los deseos imaginables. Esos deseos y pasiones son estimulados de mil maneras. De esto se cuida toda clase de propaganda. A veces parece como si un hombre ya no pudiera vivir si no tiene un coche, o al menos una moto, o un ciclomotor; o si le falta el aparato de televisión en el salón de estar; o si no puede ir de vacaciones al extranjero. Lo que es deseable para los ojos y para la carne se nos presenta como lo ideal. Y lo más grande de la vida,

aquello que llamamos «vanagloria de la vida», nos atrae por todos lados. Si alguien tiene tiempo y dinero para satisfacer sus pasiones, ¿por qué ha de refrenarse? Si no se tiene dinero para esto o aquello, no hay por qué preocuparse, pues casi todo se puede conseguir pagando a plazos. Aún existe la posibilidad de ganar un buen premio de dinero por medio de las loterías o las quinielas; y, finalmente, en algunos países el padre-Estado se cuida de ti «desde la cuna al sepulcro». ¿Quién, pues, se preocupará o hablará ahora, en semejante época, de la moderación?

Es de temer, que no sólo en el mundo, sino también en la iglesia la palabra *moderación* haya sido suprimida del diccionario. Hace algunos años, el Dr. Woeldering, en su hermoso libro *De la práctica de la piedad*, escribía estas palabras: «En nuestros días, entre los cristianos se dedica muy poco esfuerzo al ejercicio de la virtud que ahora comentamos. Quien se empeña en vigilar que el primer amor no sea abandonado, y que los deseos de los ojos y los deseos de la carne y la soberbia de la vida no aparten su corazón del servicio del SEÑOR, frecuentemente debe mantener una dura batalla, porque en esta lucha se sabe muy poco acompañado. La comunión de los santos es frecuente que aún se siga ejercitando en la persecución y bajo la cruz, en liberaciones y en vivencias excepcionales, pero muy escasamente en la batalla diaria de la santificación. Precisamente aquí es tan necesario apoyarse y ayudarse mutuamente, y animarse los unos a los otros para un mayor afinamiento en el ejercicio del amor». Esto se escribía por el año 1956, y pienso que la situación no ha ido a mejor en los últimos años. De ahí que opine que debemos ocuparnos alguna vez de tratar acerca de la moderación.

Sobre este tema tenemos otra palabra: *templanza*. El conocido texto de II Pedro 1:5-6, en la *Versión Moderna*, nos dice: «...añadid a vuestra fe el poder; y al poder la ciencia; y a la ciencia, la *templanza*; y a la templanza, la paciencia...»; y en la *Versión Reina-Valera*, leemos: «...añadid a vuestra fe, virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia...» Es decir, para mantener la medida, debemos dominarnos a nosotros mismos. Esto no es tarea pequeña. En el libro de los Proverbios leemos: «Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad» (16:32). ¡Un expugnador no es mucho más hombre que uno que se domina a sí mismo! Ahora bien, no debemos pensar que en el mundo, entre los incrédulos, no haya lucha por la moderación, templanza y dominio propio.

Según algunos filósofos griegos, el dominarse a sí mismo era la mayor virtud; o por mejor decir: el fundamento de todas las virtudes; y algunos lo daban una proyección enorme. Por ejemplo, los deportistas. De ellos escribe el apóstol Pablo: «Todo aquel que lucha, de todo se abstiene» (I Cor. 9:25, *Versión Reina-Valera*); «...es templado en todas las cosas» (*Versión Moderna*). Se privaba de toda clase de cosas deseables para llegar a ganar el primer premio. En nuestros días, también podemos leer de jóvenes deportistas, de ambos sexos, que viven con una gran templanza y vida moderada, a fin de llegar lo más lejos posible en sus respectivas especialidades deportivas. Tanto es así, que acabo de leer acerca de las figuras neerlandesas en natación: «No hacen más que dormir, comer y nadar. Así cada día».

Podéis creerme, ¡este dominio propio cuesta! Sin embargo, esta moderación no es la que agrada al

SEÑOR. Pues, ¿por qué se obra así? Para ser el primero en cierto terreno o faceta, para alcanzar gloria. Por consiguiente, se moderan a sí mismos por razón de ellos mismos. Algunos filósofos griegos instaron a la templanza o moderación, porque sólo de esta manera el hombre se hacía libre verdaderamente, y así se lograba la mayor altura que el ser humano puede alcanzar. Yo opino que semejante dominio propio siempre es mejor que la pasión por los placeres que actualmente vivimos. Pero la auténtica templanza y moderación que el SEÑOR pide de nosotros no es esa.

¿Por qué debemos dominarnos y vivir sobria- y modestamente? -Porque somos propiedad de Cristo; y porque queremos agradarle a El.

Cristo Jesús, que nos compró con Su sangre, quiere que mantengamos siempre puros y limpios cuerpo y alma; para El y para Su servicio. Por eso huiremos de toda fornicación, como el apóstol Pablo escribe en I Cor. 6:18 y ss.: «Huid de la fornicación... ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios».

Porque somos del Señor, no nos dejaremos esclavizar bajo el poder de cosa alguna. El ha dicho que incluso nuestra mano, que quiera llevarnos bajo el poder de algo, deberemos cortarnos; y que nos arrancaremos el ojo que quiera ponernos bajo las garras del pecado. El apóstol Juan, en su primera carta, nos avisa de que no amemos el mundo, es decir, el mundo de los deseos de los ojos, y de los deseos de la carne, y de la vanagloria de esta vida. Pues todo eso pertenece al mundo que pasa y des-

aparece. Pero quien hace la voluntad de Dios, permanece eternamente.

Esto no quiere decir que debamos ser ascetas.

No precisamos mortificar ni torturar nuestro cuerpo mediante mortificaciones caprichosas; ni tenemos necesidad de retirarnos a ningún monasterio. A nosotros nos ha sido permitido y dado el poder de gozar de la vida que el SEÑOR nos ha dado a disfrutar. Entiéndase bien: gozar de *la vida que el SEÑOR nos ha dado para gozarla*. Porque, consecuentemente, lo que gocemos no rompe el servicio que a El le debemos con toda nuestra vida. Se trata de servir a Dios en todo y con todo. Esto está antes que nada. De ahí que ya no nos dejamos dominar por el poder del dinero: pues no podemos servir a Dios y a las riquezas; ni tampoco nos dejamos arrastrar bajo el poder del alcohol, del tabaco, el café, etc., etc.; ni mucho menos bajo el poder de nuestros malos deseos, que brotan de la carne; ni nos dejamos embaucar por el espíritu de este siglo. Antes bien, nos dejamos dominar únicamente por la Palabra y el Espíritu de Cristo.

Esto no será una realidad si no nos ejercitamos en ello ya desde muy jóvenes; pero me temo que a nuestra juventud le falta mucho de este ejercicio y costumbre de la templanza y moderación. Hace algún tiempo me encontraba no muy lejos de una máquina automática. Dos jovencitos se comían con fruición su paquetito de patatas fritas. Posiblemente lo necesitaban; quizá se lo habían ganado. Concedo que todos podemos disfrutar de algo que se sale de lo común. Pero aquellos chavales no terminaron ahí. Cuando se les acabaron las patatas, volvieron a sacar unas monedas y se dirigieron a la máquina tragaperras. El uno sacó un bocadillo y el otro un pastelito, y la comilona continuó. Con eso no

quedó saciado su deseo de comer. Volvieron a sonar monedas, y cada uno sacó un trozo de pizza caliente.

En fin, para abreviar: en un cuarto de hora, aquellos dos jóvenes se gastaron casi un par de florines cada uno picando de esto y aquello... ¿Quién piensa, pues, que aquellos chicos se ejercitaron en la moderación y templanza?

Espero que aquello fuera una excepción. Pero no estoy seguro de ello. En absoluto quiero decir que nosotros, los mayores, fuéramos mejores a su edad. La juventud de antaño no era ni un pelo mejor que la de hoy día. Pero hay ciertamente diferencia con el pasado. Entonces carecíamos de semejantes oportunidades. Lo especial permanecía como reservado para ocasiones especiales. Pero, actualmente, lo especial es de lo más corriente, y aquí hay un gran peligro, si no me engaño. Si los mencionados jóvenes disfrutan y gozan de esta manera, ¿serán más tarde moderados en la comida y en la bebida? Si alguien pregunta si eso es necesario, responderé plenamente convencido: ¡Sí; es necesario! ¡El hombre debe comer para vivir! Pero, ¡no vivir para comer! Deberá refrenarse también en comer y en beber; lo cual también es un bien para el cuerpo. No hace mucho que leí una buena regla para la comida: «Por la mañana comer normalmente, a mediodía frugalmente y a la noche escasamente». Pienso que ésta era una buena e incluso cristiana norma.

Pasemos a otro punto.

El uso de las bebidas –me refiero a las alcohólicas– no decrece actualmente, sino que va en aumento. Los anuncios, la propaganda han hecho su agosto. Por cierto, que no soy abstemio; ni me atrevería a decir que el alcohol esté radicalmente prohibido por Dios. Pero la moderación, templan-

za y dominio propio en esto, es algo realmente ordenado, y, para ser sincero, diré que no me parece bien que en una reunión se invite a los circunstantes a que elijan la bebida que prefieren tomar. Pues cabe preguntarse si esto no es una cierta manera mundana de obrar. Pero una cosa es muy cierta, al menos para mí: ¡Quien después de una reunión ha de sentarse delante del volante del automóvil, debe abstenerse de bebidas alcohólicas! No porque esto siempre produzca males; sino porque quizá pueda ocasionarlos. Una fracción de segundo menos de capacidad de reacción puede tener como consecuencia un accidente, posiblemente mortal. Pero siempre hay quienes replicarán: —«Yo puedo contra las bebidas». O: «—¿Crees que aún no sé conducir?, etc. Ahora bien, cada uno es responsable de sí mismo, y ¡cada uno deje de hacer lo que no debe hacer!» Yo pienso que beber alcohol antes de conducir, es una irresponsabilidad.

Hace un momento, escribía: ¡Cada uno haga lo que debe dejar de hacer! Pero, según me parece, lo más frecuente es que hacemos lo que no podemos dejar de hacer. Tampoco nos gusta que nos lo critiquen, o al menos no lo soportamos gustosamente. Aunque la mayoría de las veces tienen razón. En una ocasión, una señora, mientras encendía su cigarrillo, se expresaba así: «Propiamente es algo extraño. Fumar no deja buen sabor de boca, tampoco es barato y tampoco es sano; y, sin embargo, lo hago». ¿Por qué, pues? Ni ella lo sabía realmente. ¿Por aburrimiento? ¿Por nerviosismo? ¿Porque ahora se había convertido en costumbre? En cualquier caso, ciertamente porque no lo podía dejar. Pero no piensen los señores que ellos son más fuertes. Muchos fuman, ¡porque no lo pueden dejar!

Fumar, pues, ¿no es lícito? Hay gentes que tie-

nen este convencimiento. En América, en muchos círculos es característico de un verdadero cristiano el no beber ni fumar. En mi opinión, no tienen razón. Que también en esto debemos dominarnos, es algo en lo que estaremos de acuerdo. Pero no ocurre muy frecuentemente. Algunos dedican demasiado dinero a este placer; ellos mismos lo reconocen. Otros fuman en exceso, para perjuicio de su salud. A veces lo reconocen ellos mismos. Se puede estar tan esclavo de este placer, que en un campo de concentración ¡se arriesgó hasta la muerte! Cuando alguien ha llegado tan lejos, deberá pensar en las palabras del apóstol: «Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna» (I Cor. 6:12).

Por supuesto, aún se podrían citar muchas más cosas. Vivimos unos tiempos en los que las pasiones sexuales se ven soliviantadas de diferentes maneras. Se ofrece literatura de la más obscena deshonestidad. Recibimos propaganda en el buzón, en la cual se nos recomiendan libros cuyo contenido haría protestar al más pintado. Hay gentes que propagan el nudismo...

Seamos, pues, sobrios, y ejercitémonos en el dominio propio. Hemos sido comprados a muy alto precio. Somos propiedad de Cristo; somos un pueblo santo y llamado a vivir santamente.

Pasiones sexuales

Las Sagradas Escrituras en muchos lugares nos avisan contra el pecado de la incontinencia y desenfreno en el terreno de la vida sexual, y nos instan en otros tantos lugares a vivir casta y modestamente. Esto era realmente necesario en los días del inicio del Nuevo Testamento. Pues el mundo

greco-romano sucumbió por los excesos en este terreno. Probablemente la vida sexual de nuestros días no sea mejor que aquélla. Existe un mal que generalmente camina en la oscuridad. Por eso no habrá nadie que pueda decir cuán terriblemente el pecado se propaga en este sentido y destroza la vida. Pero lo que sale a la luz es de tal naturaleza, que pone los pelos de punta. De vez en cuando se descorre un poquito el velo que más o menos cubre esa vida de color de rosa de las grandes ciudades. En una ciudad como Amsterdam cientos de rameras ejercen su «negocio», al cual se lo califica de «el más antiguo de los que existen». Normalmente se llama a estas señoras con el bonito nombre francés de «prostitutas» o «concubinas»; pero pienso que debemos seguir las llamando con su antiguo nombre de «rameras». Es natural que estos seres —a veces dignos de lástima— vivan de la incontinencia de miles de hombres. Encuestas acerca de la vida de los jóvenes de ambos sexos nos revelan cosas a veces inimaginables. En algunos ambientes parece ocurrir raramente que una joven casadera aún sea virgen. Pero la situación de los jóvenes en estos mismos círculos tampoco es mejor.

El hecho de que actualmente haya menos matrimonios «obligados» que antes, no quiere decir nada. El uso de los llamados preservativos está muy extendido y ampliamente conocido y, además, abiertamente propagado. Hay psicólogos que encuentran una necesidad los viejos conceptos acerca de la castidad y continencia. Así como una persona apaga su hambre comiendo, así también sería muy normal y natural liberar el «hambre» sexual. Tiempos atrás llegaba a ocurrir que un joven lograba de su doctor (médico) una carta en la que éste declaraba que la incontinencia para el interesado era per-

judicial para su salud. Esto venía a ser como un vale para relacionarse fuera del matrimonio. Probablemente estos casos no se den ya más, pues son muchos los que se dan a sí mismos semejantes recetas. La vida, en extensos círculos de la sociedad, parece estar tan podrida como una cloaca.

Es cierto que no debemos generalizar. También en círculos donde el Evangelio se ha desvalorizado se ven con sobresalto y estupor los fenómenos antes mencionados. También allí hay todo tipo de movimientos y organizaciones que urgen a una vida pura y limpia. A veces, el inconsciente influjo del cristianismo aún sigue operando en esos ambientes. Esto nos permite estar contentos. Pero no quita que el mal de la incontinencia sexual haya tomado incalculables proporciones. Hablando en propiedad, esto es algo que no nos puede extrañar ni maravillar. Esas dos muchedumbres de nuestro pueblo no quieren saber nada más de Dios y de sus mandamientos. Al Evangelio se lo ha tirado por la borda. Los escolares de enseñanza media, incluso, apenas conocen ya el nombre de Jesús. Al SEÑOR tampoco se le conoce. No se quiere saber de pecado ni de gracia. El hombre es ley para sí mismo y se da a sí mismo la ley. Todo acaba con la muerte y ya no se teme un juicio final. ¿Por qué, pues, se habrían de refrenar las pasiones? A esto hay que añadir que esas pasiones son soliviantadas por medio del cine, el teatro y el baile. No se olviden tantos libros obscenos que libremente se exponen en los escaparates y se venden. Sólo se precisa ver los carteles en las entradas de los cines, para saber la clase de suciedad que allí se expone. Incluso los críticos humanistas echan pestes contra todo esto. Allí se presenta sin pudor alguno la miseria de la vida en los barrios extremos de las grandes ciudades. ¿Es,

pues, de extrañar que crezca una generación que desprecia su propia vida?

Parece ser difícil apartar a la juventud «eclesial» del cine, los guateques, etc. Lo mismo a la juventud que se llama cristiana y reformada. No hace mucho, leía que la tradición: «nada de cine, ni teatro, ni bailes», había sido rota por la juventud reformada. Una gran parte de la juventud mencionada va sencillamente al cine, al teatro, etc., y muchos líderes religiosos ya no se atreven a pronunciar un «NO» rotundo contra tales prácticas. Todo esto me parece corruptor. ¡Cómo querría yo que alguien que conozca bien a la juventud y los *problemas* de las grandes ciudades escribiera acerca de estas cosas!

Pero, por más que se opine acerca de estos diversos «problemas», esto ha de ser incontrovertible: –Habremos de mantener puros el cuerpo y el alma. Cuanto las Sagradas Escrituras nos prescriben, tiene validez no sólo para los tiempos de los profetas y apóstoles, sino que tiene vigencia para todas las épocas. Cual sea la voluntad del SEÑOR para la vida sexual, está claramente y muy bien resumido bíblicamente en el *Catecismo de Heidelberg*: «¿Qué enseña el séptimo mandamiento? –Que Dios maldice toda deshonestidad, a) y, en consecuencia, nosotros debemos también aborrecerla de todo corazón, b), y vivir casta y sobriamente, c), sea en el santo estado de matrimonio, o en otro estado, d)».

a. Lev. 18:28; b. Jds. 23; c. I Tes. 4:3-5; d. Heb. 13:4; I Cor. 7:7.

Además, también tiene validez lo siguiente: «¿En este mandamiento prohíbe Dios sólo el adulterio y pecados semejantes? –Como nuestro cuerpo y alma son el templo del Espíritu Santo, Dios quiere que conservemos ambos puros y santos. Para ello prohíbe

toda impureza en nuestras acciones, nuestros gestos, nuestras palabras a), nuestros pensamientos y deseos b), y todo lo que incita al hombre a ello c)».

a. Ef. 5:3-4; I Cor. 6:18-19; b. Mt. 5:27-28; c. Ef. 5:18; I Cor. 15:33. (Véase *Catecismo de Heidelberg*, domingo 41. Ed. FELiRe, Apdo. 1053, Rijswijk (Z. H.), Holanda).

No podemos huir de este mundo. Tampoco debemos hacerlo. Ni tampoco podremos eludir todas las tentaciones. Pero no las buscaremos; sino que las evitaremos.

«Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo» (II Tim. 2:19), y Pedro escribe a la iglesia: «Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma» (I Pe. 2:11). No deberemos preguntar hasta dónde podemos ir en compañía de este «mundo», sino cuánto podemos permanecer alejados de él. Cuando éramos niños y chavales intentábamos arriesgar peligros. Caminábamos sobre el pretil de un puente de unos pocos centímetros de grosor, o sobre el borde de una cornisa junto a un canal de agua. Estas eran empresas peligrosas, por las que podías recibir un par de azotes si los padres lo veían o se enteraban. Lo cual era muy inteligente por su parte. Pero me temo que muchos cristianos no lo dan importancia. Entre ellos hay una tendencia hacia esto y aquello del mundo, que puede ser peligroso. ¿Qué cosa mejor se puede esperar de tales compañías? Mas los cristianos que quieren vivir según las indicaciones del Evangelio, ¿no deberían saber de esos peligros? No dudo de las buenas intenciones de aquellos que propagan un cine cristiano o defienden un teatro cristiano. Aunque dudo de los buenos resultados de tales empeños. En los tiempos del Nuevo Testamento

también había teatro, danza y circo, etc. Sin embargo, en ninguna parte leo que los que son propiedad de Cristo puedan tomar parte alegremente en estas cosas.

Antes bien, lo contrario. Sé muy bien que con esto no está dicho todo. Tampoco sostengo que no haya buenas películas; así como también concedo a cada cual una gran libertad cristiana; pero, eso sí, una *libertad Cristiana*; una libertad que se mantiene firme en la gracia de Jesucristo. Porque quien ha sido hecho libre por Jesucristo, nunca preguntará cuán lejos puede ir en compañía del mundo, sino más bien lo lejos que puede mantenerse del mismo.

Toda esta degeneración de la vida sexual guarda relación con el espíritu de estos tiempos, el cual procura complacer lo más posible a todas las pasiones e instintos. Se quiere gozar de esta vida todo lo más que se pueda. Pero se precisa dominio propio para no dejarse arrastrar. En toda persona hay una cierta inclinación a hacer lo que hacen los demás. Así, por ejemplo, alguien de nuestra vecindad ha comprado un televisor. Los vecinos se acercan a verla, y lo encuentran estupendo. Por este medio se puede vivir un acontecimiento como si se estuviera allí presente. ¡Algo fantástico! Pero ir siempre junto al vecino para ver algo, no puede ser.

A uno mismo le agradecería tener un medio de comunicación semejante. Mas, no puede ser; sin embargo, el deseo está ahí. Al poco tiempo, vemos que se levanta una segunda antena en la vecindad. Otro más que también puede tener TV. Entonces brota nuevamente la pregunta, ¿por qué no podríamos tenerla nosotros? En la primera ocasión, se consulta al respecto en la tienda. El aparato es ciertamente caro, pero por el momento apenas se precisa tener todo lo que cuesta.

Los pagos a plazos son una comodidad. Ciertamente uno se halla comprometido durante meses y meses, y, a la larga, esto genera preocupación. Ahora, al menos, se tiene algo. Quien se exarceba por el futuro es un descontentadizo; y de esta forma, poco a poco, va surgiendo sobre los tejados un bosque de antenas de televisión.

Lo mismo puede ocurrir con una motocicleta, o una moto, o un coche, o una lavadora, o un frigorífico. También todo esto se puede adquirir a plazos, si no me equivoco. Estos males no hundirán el mundo, pero soy de la opinión que son un mal. Quiero decir: el comprar a plazos, y el hacerse con una cosa lujosa que se quiere tener porque todo el mundo la tiene; sin preguntarse si la adquisición de tal cosa está justificada. ¿Que estoy pasado de moda? ¿Que no vivo con los tiempos? ¿Que soy retrógrado? Eso se dice, pero no va conmigo.

Naturalmente, no sostengo que nadie jamás deba comprar algo que no pueda pagar directamente. Repito que no soy tan retrógrado. Un fabricante comprará una nueva máquina que sea productiva durante muchos años, y que al cabo de los mismos la pueda amortizar. Un patrono de barcos comprará una nueva y costosa embarcación de la cual tiene necesidad para ganarse la vida. Esto no sólo puede hacerlo, sino que deberá hacerlo frecuentemente. Mas artículos de lujo, de los cuales no se tiene necesidad ni se pueden pagar al contado, es preciso abstenerse de adquirirlos. Esta es mi opinión. Ahora bien, puede haber diversidad de pareceres acerca de lo que es necesario y lo que es lujo. Si estuviéramos de acuerdo en que no se debe adquirir lo que no se cree necesario y lo que está considerado como lujo, entonces todos saldríamos ganando. Pero me temo que muchos tampoco estarán de acuer-

do con esto; y el mejor testigo de ello es la práctica.

La vieja regla que se nos recordaba en nuestra juventud, era esta: «Lo que no es necesario, siempre es caro». Esto encierra alguna exageración. Es lo que ocurre en todo refrán, aunque también encierra algo que merece ser considerado. Sobre todo en estos tiempos. Por supuesto que debemos concedernos recíprocamente una gran libertad. Pero, asimismo, deberemos preguntarnos si ante Dios está justificado lo que hacemos con nuestro dinero. No todo lo que se puede hacer es lícito, por esa misma razón. Pues somos propiedad del SEÑOR, incluso con lo que poseemos; con lo cual haremos lo que El quiere. Si llevar a cabo nuestros deseos nos impidiese cumplir, por ejemplo, nuestras obligaciones para con el servicio del SEÑOR, entonces deberemos refrenar nuestros deseos. Lo que hacemos también debe ser responsable con vistas al futuro, del cual podemos y debemos preocuparnos. No debemos pensar: –«después de nosotros el diluvio», y así entregarse a gozar lo que ahora se puede gozar. Esto es absoluta y puramente mundano.

Aquí radica, según pienso, una de las causas de que muchas gentes vivan como viven. No se esperan muchas cosas buenas en el futuro. Es posible que estalle una tercera guerra mundial con bombas atómicas y cohetes. Entonces la vida no tendrá razón de ser, y de ahí que aún se intente gozar de la vida todo lo que se pueda. Y si con la muerte todo esta concluido, entonces ya no hay más que desear. Dejemos, pues, –se dice– que nuestros deseos se cumplan. Por tal motivo o razón, dirán: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos».

Según las predicciones de un doctor italiano, el mundo acabaría alrededor de estos tiempos; y al-

guien escribió a propósito de esto: «Si eso fuera verdad, sentiría mucho no haber disfrutado mucho más de las fiestas nocturnas, de no haber bebido más champán y de no haber hecho más largos viajes».

Esto es comprensible en gentes que no creen en una vida eterna, en una nueva tierra bajo un cielo nuevo. Pero los cristianos no deben vivir así. Es cierto que pueden disfrutar de lo que el SEÑOR les da a disfrutar, pero no deben vivir como si no viniera una nueva tierra, y como si con la muerte todo acabase. No precisamos tener tanta prisa en ver todo lo que se puede ver, y experimentar todo lo experimentable. Pues llega una tierra nueva. ¿Cómo será? No lo sé; pero ciertamente que no será menos hermosa que ésta. ¿Quién dirá lo que allí se podrá gozar? Pero será más hermoso de lo que un hombre puede gozar; y lo más hermoso de todo es que ¡viviremos para siempre con el SEÑOR!

INDULGENTE (clemente y similares)

Esta palabra parece fatal en el diccionario de muchos; y aunque se encuentre allí, es muy poco lo que la ponen en práctica; o por decirlo con otras palabras: la indulgencia o clemencia es una virtud que se encuentra (escasamente) entre los hombres. Por naturaleza, es algo que jamás lo catalogamos de virtud. Un diccionario que consulté, comenzaba así: «La palabra clemencia o indulgencia (sustantivo) y el verbo 'ser-indulgente, tardo o lento para la ira' son palabras auténticamente bíblicas. No se las encuentra en el griego clásico, y sólo rara vez en el griego posterior. Efectivamente, pues, son palabras características del cristianismo, porque describen una virtud cristiana que para los griegos en modo alguno era una virtud». En absoluto se encontraba merecedor de alabanza si una persona era indulgente. En los héroes se estimaba que inmediatamente se encendieran de ira. Al menos así ocurría entre los griegos, pero es que además eso se tiene como una propiedad común y humana. A alguien que es indulgente y tardo para la ira, enseguida lo calificamos de débil.

Es lo más corriente pensar que con la clemencia no se prospere mucho en el mundo. El canto

de Lamec cuadra mucho mejor a las personas: «Ada y Zila, oíd mi voz; mujeres de Lamec, escuchad mi dicho: Que un varón mataré por mi herida, y un joven por mi golpe. Si siete veces será vengado Caín, Lamec en verdad setenta veces siete lo será» (Gen. 4:23-24). Esto nos bulle a todos en la sangre; y la pregunta es: si nosotros hemos ido muy lejos en clemencia e indulgencia con los demás. Me temo que no.

El SEÑOR es clemente e indulgente. Así se reveló a Su pueblo. En Ex. 34:6, leemos: «¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado». Esto no quiere decir que El aprueba todo y nunca castiga. Pues éstas son las palabras que siguen: «Y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación». Pero lo que este texto sí quiere decir, es: que el SEÑOR contiene por largo tiempo la eclosión de Su ira.

En el Antiguo Testamento, la palabra que se usa para *clemencia* propiamente viene a significar: diferir, dilatar la ira; es decir, retardar la explosión de la ira. El SEÑOR tiene mucha paciencia con las debilidades y faltas de Su pueblo. Pasa mucho tiempo hasta que El lo borra en Su ira. Por eso es tan glorificado y alabado en los salmos: «Mas tú, Señor, Dios misericordioso y clemente, lento para la ira, y grande en misericordia y verdad» (Sal. 86:15).

El SEÑOR no sólo es clemente e indulgente para con Su pueblo, sino incluso también con Sus enemigos, y asimismo para con los gentiles. Esto es lo que algunas veces les faltó, incluso, a los profe-

tas. Me parece que fue en un momento de debilidad, cuando Jeremías oraba: «...y véngame de mis enemigos. No me reproches en la prolongación de tu enojo» (Jer. 15:15).

El profeta quiere decir: Si aún sigues teniendo clemencia por más tiempo con los que son Tus enemigos, ¡entonces yo terminaría derrotado! Jeremías tiene miedo de que la clemencia de Dios le llegue a costar la vida. En este punto, pienso que Jeremías no puede ser alabado ni seguido en su ejemplo. Con mayor fuerza resalta la contraposición del profeta de Dios en el caso de Jonás. Cuando el SEÑOR se apena por el mal que pensó hacer a Nínive, Jonás se enfada. «Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó» de que el SEÑOR perdonó a aquella gran ciudad; e incluso se atrevió a decírselo al SEÑOR: «Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal» (Jonás 4:1-2). En el Antiguo Testamento también se alaba y ensalza la clemencia de los justos. De forma especial, en el libro de los Proverbios, al cual me parece que conocemos muy poco. Pienso que debíamos sabernos de memoria las sentencias siguientes: «El que tarda en airarse es grande de entendimiento; mas el que es impaciente de espíritu enaltece la necedad» (14:29). «El hombre iracundo promueve contiendas; mas el que tarda en airarse, apacigua la rencilla» (15:18), y: «Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñoorea de su espíritu, que el que toma una ciudad» (16:32).

En la parábola del siervo inicuo (Mat. 18:23 y ss.), el Señor Jesús ha contrapuesto la paciencia que el SEÑOR tiene con nosotros y nuestra dureza frente

a nuestros deudores. Había un Rey a quien uno de sus súbditos le debía millones.

Este no podía pagar nada, y pidió clemencia: ¡si el Rey aún quisiera tener paciencia para con él! Entonces el Rey movido a gran misericordia le perdonó todo. Pero este hombre tenía un deudor que le debía un poco de dinero. Cuando éste suplicó una breve demora para el pago de su pequeña deuda, sólo encontró dureza de corazón en su compañero: ¡Este debe ser atado de pies y manos hasta que pague aquellas pocas monedas!

También el apóstol Pablo habla de la indulgencia y clemencia de Dios; aunque, asimismo, nos amonesta a que no debemos hacer mal uso de ella. Pues, en Rom. 2:4, escribe: «¿O menosprecias las riquezas de Su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que Su benignidad te guía al arrepentimiento?» Y en el cap. 9:22, dice que incluso Dios quiere seguir mostrando clemencia a los rechazados en Su ira santa, a fin de manifestar Su misericordia en toda su grandeza; y con el profeta Ezequiel podemos reproducir la indulgencia de Dios en aquellas conocidas palabras: «Vivo Yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva» (Ezq. 33:11).

Por otra parte, sobre todo el apóstol Pablo insta a la clemencia. De él mismo y de sus colaboradores dice en II Cor. 6:6, que ellos se han hecho conocer como ministros de Dios «en pureza, en ciencia, en longanimidad...» El halló mucha clemencia de parte del SEÑOR, ¿cómo, pues, no habría de tener paciencia con los demás? Esto es lo que aprecia en Timoteo, el cual ha seguido en esto a su maestro. Véase II Tim. 3:10. Pero no sólo los apóstoles y predicadores del Evangelio deben demostrar clemencia, sino que ésta en una obligación de todos los

creyentes: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad,...» (Gál. 5:22). Cuando Pablo amonesta a los creyentes de la ciudad de Efeso a andar de conformidad con su vocación, reseña como una parte de esa vocación lo siguiente: «con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor» (Ef. 4:2). Esta paciencia no sólo ha de mostrarse en aquello que tengo contra los «hermanos», pues el apóstol dice: «que seáis pacientes para con todos» (I Tes. 5:14); y en lo que se ha llamado el «himno del amor», nos dice –y esto es lo primero y principal–: «El amor es sufrido» (I Cor. 13:4). Me parece que todo esto demuestra bien a las claras que la clemencia, indulgencia y misericordia, es algo inapreciable a los ojos del SEÑOR.

¿Acabaremos, pues, alguna vez de inculcarnos y recomendarnos que Dios quiere que seamos indulgentes? Me temo que recapacitamos muy poco en esto y –lo que aún es más grave– que lo practicamos muy poco. ¡Cómo nos excitamos por pequeñas cosas, por naderías! Y ya que la vida consiste en pequeñeces, ¡qué bien haríamos en ejercitarnos en la paciencia e indulgencia recíproca! Esto puede tener lugar en la familia. Los padres pueden ser quisquillosos entre sí y frente a sus hijos, y viceversa. Por ejemplo, alguien hace una observación que no es demasiado amigable. Entonces, naturalmente, ¡esto no lo acepta el interpelado! Y una palabra provoca otra, y entonces –nos encontramos con la riña. ¿Por qué en esos casos no atenerse al consejo de Proverbios 15:1, que dice: «La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor!?» ¡Cuán frecuente es que tengamos poca paciencia con una debilidad o particularidad de uno de los familiares! ¡Con qué rapidez nos ponemos nerviosos!

¡Cómo nos irritamos por buenas o malas costumbres que no merecen la pena hablar sobre ellas!

¡Qué gran privilegio si alguien, por la gracia de Dios y como seguidor de Cristo, puede ser paciente e indulgente en su hablar, hacer y dejar de hacer! Aún conservo el recuerdo de un hombre que, según el juicio de su mujer, era muy indulgente. Y lo era, me parece a mí también. Si mi memoria no me engaña, este era el caso: En la propiedad de unos campesinos había un cerezo junto al camino. Unos chicos que pasaron por allí, no pudieron resistir la tentación de coger un par de aquellos frutos rojos y redondos. La dueña lo vio, y pidió ayuda a su marido para atrapar a aquellos muchachos y darles unos cuantos azotes en el trasero. Pero el «jefe» no le hizo caso al asunto, y se limitó a decirles un par de recomendaciones, y dejó marchar a los pequeños. Cuando la dueña me refirió esto, añadió en su típico dialecto: —«Mi hombre es así de misericordioso». Lo cual también equivale a indulgente. Yo no defenderé a aquellos muchachos, pero ciertamente apreciaré que el labriego o campesino, dueño de aquel cerezo, no se indignó por aquel par de cerezas que los chicos habían cogido.

¡Cuán grave cosa es si un maestro en el colegio, o un jefe en el lugar de trabajo, o un pastor en la catequesis, no ejercita el hermoso don de la indulgencia o paciencia! Es como echar sal a cada caracol. Se critica toda debilidad. Puede ser que con dureza e intransigencia se obtengan buenos resultados. Pero el ambiente se hace incómodo, y el trabajo entonces carece de todo placer.

Hay jefes que se glorían de que todos sus subalternos tiemblan cuando están a su alrededor. Esto me parece una gloria pobrísima; y, por supuesto, como cristiano, no lo puedo aprobar.

Sobre todo en la congregación debemos pedir al SEÑOR mucha paciencia e indulgencia; pero no sólo hemos de pedir esto, sino también que vayamos tras este don, que luchemos por conseguirlo. Pues también la «virtud» de la clemencia (: paciencia) no se consigue sin batalla. Por naturaleza, no nos va el ser pacientes e indulgentes con nadie. Si bien es verdad que unos lo tienen más fácil que otros en esta lucha. En esto, como en otras cosas, también entra en juego la educación y la herencia. Pero a todos nos cuesta una dura batalla. Todos tenemos momentos de esos en los que la sangre nos hierve, como se suele decir, y entonces difícilmente cerramos la boca. A veces, también nos tiemblan las manos. Son ocasiones difíciles. Lo mejor que en esos casos podemos hacer es no hacer nada, por el momento. Quizá fuera lo mejor que nos fuésemos a dar una vuelta por la calle. A esto la Biblia lo llama: dilatar-la-ira, ser-tardo-para-la-ira, retardar-la-cólera. De este retraso, generalmente surge una demora. Lo cual, naturalmente, no quiere decir que debamos hacer como Elí, quien jamás contrarió a sus hijos, por más que se portaran mal. Sino quiere decir que nos dominemos en la expresión y manifestación de nuestra ira.

Pablo escribe, que el amor es paciente. Así pues, la falta de paciencia es falta de amor. En otro lugar, dice que la paciencia es fruto del Espíritu. Si, pues, no somos pacientes, entristecemos al Espíritu Santo. En la carta a los Gálatas, cap. 5, Pablo coloca la paciencia en compañía del gozo, la paz y la amabilidad. Todas estas propiedades están entrelazadas entre sí. De alguien al que amamos mucho, mucho es lo que podemos soportar. Si estamos gozosos y contentos, mucho es lo que podemos obtener. Entre amigos no nos enfurecemos enseguida.

También opino que un poco de sano humor puede ser una buena medicina contra el mal de irascibilidad. Sobre todo una nota de humor en nuestra autocrítica no hace mal alguno. Si nos conocemos un poco a nosotros mismos en nuestras limitaciones, debilidades y particularismos, entonces nos hacemos prudentes en nuestros enfados frente a los demás. La falta de indulgencia, paciencia y clemencia es, me parece, también una consecuencia de la soberbia. ¿No sería esto lo que el libro Eclesiastés quiere decir cuando afirma: «Mejor el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu. No te apresures en tu espíritu a enojarte; porque el enojo reposa en el seno de los necios»? (Ecl. 7:8-9).

Tengo la impresión que entre nosotros apenas apreciamos la paciencia, clemencia e indulgencia. Tenemos la costumbre de poner los puntos sobre las íes. Sobre todo en lo que respecta a los otros. ¡No nos mordemos la lengua! ¡Decimos exactamente de lo que se trata! ¡No nos andamos con paños calientes!, etc. Esto hasta puede ser importante en asuntos de vital importancia, y aun hasta cristiano. Pero, sin embargo, también leemos u oímos muchas críticas, de las que podemos decir: —¿Eran realmente necesarias? O esta otra pregunta: —¿No había ciertamente nada bueno que decir?

Seamos, pues, indulgentes para con todos. También frente a los de la familia de la fe. Mucho es lo que habremos de soportarnos mutuamente; y esto lo haremos, cuando tengamos presente lo mucho que el SEÑOR hubo de soportarnos y aún quiere soportarnos.

PACIENCIA Y PERSEVERANCIA

Aquellos que conocen la Biblia, no ignoran muchos pasajes en los que se encuentra la palabra paciencia. Así la encontramos en aquel texto tan célebre: «Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas» Lc. 21:19; y asimismo en la amonestación de Heb. 12:1, que dice: «...y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante», y por citar un lugar que casi todos conoceremos de memoria: «...también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia» (Rom. 5:3).

Pero aunque conozcamos esta palabra, no por eso el asunto o tratamiento de la misma puede estarnos realmente claro y comprendido. Pues, a lo largo de los siglos, la palabra paciencia ha recibido un tono o color que nunca tuvo en el original. Al oír esta palabra, pensamos, casi sin darnos cuenta y como lo más natural, en una especie de callada resignación o conformidad que, en el sufrimiento o ante el dolor, se inclina y somete, porque ante éstos no hay nada que hacer. Las palabras de Lc. 21:9, que cité anteriormente, se han convertido en un refrán, que nada tiene que ver con las palabras del Señor Jesús. En un diccionario muy conocido leía lo siguiente: «Con vuestra paciencia ganaréis vuestras

almas, es decir: da la cara, no te enfades». Mientras que la paciencia es declarada como resignación callada. Pero el Señor Jesús ha dicho algo muy distinto. Pues, si nos fijamos en el contexto, nos encontramos con que el Salvador prepara a Sus discípulos para sufrir muchas cosas. Serán perseguidos y echados de las sinagogas; serán traicionados por sus propios familiares y vendidos; por todos serán odiados por causa de Cristo, incluso serán muertos algunos de ellos. Mas en tales sufrimientos no han de desalentarse, ni han de perder el ánimo. Antes bien, deberán mantenerse firmes en la fe y en el anuncio del Evangelio. De esta forma, mediante su perseverancia y su firmeza en el dolor, obtendrán la vida. Por consiguiente, el texto aducido viene a significar casi lo mismo que aquel otro: «el que perseverare hasta el fin, éste será salvo» (Mc. 13:13). Y es que, porque la palabra *paciencia*, a causa del uso de las gentes, ha adquirido otro significado del que tuvo en el original; las nuevas versiones de la Biblia han hecho bien en no usarla más, y en lugar de ella han traducido: *perseverancia*. La palabra griega de la cual viene la traducción *perseverancia*, no tiene mucho en común con *muda resignación*. Literalmente traducida, vendría a significar: permanecer-debajo, o: mantenerse-firme-debajo-de. Lo cual siempre me lleva a pensar en un muelle poderoso que, mediante una fuerza o peso poderoso, es presionado hacia abajo. Ese muelle ciertamente es presionado, pero su fuerza elástica permanece en él. Un muelle o resorte endeble puede ser rendido. Pero un muelle poderoso soporta la resistencia y empuja hacia arriba. De forma que si la presión decrece, vuelve a dar de sí, y adquiere su forma original. También es frecuente usar otro ejemplo para explicar esta palabra, es decir: el del ár-

bol que crece bajo una cierta presión. Parece haber sido una costumbre poner algo pesado en la copa de una joven palmera. Se diría que esto es una tontería, pues sólo puede impedir el crecimiento. Pero no es verdad. Pues, bajo esa presión, la planta crece poderosamente hacia arriba.

Así es como también debemos entender la palabra *paciencia* que Pablo usa en Rom. 5:3, cuando dice que se gloría en las tribulaciones, porque la tribulación produce *paciencia*, o, por mejor decir, *perseverancia*. La presión temple la fuerza elástica, la resistencia. Cuando alguien ha resistido muchos padecimientos, sus fuerzas de resistencia y aguante se hacen más fuertes. Cuando un árbol ha sido muy zarandeado por muchas tormentas, lo notamos enseguida: ramas han sido rotas, desgajadas, y esto ha causado nudos en el fuste, en el viejo tronco; pero las raíces se han aferrado, se han arraigado fuertemente en lo profundo de la tierra, y la copa ha crecido vigorosa. Así es como el dolor y la opresión fortalece al cristiano, el cual, ofreciendo resistencia, se convierte en un probado veterano que aguanta todos los palos.

De ahí que también tengamos lo siguiente: la perseverancia produce fidelidad probada. Y es que la lucha, temple.

Ahora bien, debemos tener cuidado de no poner a un mismo nivel o comparación la perseverancia cristiana con la pagana. Los griegos también conocían el ideal de mantenerse firmes hasta el fin, de perseverar. Un héroe debía mantenerse firme, en pie, donde estuviese. En la guerra, los tímidos podían elegir el camino más fácil: la huida; pero los héroes debían mantenerse firmes, resistir: y si era preciso hasta la muerte heroica. Era su honor, a fin de conseguir la gloria. Era lo verdaderamente va-

ronil: ¡presistir siempre! Y la fuerza para mantenerse firmes, la sacaban de sí mismos, de su propio poder espiritual. Se llegarían a avergonzar de sí mismos si retrocedían o desertaban. Algo de este concepto heroico griego se ha trasvasado al pueblo judío. En el libro de los Macabeos leemos un relato de un cierto Racías, quien «prefiriendo morir noblemente antes de caer en manos de criminales y recibir ultrajes indignos de su nobleza, se echó sobre su espada» (II Mac. 14:41-22).

Pero como no acertó a matarse a sí mismo, y viendo que los enemigos penetraban en su casa, se subió a un muro y se arrojó sobre las tropas. «Aún respiraba, y enardecido su ánimo, se levantó, y mientras a torrentes le corría la sangre de las graves heridas, atravesó a la carrera por entre la multitud, hasta erguirse sobre una roca escarpada. Allí, totalmente exangüe, se arrancó las entrañas con ambas manos y las arrojó contra la tropa» (II Mac. 14:45-46). Pero esto nada tiene que ver con la paciencia o perseverancia cristiana.

La perseverancia o paciencia cristiana también es algo muy diferente de la indiferencia estoica. El estoico se acorazaba, por decirlo de alguna manera, contra todo lo que podía intranquilizar o despertar la paz de su alma. Se replegaba al castillo de su propio espíritu, el cual era intocable. Al menos, por esto se luchaba. Nosotros no debemos ensalzar esta pasividad o indiferencia, aun cuando alguna vez la hallemos entre los cristianos, como si se tratase de la paciencia o perseverancia cristiana. La verdadera paciencia o resistencia va acompañada de la confianza en el SEÑOR, el cual hace mantenerse en pie a los Suyos. Pocas son las veces que encontramos la palabra paciencia o perseverancia en el Antiguo Testamento. Pero el pensa-

miento en sí aparece en varias ocasiones. Por ejemplo, en el Salmo 27:14, donde leemos «Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová». En este texto, por *esperar*, tenemos una palabra que significa lo mismo que *perseverar*, la cual llamamos en el Nuevo Testamento. Quien perseverante confía en el SEÑOR y espera Su ayuda, no será confundido. Esto es lo que también el Salmo 130 expresa: «Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado» (v. 5). Los creyentes no son en sí mismos tan fuertes que, ciertamente, lo puedan todo. Llegan ocasiones o momentos de dolor en los cuales sucumbirían. Incluso los más jóvenes serían derrotados por el dolor aun a pesar del vigor de su vida. El contraste entre la propia resistencia y el poder que da el SEÑOR se expresa maravillosamente en aquellas conocidas palabras del profeta: «El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán» (Is. 40:29-31).

La perseverancia cristiana proviene de una verdadera fe. Así pues, cuando Pablo también se gloría en las tribulaciones porque la tribulación produce perseverancia, es porque a esto le precede algo más importante, a saber: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Rom. 5:1). En esto nos conmueve que el apóstol Santiago esté de acuerdo con Pablo. Pues aquel escribe: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia» (Sant. 1:2-3). Por el dolor o sufrimiento es puesta a prueba la fe, y la fe probada, que ha resistido frente a la

presión, produce perseverancia (: paciencia). Quien cree en Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, sabe que nada nos puede separar del amor de Dios. Por eso también se habla «del Dios de la paciencia» o de la perseverancia (Rom. 15:5). Esto no quiere decir que Dios también resista o persevere. De la perseverancia como atributo o propiedad de Dios no se habla en ningún momento en las Escrituras, al menos que yo sepa. Pero el SEÑOR es llamado «Dios de la paciencia» o perseverancia, como ya hemos visto, porque El concede perseverancia o todos aquellos que esperan (: confían) en El. Así que la perseverancia cristiana también se halla en relación con la esperanza. Quien espera (confía) en Dios, espera Su ayuda, auxilio y socorro también para el futuro. En la vida de cada cristiano llegarán problemas, tentaciones y pruebas. Pero, pase lo que pase y venga cuando venga, también el SEÑOR estará allí. «Espere Israel a Jehová, porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención con El» (Salmo 130:7). También en I Tes. se habla de «constancia en la *esperanza*» (1:3). Hombres sin Dios, son hombres sin esperanza. Hay gentes que carecen de total esperanza. En nuestros días se puede oír por todas partes: ¡Es desesperante! Las personas buscan evasión y se afanan por todo tipo de distracción y entretenimiento, a fin de combatir y disipar ese estado de desesperación. Pero no se consigue verdaderamente. Siempre queda una vaga angustia para esta vida sin sentido, –dicen. ¡No se ve una salida! –afirman.

Mas quien espera en Dios y en Sus promesas, en el pleno sentido que esta palabra –promesa de Dios– tiene en las Sagradas Escrituras, ése se mantiene firme y esperanzado; ése resistirá y perseverará hasta el fin, y será salvó.

La perseverancia cristiana va aparejada al gozo y a la alegría. Esto se evidencia en Col. 1:11, donde leemos: «Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de Su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con *gozo* dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en la luz». Los creyentes pueden, les es permitido, y deben estar gozosos incluso en la tribulación. Pues ésta pasa enseguida y transcorre fugaz, y a ella le sigue una eterna dicha y salvación. Los destinatarios de la carta a los Hebreos son amonestados a recordar los días de antaño cuando hubieron de pasar por muchas tribulaciones y sufrir tanta estrechez: «Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con *gozo*, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos» (Heb. 10:34). Finalmente, «esto merece aprobación (es gracia), si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente» (I Pedro 2:19).

Sufrir injusticia, ¡esta es la vocación del cristiano! «Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado (es gracia) delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (I Pe. 2:20-23). El hombre, por naturaleza, no sufre con paciencia la injusticia. Es algo que el «viejo hombre» tampoco quiere. Comprendemos perfectamente que los hombres protesten ante los

malos tratos: -«¿Habremos de soportar esto? ¡No puede ser!»; y si la cosa se hace insufrible, se echa mano de las armas de la revolución, por lo cual frecuentemente el caos se hace aún mucho peor. Pero el SEÑOR nunca insta a Su pueblo a la revolución. Tengamos cuidado de no dejarnos dominar por el espíritu de la revolución. También es posible que en una lucha fratricida tengamos que sufrir de parte de los hermanos. Entonces corremos peligro de que al desacato respondamos con otro tanto; o de que respondamos a la injusticia con injusticia. Esto es algo que llevamos muy dentro de nuestra carne y sangre. De ahí que sea una gracia de Dios, si sobrellevamos cristianamente la injusticia. Esto, naturalmente, no quiere decir que a la injusticia no podamos llamarla injusticia. Sino que quiere decir que la soportemos cristianamente, o sea, con paciencia; y que pasemos la injusticia que se nos infiere a Aquel que juzga justamente. No debemos gozarnos en poner negros a nuestros opresores. Si nuestras tribulaciones se originan en la lucha por la verdad y la justicia, las deberemos soportar con gozo y paciencia. Así hicieron los Hebreos cuando fueron expoliados de sus haciendas.

Este es el gozo que tanto les faltó en la tribulación; y que aún nos sigue faltando también a nosotros en tantas ocasiones.

TRISTEZA SEGÚN DIOS

El apóstol Pablo escribió a la iglesia de Corinto una carta muy incisiva. Los entendidos no están de acuerdo cuál fue precisamente la causa o motivo de este escrito. Pero es verdaderamente cierto que el apóstol, mediante su carta a los corintios, produjo dolor. El los entristeció; y él mismo lo encontró algo triste. «Porque aunque os contristé con la carta, no me pesa, aunque entonces lo lamenté» (II Cor. 7:8). Pero el gozo fue aún mayor en él; pues Pablo logró lo que quería: la conversión. De ahí que siga: «Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte» (v. 9).

Efectivamente, todos conocemos aquella expresión: *tristeza según Dios*. Todos sabemos muy bien lo que es la tristeza, aunque es muy difícil poderlo expresar en palabras. Su equivalente griega puede ser traducida por: aflicción, inquietud, dolor de corazón, pena del alma. Con estas palabras se da a entender tristeza por el pecado. Pero, ¿qué significa, «según Dios»? Hasta no hace mucho, yo pensé que significaba: tristeza que arroja hacia Dios. Sin

embargo, éste no es el significado que en ella se encuentra, aunque esta descripción también sea válida. Literalmente, quiere decir: tristeza-conforme-Dios. Lo que se intenta significar será realmente esto: tristeza que es según la voluntad de Dios; o: tristeza que a El le agrada. Podríamos decir: tristeza ante Dios. Quien está triste a causa de un pecado, en el buen sentido de la palabra tristeza, ha de entendérselas con Dios. Tal persona «conoce al SEÑOR» con su transgresión. A este respecto, tenemos el texto de II de Samuel 12:13, que dice: «Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová».

Así también podemos leer en Mt. 26:75: «Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente». Finalmente, tenemos Lc. 18:13: «Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador».

Estos ejemplos me parece que son muy claros: La verdadera tristeza por el pecado no puede mantenerse en pie sin el SEÑOR. Quien conoce rectamente su pecado, también conoce al SEÑOR y pide perdón. Perdón que es concedido liberalmente y sin reproche.

Dicha tristeza tampoco permanece sin fruto: lleva a conversión. Pecado confesado, se vuelve en pecado combatido. Y ya no sólo se piensa de él de otra forma, sino que también se procura otro comportamiento. Esto no quiere decir que, quien verdaderamente confiesa un pecado, no vuelva a tropezar y caer. No es así de sencillo. Pero no se mantendrá en el pecado, y continuamente se refugiara en el SEÑOR. Y así, el resultado es: la salva-

ción. Esto es: la liberación del poder del pecado; y la conversión y la liberación son algo de lo que el justo nunca jamás se arrepiente. Ya que nunca un solo hombre se ha avergonzado o sentido pena de haber sido liberado de las garras del pecado. Antes al contrario, el hombre solo puede sentir placer de haber logrado tal victoria.

Frente a la *tristeza según Dios* está la tristeza del mundo. Para ésta sólo contamos con la misma palabra que para la primera. Aunque es verdad que también conocemos esta diferencia: los cristianos sólo conocerían la *tristeza* sobre o por el pecado, y los no-cristianos la *irritación* o pesar. Pero esto, según mi parecer, no es exacto. Pues también en el mundo hay tristeza por el pecado y sobre el pecado.

A decir verdad, el pecado jamás ha producido otra cosa que angustia y tristeza. Un alcohólico, que mina su vida con el uso indebido de las bebidas, realmente puede estar triste y afligido por los males que a sí mismo y a otros ha causado; y un avaro que, por su amor al dinero, ha llevado a la miseria a muchas gentes, puede después tener pesar de ello. Pero si esa tristeza no tiene en cuenta a Dios, entonces estamos en la tristeza del mundo o según el mundo. Es decir, tal y como es normal entre las personas que no conocen a Dios. Las gentes del mundo pueden quedar tan corridas y avergonzadas por las consecuencias del pecado, que están dispuestas al suicidio. Lo cual nos lleva a recordar a Caín, Ahitofel, Acab y Judas. Quedándonos en este último ejemplo, leemos en Mt. 27:3 y ss: «Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado (Jesús), devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente... y fue y se ahorcó». Estaba desesperadamente

apenado, triste. Pero era una tristeza del mundo, según el mundo. En su angustia y tristeza no conoció la gracia de Jesucristo. No corrió hasta el Salvador a refugiarse. En fin, estaba sin Dios y sin esperanza en el mundo. Y su fin era la muerte.

La tristeza según el mundo no produce cambio alguno, ni origina conversión. Se produce u origina fuera de la fe en la gracia de Dios. No crece en el perdón. El mundo no quiere saber del amor de Dios. Las gentes del mundo quieren salvarse a sí mismas. Y, si en esto no tienen éxito, pueden llegar tan lejos como quitarse la vida; y aunque no lleguen a tal extremo, la tristeza según el mundo no conduce a la vida. Nosotros, por naturaleza, estamos muertos en nuestros pecados y miserias (Ef. 2); y la tristeza según el mundo no puede obrar aquí cambio alguno. Todo permanecerá como siempre, según nuestra naturaleza caída: muertos.

Lo dicho hasta aquí, se debe a una carta que me fue dirigida. El remitente había oído una predicación en la que se había venido a decir lo que sigue: «Es preciso caer en la cuenta que hay una gran diferencia entre pesar y arrepentimiento. Verdadero arrepentimiento quiere decir arrepentimiento frente a Dios, saber y sentir que por un pecado determinado se ha herido a Dios en Su corazón de padre y se le ha entristecido. Por contra, pesar significa que uno se lamenta de haber pecado por las consecuencias, o porque se tiene miedo del infierno, o porque uno se avergüenza frente a los demás o frente a sí mismo». Esto le había hecho dudar a mi comunicante de si él tenía verdadero arrepentimiento por el pecado. Y, a continuación, escribía: «Pues yo sé demasiado bien que dejo determinados pecados porque tengo miedo de morir, y así condenarme eternamente. Ahora bien, yo creía que el

temor a la ira de Dios era una gracia Suya, que en muchos casos me libraba de pecar. Pero, ¿es que esto no es así?»

Ahora voy a intentar responderle comenzando por su última pregunta; y para ello, también interrogaré: ¿Nos es permitido tener temor a la ira de Dios? El apóstol Pablo escribe: «Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres (les movemos a la fe)» (II Cor. 5:11). El sabe cuánto hemos de temer al SEÑOR, y por eso intenta ganar a las gentes para el Evangelio de la gracia de Dios. En otro lugar se nos amonesta: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Filp. 2:12). Es una buena cosa si tenemos temor de airar al SEÑOR, y si por un pecado nos angustiamos de forma que lo confesamos a Dios, y encontramos perdón. Tal temor hacia el SEÑOR va aparejado de la fe, y también va acompañado del amor hacia Dios. Pues, ¿cómo temeremos a Dios si no le conocemos? Precisamente cuando creemos que Dios nos ha amado tanto que nos ha dado Su hijo unigénito, para que por la fe en El tuviéramos vida eterna, entonces tendremos miedo de dilapidar la gracia de Dios y atraernos Su ira. Demos, pues, gracias si odiamos y huimos el pecado, porque el SEÑOR es digno de ser temido.

Pero quizá se nos ocurra pensar: Mas, ¿cómo sé yo que sólo tengo miedo del infierno, o que tengo verdadero arrepentimiento por el pecado? En mi opinión, nunca lo sabremos escudriñando en nuestros sentimientos. Se han escrito cientos de páginas acerca de ciertas «piedras de toque» o signos por los cuales se aprende a distinguir entre el verdadero y falso conocimiento del pecado. Todo esto nunca ha llevado a nadie a una certeza auténtica y real, según me parece. Si en nuestra búsqueda dejamos a un

lado al SEÑOR, jamás lograremos saber si tenemos verdadero conocimiento del pecado, o si tenemos fe auténtica, o si realmente somos convertidos. La pregunta capital es ésta: ¿Es verdadero el Evangelio de Jesucristo? ¿Creo yo en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos dio a Su Hijo como propiciación por todos nuestros pecados? Si a esto podemos responder: «SEÑOR, yo lo creo, ayuda mi incredulidad», entonces podremos tenernos por dichosos. Y la principal pregunta acerca del conocimiento del pecado es ésta: ¿Confieso mis pecados concretamente al SEÑOR? O, por decirlo con otras palabras: No debemos prescindir del SEÑOR en el examen de nosotros mismos.

Puede ocurrir que alguien esté tan aprisionado en un pecado que ya no se atreva a orar. En ese caso, debe preguntarse si esto le agrada al SEÑOR. Pero, ¿quién se atreverá a responder a esta pregunta, que esa actitud agrada al SEÑOR? ¿Tendría, pues, el SEÑOR placer en la muerte de un pecador? ¿Es que la sangre de Cristo no limpia de todo pecado? ¿Es que el SEÑOR no tiene para nosotros una salida o solución frente a cualquier necesidad? Si alguien se siente «atollado» o aprisionado por estas preguntas, no tiene más que leer lo que se nos dice en Isaías capítulo 1, versículo 18: «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana».

BENEVOLENCIA **(y palabras similares)**

Esta palabra la encontramos varias veces en la Biblia. Fíjese que he dicho: esta palabra. Porque el tema o asunto, que mediante la misma queremos expresar, se repite casi constantemente. Y, como es natural, a esto último me quiero referir principalmente. Por esta razón: Para traer a nuestra memoria que el SEÑOR es benevolente para con Su pueblo; y que nosotros, como seguidores del Señor Jesús, habremos de ser benevolentes para con nuestros hermanos; sí, para con todos los hombres.

La palabra *benevolencia* aparece –que yo sepa– una sola vez en nuestro Nuevo Testamento. Es en Hechos 24. El apóstol Pablo es llevado ante Félix. El sumosacerdote, acompañado de algunos ancianos, llega con el abogado Tértulo para presentar sus acusaciones ante el gobernador contra Pablo. El abogado comienza ensalzando el gobierno de Félix; y luego, en el v. 4, dice: «Pero por no molestarte más largamente, te ruego que nos oigas brevemente conforme a tu equidad (: benevolencia)». Otras versiones traducen: discreción. Pero a mí me parece que la mejor traducción es: benevolencia.

Esta palabra –si no me equivoco– se usa rara-

mente con referencia a Dios. Sólo aparece en el Salmo 86:5, donde leemos: «Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan». En el griego, para «perdonar» tenemos la misma palabra que en Hechos 24 es traducida por *benevolencia* (: equidad).

Esta palabra también la encontramos en I Samuel 12:22, que dice: «Pues Jehová no desampará a su pueblo, por su grande nombre; porque Jehová ha querido haceros pueblo suyo». Es decir, al SEÑOR le ha placido, el SEÑOR ha sido tan benevolente al hacer a Israel pueblo Suyo.

Por fin, también esta palabra se encuentra en II Reyes 6:3: «Y dijo uno: te rogamos que vengas con tus siervos». Esto es, sé tan bueno, o sé tan benevolente de acompañarnos.

En el griego profano, la mayoría de la veces aparece para expresar la actitud del que es más con respecto al que es menos, del mayor frente al menor. Una autoridad, que según el derecho estricto podría desoír a una persona, pero no lo hace, antes bien lo escucha condescendiente, es calificada de *benevolente*. Un rey, que según las leyes del protocolo, podría tratar al que le visita con toda pompa, pero no lo hace así, sino que le atiende amigablemente, es llamado *benevolente*. Es, pues, según los griegos, la actitud de alguien que no se preocupa de sus derechos, sino que juzga con justicia y tiene en cuenta las personas y circunstancias. En esta palabra se encierra algo de lo que se suele llamar bondad y amabilidad real.

Josefo califica de «no-benevolente» a un rabioso perseguidor del pueblo judío. Lo cual equivale a significar «tirano». Las autoridades de rango inferior, no sintiéndose demasiado poderosas y a veces hasta con miedo de que les pisen sus derechos, gene-

ralmente no son benevolentes. Se aferran a sus derechos, o a lo que piensan son sus derechos, y muy frecuentemente son intransigentes para su personal subalterno. Creen mantener mejor su «posición» mediante una actitud soberbia, altanera. Pero quien realmente está en lo alto y puede mantener su posición, suele ser benevolente. Cuando hemos de ir a visitar a una persona realmente importante, lo hacemos con una cierta tensión. Pero es muy corriente que nos caigan bien las personas importantes, pues son benevolentes, amigables y comprensivas.

Los creyentes son amonestados a ser benevolentes. Pero la causa de esa actitud se halla en otro motivo diferente al de los no-creyentes. Y es que Cristo es la fuente o razón de la verdadera benevolencia.

Pablo, en II Cor. 10:1, escribe: «Yo Pablo os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo». Lo cual también podríamos haber traducido así: «Por la ternura y benevolencia de Cristo...» Es muy frecuente que estas dos palabras aparezcan juntas. Su diferencia de significado es muy pequeña. Probablemente la ternura sea propio del carácter, mientras la benevolencia guarda más relación con la actitud frente a los demás. En Jesucristo siempre van juntas la magnificencia y la benevolencia. En Mt. 11:27, el Salvador comienza por decir: «Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiere revelar». ¿Quién hay más grande y excelso que El? A El le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Pero precisamente El dice: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón». De

esa mansedumbre es expresión la benevolencia. Y a esa mansedumbre y benevolencia hace referencia Pablo en II Corintios. El apóstol tiene planeado volver a Corinto; está dispuesto a perdonar; prefiere no venir con el palo. Prefiere volver con amabilidad y benevolencia; como apóstol de Jesucristo, cuya benevolencia y mansedumbre deben recordar los corintios; y así recibirle a él como Su enviado y no oponérsele.

En Cristo descansa la fuente de la benevolencia que los cristianos deben mostrar. En Filp. 4:5, escribe Pablo: «Vuestra gentileza sea conocida de todos». Por *gentileza* encontramos aquí la palabra que yo traduzco como *benevolencia*. Y es que quien se alegra en el Señor, quien está verdaderamente gozoso en la comunión de Jesucristo, puede y debe ser benevolente. No precisa ni debe hacerse valer por su alta posición, ni debe preocuparse por hacer valer sus derechos. El Señor cuidará de su posición. ¡Porque el Señor está cerca! Y cuando El llegue, todos los creyentes participarán de Su magnificencia. Pero precisamente por esto pueden y deben ser benevolentes, gentiles, amigables. Eso es algo que debe hacerse conocido y notorio: por su actitud de vida; no sólo en medio de los hermanos en la fe; sino también a todos los hombres. En I Timoteo 3:3, el apóstol enumera algunas exigencias o rasgos del anciano u obispo: «amable, apacible, no pendenciero». Es decir, que no se enfade enseguida ni sea amante de riñas, antes bien amigable y benevolente. Y es que no es prueba de debilidad cuando alguien es dulce en sus actuaciones. De esto nos debíamos convencer los cristianos reformados. Pues en ocasiones somos muy duros en nuestros juicios y actitudes. ¡Ojalá se dijera de nosotros que siempre somos benevolentes y amigables! Esto constituiría un honor

para todos nosotros. Que nuestra benevolencia fuera conocida de todos. Esto es lo que quiere el Señor. Y los más ancianos, los pastores, deberán ir por delante en esto. Por supuesto que esto no quiere decir que no debamos amonestar y corregir si es necesario. Pero lo que verdaderamente quiere decir es que en nuestra actitud aparezcamos como ministros de Aquel que es manso, benevolente y humilde de corazón.

El hecho de que esta benevolencia no sólo se les pida a los ancianos, sino también a todos los miembros de la congregación, es algo que habla por sí mismo. Pues también en Tito 3:2 se dice expresamente por qué los creyentes han de recordar que no deben ser malhablados ni amigos de riñas, sino amigables o benevolentes, y mostrar toda mansedumbre con todos.

Esto es fruto de la sabiduría celestial de la que Santiago nos habla en su carta, cap. 3:17. Primeramente ha avisado contra el celo desmedido y el egoísmo, lo cual es algo mundano, terrenal y diabólico. Y luego sigue: «Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía». Aquí, pues, volvemos a encontrarnos con la palabra: amigable, benevolente, dispuesto, condescendiente, dulce.

Finalmente, el apóstol Pedro escribe: «Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar» (I Pe. 2:18). Aquí los amos duros están frente a los amables y benevolentes. Y esto se ha de decir no sólo de los amos cristianos, sino también de los no-cristianos. Aquéllos abundaban y aún hoy en día existen. Y si eso se podía decir de los no-cristianos, ¡cuánto más no se debe

esperar que los amos cristianos sean benévolos con sus subalternos!

En la palabra *benevolencia* hay algo majestuoso, real. También algo suave y paciente. En alemán se traduce por *lindigkeit*. Lo cual significa algo así como *dulzura*.

En algún lugar encontré una descripción de este concepto que ahora quiero transcribir: Un enfermo, que había pasado por las manos de muchos médicos, llegó a encontrar un excelente cirujano que lo reconoció. Tras lo cual el paciente dijo: –«¡Qué manos tan suaves tiene usted! El reconocimiento que en otras circunstancias fue tan doloroso, apenas lo he notado con usted». El doctor, con toda modestia, respondió: –«Esa es mi profesión». Aquí se revela muy bien lo que verdaderamente significa la benevolencia o dulzura: Es la actitud de alguien que está por encima, que no precisa defender su posición, pero está cierto y seguro de su cometido y responsabilidad.

La benevolencia cristiana brota de la certeza de que Cristo se cuidará y preocupará de nuestra posición. En El estamos seguros y bien guardados. Su benevolencia o misericordia nos lleva y soporta. Y por eso es por lo que precisamente podemos y debemos ser benevolentes para con los demás. Es decir: dulces, amigables y serviciales; incluso con los enemigos. La falta de esta propiedad o actitud es lo que ha producido tanta miseria en el mundo; y no mucho menos en la iglesia. Pues es frecuente que también en ésta escasee la benevolencia. A este respecto, mi colega el Prof. Dr. C. Veenhof escribió un artículo del cual voy a entresacar lo siguiente: «Es muy difícil, escribía un autor inglés en su comentario a la palabra *benevolencia*, que lleguemos a traducirla correctamente.

Pero no es muy difícil darse cuenta de que hay una gran necesidad de aquello que tal palabra quiere significar o expresa. Vivimos en una sociedad en la que los hombres siempre reclaman sus derechos; en la que sólo quieren hacer lo que se ven obligados a hacer; y en la que se preocupan de que los demás hagan aquello que legalmente pueden obligarles a hacer. Constantemente hemos podido ver cómo iglesias fueron divididas y rotas por disputas, y se derrumbaron sobre trágicas miserias, porque hombres y mujeres, comisiones e instancias legales se aferraron a la letra de la ley... Estoy seguro que surgiría un nuevo mundo en la sociedad y en la iglesia, si los hombres terminaran de una vez por todas de basar su mutuo comportamiento en la ley y en los derechos legales, y suplicaran a Dios que les concediera amabilidad recíproca», es decir: benevolencia. Y luego añadía esta aplicación: «Apenas se podría creer que este inglés no se hubiera dado una vuelta por nuestras iglesias. Estoy seguro que no fue así. Pero lo que él dice acerca de la amabilidad (: benevolencia; Nota del traductor), escasea y tiene mucho que decirnos».

Si conocemos verdaderamente al Señor, es lógico que aparezca algo de dulzura en nuestra actitud en la vida. Y si falta esto, se debe a que no vivimos de la plenitud de la benevolencia del SEÑOR. Cuando llegamos a descubrir que el SEÑOR es manso con nosotros, y perdonador, y benevolente en escucharnos en nuestras oraciones, es imposible que nosotros no lo seamos con nuestros semejantes. Pues, en caso contrario, nos ocurriría como al siervo inicuo de la conocida parábola del Evangelio (Mt. 18). Allí no aparece la palabra que comentamos. Sin embargo, me atrevo a decir que el rey de aquella parábola era benevolente; tan benevolente, que regaló al siervo

10.000 talentos. Pero esto causó tan poca impresión en el corazón de este hombre, que él, por su parte, negó toda benevolencia a su consiervo, de forma que le exigió hasta el último céntimo de lo poco que aquel le debía. Y, como no pudo pagarle, hizo que el juez le metiera en la cárcel hasta que le pagara todo lo que le debía. Se me ocurre pensar que también a nosotros, sin excepción de nadie, nos falta muchísimo de esa actitud cristiana en este capítulo.

No es precisamente nuestra principal característica el ser condescendientes y benévolos. Nadie me acuse de pretender ser maestro de moralidad. Pero todos juntos deberíamos poner mucha más atención en la amonestación del SEÑOR a este respecto; y vivir mucho más bajo la impresión y realidad de la incomprensible benevolencia que el SEÑOR ha manifestado con nosotros.

¿No deberíamos seguir en esto a nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué dice El de nuestra actitud recíproca y frente a nuestros «enemigos»?

DENUEDO

(confianza, libertad y similares)

Con esta palabra se indica o declara un tema precioso. Es la cualidad de alguien que libremente exterioriza su carácter. Un hombre atrevido no tiene miedo de expresar su opinión o salir en defensa de sus criterios. Los niños, en su ingenuidad e inocencia, pueden ser maravillosamente audaces y denodados; y se pueden meter, por así decirlo, en la boca del león. Se atreven a manifestar todo lo que tienen que decir.

Pues bien, éste es el significado de la palabra griega que en las Sagradas Escrituras se traduce por denuedo: *decirlo todo*. Un cristiano denodado –y esto podemos y debemos serlo todos– se atreve a decir lo que debe decir. Se atreve a decir todo al SEÑOR, a saber: todo lo que El nos ha permitido; y osa expresarlo todo frente a las gentes, hacia las cuales el SEÑOR le ha dado un encargo o vocación.

El denuedo cristiano es muy distinto del mundano. También en el mundo hay personas que jamás se muerden los labios. Estas se atreven a decir todo lo que se les viene a la boca. Quieren ser dueñas de sí mismas, y nunca siervos de los demás.

Por nada ni nadie se arredran, ni se someten o dejan inquietar por reglas y prescripciones, ni por la costumbre o la cortesía. Se hacen tremendamente brutales y descaradas. Esta osadía o denuedo no construye el bien, sino que hace mal. Sin embargo, el denuedo u osadía cristiana es una bendición de Dios, y derrama bendición entre los hombres. Jamás será demasiado lo que por ella podemos obtener.

En las Sagradas Escrituras nunca se habla del *denuedo* y palabras semejantes como de atributos de Dios. Del Señor Jesús, leemos que hablaba libre- y claramente, abiertamente. Cuando anuncia que debe padecer y ser desechado y muerto, concluye el texto: «Esto les decía claramente», es decir, con entera libertad (Mc. 8:31-32). Esto no fue un anuncio agradable para los discípulos, y se resistieron a aceptarlo. Pedro se lo echó en cara al Salvador, pues les había sonado como un trueno insoportable. Pero nada le impidió a nuestro Señor expresarlo libre-, clara- y llanamente.

En el Evangelio de Juan aparece esta palabra casi siempre con el significado de: hablar públicamente, anunciar en público. Así, en el capítulo 7, los hermanos de Jesús quieren que El llame la atención de las gentes, y le dicen: «Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo» (v. 4).

En el v. 13 de dicho capítulo, leemos: «Pero ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos». Se tenía miedo a ser arrojado de la sinagoga; de ahí que por detrás se murmuraba esto o aquello de El; pero nadie se atrevía públicamente a expresarse acerca de El.

También en el cap. 10:24, preguntan los judíos: «¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el

Cristo, dínoslo abiertamente», sin rodeos, denodadamente, sin darle vueltas, públicamente. Cuando el sumosacerdote pregunta a Jesús por Sus discípulos y Su doctrina, el Salvador responde: «Yo públicamente (: abiertamente) he hablado al mundo... y nada he hablado en oculto» (Jn. 18:20). Nada había silenciado por temor a los hombres, y había anunciado todo el consejo de Dios y toda la voluntad salvífica de Dios. Así pues, no tenían necesidad de indagar de El enseñanzas ocultas o segundas intenciones. El había hablado abierta y denodadamente.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles muchas veces se hace mención del denuedo de los apóstoles y de otros en la predicación de la Palabra. Esto era muy difícil en aquellos días. Podía costar el apresamiento y la cárcel. No debemos pensar que los primeros discípulos eran personas tan valientes que, por naturaleza, eran denodadas y que no temían ni al diablo ni a la muerte.

Pero suplicaron al SEÑOR para que les hiciera ser valientes, y El les oyó. He aquí un ejemplo de cómo en días de fuerte oposición contra el Evangelio oraban: «Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra» (Hch. 4:29). Y, una vez que hubieron orado, «todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios» (v. 31). Eran las mismas personas que después de la muerte de Cristo se reunieron a puerta cerrada como temerosas criaturas. No se atrevieron a abrir la boca en público. ¿Cómo, pues, se volvieron tan atrevidos? —Por la fe en el Salvador resucitado, el cual tenía todo poder en el cielo y en la tierra. Sin fe en El es imposible tener valentía. Y, puesto que ellos creían en su Señor resucitado, oraron con denuedo para

poder hablar abiertamente; y el Señor Jesús les oyó. Y mediante la fe en Cristo recibieron el poder del Espíritu Santo, el cual les hizo esforzados y les quitó todo temor a los hombres y ante las autoridades. El hecho de que los apóstoles actuaran así, no se debió a su sapiencia o elocuencia. Pues ni eran instruidos ni elocuentes, en el sentido normal de la palabra. Cuando Pedro y Juan son llevados ante el Consejo o Sanedrín, para que respondan respecto a la curación de un enfermo, anuncian poderosamente el Evangelio y la persona de Cristo-Jesús, diciendo: «Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hch. 4:11-12). Los sanedritas vieron su denuedo, y también notaron que eran gentes incultas y sencillas, salidas del pueblo llano, y se maravillaron. Y habrán pensado: -¿¡Cómo es posible!? ¡No son discípulos de nuestros rabinos, ni personas cultas, y sin embargo hablan con tanto denuedo de su Señor!

¿Por qué nos falta a nosotros tanto de ese denuedo y valor del cual acabamos de leer en el libro de los Hechos? De una cosa estoy convencido, y es: que a nosotros nos falta mucho de ese denuedo, y que nos esforzamos muy poco en manifestarlo. Yo no abogo por el denuedo de algunos grupos que van anunciando sus experiencias, luchas y batallitas. No quiero propagar el método de las «house-parties», donde se habla abiertamente acerca de todo tipo de pecados y deslices. Pero sí opino que deberíamos ser más libres, más esforzados en anunciar la salvación que tenemos en el Señor. Cuando venga bien, cuando sea oportuno. Por ejemplo, con ocasión de una predicación, de un acontecimiento, de

una noticia. ¿Por qué tenemos tanto miedo de pronunciar el Nombre del SEÑOR? ¿O de decir algo de las riquezas del Evangelio? Esto es algo que un holandés nunca hará como un italiano, por ejemplo. Nosotros somos más cerrados que los pueblos del sur de Europa.

Con esto no quiero decir que alguien que no usa de esta valentía, ni jamás habla del Señor, se vaya a condenar. Hay cristianos que son parcos en palabras, pero ricos en hechos, en lo cual se manifiesta que son verdaderos cristianos. Sin embargo, tampoco está bien si nos avergonzamos, cuando, en un momento apropiado, no salimos fiadores del SEÑOR y de Su evangelio.

Pero quizá haya muchas cosas que nos lo impidan. Según mi impresión, en los campos de concentración había mucha más osadía, más denuedo que fuera de él. Allí desaparecían los obstáculos. Allí no había diferencia de rango o posición social, allí todos eran sencillamente números. Allí se hablaba de los interrogantes de la vida y de la muerte, de Dios y del diablo, del cielo y el infierno. Allí, los cristianos no se avergonzaban de hablar de Jesús. Allí, mediante la palabra y la vida de los cristianos, muchos incrédulos fueron ganados para Cristo. No voy ahora a ensalzar la osadía de los Testigos de Jehová, pues ellos tienen celo por un negocio perverso y malo. Pero de su denuedo por un asunto equivocado, podíamos aprender al menos esto: ser denodados por una causa buena como es el anuncio del Evangelio de Jesucristo, fuera del cual no buscamos salvación, porque no la hay. ¡Deberíamos disputar algo menos sobre fórmulas teológicas, y salir con más denuedo en defensa del nombre del SEÑOR!

La palabra *denuedo* y similares que estamos

comentando, la hallamos en la primera carta de Juan y en Hebreos, en nuestra relación para con Dios.

Ahora recuerdo aquel pasaje: «Amados, si nuestro corazón no nos reprende, *confianza* tenemos en Dios; y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (I Jn. 3:21-22). Es algo misterioso que nosotros podamos estar confiados ante Dios. ¿Cómo es posible? Teniendo en cuenta las relaciones humanas, sería algo imposible. ¿Acaso un esclavo puede hablar clara y abiertamente a su señor? ¿Acaso un condenado puede dirigirse confiadamente al juez, y decirle todo lo que quiere y piensa? ¿Quizá un prisionero en un campo de concentración puede hablar abiertamente al comandante o encargado? ¡Costaría más de una cabeza, si algo así ocurriese! Pero ¿cómo se atrevería un hombre a dirigirse a Dios con entera libertad y confianza? El es el Todopoderoso, y nosotros somos polvo y ceniza. El es el Justo, y nosotros somos injustos en nosotros mismos. El es el Santo, y nosotros somos no-santos, pobres y perdidos pecadores. Y, sin embargo, podemos —¡nos está permitido!— levantar hacia El nuestro corazón y ponerlo a Sus pies; sin miedo ni temblor, antes bien llenos de alegre confianza. Sí, ¡esto lo podemos y nos está permitido hacer! Esto le agrada a El; esto le complace. Porque Jesús ha abierto la entrada hasta el trono de Dios. El ha puesto en orden todas las cosas entre Dios y nosotros. En Su Nombre podemos entrar en el palacio, y decir allí todo lo que sea preciso decir. Podemos allegarnos tal como somos; con oración y súplica de perdón, para obtener un corazón nuevo y limpio, para recibir todo lo que necesitamos, según se nos indica en el Evangelio.

Incluso teniendo presente y pensando en el día del juicio, todos los que permanecen en el amor de Dios, pueden tener plena confianza en el SEÑOR. Pues, el apóstol Juan escribe: «Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos *confianza* en el día del juicio» (I Jn. 4:16-17) El SEÑOR no se desentien- de si somos juzgados. El nos da Su Espíritu; nos ama. Si permanecemos en el amor, podemos mirar sin temor hacia el día del juicio. Quien no creyó, ni amó, temblará de temor. Pero quien cree y ama, puede mirar con la cabeza bien alta hacia ese día. ¡Siempre estará con el SEÑOR!

También en la carta a los Hebreos nos encontramos en repetidas ocasiones con la palabra *denuedo*, libertad y similares.

Aquí se nos dice, «teniendo *libertad* para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo...» (10:19). También podríamos traducirlo así: «Tene- mos autorización para entrar; nos está permitido hacerlo; el SEÑOR nos da derecho a ello. Así que podemos y debemos hacer uso de ese derecho.» ¿Piensa alguien que el SEÑOR encontraría bonito si una persona no se atreviera a hacer uso de ese derecho? ¿Encuentra bonito un padre si sus hijos tienen pavor ante él? Corre el relato de que, una vez, un pobre llegó junto a un César. Se acercaba tiritándole todo el cuerpo; desde lejos le arrojó su solicitud escrita en un papel, y en ese momento salió huyendo hacia atrás como una liebre llena de miedo. El César hizo que lo trajeran ante sí, y le pregun- tó: —«¿Acaso soy un león, para que tú me arrojes una petición por escrito como si fuera un trozo de carne?»

Ciertamente existe muy poca osadía y denuedo

para acercarse hasta Dios. Y lo curioso es que a veces también se alaba esta cortedad, este defecto. ¿Acaso el SEÑOR también lo alabaría? ¿Quizá no le agrada perdonar? ¿No es El un Rey benevolente? ¿Se recrea en la condenación de pecadores? En la carta a los Hebreos, somos amonestados de la siguiente forma: «No perdáis, pues, vuestra confianza» (10:35). Esto es lo que hacemos cuando cedemos a nuestra duda o temor; cuando prestamos atención a los incrédulos que hablan mal del SEÑOR. Esto es lo que hacemos cuando nos desviamos de los caminos del SEÑOR, o no perseveramos en la tribulación. Pues, en ese caso, dilapidamos aquella osadía y denuedo, aquella libertad y confianza que nos es permitido tener en el SEÑOR.

En esa misma carta a los Hebreos se nos enseña en qué o en quién ha de descansar nuestro denuedo y confianza. Nosotros tenemos un Sumo Sacerdote en el cielo, el cual es nuestro Abogado. El puede compadecerse de nuestras debilidades, pues que también El fue tentado. «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Heb. 4:14-16).

Así pues, nos está permitido, y podemos, y debemos, invocar a Dios como nuestro Padre en el cielo. El Señor Jesús nos lo ha enseñado. Nos está permitido hacerlo, no porque nosotros seamos unos hijos muy buenos, sino porque nuestro Padre celestial es tan maravillosamente grande en misericordia. Nosotros no debemos, ni precisamos tampoco, actuar con un requerimiento brutal, pero nos es permitido acercarnos con un denuedo y osadía y libertad filial. Y esto, sobre la base de la obra redentora de nuestro Señor Jesucristo.

Ahí tenemos esas promesas de perdón y de aten-

ción por parte del SEÑOR, y El se atiene fielmente a lo que ha prometido. ¡De esto podemos estar absolutamente seguros!

LIBERTAD, LIBERTINAJE

Todos los hombres están de acuerdo que la libertad es un bien inapreciable. No hay cosa que haya sido más apreciada. Cuando consultaba unas cosas y otras para este capítulo, me he topado con toda clase de expresiones alabando la libertad: Ella es para la humanidad de mucho más valor que todos los tesoros del mundo; no se la puede pagar con dinero ni se la puede comprar con oro: ¡es el bien más excelso!

Se diría que si todos los hombres tanto aprecian la libertad y tanto se ocupan de ella, se diría –repito– que el asunto de la libertad iría muy bien en el mundo. Pero si conocemos un poco al mundo, entonces sabremos que no es así. A la libertad le van muy mal las cosas. Vivimos en un mundo raro.

Bajo el lema: –«Libertad, igualdad y fraternidad» han caído pueblos en una miseria que no se diferencia mucho de la esclavitud. Aún hay grandes del mundo que tienen la boca llena de libertad, mientras ellos mismos han robado a millones de gentes esa libertad. Pueblos enteros vadean un mar de calamidades a fin de alcanzar la orilla de ese tan deseado país de la libertad. Entretanto, hay que preguntarse si jamás lo lograrán. Y, asimismo, cabe

interrogarse si saben lo que es la verdadera libertad.

Un escritor pagano nos ha dejado las palabras que siguen: «Todos ensalzan la libertad como el bien supremo, y la esclavitud como el mayor mal; pero ignoran lo que es ser-libre y lo que es ser-esclavo». Así pues, ya es hora que nos preguntemos lo que hemos de entender bajo esta palabra y este asunto.

Ciertamente todos nosotros sabemos muy bien que libertad es lo contrario de esclavitud.

Si en el Antiguo Testamento leemos que un esclavo, después de cierto número de años, debía ser dejado en libertad, el asunto está bastante claro. Desde aquel instante, ya no tenía necesidad de obedecer las órdenes de su dueño, pues él mismo era su propio amo. Cuando un pueblo, tras años de ocupación por un poder extranjero, era liberado, y así reconquistaba la libertad, todos entendemos lo que eso significaba.

Pero, cuando en el Nuevo Testamento encontramos la palabra *libertad*, con ella se nos está queriendo decir mucho más que libertad en sentido social o en significado político. Una persona libre en un solo aspecto puede ser un miserable esclavo en otro aspecto; y un pueblo que se libera de un poder colonial, puede hacerse esclavo de poderes que son peores que aquel del cual tanto quería verse liberado. Resumiendo: la verdadera libertad, en el sentido total y pleno de la palabra, no puede existir en este mundo si se prescinde de Cristo. Pues, ¿qué es libertad? Se dice: –Es la situación de alguien que puede disponer de sí mismo. O esto otro: –Libre es alguien que puede hacer lo que quiera. O quizá esto: –Libertad es independencia absoluta de poderes extraños.

Pero cabe preguntarse si existe tal libertad en este

mundo. Lutero dijo: «El hombre es comparable a un caballo que jamás está sin jinete; este jinete es el diablo, o Dios». Extraña manera de expresarse la del reformador; pero la intención es clarísima. El hombre siempre está bajo otro poder, quiéralo o no. Ciertamente no lo quiere así, y prefiere disponer totalmente de sí mismo; pero la historia demuestra que esto jamás se logra.

Muchos filósofos hicieron lo imposible por lograrlo. También se ha dicho: —La libertad externa es imposible de obtener, pero internamente el hombre puede ser totalmente libre. De esta libertad interna puede disponer de un modo único y total. Le ocurra lo que le ocurra, su espíritu o vida interior puede mantenerse inquebrantable y tranquilo en medio de todo.

Un hombre puede enfermar, caer esclavo, tener que sufrir, morir, etc., pero todo eso pertenece a lo externo del hombre. Sin embargo, el verdadero sabio no se inmuta por todo eso, se repliega en su vida interior, y allí es libre y no está sometido a ningún poder. Pero un filósofo que argumentó y arguyó esto mismo, también hizo notar que él jamás, o rara vez, había visto una persona que estuviese enferma y, no obstante, dichosa; que fuese esclava y, sin embargo, feliz, etc.

Es decir, que libre en el verdadero sentido de la palabra, jamás lo es hombre alguno. La libertad es un don de Dios que recibimos por la fe en Jesucristo.

Esto es la que las Sagradas Escrituras nos enseñan en muchas de sus páginas. Por ejemplo en el evangelio de Juan, capítulo 8. Allí tenemos a los fariseos que no creían en Jesucristo. El les dijo que morirían en sus pecados si no creían en El. Porque El era la luz del mundo. Quien cerrara la puerta

a esa luz, permanecía en las tinieblas y carecía de la vida.

Pero también muchos creyeron en El, y a ellos les dijo el Señor Jesús: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (8:31-32).

A esto reaccionaron bruscamente los fariseos, y dijeron que ellos eran descendientes de Abraham, y que nunca habían sido esclavos de nadie, y que no necesitaban ser hechos libres, porque ya lo eran. Entonces les dice el Salvador: «De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres». Aquí, dice Jesús que sólo hay una cosa que nos puede hacer verdaderamente esclavos: el pecado. El pecado separó al hombre de Dios, y, de esta forma, de la verdadera libertad. Pues los hijos de Dios son libres: No porque ellos puedan disponer totalmente de sí mismos; sino porque El dispone de ellos, y porque ellos caminan según la voluntad de Dios. Jesucristo es el Hijo, y quienes creen en El son hechos hijos de Dios, hijos libres, que han encontrado su morada eterna. Así que sólo por la fe en el Hijo somos hechos verdaderamente libres.

También el apóstol Pablo habla de esa libertad en su carta a los Romanos, capítulo 6. Pero primeramente, en el cap. 5, ha hablado de la liberación de la culpa del pecado: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (v. 1). En el capítulo siguiente nos muestra que también somos libres del poder del pecado, si hemos sido hechos libres de la culpa del pecado.

Así que, de modo triunfal, exclama: «Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (6:14). Y a la pregunta de si ya no serviremos más al pecado, puesto que estamos bajo la gracia, responde el apóstol: «¡En ninguna manera!» (6:1-2). Y es que sólo hay dos posibilidades: O somos esclavos del pecado, para muerte; o somos libres del pecado, y de esta forma siervos y ministros de la justicia. O somos siervos del pecado y de esta forma libres de la justicia; o somos libres del pecado, y por esta razón siervos de Dios.

La libertad que por la fe tenemos en Cristo, no es una autodeterminación y libertad para hacer lo que nos venga en gana; sino que es libertad para hacer la voluntad del Padre celestial.

Quien cree en Jesucristo es libre de la culpa del pecado, pero también de la ley del pecado y de la muerte; es decir, del poder desenfrenado del pecado y de la muerte. Hay en la vida de pecado una propiedad de la que nadie se ve libre. Esa propiedad ha sido ordenada y puesta por Dios. Se puede pensar y opinar que no se reconoce ni a Dios ni a nadie que nos domine, y que así se vive completamente libres según su propio parecer y voluntad. Sin embargo, se está sometido al poder del pecado, y se descubre que la paga del pecado es la muerte.

Mas, quien cree en Jesucristo es libre de la ley del pecado y de la muerte. Como así lo dice Pablo en Rom. 8:2, afirmando: «Porque la ley (= poder, N. del T.) del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley (o poder) del pecado y de la muerte». Quien, de esta manera, es libre del poder del pecado y de la muerte, también es libre del dominio de la carne. Esto no quiere decir que ya

no tengamos lastre alguno de nuestra carne o del viejo hombre. Tenemos que luchar diariamente contra esto. Pero lo que sí quiere decir es que no debemos tener temor por la derrota, siempre y cuando pongamos toda nuestra confianza en Cristo y Su Espíritu Santo.

El poder de Cristo y de Su Espíritu es infinitamente más grande que el poder del pecado, el diablo y la muerte. Consecuentemente, la verdadera libertad consiste en que nos dejemos guiar por el Espíritu. Así nos lo dice el apóstol Pablo: «Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad» (II Cor. 3:17); y sigue: «Por tanto, todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor». En Cristo tenemos paz con Dios; ya no hay ley alguna con su poder condenatorio entre el Señor y nosotros. No es que primeramente debiésemos dar satisfacción a las exigencias de la ley, para que por ello obtengamos paz con Dios y recibamos el Espíritu. Dios nos ha puesto todo en orden mediante Cristo, y por Este nos ha sido dado el Espíritu, el cual nos hace hijos de Dios, libres y gozosos; y nuestro placer es caminar por las sendas del SEÑOR.

En la carta a los Gálatas, Pablo se dirige agriamente contra aquellos que quieren arrebatarse a los cristianos su libertad. Hasta Galacia habían llegado falsos maestros que enseñaban que los gentiles primeramente se debían hacer judíos para que, después, a través del judaísmo, se hicieran cristianos. Un gentil que llegaba a convertirse, lo primero que debía hacer era circuncidarse. Pablo se opone a esto enérgicamente; y llama espías a los falsos maestros, los cuales entran en la iglesia para es-

piar la libertad que hay en Jesucristo, y volver a la esclavitud a los que habían alcanzado libertad.

Cuando Pedro, en principio, come con los paganos conversos, pero más tarde tiene miedo de los judaístas y cambia de actitud, Pablo se lo echa en cara abiertamente y le acusa de hipocresía. No somos hechos libres de la culpa de la Ley mediante las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo. En Gálatas, cap. 4, escribe Pablo un pasaje bastante difícil acerca de Agar y Sara, en el cual una cosa queda muy clara: que aquellos que viven bajo la Ley, son esclavos; pero aquellos que viven de la fe en Cristo, son hijos de Dios libres.

Por tanto, quienes viven de la Ley, jamás se verán libres de estar bajo el látigo del boyero; permanecen hijos de la esclava. Pero a los creyentes les dice Pablo: «De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre» (Gál. 4:31).

Siempre existe el peligro de que los que han sido hechos hijos de Dios libres, vuelvan a caer total o parcialmente en esclavitud. También contra esto avisa el apóstol: «Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud» (Gál. 5:1).

Volverían a estar bajo el yugo, si se hicieran circuncidar; lo cual sería una negación del Evangelio de Cristo. También retornarían bajo el yugo, si se volviesen a aferrar al cumplimiento de «los días, los meses, los tiempos y los años» (4:10), tal y como estaba ordenado en la antigua economía. En la historia de la iglesia, siempre ha ocurrido que espíritus de mentira quisieron arrebatarse a los creyentes la libertad que éstos tienen en Cristo. Si alguien pensase que esta libertad es peligrosa y que fácilmente declina en capricho, de forma que cada cual

hace lo que le parece bien, entonces he aquí la respuesta del apóstol: «Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros» (5:13-15).

Que los cristianos sean libres no quiere decir que puedan obrar a capricho. Son libres para amar; para amar a Dios con todo su corazón, y al prójimo como a sí mismos. Si amamos a Dios, y, por Dios, a nuestro prójimo, no haremos mal uso de nuestra libertad para acusar al prójimo; ni tampoco para intranquilizar su conciencia; ni haremos mal uso de nuestra libertad limitando la libertad de los demás. Antes al contrario, escucharemos las palabras del apóstol Pedro: «Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios» (I Pe. 2:15-16).

Libertinaje y tiranía

Por mucho que se grite: ¡Libertad!, el mundo permanece en las garras del pecado; y éste hace del hombre que vive en el pecado un esclavo o esclava. Ciertamente podemos hacernos la ilusión que somos verdaderamente libres, cuando somos presuntuosos y hacemos lo que queremos. Pero no es verdad, y cada uno de nosotros se habrá convencido de ello en su vida. El pecado, es decir, el desligarse de Dios y de Jesucristo, ata, atenaza y subyuga la vida, y conduce a la muerte.

La libertad en la cual el mundo se gloria, se parece

mucho a la libertad de un globo de aire. Quizá hoy en día aún haya globos dirigibles; pero yo me refiero a los primeros, a los que carecían de dirección. Aquellos pendían de unas cuerdas, una vez que eran hinchados con gas. Era todo un trabajo y se precisaba de muchas manos para sujetarlo al suelo; y una vez que se llenaba de gas, y la tripulación se había acomodado en la canastilla, se soltaban las cuerdas, y allá iba el globo, «libre» por los aires. Pero aquel ser «libre», era algo muy relativo. Dependía totalmente de la dirección del viento. Podía ser llevado en todas las direcciones del viento. Además, podía ser elevado o descender según el estado de la atmósfera. Podía caer sobre el mar o en las malezas. La tripulación podía forzar un aterrizaje o echar lastre fuera. Por lo demás, estaba a merced del tiempo y del viento. La libertad sólo era relativa, y por esta causa muchos pilotos de globos perdieron la vida.

¿No le ocurrirá otro tanto a la libertad del hombre que no cree en la gracia de Dios, y que no quiere vivir según la voluntad del Padre celestial? Se imagina que es libre, pero es una libertad extraña, inconsistente y caduca. Sin querer saberlo, es un esclavo de la injusticia; es dominado por los poderes del diablo, del mundo y de la carne; y el fin es la muerte. Por el contrario, los creyentes son propiedad de Jesucristo. Bien podemos decir que esclavos de su Propietario. Mas esta esclavitud es verdadera auténtica libertad. El único consuelo del hombre cristiano consiste y se halla en que ha sido comprado por Cristo. Pues así es libre de la deuda del pecado y de la paga del pecado.

Es libre del poder de Satanás, del mundo y de la carne. Y si alguien preguntase si Cristo no debe ser servido, y si ese servicio es libertad, habría que

responderle: Sí; eso es verdadera libertad: ¡Que nosotros somos siervos de Cristo! Con esto alcanzamos nuestro destino y vocación para lo cual nos creó Dios. Este es el elemento en el que podemos vivir libres: ¡El servicio a nuestro Salvador que vive, y a nuestro Dios viviente! Este servicio jamás ha molestado o entristecido al hombre. Porque si el Hijo nos libertare, seremos verdaderamente libres. Cuando conocemos esa libertad, por nada del mundo querríamos volverla a perder. Pues nos es «mucho más preciosa que el oro», y también mucho más «dulce que la miel; sí, más que la miel que destila del panal» (Cf. Salmo 19:10).

Así pues, la libertad cristiana es un don de Dios. Pero todos los dones de Dios traen consigo tareas y obligaciones. Así ocurre también con este don. No es que con tener la verdadera libertad todo se vaya a solucionar automáticamente. Cristo nos ha hecho libres. Precisamente por eso, debemos perseverar en esa libertad y no volvernos a dejar cargar con yugos que esclavizan (Cf. Gál. 5:1). Hemos sido llamados a libertad. De ahí que no debamos usarla como pretexto para dar rienda suelta a la carne y vivir libertinamente (Cf. Gál. 5:13). Por una parte, la libertad se ve amenazada por el libertinaje; y por la otra, por la tiranía. Hagamos, pues, un par de observaciones acerca de ambos peligros.

Respecto al libertinaje, parece ser que la iglesia de Corinto tuvo que sufrir bastante del mismo. Había hermanos que comenzaron a decir: —«Todo está permitido»; y, bajo este engaño y mentira, se atrevieron a hacer muchas cosas. Parece ser que alguno practicaba la fornicación, y opinaron tener libertad para ello, porque en esto únicamente el cuerpo se hallaba implicado. Pero Pablo escribe: «Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios

en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (I Cor. 6:20). Acerca del matrimonio se tenían conceptos extraños. Algunos opinaban que estaba permitido repudiar a la propia mujer. Pero Pablo se levanta contra este libertinaje.

Se pensaba ser libres para comer carne que había sido sacrificada a los ídolos, sin tener en cuenta que con ello se podía inducir a pecado a los hermanos. Pablo está de acuerdo en que un ídolo no es nada, y que, por lo tanto, se podía comer tranquilamente de aquella carne que había sido ofrecida a los ídolos. Mas no se debía hacer mal uso de esa libertad, si con ello se inducía a pecar a otros. El mismo Pablo dice estar dispuesto a no comer carne jamás, si con ello puede ayudar a un hermano.

Este apóstol tiene toda clase de libertades de las cuales no hace uso alguno. Podría vivir del Evangelio, pero trabaja con sus propias manos para subvenir a sus gastos. Podría casarse, pero, por amor y servicio a su vocación, no hace uso de esa libertad. Para los judíos se hace judío, y griego para los griegos, a fin de ganarles a ambos para el Evangelio. Y en el uso de la libertad, se deja dominar por la fe en Jesucristo y por la «Ley» de Cristo.

Por tanto, si la fe y el amor nos dominan, no caeremos en libertinajes, y tampoco haremos mal uso de la libertad que tenemos en Cristo.

El peligro de libertinaje no me parece especialmente grande en nuestros círculos reformados. Si no me equivoco, no hemos corrido muchos peligros de esto. Por lo general, los reformados no hacen demasiado uso de la libertad que les confiere el ser totalmente de Cristo. En cosas de menor importancia, apenas se ha tenido la libertad de usarlas, y con frecuencia se han atado las conciencias innecesariamente. Juan Calvino ya llamó la atención acer-

ca de esto, tal y como podemos ver en este pasaje que transcribo: «Si uno comienza a dudar de si le es lícito usar lino en su traje, sus camisas, pañuelos y servilletas, después no estará seguro ni siquiera de si puede usar cáñamo; y, al fin, comenzará incluso a dudar de si le es lícito usar estopa. Si a uno le parece que no le es lícito tomar alimentos un tanto delicados, éste tal, al fin, no osará comer con tranquilidad de conciencia ni siquiera pan negro, ni alimentos vulgares, porque le pasará por la mente la idea de que podría sustentar su cuerpo con alimentos aún más inferiores.

Si tiene escrúpulo de beber vino un tanto fino, luego no beberá con la conciencia tranquila ni las heces; y, finalmente, no se atreverá ni a tocar el agua que fuere más suave y clara que otra. En una palabra: llegará tan allá en sus locuras, que tendrá por gravísimo pecado pasar sobre una paja atravesada. Porque aquí no se trata de un ligero conflicto de conciencia, sino que la duda está en si Dios quiere que usemos de una cosa o no, pues su voluntad debe preceder cuanto pensáremos o hiciéremos. Por eso, necesariamente, desesperados se arrojan al abismo; y otros, haciendo caso omiso de Dios y de su temor, no se arredran de cuanto se les pone por delante, sino que arremeten contra todo, sin saber cuál es el camino que han de tomar. Porque cuantos se encuentran enredados en tales dudas, a dondequiera que se vuelvan no verán otras cosas sino escrúpulos de conciencia» (Institución de la Religión Cristiana, III, cap. XIX, 7).

Sin embargo, pienso que los reformados no se hallan angustiados por las cosas que cita Calvino. Ciertamente, a veces, nos agobiamos con preguntas de lo que se puede o no hacer en domingo; o acerca de la actitud a tomar frente a la cultura.

En cualquier caso, me parece que debemos concedernos unos a otros la libertad que hemos adquirido en Cristo. Evitemos, pues, nuestra ligereza en juzgar y condenar a otros. Más bien deberíamos recordar el consejo que, a este respecto, nos da el apóstol Pablo: «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme» (Rom. 14:4).

El peligro de vivir bajo el yugo de una ley siempre es muy grande en la iglesia. Lo que sé de la historia de la iglesia me hace sospechar que rara vez ha ocurrido que ésta haya acometido verdaderamente aquella libertad que tiene en Cristo. En tiempos de los padres apostólicos –también los podríamos llamar los sucesores de los apóstoles– muy pronto se hizo del Evangelio una nueva ley. Es desconcertante ver cuán poco se ha comprendido del Evangelio de Jesucristo y de la justificación por la fe.

Cuando el Cristianismo pasó a ser la religión del Estado y, consecuentemente, llegó a adquirir dominio y se hizo grande en este mundo, no quedó nada bien parada la libertad cristiana. Césares y obispos, sínodos y príncipes eclesiásticos, anularon casi por completo la libertad dentro de la iglesia.

En tiempos de la gran Reforma del siglo XVI, el SEÑOR liberó a la iglesia de la tiranía y tradición romanocatólica. Pero apenas liberada de esto, la iglesia se volvió a ver con un nuevo yugo sobre su nuca. Los teólogos no rehusaron imponer el yugo de sus doctrinas, que frecuentemente se apartaban de las Sagradas Escrituras. Los príncipes eclesiásticos no hicieron sino gobernar la iglesia con toda clase de leyes y preceptos, cuyo origen no se podía hallar en las Sagradas Escrituras.

El pueblo cristiano apenas se inquietó por la amonestación del apóstol Pablo, y, repetidamente, se dejó poner bajo el yugo jerárquico. Esta historia se ha repetido constantemente. Tengamos, pues, mucho cuidado de no dejarnos poner ningún yugo más. No hemos de pensar que no corremos ningún peligro al respecto. Este peligro se halla siempre latente, está ahí. Y, lo incomprensible del caso, es que el «pueblo» parece que lo agradece. A la masa le complace que los sínodos y concilios hagan pronunciamientos a los que uno tenga que someterse. ¡Debían saber mejor las cosas que se les vienen encima! La mayoría de los cristianos no tienen reparos en acomodarse a las corrientes y modas del día o de la época.

¡Para qué reflexionar por uno mismo y tomar una propia elección y postura! La mayoría de los cristianos prefieren oír desde los púlpitos la línea que es preciso seguir. En ocasiones, también se insinúa de forma personal aquella línea que debes seguir: o se te dice el periódico que debes leer, las organizaciones en las que debes estar o las que has de abandonar, etc., etc.

Por mi parte, yo siempre he reaccionado con una postura o actitud crítica ante tales cosas; y siempre he negado toda mi colaboración y apoyo cuando, desde arriba, desde derecha o izquierda, se me dijera lo que se debía o no se debía hacer; y esto en todos los órdenes de la vida: en lo religioso, en lo político, en lo moral, etc. Porque, por poner un ejemplo, lo que yo quiero decir es esto: que un cristiano puede tener la libertad de no pertenecer a ningún partido, ni ser miembro de ninguna organización.

Puede ser que esta actitud haga temblar a algunos o quizá a muchos. Pero no pasa nada, con tal que su extrañeza pueda ser saludable. Porque de lo

que no debemos tener miedo es de que haya diferencia de criterios. De lo que cierta- y necesariamente debemos tener miedo es de los criterios u opiniones corrientes, o de lo que de esto se deduce o puede deducirse. Pues ya tenemos muy tristes experiencias de lo que ocurre cuando se aceptan como regla las opiniones corrientes: ¡Que no hay quien las contraste con los nuevos criterios o ideas! Yo mismo espero verme libre de tener que pasar por tan amarga experiencia. Hubo una vez un sabio que hizo la siguiente afirmación: -«Lo que siempre y en todas partes ha sido creído, eso es la verdad» Por tanto, ante esto se debía inclinar todo miembro de la iglesia; y es que los estudiosos, y doctores, y teólogos, determinaban lo que siempre, y en todas partes, y por todos había de ser creído. Lo cual, como es natural, ya es una cosa imposible en sí misma. ¡Estemos vigilantes, para que la tradición o el común sentir y pensar no se convierta para nosotros en una «ley!».

También hemos de estar atentos a que no se nos haga un yugo de lo que sólo es una Confesión de Fe, porque ello vendría a ser una carga pesada sobre los hombros de los cristianos. Debemos, pues, permanecer en la libertad de contrastar la Confesión de Fe con la Palabra del SEÑOR. Porque, a veces en la práctica, se pretende poner en la misma línea la Confesión de Fe con las Sagradas Escrituras. Lo cual es una grave temeridad, cuando no un craso error. Además, tal forma de hablar pondría en peligro la libertad cristiana.

Confesionalismo

Tenía planeado escribir primeramente algunas cosas acerca de las Confesiones de Fe comparándolas con la autoridad de la Palabra de Dios.

Según mi modesta opinión, el peligro de confesionalismo entre las iglesias a las que pertenezco no es imaginable. Por confesionalismo entiendo el peligro de que a las Confesiones de Fe se les conceda más valor y se les esté más ligados de lo que está permitido o es necesario. Pero me parece mucho mejor que alguien que en esto esté mucho más impuesto que yo, tenga la palabra.

A este respecto, me parece que aún es mucho lo que debemos aprender de la historia de la iglesia y, en especial, del mismo Juan Calvino.

En cualquier caso, para la libertad cristiana me parece necesario que exponamos o expliquemos las Confesiones de Fe según las Sagradas Escrituras, y no al revés. Porque siempre hemos de caer en la cuenta que aquellos son escritos compuestos por hombres, de forma que no pueden estar libres de «mancha o arruga». Algunas veces leo discursos o comentarios acerca de la Confesión de Fe, que rebasan la medida exacta. Todos sabemos que sólo hay una regla de doctrina y de vida, y esa es la Palabra de Dios, con la cual hay que contrastar toda palabra humana. Es cosa muy difícil, por cierto, expresar la palabra justa a ese respecto; mas, espero que alguien, mucho más docto que yo, quiera poner luz en esta materia.

Otro peligro que constantemente amenaza a la iglesia es que el «Reglamento», o régimen, o Código eclesiástico –según se lo llame–, sea elevado a la categoría de «ley», y ciertamente a una especie de «ley de Persas y Medos», como dice el refrán. A esto lo podríamos llamar el peligro del legalismo.

Parece haber quienes opinan que la iglesia no puede ir bien si no está todo regulado y organizado. Estos querrían enterrar la libertad de la iglesia local bajo toda clase de prescripciones y artí-

culos, cuya comprensión escapa a los miembros sencillos de la congregación. De ahí que se haga necesario que haya entendidos que sepan detalladamente lo que está escrito en aquellas leyes; y es precisamente al consejo de éstos al que los menos preparados normalmente escuchan y se someten. Por mi parte, aún no he tenido en mis manos el Código de Derecho Canónico de la Iglesia Católica Romana; pero me figuro que será un libro de bastantes páginas.

¡Pero también en iglesias de la Reforma se imponen leyes y prescripciones!

Sin embargo, es evidente que en la iglesia debe haber un cierto orden. Eso nadie lo va a negar. Mas la iglesia o quienes la gobiernen, no deben ser más sabios que el Rey de la Iglesia, JESUCRISTO.

A este respecto, en la Confesión de Fe Neerlandesa leemos:

«Creemos, además, que los que rigen las iglesias deben ver que es bueno y útil que se instituyan y confirmen entre sí ciertas ordenanzas tendentes a la conservación del cuerpo de la iglesia (a), y que, no obstante, deben cuidar de no desviarse de lo que Cristo, nuestro único Maestro, ha ordenado (b). Por eso, deseamos todo invento humano y todas las leyes que se quieran introducir para servir a Dios, y con ellas atar y apremiar las conciencias en cualquier forma que ello fuese posible (c). De manera, pues, que únicamente aceptamos aquello que es útil para fomentar y conservar la concordia y unidad, y mantener todo en la obediencia a Dios. Para lo cual se exige la excomunión o la disciplina eclesiástica, ejecutada según la Palabra de Dios, con todo lo que a ella está ligado (d)».

a) I Cor. 7:17; b) Col. 2:6; c) Mt. 15:9; Is. 29:13; d) Rom. 16:17; Mt. 18:17; 1 Cor. 5:5; I Tim. 1:20.—

En cualquier caso, lo que me parece claro es que los reglamentos o códigos eclesiásticos deben ser manejados y cumplidos de forma flexible, humana y sabiamente; y que muchas cosas han de dejarse a la libertad de la iglesia local.

Empero esto no quiere decir que una iglesia local no tenga nada que ver con el resto de las iglesias. En cosas necesarias habrá que atenerse a lo que «es útil para fomentar y conservar la concordia y unidad» de las iglesias. La piratería en las iglesias es algo que nadie debe atreverse a practicar. ¡Ojalá que no ocurriera en las iglesias! Pero sí habrá de tenerse en cuenta la diversidad y variedad que se dan en las mismas. Esto me parece de una gran importancia. Porque la uniformidad es algo que sólo se puede conseguir mediante el poder y la violencia; y eso es lo que quizá exista en la secta, o a lo que se puede llegar en la misma, pero siempre por un corto período de tiempo. Pero en la iglesia del Señor no se debe ni intentar ir tan lejos. Pues estoy convencido que en esto debemos aplicar aquella conocida sentencia: «¡En lo necesario, unidad; en lo útil, libertad; y en todo, amor!».

En mi opinión, no hay «ley» que se pueda formular que mantenga la vida de las iglesias en el buen camino. Porque si todas las iglesias viven de la fe en Jesucristo y se dejan regir por el amor, entonces la mayoría no presionará a la minoría, y la minoría contará con la opinión de la mayoría. Cuando la fe languidece y el amor se ha perdido, entonces una «ley» puede mantener erguido un esqueleto, pero jamás podrá mantener y conservar la vida.

Si no me equivoco, en la convivencia eclesial amenazan siempre dos peligros. Por un lado, el peligro de que la relación o comunión recíproca sea puesta y llevada a tal extremo que apenas quede liber-

tad alguna a las iglesias locales. Por otra parte, amenaza el peligro de que una iglesia o congregación siga su propio camino, hasta el punto de que apenas tenga en cuenta la comunión con las demás.

El primer peligro acontece cuando una iglesia local no se atreve a dialogar con otra iglesia local, porque tiene miedo de interferir el trabajo de un sínodo o de sus delegados. Yo no puedo comprender cosas como éstas; y me pregunto, ¿por qué las iglesias locales no pueden buscar entre sí un acercamiento, que quizá no han buscado los de su misma denominación? ¿Es que acaso la iglesia local no es iglesia de Jesucristo? ¿Es que no es libre de hacer lo que responsablemente puede hacer ante su Señor, Cristo Jesús? Yo diría que todo acercamiento debe brotar desde abajo, desde la iglesia local.

Y si esto no ocurre allí, no ocurrirá jamás. También es cierto que en determinados lugares o ciudades no será posible establecer este diálogo; y eso por circunstancias muy concretas y determinadas. Pero ¿deberán algunas iglesias esperar a las demás hasta que todas han llevado adelante este asunto? ¿Lo querría el Señor así? Según mi convencimiento, me parece que no.

Por otra parte, también existe el peligro de que esta o aquella iglesia local apenas tenga en cuenta a las otras iglesias. Entonces corre el peligro de convertirse en algo tan «peculiar» que los miembros de otras iglesias no se sientan a gusto en ella. Esto es lo que debe evitar una iglesia, sea cual sea. No hay ni una sola regulación que pueda alejar concluyentemente estos peligros. El único medio verdaderamente eficaz es el amor. «El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no es indecoroso, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda ren-

cor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (I Cor. 13).

Donde falta este amor, surgen divisiones y separaciones. Donde reina este amor, se anulan las divisiones y las separaciones quedan restañadas, no sólo tocante a una intercomuni6n, sino también respecto a una mayor colaboraci6n y acercamiento entre sí.

Sin embargo, existe la grave equivocaci6n de que para una colaboraci6n entre las iglesias debe darse una absoluta uniformidad en todo. Semejante relaci6n intereclesial no existe en parte alguna del mundo, seg6n yo mismo opino. Ni tampoco es absolutamente necesario que en una relaci6n intereclesial existan las mismas costumbres y formas de hacer.

A mí me parece un asunto lamentable si dos congregaciones reh6san vivir y colaborar juntas porque no se quiera sobrellevar o soportar las peculiaridades recíprocas. Por ejemplo, una iglesia en el Norte del pa6s y otra en el Sur tienen que tener cosas peculiares y distintas entre sí. Este caso se repite entre una iglesia o congregaci6n grande y otra pequena. Esto es lo más normal en toda iglesia de una misma denominaci6n extendida por todo el ámbito nacional. ¿Acaso se puede pensar que en la primitiva iglesia cristiana, en Roma, no había una gran diversidad de mentalidades? Allí había jud6os conversos, los cuales sentirían repugnancia en la no celebraci6n del sábadó; pero también había paganos conversos, los cuales querrían ver totalmente erradicada de la iglesia toda antigua costumbre. Tenían diferencia acerca de lo que se debía o no se debía comer. Y ¿acaso no se dejaron unos a otros en libertad de obrar conforme a su conciencia? ¿Que

eso es algo que nosotros ahora no deberíamos permitir?

Diversidad de parecer

Mientras dudaba si escribir algo más acerca de la libertad cristiana, me topé con una noticia que me empujó a añadir un par de párrafos más a lo ya escrito.

En la revista «De strijdende Kerk» (: La iglesia militante), se comunicaba que la redacción de un periódico romanocatólico (: De elfder Ure = La hora once) tuvo que dimitir por «Mandato de la superioridad». Quiénes obligaron a dimitir y las causas de tal dimisión, es algo que desconozco. Tampoco me quiero referir a esto. Lo que sí merece la pena comentar es lo que el redactor-jefe de dicha publicación, el Dr. B. Delfgauw, escribía en su último artículo que le fue permitido publicar por parte de las altas instancias eclesiásticas.

El dimitido redactor se lamenta de la existencia del Índice (romanocatólico). Recordemos que el Índice es una lista de libros prohibidos, confeccionada por la alta dirección de la Iglesia Romana. Por consiguiente, un libro que no es colocado en el Índice, no puede ser leído, como regla general, por los católicorromanos. Pero, parece ser, que son pocas las gentes a las que esto les preocupe demasiado, y que precisamente por eso llega a ocurrir que «para muchos de los escritores, el hecho de que les lleven sus libros al Índice, es la mejor propaganda de sus obras».

Al Dr. Delfgauw aún le parece más grave «el impedir la publicación de libros y revistas que intentan hacer de la doctrina de la Iglesia Romana una doctrina viva, también para nuestro tiempo»; y luego añade: «Aún sigue siendo evidente que la

Iglesia de Roma torpedea –cuando no barre de en medio– la discusión abierta de los más candentes temas. Revistas cuya redacción se compone de romanocatólicos, están bajo censura, al igual que los periódicos o revistas católicos que tocan puntos o aspectos religiosos».

Uno de los puntos que especialmente angustian a este escritor –añade–, es «estorbar el nacimiento de una auténtica opinión pública dentro de la Iglesia Católica. De antemano se establecen las fronteras de la opinión pública, y toda transgresión de las fronteras marcadas es imposibilitada con todos los medios al alcance. De ahí surge la dolorosa situación de que, respecto a la formación de opinión o criterios, se puedan señalar determinados paralelismos entre Moscú y Roma» De todo esto, resulta muy claro que en la Iglesia de Roma no andan bien las cosas respecto a la libertad. Eso ya lo sabíamos, pero puede ser bueno que no perdamos de vista este ejemplo sorprendente.

Felizmente nosotros no tenemos un Índice. Pero ¿no será verdad que también a nosotros nos falte en ocasiones algo de libertad en la formación de una opinión libre? El hecho de que en la iglesia existan diversidad de pareceres, no es grave. Probablemente esto no ocurriera antes; o quizá fuera de otra manera; o quizá ahora sea distinto. Mas una cosa es bien cierta, que será muy lamentable si los hermanos y hermanas en la fe no pueden expresar libremente sus propias opiniones y pareceres. Por supuesto, que cae de su peso, que hay asuntos acerca de los cuales no cabe discusión. Por ejemplo, si alguien de los creyentes quisiera abrir una discusión sobre la divinidad de Cristo, o acerca de la necesidad del nuevo nacimiento, o sobre un tema semejante, pues entonces la libertad degeneraría en

libertinaje. Pero no es aconsejable cerrar toda discusión acerca de lo que se llama «opiniones en boga».

Que tales comentarios o discusiones deben transcurrir cristiana-, fraternal- y amigablemente, es algo que no ofrece duda entre cristianos.

¿Quién no ha experimentado en propia carne lo que ocurre cuando se prohíbe la libertad de expresión? Tengamos, pues, mucho cuidado de no caer nosotros en ese mismo mal, del que quizá alguna vez fuimos víctimas.

No debemos pensar que en la iglesia apostólica no hubiese diferencia de opinión y estilo de vida. Ahí está el cap. 14 de la carta a los Romanos, el cual nos enseña lo contrario. No siempre sería fácil conservar la paz y la unidad entre los hermanos en aquella congregación. Esto lo entiende hasta un niño. No sabemos exactamente cómo estaba constituida aquella iglesia; pero, en cualquier caso, allí había cristianos provenientes del judaísmo, y cristianos provenientes del paganismo. Además, es casi seguro que hubo egipcios y sirios, griegos y romanos. Todos ellos eran gentes con un pasado muy diverso. Y, por añadidura, habría diferencia de nivel social y formación intelectual. Pero una cosa sabemos ciertamente: que allí existían marcadas y profundas diferencias acerca de lo que se debía o no se debía comer, de la celebración de los días, etc.

El apóstol Pablo habla de «débiles» en la fe, y de «fuertes» en la fe. Los débiles no estaban en la libertad con que Cristo les había hecho libres. No se atrevían a comer carne; probablemente porque tenían miedo de que hubiera sido ofrecida o sacrificada a los dioses. Eran personas de poca fe. Opinaban que comer de aquella carne rompía su comunión con Cristo. De ahí que no se atreviesen

a hacer uso de aquellos dones «naturales». Los fuertes en la fe eran libres en estas cosas. Comían tranquilamente lo que había para comer. Ellos podían, porque les bastaba con su libertad obtenida por la fe en Cristo, y Pablo está de acuerdo con ellos. Ahora bien, todos han de saberse sobrellevar entre sí. Los débiles no deben juzgar a los fuertes. Los fuertes, por su parte, no deben menospreciar a los débiles. Es que, si no lo hacían así, se estarían juzgando y condenando entre ellos. Parece ser que tampoco transigieron mucho los unos con los otros. Por eso, Pablo tendrá que escribir: «¿Tú quien eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme» (Rom. 14:4).

Además existían diferencias respecto a la celebración de días. Ciertamente los judeocristianos difícilmente podrían dejar de celebrar el sábado y las fiestas de sus mayores. Tampoco por esto debían juzgarse y menospreciarse entre ellos, con tal de que el celebrar o no celebrar aquellos días, ocurriese por causa de la obra y del amor de Cristo Jesús. El uno comerá con alegría y dará gracias al Señor por el alimento; el otro no lo hará, y dará gracias al Señor igualmente. Si todos ellos, tanto en la vida como en la muerte, son propiedad del Señor, y viven y mueren para el Señor, ¿por qué, pues, se condenan entre sí por comer, o no comer, por celebración, o no-celebración de días y fiestas? —¡Cristo es el Señor de vivos y muertos! Todos serán puestos ante Su trono judicial. El solo juzga ahora, y juzgará luego. En El también hay más misericordia que entre los hombres. Todos nosotros, pues, estamos bajo Su juicio, y por esa razón el hermano no debe condenar al hermano, ni tampoco menospreciarse entre sí. A todo esto, aún habrá que te-

ner muy en cuenta otra cosa: No se deben escandalizar mutuamente; es decir, los unos no deben empujar u obligar a los otros a algo que va contra su conciencia. Esto es lo que las Sagradas Escrituras califican como: hacer tropezar, o llevar al pecado.

Pues podía ocurrir que un hermano fuerte en la fe instase u obligase al hermano débil en la fe a comer carne. De suyo, esto era algo lícito, pero el débil en la fe opinaba que no, y entonces manchaba su conciencia. Por tanto, el fuerte en la fe no debía instar al débil en la fe a comer carne. Jamás es aconsejable hacer algo en contra de la propia conciencia, así como tampoco hemos de presionar a otros a que lo hagan. Es algo que no estaría de acuerdo con la regla del amor, y ambos terminarían por corromperse mutuamente.

En consecuencia, tengámonos todos por hermanos que han sido redimidos —¡liberados!— por el mismo Cristo; y no hagamos que del bien que la iglesia ha recibido, se pueda decir mal alguno. Pues, en caso contrario, los que están fuera y nos observan, podrían decir: —¡Vaya tiranía la suya: no sólo no se conceden libertad alguna, sino que además se presionan recíprocamente! Dejemos hablar al apóstol Pablo: «Porque el reino de Dios —la soberanía de la gracia de Dios— no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Rom. 14:17).

Por esta razón, en la iglesia se debe perseguir aquello que puede servir a la paz y edificación mutua. Si el fuerte, por comer carne o beber vino, intranquilizase la conciencia del débil y le empujase al pecado, sería preferible que no comiese carne ni bebiese vino. ¿Acaso no se podrá uno privar de algo que de suyo es lícito? ¡Se trata de un hermano en Cristo! Y aunque sea débil en la fe, también los débiles pertenecen a la iglesia y no han de ser rechazados.

Por esta razón, nadie deberá perder o abandonar la fe a causa de estas cosas.

No es debilidad el no hacer uso de su libertad; al contrario, es fortaleza de espíritu. Y por lo que respecta a los débiles, se ha de decir: que quien duda cuando come, ya ha sido juzgado, porque no lo hace por fe; y lo que no es de la fe, es pecado.

En este capítulo de la libertad, según creo, hay mucho que aprender todavía. Entre nosotros hay diversidad de criterios acerca de diferentes asuntos. Esto no es un fenómeno de nuestro tiempo; ya ocurría así en tiempos del apóstol Pablo. Eso tampoco ha de inquietarnos demasiado. Aún no estamos en una nueva tierra. Sólo conocemos en parte. En esta economía del Nuevo Testamento quedarán muchos problemas sin resolver de forma total. Ya sería una gran victoria si nos diéramos perfecta cuenta de esto. Entonces los fuertes en la fe no desdeñarían a los débiles en la fe, ni éstos condenarían a aquéllos. Así que debemos ser muy prudentes, tanto con los unos como con los otros.

Tengo la impresión que entre nosotros se presentan los contrastes, o diversidad de pareceres, de forma innecesariamente dura y sarcástica. El asunto se suele presentar de la manera siguiente: —«Nosotros tenemos razón, o ellos tienen razón. Si nosotros tenemos razón, no debemos soportar su parecer; y si ellos tienen razón, no deben soportar nuestra opinión».

Pero yo preguntaría: —¿Acaso Pablo presenta el asunto de una manera tan radical? Cualquiera que haya leído detenidamente ese capítulo de la carta a los Romanos y mi comentario del mismo, se convencerá de que no es así. Pues, de lo contrario, debería haber escrito: «Fuertes, vosotros tenéis razón, y los otros deben ajustarse a vuestro valiente y buen convencimiento». O, al revés, habría de haber es-

crito: «Débiles, vosotros tenéis razón, y los fuertes deben adherirse a vosotros». Pero el apóstol no ha hecho tal cosa. Y, consecuentemente, ese ejemplo de un apóstol del SEÑOR nos ha de hacer reflexionar a la hora de practicar la libertad cristiana.

Aún quiero imaginarme que alguien piense que en aquella iglesia de Roma se trataba de cosas de poca monta, mientras que en nuestros tiempos se trata de asuntos muy radicales y controvertidos.

Sin embargo, no puedo estar de acuerdo con esta opinión. Porque para aquellos primeros cristianos, aquel asunto era de suma importancia y lucharon por ello hasta solucionarlo; y nosotros no debemos minimizarlo ahora.

Por otro lado, no debemos sacar de quicio los asuntos acerca de los cuales hay diversidad de pareceres. Yo no soy de la opinión de que la cuestión de mantener o no mantener comunicación con otras iglesias o hermanos en la fe, es un asunto de vida o muerte para el Reino de Dios. Así como tampoco pienso que ser miembro de una u otra organización ponga en peligro el asunto fundamental del imperio de la gracia de Dios. Esto lo fundamento en aquellas palabras del apóstol: «Porque el reino de Dios no es (: no consiste en) comida ni bebida, sino (en) justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres» (Rom. 14:17-18).

Lo principal es que nosotros, mediante la fe, permanezcamos en una recta relación para con Dios; y que tengamos paz entre los hermanos; y que fundemos nuestro gozo y alegría en el servicio del SEÑOR; y que sirvamos a Cristo, el uno, comiendo, y el otro, no comiendo. Cuando esto sea algo evidente *en y por* nuestra vida, entonces complacéremos a Dios, y seremos apreciados entre las gentes.

Yo no puedo decir quiénes son los «fuertes» entre nosotros, y quienes son los «débiles». Pudiera ocurrir que fuera lo contrario a lo que a veces pensamos. Pero sea como fuere, el uno no condenará al otro ni lo menospreciará. Sino que todos buscaremos lo que sirve a la paz y a la mutua edificación.

ALEGRÍA (y palabras similares)

Hojeando la tesis doctoral del Dr. Plenter, titulada «*La alegría en las cartas del apóstol Pablo*», me encontré con las frases siguientes: «Ahora bien, la pregunta que raramente se formula, pero que a mi entender clama por una respuesta responsable, es ésta: ¿Por qué hay tan poca alegría en la iglesia? ¿Por qué en torno a la vida y la obra, en torno a la fe y al orden de las iglesias existe como una red de extraña tirantez? ¿Por qué tantos cristianos viven con tristeza, apatía y mortífera seriedad, mientras que en algunos de ellos rara vez se trasluce un leve gozo pasajero e inconsistente? ¿Dónde ha quedado la alegría de las iglesias primitivas? ¿Cuál era entonces el fundamento, el carácter, la inspiración y la naturaleza de la alegría y del gozo cristiano?».

También el Dr. Woelderink en su edificante obra, titulada «*La práctica de la devoción*», se expresa en tonos semejantes. En uno de los capítulos constata una falta de certeza de la fe y, como consecuencia de esto, la ausencia del gozo y alegría cristiana. En una de sus páginas escribe: «Es frecuente que nuestro pueblo hable de esas iglesias sombrías y lúgubres espiritualmente. Lo negro, el color del luto, es el vestido o traje de esos cristianos que

escogen lo trágico de la vida en vez del gozo y la alegría de la fe, y, con Tomás de Kempis y toda la Iglesia Católica Romana, consideran la humanidad y la compunción de corazón como las principales virtudes cristianas. Se prefiere hablar de la muerte y la eternidad en lugar de Cristo y Su obra. Allí se dan la mano lo sombrío y lo tenebroso, y la certeza y la alegría de la fe son consideradas como soberbia». Me es bien conocido, que los mencionados escritores no se refieren a las iglesias reformadas. Nosotros jamás llevamos lutos; y que esa «humildad y compunción del corazón» son consideradas entre nosotros como las principales virtudes cristianas, es algo que jamás me atrevería a afirmar. Aunque pienso que tampoco nos vendrían muy mal. Pero lo que sí me atrevo a decir es que debíamos ser mucho más alegres en nuestra fe.

En las Sagradas Escrituras se habla de la alegría del corazón. Dios sabe lo que hay en nuestros corazones. Por eso es de esperar que haya más alegría en el corazón. Pero esto es algo que debe manifestarse en nuestra conversación y en toda nuestra actitud de vida; y por esta razón se echa tanto de menos en unas cosas y otras, si es que no me equivoco. De ahí que sea sumamente útil averiguar en las Sagradas Escrituras cómo puede y debe vivirse la alegría cristiana en la iglesia del SEÑOR.

Es casi incomprensible cómo personas que dicen vivir de las Sagradas Escrituras, puedan tener una cierta aversión a la alegría cristiana. Todo el Antiguo Testamento testifica que el servicio del SEÑOR es un servicio alegre. ¿Cómo podría ser de otra manera? El mismo SEÑOR se goza de Su pueblo como un esposo de su esposa (cf. Is. 62:5). El autor del Salmo 43 llama al SEÑOR el «Dios de mi alegría y de mi gozo» (v. 4). El es para Su pueblo

una fuente de gozo. Cuando el SEÑOR hace resplandecer su rostro amigable sobre Su pueblo, el salmista exclama jubilosamente: «Tú diste alegría a mi corazón mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto» (Salmo 4:7).

El servicio en el tabernáculo y en el templo era un ministerio alegre. Allí se cantaba y se tocaba música; a veces se danzaba de gozo; se tocaba todo tipo de instrumentos musicales. Grandes masas de cantores daban gracias y glorificaban al SEÑOR bajo la dirección y acompañamiento de completos coros musicales. Aquel cantar, y tañer, y tocar instrumentos musicales no era invención de hombres, sino que era algo de conformidad con la voluntad del SEÑOR. Pues, por medio de Moisés, dio a Israel la orden o mandato siguiente: «Y al lugar que Jehová vuestro Dios escogiere para poner en él su nombre, allí llevaréis todas las cosas que yo os mando: vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, las ofrendas elevadas de vuestras manos, y todo lo escogido de los votos que hubiereis prometido a Jehová. Y os alegraréis delante de Jehová vuestro Dios, -vosotros, vuestros hijos, vuestras hijas, vuestros siervos y vuestras siervas, y el levita que habite en vuestras poblaciones; por cuanto no tiene parte ni heredad con vosotros» (Dt. 12:11 y ss.).

También el sábado y las fiestas -las mismas palabras lo indican- no eran días de tristeza y austeridad amarga, sino de alegría, regocijo y acción de gracias. Se preparaban banquetes festivos, se encendían luces, se cantaba y danzaba. En el citado libro del Dr. Woelderink se puede leer: «Con gran placer cantamos aquellas conocidas palabras del Salmo 68: «Mas los justos se alegrarán; se gozarán delante de Dios, y saltarán de alegría» (v. 3). Pero enseguida olvidamos que los píos israelitas, en el servicio o

culto al Señor, también expresaban corporalmente este gozo espiritual cantando y danzando alegremente, como se puede ver en la historia del rey David, el cual, cuando el arca de la Alianza era llevada hacia Jerusalén, brincó, saltó, cantó y dio gritos de alegría. Y las mujeres y las jóvenes danzaron y cantaron en una danza coral por las grandes maravillas del SEÑOR.

El Nuevo Testamento no forma una contraposición con el Antiguo Testamento. Esto es algo que cae de su peso. ¿Cómo el pueblo del SEÑOR, tras la venida de Jesucristo, estaría menos alegre que el pueblo de Israel, el cual miraba hacia la venida del Cristo?

El Evangelio, según el lenguaje más libre y común, se traduce por o como: El anuncio alegre, la noticia gozosa, etc. Literalmente es «buena» nueva; no hay objeción o impedimento alguno en contra para calificarlo de anuncio «gozoso» o «alegre». Pues anuncia perdón, paz y salvación, lo cual está destinado a todos los pueblos. Es el anuncio de Jesucristo, el cual ha venido al mundo para salvar pecadores. ¡No hay imaginable anuncio o noticia más alegre! ¿Cómo, pues, aquellos que creen el Evangelio no han de estar alegres? Bajo el Antiguo Pacto se pronunciaron aquellas conocidas palabras: «Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos» (Salmo 122).

¡No es buena señal si ya no nos alegramos cuando nos «levantamos» para escuchar la predicación del Evangelio! Según oigo decir, éste es el caso en muchas partes, en muchas iglesias, en muchos «cristianos». Por lo cual, los predicadores y las propias iglesias habrán de preguntarse a qué se debe este síntoma de grave enfermedad espiritual.

El predicador no debe sacar la conclusión de que

la causa yace en los que son predicados, y éstos no deben deducir que el motivo se halla en aquél. Sino que juntos, predicador y oyentes, y en fraternal diálogo, han de buscar las causas de tan grave estado de cosas. Pues no cabe duda de que están ante un abuso que se puede convertir en costumbre mortífera para la vida congregacional.

No será necesario mostrar ampliamente que los creyentes son instados a alegrarse. Quien pudiera dudar de ello, debería leer la carta a los Filipenses. Esta fue escrita por un hombre que estaba encarcelado; y la dirigió a una iglesia que tenía muchos enemigos, como se evidencia por la carta. En Roma había hombres que predicaban a Cristo «por envidia y contienda» (1:15), para así agravar los sufrimientos de Pablo. Mas, la reacción a esto por parte del apóstol es la siguiente: «¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún» (1:18); y más adelante, el alegre preso exclama a la iglesia de Filipo: «Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!» (4:4).

Los apóstoles y las primeras congregaciones cristianas probablemente lo tenían entonces mucho más difícil que nosotros, y eso en todos los aspectos. Y si ellos debieron y pudieron alegrarse, ¿no lo habríamos de hacer nosotros también en nuestros días?

Pablo se gozaba, se alegraba en su Señor Jesucristo. Esto le conviene y le pertenece a un discípulo del Salvador del mundo. Cuando el Redentor da a Sus discípulos el mandato del amor, luego continúa: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido» (Jn. 15:11). Si permanecemos en el amor de Dios y guardamos el mandamiento de Cristo de amarnos recíprocamente, entonces podremos estar con-

tentos; y nos gozaremos de la gracia de Dios que nos ha sido manifestada. Pues la gracia nos hace alegres. Las palabras *gracia* y *alegría* suenan casi lo mismo en la lengua griega. Si Dios es por nosotros ¿no habríamos de alegrarnos por ello con un gozo indescriptible? Pues verdad es lo que leemos y cantamos en el Salmo 97: «Luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos de corazón. Alegraos, justos, en Jehová, y alabad la memoria de su santidad» (vs. 11-12).

Probablemente a alguno de nosotros se le haya ocurrido pensar que un cristiano no puede ni debe estar alegre; o quizá todo lo contrario, que debe ser una persona muy alegre. Posiblemente alguien también haga notar que las circunstancias pueden ser de tal calibre que hagan desaparecer la alegría de la persona. A este respecto, cabría citar a Isaías 24:11, donde se lee: «Todo gozo se oscureció, se desterró la alegría de la tierra»; o también al profeta Jeremías 16:9, que dice: «He aquí que yo haré cesar en este lugar, delante de vuestros ojos y en vuestros días, toda voz de gozo y toda voz de alegría, y toda voz de esposo y toda voz de esposa». Pero yo querría preguntar si también entonces, cuando el gozo «natural» perece, ¿no es posible que permanezca el gozo y la alegría en el SEÑOR? Si, ni la muerte ni la vida... ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, nuestro Señor (cf. Rom. 8), ¿acaso podrá sernos arrebatada la alegría por las circunstancias o problemas difíciles? Sé muy bien que puede ser mucho el dolor, la pena y la tristeza que inunden nuestra vida, tanto que amenace con hacer desaparecer la alegría. Mas, aun en ese caso, si buscamos nuestro refugio y amparo en el SEÑOR, ¿no podremos gozarnos y alegrarnos incluso a través de nuestras

propias lágrimas? Algún lector quizá me haría observar que la situación en la iglesia puede volverse tal que desaparezca allí toda alegría.

No niego que se pueda llegar a ese extremo. En ese caso, se ha llegado tan lejos, ¡que la fe ya ha desaparecido! Pues la fe en Jesucristo y la alegría están tan entrelazadas la una con la otra, que o existen juntas, o desaparecen juntas. Tantas cuantas veces como alguien busque la vida y la salvación en Jesucristo, fuera de sí mismo, otras tantas puede alegrarse en el Señor, y se gozará más o menos en El; y entonces no dejará que nada ni nadie le arrebatase su alegría.

Sé muy bien, que una persona cristiana puede quedar marcada con un carácter sombrío por toda clase de problemas y contrariedades que los hombres la hayan inferido. Así también los predicadores pueden llegar a perder su alegría por causa de los problemas y oposiciones en la iglesia. Y, al revés, los miembros de la congregación, por motivo de una predicación insana oída semana tras semana, pueden correr el peligro de perder su alegría.

También es comprensible que en una iglesia donde impera la lucha y la confusión, palidezca la alegría. Pues aún no vivimos en el perfecto reino de los cielos, donde ya no habrá ni pena ni dolor ni lucha. Y, esto no obstante, como diría el Apóstol, «regocijaos en el Señor siempre». El es el mismo ayer, y hoy, y hasta la eternidad. Su gracia os es suficiente. No os dejéis arrebatar la alegría por las gentes. Al diablo le agradaría poderlo conseguir; pero no le deis ese placer. Antes bien, dejando a los hombres con sus luchas y confusiones, con su insatisfacción y fatuidad, poned vuestra mirada en El, de cuya gracia, a fin de cuentas, pende nuestra vida.

Hay hermanos y hermanas en la fe que lo pa-

san muy mal en esta vida. Y quizá por causa de las divisiones en la iglesia, o por las luchas entre hermanos que se irritan entre sí. Los «fuertes» se enojan con los «débiles», y éstos con aquéllos. Los hay que «se ponen verdes» entre sí, de palabra y por escrito, e incluso desde el púlpito.

Quiero dejar fuera de consideración si lo dicho anteriormente tiene o no verdadera razón de ser. Sobre todo, acerca de la predicación no puedo juzgar. En ocasiones oigo cosas, o leo algo, contra lo que debo protestar. A otros quizá les pase lo mismo por causa de lo que digo y escribo. Pero tanto yo como tú, y todos nosotros, no podemos dejarnos arrebatrar la alegría y el gozo de la fe. A todos nos costará esfuerzo y trabajo, y será algo que no se podrá conseguir sin lucha contra nuestra vieja naturaleza. Deberemos soportar muchas necedades, y también tendremos mucho que perdonar. ¿Sería de otra manera alguna vez en la iglesia? Probablemente no. Esto es, de suyo, un triste y flaco consuelo. Sin embargo, nos puede preservar de que pensemos ser los primeros que lo han tenido muy difícil.

Por tanto, roguemos todos y supliquemos la acción del Espíritu Santo. Pues el fruto del Espíritu es alegría; y, asimismo, imploramos la venida del Reino de Dios. Porque el Reino de Dios no consiste en comer y en beber, sino en justicia, paz y alegría por el Espíritu Santo (cf. Rom. 14:17).

Los goces «naturales»

Me preocupa que entre nosotros no marchemos muy bien en esto de la verdadera alegría. Por lo general, los calvinistas no brillan por su alegría. Quizá el Dr. Woelderink tenga razón al constatar en Calvino cierta falta de alegría. En su libro ya citado, escribe: «Calvino pone mucho acento en la humildad,

en la sumisión y en la negación de uno mismo. Ciertamente que él sabe y habla del poder de la fe que hace llevar voluntariamente toda cruz, pero la alegría que pone el conocimiento de la gracia de Dios sobre la vida, no nos irradia. A la alegría de la fe no se le dedica ningún capítulo aparte. Quizá esto sea fruto de la pesada lucha que este hombre de fe debió contender.

Sin embargo, según mi opinión, también aquí habría que hablar de una insuficiente operación de la predicación bíblica. En Calvino, la vida de piedad también ha conservado demasiadas cosas del sello pagano y romanocatólico, del ascetismo y austeridad. Esto es ciertamente explicable, pero fatal por sus consecuencias. Pues la pérdida del gozo y alegría de la fe ha llevado consigo la pérdida de la certeza y seguridad de la fe». Es cierto que él no fue un hombre insensible y «sin sangre en las venas». Posiblemente fue un hombre mucho más alegre de lo que se desprende en su obra *Institución de la Religión Cristiana*. En cualquier caso, hay muchos calvinistas, o quienes así se llaman, que dan la impresión de todo menos de personas alegres.

De vez en cuando, he notado que creyentes reformatos no tienen demasiado aprecio de lo que yo querría calificar de goces «naturales» de la vida. Difícilmente se podría entender que un pastor o un anciano gozaran de dichos momentos gozosos, como que un pastor tocara la flauta o que se fuese a patinar sobre el hielo.

Sin embargo, cuando abrimos la Biblia, encontramos toda clase de alegría acerca de y por acontecimientos corrientes y naturales de la vida. Allí se habla de la alegría del esposo y la esposa; allí se hace fiesta cuando se ha recogido la cosecha o cuando se han pisado las uvas en el lagar; cuando

se trasquilan las ovejas y cuando llega el tiempo de la matanza. Los cielos se alegran, y cantan los campos, y la tierra exulta. El mismo SEÑOR se alegra de las obras de sus manos. El se goza sobre su pueblo y sobre Jerusalén.

Ahora bien, también sé perfectamente que el pecado cambia el gozo natural en alegría vana. En la tienda de los impíos reina la petulancia, la fatuidad y la simpleza (cf. Prov. 1:22). Las fiestas en honor de Baal, el dios de la fertilidad, estaban llenas de afectuosidad e inmoralidad. Los israelitas se debían mantener alejados de ellas. Y cuando los jóvenes israelitas se dejaron engañar por las hijas de Moab para participar de las fiestas idólatras, el SEÑOR, en Su ira encendida, lo castigó muy severamente (cf. Núm. cap. 25).

Nosotros ahorraremos goces vanos en nuestra tienda. Del hombre rico que todos los días vivía alegre y se daba a la buena vida, el Señor Jesús no dice nada bueno. Y el rico terrateniente que dijo para sí: «Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate», recibe esta recriminación de Dios: «¡Necio!» (Lc. 12:20). El lema: «Comamos y bebamos y alegrémonos, que mañana moriremos», no es un proverbio cristiano (Is. 22:13). Nosotros no añoraremos los así llamados goces del mundo, sobre los cuales no brilla la gracia de Dios. Y habremos perdido fundamentalmente –y quizá definitivamente– a la juventud de la iglesia cuando esos jóvenes, de ambos sexos añoran «las ollas de carne de Egipto» (Ex. 16:3). Hay mucho vano jolgorio y mucha diversión extravagante en lo cual el SEÑOR no se puede complacer; y en esto tampoco nosotros hemos de tener contentamiento alguno.

Pero los justos pueden –¡les es permitido!– es-

tar alegres. Incluso lo deben ser. Pues son bienaventurados, dichosos, es decir: ¡felicísimos! ¡Contentos, mucho más que contentos! Porque el SEÑOR les ha perdonado sus pecados; porque tienen paz con Dios; porque el rostro amigable de Dios irradia sobre ellos; porque Dios está a su favor; porque tienen la gozosa esperanza de estar siempre con el SEÑOR en una nueva tierra, donde alegría sobre alegría será la parte de su herencia.

También les es permitido alegrarse en todo lo que el SEÑOR les concede en buenos dones. ¿No podríamos alegrarnos cuando nuestro trabajo tiene éxito? ¿No podríamos estar gozosos cuando logramos un fin perseguido? ¿Cuando nos ha salido bien un examen? ¿No podemos estar contentos en una boda, y en un cumpleaños, y en un gozoso acontecimiento? También podemos gozarnos en la hermosa creación de Dios, y alegrarnos en la obra de Sus manos. Como lo hace el SEÑOR mismo. Los salmistas nos precedieron en esto. Recuerdo el Salmo 65: «Tú coronas el año con tus bienes, y tus nubes destilan grosura. Destilan sobre los pastizales del desierto, y los collados se ciñen de alegría. Se visten de manadas los llanos, y los valles se cubren de grano; dan voces de júbilo, y aún cantan» (vs. 11-13). Esto aún es así. ¿Acertamos a ver y a oír algo de esto?, ¿que las obras de Dios glorifican al Creador? Es formidable gozo penetrar en la «naturaleza» y mirar allí, y escuchar allá todo lo que se mueve y vive. ¡Cuán hermoso es todo en la primavera! El avefría, parece reír cuando vuela sobre las aspas del molino. El chorlito, parece gritar de gozo cuando se reúne con la bandada de su especie. ¡Qué placer es pararse un momento a contemplar una pareja de machos! Hacen alarde de su cuello como nobles de antaño y celebran torneos que son una delicia con-

templar. Mi pluma es incapaz de describir tantas cosas hermosas que allí se ven y se oyen.

Considera como pobres gentes a los que son incapaces de percibir estas cosas. Mas nosotros podemos alegrarnos en todo esto. El SEÑOR nos lo permite y nos lo da.

Ahora voy a pasar de una cosa a otra. A veces me pregunto si aún se hace música y se canta en los hogares, tal cual antaño hacíamos nosotros. Yo sé y comprendo que la música de la radio y del tocadiscos es más bonita que la música que se puede ejercitar por los componentes del hogar; y que los célebres cantantes sacan mucho más partido a sus gargantas y voces de lo que nosotros, –el hogar puede lograr. Pero no estoy porque desaparezca de nuestros hogares ese intento de hacer música y cantar todos juntos. Se puede criticar al viejo armonio y a los conjuntos vocales de muchas de nuestras iglesias. Es cierto que ahora se puede hacer con mejores instrumentos y con voces más educadas de lo que antes se hacía. Pero ¡hagámoslo! ¡Cantemos y toquemos instrumentos musicales como gentes alegres en el SEÑOR! Esto también pertenece a la auténtica piedad. Cuánta verdad hay en aquel dicho: «Gente enfadada, no canta».

Cuando el Catecismo de Heidelberg trata acerca de la conversión también se la describe como un «alegrarse de todo corazón en Dios por Cristo (a), y desear vivir conforme a la voluntad de Dios, así como ejercitarse en toda buena obra (b) (Domingo 33, preg. y resp. 90).

(a) Rom. 5:1;14:17; Is. 57:15 –(b) Rom. 6:10-11; Gál. 2:20. –Es un placer poder servir al SEÑOR; es un gozo poder temer filialmente al SEÑOR. Los judíos conocían una fiesta a la que llamaban: Gozo de la Ley. Y nosotros diríamos: Gozo del Evangelio. ¿Por

qué es tan general el lamento de que falta gozo evangélico? ¿Acaso vivimos más de la Ley que del Evangelio? ¿Pensamos tan raquíticamente del amor de Dios? El hijo mayor de aquella conocida parábola (Lc. 15:11 y ss) no conocía el gozo y la alegría. Al llegar junto a su casa y darse cuenta del gozo que allí reina, que tanto se danza y hay música porque su hermano había regresado, se enfada y no quiere pasar adentro, y dice a su padre: «He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos».

Sirvió a su padre, pero evidentemente porque *debía* hacerlo. Pero no le resultó ningún placer. No fue rico con tener la complacencia de su padre, y no comprendió que ahora se hiciese en casa tal grato bullicio, ahora que aquel derrochador hermano había regresado.

¿Hay también en nosotros, a veces, falta de gozo y alegría, porque vivimos poco evangélicamente? ¿Somos por eso tan poco libres y alegres? ¿Servimos al SEÑOR porque lo debemos hacer? ¿O también vemos el gran privilegio de que podemos hacerlo? El SEÑOR nos honra con que podamos servirle. Los hijos pueden ser verdaderamente felices. Viven sin cuidado y preocupación alguna, porque el padre se preocupa de ellos. ¿No habríamos de estar alegres siendo hijos de Dios? ¿Es que nuestro Padre celestial no sabe lo que necesitamos? Creo que existe el peligro de que vivamos demasiado en tensión, excesivamente inquietos, excesivamente preocupados; y quizá algunas veces con demasiada «seriedad». De ahí que eche de menos entre nosotros esos rasgos y detalles de buen humor, lo cual me parece que también es una tarea o estilo verdaderamente cristiano. No me refiero al humor fu-

nambulesco, sino al humor fino de «una sonrisa y una lágrima». Pero esto, según me parece, no tiene mucho aprecio entre nosotros, y así parecemos cristianos que deambulan con cara larga y un tanto amargada.

No hay quien nos saque una sonrisa, y si alguna vez lo logran, resulta una leve mueca de complacencia: algo así como la sonrisa de una persona a la que le duele una muela. Parece como si nos diera miedo reírnos.

Quiero imaginar que alguien pueda decir que la vida es algo muy serio, y que la apostasía es grande, y que vivimos tiempos malos, y que la lucha nos acosa por todos lados.

Que debemos luchar, no ofrece duda, es verdad.

Pero aun en la lucha, según yo entiendo, también podíamos ser un poco menos tremendistas. Los soldados alemanes, durante la segunda guerra europea, hablaban de una batalla «rejuvenecedora y alegre». Era una equivocación. Pero en la lucha cristiana puede haber algo alegre. Porque luchamos desde la victoria que Cristo ha conseguido. ¡Esta sí que es una victoria! Y la fe vence al mundo, según dice la Escritura. Si nos afirmamos en el fundamento del Evangelio, entonces podemos resistir tranquilamente. El apóstol Pablo lo dice así de tranquilo y lleno de certeza: «(nosotros) tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Rom. 5:2).

A veces nos lamentamos de la falta de poder de captación de la iglesia. ¿No podría esto consistir en que entre nosotros escasean el gozo y alegría cristianas? Hace algunos años, hablaba con un joven que se había entregado al mundo. Procedía de un hogar reformado, en el cual se iba fielmente a la

iglesia y se mantenían estrictamente las costumbres tradicionales, y también se leía la Biblia con regularidad. Le pregunté cómo había llegado a romper con la fe de los padres. Entonces me contestó que no había encontrado nada atrayente en la vida de sus padres y hermanos. Rara vez estaban verdaderamente alegres. Sabían exactamente lo que se debía y no debía hacer; pero el gozo del amor y del temor filial hacia el SEÑOR, no notaba nada de nada. A este joven no se le podía disculpar, pero tampoco a su hogar. Y si de nosotros tampoco respaldade la alegría, se podrá decir otro tanto.

Alegría nunca mezclada

Un par de páginas atrás, escribía que el servicio del SEÑOR es un servicio gozoso, y que esto se evidencia tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En relación con esto, se hacía notar que en el Antiguo Testamento, sin embargo, también se habla mucho de la ira del SEÑOR, y que fueron muchas las miserias y desgracias que sucedieron al pueblo del SEÑOR, y que, globalmente, no lo pasó muy alegremente este pueblo. Estas observaciones son exactas. Pero, no obstante, es verdad que el servicio del SEÑOR es un servicio alegre. Pues, ¿por qué le sobrevinieron todas aquellas desgracias al pueblo de Dios? Porque rehusó escuchar la voz del SEÑOR y, con frecuencia, no le agradó temer al SEÑOR. Entonces el SEÑOR no permitió que se rieran de El, sino que actuó conforme había amenazado que haría. Pues no sólo se cumplen las promesas de Dios, sino también Sus amenazas. Acerca de lo cual el Salmo 89, dice: «Tuyo es el brazo potente; fuerte es tu mano, exaltada tu diestra. Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro» (vs. 13-14).

¿Acaso no estará aquí una de las causas por las que generalmente se lamenta la falta de alegría? Todos nosotros conocemos aquella sentencia: «El temor del SEÑOR es el principio de la sabiduría» (Prov. 9:10).

Pero también me atrevería a decir: -El temor del SEÑOR es el principio de la alegría. Tendremos, pues, temor de apartarnos de los caminos rectos.

Hay círculos cristianos donde se anda en los caminos de la tradición. Todo el mundo hace lo que se hace; y se hace lo que los padres hicieron o preceptuaron. Se aferran a las «opiniones en curso», sin pararse un momento a reflexionar si éstas ciertamente concuerdan con la Palabra del SEÑOR. Se camina o se arrastran los pies por las sendas trilladas de las costumbres de los antepasados, sin interrogarse si éstas son conformes a la voluntad del SEÑOR. Aquí amenaza el grave peligro que supone no conocer al SEÑOR en Su manera de pensar, hablar y actuar.

Se procede por rutina, porque es la costumbre. Se teme el juicio de los hombres, pero esto es algo muy distinto que temer al SEÑOR. Agradaría hacer o gozar de esto o aquello, pero no nos atrevemos porque se aparta de lo que es costumbre.

Y, mientras tanto, ya no se preguntan si lo quiere o no el SEÑOR. En semejantes círculos cristianos desaparece la verdadera alegría. Se sirve al ídolo de la tradición pero ya no se sirve más al Dios vivo, Padre de nuestro Señor Jesucristo, a Quien servir por amor jamás ha hecho entristecer a nadie.

No es que sostenga que en la tradición no haya un fuerte poder conservador y preservativo. Pero un cristianismo que sólo es tradicional, ya no es un cristianismo vivo y vivificante. Y es frecuente observar que la gente joven de estos círculos religio-

sos, cuando cayeron en otros ambientes, se hicieron radicalmente mundanos; y quemaron la embarcación de la fe (I Tim. 1:19). No habían encontrado en el entorno anterior a su caída, ni poco ni mucho de la verdadera alegría.

Ahora buscaron la alegría en el mundo, donde, según parece, todo discurre tan alegremente. Muchos bautizados sucumbieron allí, y otros volvieron tras amargas decepciones; pues en el «mundo» no se puede encontrar la alegría auténtica. De esto escribe el apóstol Juan: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (I Jn. 2:15-17).

Que nadie se engañe con que ese mundo regala verdadera alegría. En verdad parece que allí todo es alegre; pero sólo es apariencia, y nada más. El mundo del cine, por ejemplo, está lleno de alegre fanfarria y resplandor. Pero esto es algo solamente externo. Cuando alguna vez se manifiesta lo que hay detrás de aquello, entonces nos decepciona su vacío y malicia. De ahí que oigamos de estrellas del cine que se suicidan, y de famosos de la pantalla que ingresan en centros psiquiátricos. La vida de muchos de esos hombres y mujeres es un infierno. Por esta razón, no comprendo que en algunos círculos religiosos –incluso reformados– haya una cierta tendencia hacia esta diversión. Con esto no quiero decir que no haya de vez en cuando alguna buena película. Tampoco de eso debemos hacer una regla, o «ley», de que jamás nadie pueda acercarse a ver una buena película sobre la naturaleza o algo si-

milar. Pero, por lo general, en el cine todo está tan podrido como una cloaca. Y, si no me equivoco, esto mismo cabe decir, en gran parte, del teatro y la danza.

En estos tiempos, no es cosa fácil mantener alejado de estas cosas al propio hogar. Mediante la radio y la televisión intentan entrar en nuestras casas.

Hay alguna confesión religiosa que, según he oído, ha expresado que el miembro que tenga televisión en casa, debe ser censurado. Pero esto no es una decisión sabia. Creo que también se hizo esto cuando llegó la radio, y ahora no habrá muchas gentes que, por razones de principio, no cuenten con un aparato de radio en su salón de estar.

Actualmente casi todos tenemos televisión en casa. Pero nos hemos de cuidar de huir de lo que hay de pecaminosa en ella, y de controlarla en nuestros hogares, en tanto sea posible. ¡Pobres gentes esas que se pasan noches enteras ante el televisor contemplando toda clase de necedades, mofas y violencias... y con ello echan a perder su valioso tiempo.

A este respecto, ahí están muchos jueces y escritores –incluso no creyentes–, que avisan de las influencias corruptoras que fluyen de tales medios. ¿Buscarán en ellos su alegría los cristianos? Se hace necesario que en el uso de estos milagros de la ciencia y de la técnica, actuemos según la regla de Filipenses 4:8: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo que es honesto, todo lo que es justo, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros».

En esta economía, es decir, en esta vida, la alegría nunca es pura y sin mezcla. En II Cor. 6:10,

Pablo escribe: «Como entristecidos, mas siempre gozosos»; y en el cap. 7:4, dice: «Mucha franqueza tengo con vosotros; mucho me glorío con respecto de vosotros; lleno estoy de consolación; sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones». ¡Probado y, sin embargo, alegre; perseguido y, no obstante, gozoso! Quizá piense alguien que esto solamente pudo acontecer en un apóstol. Entonces se equivoca. Esto mismo también les ocurrió a los tesalonicenses, a los cuales el apóstol escribe: «..., recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo» (I Tes. 1:6). Es natural que la persecución les fuera dolorosa. Aún les acongojaba su recuerdo. Pero, acto seguido, supieron estar contentos y gozosos. ¿A quién, que sea verdaderamente creyente, no le ha pasado algo así?

No sólo las contrariedades en la vida eclesial, sino también las experiencias personales, pueden mezclar la alegría; pero no apagarla. Es cierto que se sufre muchísimo en esta vida. Le ocurre al no-cristiano y también al cristiano. La vida de muchos está llena de tristezas. Esperanzas que quedan trunca-das. Golpes que se acusan. Lo hermoso que se espera, no llega, y lo grave que se teme, se hace realidad. La vida de muchos, humanamente hablando, es un fracaso. Pero incluso cuando se tiene éxito, ¿qué ocurre? El conocido Albert Schweitzer tuvo éxitos en su vida. Pero él mismo confesó que había conocido pocos momentos en los que fuera feliz. ¿Qué, pues, sentirán aquellos que no han tenido éxito y que han visto cómo todo se les rompía en sus propias manos? Estos pueden y deben buscar la vida y la salvación fuera de ellos y fuera de esta vida, con sus éxitos o no-éxitos, en Jesucristo, y alegrarse y gozarse en El con una dicha que jamás perece. Esta alegría no puede ser apagada ni incluso en los

campos de concentración, y puede ser encontrada en los hospitales, y vive en la casa del pobre y del millonario; pues está en todas partes donde son creídas las promesas de Dios, y donde se espera en la vida eterna.

Esta alegría va aparejada a la fe. Pablo quiere seguir viviendo para los filipenses, porque –así escribe– «sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe» (Fil. 1:25).

En algún párrafo anterior, escribía yo: «La pérdida de la alegría de la fe ha llevado consigo la pérdida de la certeza de la fe»; pero ahora preferiría decirlo al revés: La pérdida de la certeza de la fe ha llevado consigo la pérdida de la alegría de la fe. Ahí radica –me parece– una de las causas del languidecimiento de la alegría. La fe de muchos se tambalea; en muchos círculos cristianos se provoca el miedo a la certeza de la fe. Esa certeza de la que ellos hablan es algo muy diferente que la confianza filial en las promesas de Dios, las cuales en Cristo son Sí y Amén, a todo lo cual habría que añadir la certeza de la elección divina, la cual consistiría en que, por ciertas notas características, es un elegido y nunca jamás se puede condenar.

Pero es aquí, según mi opinión, donde subyace la fuente de muchas miserias y males. Se me ocurre pensar que en el círculo de nuestros lectores no son muchos los que conscientemente le dan vueltas a esta cuestión. Sino que inconscientemente podrían ser muchos más de los que nosotros sospechamos. Esa elección, para muchos, no es sino un capítulo muy duro y pesado. ¿Es que acaso si no se es elegido desde la eternidad, se está condenado? ¿Que con creer las promesas de Dios está todo solucionado? ¿Que un cristiano debe no estar cier-

to de su elección? ¿Y no es éste un asunto difícil de indagar si se es elegido para salvación?

El SEÑOR no nos da ninguna razón ni motivo para que nos hagamos tantos interrogantes y cavilaciones. En las Sagradas Escrituras no podemos encontrar ni una sola indicación de que la certeza de la fe sea otra cosa que la certeza de la elección. Pues certeza de elección es certeza del amor de Dios que elige, y que se ha revelado en Cristo. En la carta a los Efesios, Pablo escribe a «los santos y fieles (: creyentes) en Cristo Jesús» (Ef. 1:1). Y de todos estos «santos y creyentes» vale lo que dice un poco después: «según nos escogió en él (: en Cristo) antes de la fundación del mundo» (v. 4). Existen diversidad de explicaciones de las palabras «antes de la fundación del mundo», y también se discute entre los dogmáticos acerca del significado de «en El». Yo dejo estar estas cosas, porque para la certeza de la fe, acerca de lo cual tratamos, no es importante. Pero una cosa es incommovible. Con la palabra «nos» se da a entender todos los que creen en Jesucristo. Pues, quien cree en el Salvador, es decir, quien busca la vida y la salvación fuera de sí mismo, esto es, en Jesucristo, ése tal puede saber y debe saber: A mí, junto con una multitud que nadie pude contar, me ha elegido Dios; todo lo he de agradecer al amor de Dios que me ha elegido; o lo que es lo mismo: Todo lo debo a la gracia de Dios. Toda gloria queda excluida por mi parte, mi salvación es totalmente inmerecida. Sólo puedo gloriarme en Su libérrima complacencia hacia mí.

La elección de Dios no apaga la alegría de la fe. No es —¿cómo diría?— un apagavelas. Eso es precisamente lo que muchos han hecho con la elección de Dios. Antes al contrario, la elección de Dios es un inflamador, un atizador de la alegría y para la

alegría de la fe que se gloria en el amor de Dios que elige.

Alegría escatológica

En lo que precede hay un lado de la alegría cristiana que aún no ha sido considerado, a saber: que la alegría guarda relación con la esperanza. Ya he indicado que existe una estrecha relación entre la fe y la alegría.

Y, asimismo, por muchos pasajes de este capítulo, se ha evidenciado que la alegría se relaciona con el amor. En Gálatas 5 coinciden como los dos primeros frutos del Espíritu: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo...» Así que, en lo que sigue, quiero retener su atención en la consideración de la *relación de la alegría con la esperanza*.

En la vida corriente podemos observar que la perspectiva de un futuro lleno de gozo nos puede alegrar ya en el presente. Entonces decimos: ¡Ya ahora me puedo alegrar anticipadamente! Esto lo podemos observar sobre todo en los niños. Con muchas semanas de anticipación pueden alegrarse de una próxima fiesta o de la visita de un familiar. En mi niñez contábamos las noches que aún debíamos dormir antes de que llegara el gran día de ir, por primera vez, a la capital del país. Esto era algo tan extraordinario que, con muchos días por delante hasta que ocurriera, nos mantenía alegres y dichosos. Algo así nos puede hacer dichosos durante la vida. Ahora un viaje, luego una fiesta, son cosas que nos pueden proporcionar anticipadamente mucho gozo y alegría. Ahora bien, con frecuencia ocurre que las cosas en que esperamos no nos llegan a llenar o no nos caen bien.

A veces vivimos más el gozo en la preparación de un viaje o de una excursión que durante estas

cosas en sí. De ahí aquel refrán que, poco más o menos, dice: —«La posesión de las cosas es el fin de la felicidad». Y es que hay gentes que durante toda su vida gozan en toda una serie de planes que nunca llegan a realizarse. Quizá con esto tienen más alegría de la que disfrutarían si lo planeado realmente llegase a ir adelante.

No es esto lo que ocurre con la esperanza cristiana. Nosotros esperamos en un futuro grandioso que ciertamente llegará, y que sobrepasará con mucho todo lo que nos hayamos imaginado. Las Sagradas Escrituras nos dicen que la paz de Dios «sobrepasa todo entendimiento» (Fil. 4:7). Y yo me atrevo a decir que la felicidad que se nos manifestará, sobrepasa todo entendimiento. De la vida en una nueva tierra podemos, en alguna manera, formarnos una idea por lo que el SEÑOR nos ha revelado acerca de ella en Su divina Palabra. Nosotros podemos saborearla anticipadamente, mediante el conocimiento del SEÑOR, en esta vida en todos nuestros caminos. Pero aún no sabemos lo que será esa «otra mitad».

En las Sagradas Escrituras nos encontramos muy frecuentemente con esta alegría «escatológica». Probablemente la mayoría de los lectores no entienden esta palabra un tanto extraña: *escatológica*. Yo la uso, porque ahora se ha convertido en una especie de palabra de moda en el mundo de los teólogos. *Escatológico* guarda o tiene relación con: *las últimas cosas*. Alegría escatológica, pues, es un gozo que se disfrutará tras el retorno de Cristo. Pero la perspectiva o esperanza en esa vida, en la nueva tierra, es tan deliciosa que nos gozamos en ella durante toda la vida.

Cuando el pueblo de Israel es llevado al destierro y queda abandonada la tierra santa y Jerusa-

lén es destruida, el profeta Isaías dirige la atención del pueblo del SEÑOR hacia un futuro gozoso, en el cual aun en medio del destierro se pudiesen alegrar. A este respecto, recuerdo las palabras del profeta: «Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa.

Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo... Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo... Y los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sión con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido» (Is. 35:1-10). En esta y semejantes profecías, Isaías habrá pensado en el regreso del destierro.

Entonces no tuvo cumplimiento aquella esperanza total y cierta. Y nosotros, cuando leemos estas palabras, confiada- y tranquilamente podemos pensar en el retorno de Cristo, el cual hará nuevas todas las cosas, y entonces será cuando se cumpla plena- y definitivamente lo que, por ejemplo, en Isaías 65, leemos: «Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo. Y me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo; y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor» (vs. 17-19). Así que, cuando leemos estas y otras palabras semejantes en el Antiguo Testamento, inmediatamente nos viene a la memoria lo que sabemos por Apocalipsis 21: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con

ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (vs. 3-4).

Acerca de esa gloria futura habla Pablo en Romanos 8:18: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse». Pablo no ha minusvalorado las miserias de esta vida. El ha visto que toda la creación está sometida a la infructuosidad, y suspira en todas sus partes y se halla, por así decirlo, con dolores de parto; y mira con ansiedad hacia el mundo futuro, hacia la manifestación de los hijos de Dios. Pero la gloria de ese nuevo mundo, donde todas las cosas serán nuevas, es tan grande que la miseria de esta vida es como nada. Persecución, angustia, hambre, desnudez, peligro y espada son cosas que les pueden sobrevenir a los creyentes en esta vida, pero todo lo soportarán gozosos si están ciertos de la gloria futura en la cual tienen puesta toda esperanza.

La Biblia habla acerca de la esperanza de manera distinta a como estamos acostumbrados. Para nosotros, esperar es algo así como: estar bastante seguros de que algo nos acontecerá; con una pequeña posibilidad de que lo esperado terminará bien.

Mas, si el apóstol Pablo dice: «Gozaos en la esperanza» (Rom. 12:12), lo que quiere decir es esto: -Sed y estad completamente gozosos y alegres de que la gloria que el SEÑOR ha prometido, y en la cual vosotros esperáis, cierta- y seguramente vendrá. El dolor de esta vida dura muy poco; quizá sesenta o setenta años, y, si somos muy fuertes, quizá ochenta años -algunos acaso algún año más-, pero entonces se acaba el dolor de este siglo. Y, después, podemos pasar al gozo eterno.

Difícil nos es imaginarnos lo que es *eterno*. En cualquier caso, quiere decir: que ya no habrá fin a la alegría; y ciertamente a una alegría que no es perturbada por contrariedad alguna. Tampoco esto es fácil imaginárnoslo. Pues, en esta vida, los momentos de gozo pleno son muy escasos. Pero el SEÑOR nos promete: –Tendréis un gozo que jamás acabará.

El apóstol Pedro, en su primera carta, habla de «una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos» para nosotros (I Pe. 1:4). Y la garantía de esto es la resurrección de Cristo. Para esta salvación, los creyentes son guardados por el poder de Dios. Teniendo esto en cuenta, el mismo apóstol escribe: «En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas» (I Pe. 1:6).

¿Cómo, pues, puede ocurrir que muchos se alegran tan poco en esa esperanza? ¿Acaso no es verdad que llega una nueva tierra? El mundo dice que eso no es verdad. Los blasfemos dicen: –«Darnos un solo pájaro en la mano, aquí y ahora; y vosotros os podéis quedar con los diez restantes en el aire». ¿Creemos verdaderamente las promesas de Dios? ¿O es que no esperamos en el sentido bíblico de la palabra *esperanza*? ¡Una esperanza firme, una esperanza que jamás queda confundida! Así hablan las Sagradas Escrituras acerca de la esperanza. Es decir, que las promesas de Dios no nos engañan. ¿Acaso ya no estamos ciertos de esto?

Podría ocurrir, que el mundo, con todos sus anhelos por gozar aquí y ahora, en esta vida, de todo lo que se pueda gozar, tenga sobre nosotros mucha más influencia de lo que queremos reconocer. A este respecto, si no me equivoco, existe en muchos cris-

tianos un ir a la caza de todo lo bueno que se pueda sacar de esta vida.

Ahora bien, el SEÑOR también nos ha permitido gozar de muchas cosas buenas en esta vida. Por tanto, no debemos ir por ella con la cabeza baja como un junco o árbol llorón, ni con lutos como vestido, ni con ceniza como nuestro perfume. Debemos tener cuidado de no conformarnos a este mundo. Pues es comprensible que el mundo tenga mucha prisa en saciar los deseos de ver, y oír, y gustar, y tocar, y oler, porque la vida del hombre es muy breve. Pero nosotros tenemos toda una eternidad por delante.

No hace mucho hablé con alguien que, por ciertas circunstancias, no había podido llevar a cabo un viaje que había preparado. No había ya nada que hacer al respecto. Quizá no en esta vida. Pero no lo lamentó demasiado. ¡En una nueva tierra aún tenía suficientes ocasiones de hacerlo!

Cómo será exactamente en la otra vida, no lo sé, ni nadie lo puede saber; y tampoco debemos hacernos fantasías al respecto. Ciertamente será muy diferente de como nos imaginamos. Pero una cosa es cierta: ¡No nos caerá mal! Imagínate: ¡Ningún pecado más! ¡Ninguna enfermedad más! ¡Ni el lastre de esta carne y de este mundo! ¡Ningún ideal truncado, ni esperanza alguna incumplida! ¡Y siempre, siempre estar con el Señor! ¡Y El con nosotros!

Ante esta perspectiva ¿No deberíamos ser un poquito más alegres de lo que normalmente somos? ¿Acaso no deberíamos dejar traslucir un poco más esa alegría cristiana de la que hemos venido tratando?

BENEVOLENCIA DE DIOS (y palabras similares)

Esta palabra nos es de todos conocida desde niños. Es decir, conocemos la palabra; pero de esto no se deduce que podamos decir lo que significa. Es lo que frecuentemente ocurre con palabras que son muy conocidas. Con el uso se han desvirtuado tanto que apenas son otra cosa que sonidos. Y a esto aun hay que añadir que si bien se ha conservado en la iglesia un significado de dicha palabra, se han perdido otros muchos significados que también tiene esa misma palabra. Esto es, a mi parecer, lo que ha ocurrido con ésta.

Cuando oímos la expresión «benevolencia de Dios» o «voluntad de Dios» y similares, añadiremos, como sin querer, la palabra: eterna; y así nos resulta la frase: «la benevolencia o voluntad eterna de Dios». Y entonces pensamos indefectiblemente en una decisión de Dios eternamente firme, inquebrantable e inmutable para salvación de los elegidos. Esto nos lleva a recordar las palabras del salmista: «Las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente...» (Sal. 89:1).

Nada podemos oponer a esta expresión, con tal que entendamos bien la palabra «eterna» o «per-

petuamente». Aquí se habla de la misericordia o afecto de Dios para con Su pueblo. El tiene buenas intenciones con Su pueblo. Y dado que Dios es el Eterno, también podemos decir de todos sus atributos que son eternos. Cuando hablamos o cantamos de la benevolencia eterna de Dios, debemos entenderlo de forma que la misericordia de Dios para con Su pueblo es firme e inquebrantable. Así también se habla del amor eterno de Dios y de Su pacto eterno de gracia. Nosotros podemos contar con el SEÑOR, y constantemente nos está permitido apelar a Su benevolencia y afectuosa misericordia. Podemos contar con que el SEÑOR no se goza en la muerte del pecador, sino en su conversión y vida; y asimismo podemos confiar en que El perdona gustosamente, en lo cual El es el mismo ayer, y hoy, y por siempre.

Pero cuando cantamos de la benevolencia eterna de Dios en el Salmo 89 no precisamos pensar en una determinación pretemporal, pues no se trata de esto en este texto, en el cual se puede leer: «Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte; andará, oh Jehová, a la luz de tu rostro. En tu nombre se alegrará todo el día, y en tu justicia será enaltecido. Porque tú eres la gloria de su potencia, y por tu *buena voluntad* acrecentarás nuestro poder. Porque Jehová es nuestro escudo, y nuestro rey es el Santo de Israel» (vs. 15-18). El salmista sólo quiere decir que un pueblo que goza del favor de Dios, y que confía en la justicia salvífica de Dios, se mantendrá firme. Mientras el SEÑOR mira con agrado a Su pueblo, éste nada debe temer; o con otras palabras: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom. 8:31). Pero no debemos olvidar que la benevolencia de Dios no descansa sobre Su pueblo automáticamente o por fuerza; pues también hay momentos en que Dios no mira complacido a

su Pueblo. De ahí que si bien podemos cantar Su fidelidad (Salmo 89:8), tampoco debemos olvidar la dureza de Su mano para con nuestra infidelidad (Salmo 89:13).

«...sino por cuanto (: porque) Jehová os amó»

El SEÑOR se adelantó con Su benevolencia a Su pueblo. Antes que el pueblo tuviera complacencia en Dios, Este se agradó en Su pueblo. También podemos decir: El ha elegido a Su pueblo, sin que éste tuviera merecimiento alguno. En Dt. 7:7, leemos: «No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto». La buena voluntad de Dios para con Su pueblo es insondable. Si preguntamos por qué la benevolencia de Dios se inclinó hacia ese pueblo, no podemos dar otra razón al respecto que porque así le plugo a El. En cualquier caso, Israel no tenía fundamento alguno para gloriarse en sí mismo. Conocida es la expresión que «el SEÑOR lo decidió por sí mismo»; pero con esto, propiamente, no se aclara nada, porque es sencillamente indescribible. El pueblo del SEÑOR sólo pudo y aún puede gloriarse en la insondable misericordia de Dios. Los píos apelan una y otra vez a la benevolencia de Dios, es decir, a Su entrañable misericordia; así en el Salmo 51:18: «Haz bien con tu benevolencia a Sión; edifica los muros de Jerusalén»; o en el Salmo 106:4: «Acuérdate de mí, oh Jehová, según tu benevolencia para con tu pueblo; visítame con tu bendición».

Pero la benevolencia de Dios no permanece so-

bre Su pueblo si éste no quiere vivir como le agrada al SEÑOR. Isaías califica a Israel con los nombres de Sodoma y Gomorra, y dice en nombre del SEÑOR: «¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos». El SEÑOR no halla complacencia en la impiedad, pero mira complacido a aquellos que le temen: «Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; el malo no habitará junto a ti... Porque tú, oh Jehová, bendecirás al justo; como con un escudo lo rodearás de tu favor» (Sal. 5:4 y 12).

Al SEÑOR le tiene sin cuidado si somos poderosos o grandes en sentido mundano; lo que sí le importa es si le tenemos temor reverencial, pues ya lo dice el salmista: «(EL SEÑOR) no se deleita en la fuerza del caballo, ni se complace en la agilidad del hombre. Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia» (Sal. 147:10-11). Y el temor del SEÑOR debe manifestarse en los actos sencillos y diarios; no en las palabras piadosas, sino en las acciones justas. Para esto tenemos una prueba apropiada en el libro de Proverbios: «El peso falso es abominación a Jehová; mas la pesa cabal le agrada», y «abominación son a Jehová los perversos de corazón; mas los perfectos de camino le son agradables» (11:1 y 20); y «los labios mentirosos son abominación a Jehová; pero los que hacen verdad son su contentamiento» (12:22), y «el sacrificio de los impíos es abominación a Jehová; mas la oración de los rectos es su gozo» (15:8).

Si queremos conservar la benevolencia del SEÑOR, deberemos llevarla a cabo fielmente. Es posible que este pensamiento sea un tanto extraño para

muchos; pero, sin embargo, es según las Escrituras. Pues, por «benevolencia» no sólo se ha de entender la que el SEÑOR tiene para con Su pueblo, sino también la voluntad del SEÑOR, la cual siempre le agrada a El. En este sentido se toman estas palabras en el Salmo 40: «El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado» (v. 8). Es decir, «eso es lo que te agrada». Esto mismo lo encontramos en el Salmo 143: «Enséñame a hacer tu voluntad porque tú eres mi Dios; tu buen Espíritu me guíe a tierra de rectitud» (v. 10). De ahí que reiteradamente seamos amonestados en las Sagradas Escrituras a vivir agradando a Dios. Toda nuestra vida debe ser una ofrenda agradable a Dios, y, por eso, debemos indagar siempre acerca de cuál sea la voluntad de Dios, la cual es buena y perfecta, y le agrada a El. Al respecto, consultemos Romanos cap. 12. Pero jamás debemos pensar que siempre estamos dispuestos a hacer la voluntad de Dios de forma inmutable y lógica. Yo he conocido, por desgracia, personas que se aferraban a esta idea. Estas, de una u otra forma, tenían la certeza de que Dios les miraba con complacencia, y así nada les podía ocurrir jamás. Según ellos, la regla es: «Si llegas a agradar a Dios, le agradarás eternamente». Pero las Escrituras no hablan así; ni tampoco el SEÑOR se expresa así. A El no le es indiferente nuestra manera de vivir. Nunca debemos hacer lo que a nosotros nos agrada sino aquello que agrada al SEÑOR, nuestro Dios. Y si no lo queremos hacer, perdemos Su benevolencia, y entonces no le tendremos a nuestro favor, sino en contra nuestra; y esto es más amargo que la muerte. Teniendo esto en cuenta, también el apóstol Pablo escribe: «Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle (a Dios) agradables» (II Cor. 5:9). Un deseo o suspiro debe

dominar toda nuestra vida: agradar al SEÑOR. No para con ello merecer algo, sino para conservar de esta manera la benevolencia de Dios, y darle a El todo honor y gloria.

Hay Uno del cual jamás se apartó la benevolencia o complacencia de Dios, y jamás se apartará de El; de Este se dice en Isaías 42: «He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones» (v. 1). Se está refiriendo al Mesías, a Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios. Así, cuando es bautizado por Juan, los cielos se abren, y viene el Espíritu en forma de paloma sobre El, y una voz del cielo dice: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt. 3:17). Es lo que se repite en la transfiguración sobre el monte (cf. 17:5). Jamás se aparta de El la complacencia de Dios; y si nosotros permanecemos en El, participamos con El en la misericordiosa benevolencia de Dios.

Así es como pertenecemos a los «hombres de (la) benevolencia»; es decir, hombres (y mujeres) en quienes Dios tiene complacencia. Las versiones catolicorromanas, al respecto, hablan de «hombres (y mujeres) de buena voluntad». Lo cual es ciertamente equivocado; pues de lo que se trata es de hombres y mujeres que gozan de la benevolencia de Dios. Ciertamente no es para echarse a temblar, como algunos hacen, y se preguntan angustiados: «¿Podré yo contarme entre ellos?» Y entonces se ponen a buscar señales y vivencias por las que puedan constatar que también ellos pertenecen a ese número tan singular de gentes. Pero esos hombres y mujeres que gocen de la benevolencia o complacencia de Dios formarán una multitud que nadie podrá contar (cf. Ap. 7:9). Con esto se da a entender to-

dos aquellos que creen en el Señor Jesús, y que con El participan en la benevolencia de Dios. Pues en Lc. 2:10, leemos: «No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo». Por tanto, estas palabras no quedan restringidas por las anteriores, es decir, por la expresión: «Hombres de la benevolencia de Dios». Así que todo el pueblo del pacto, todos los que sinceramente creen en el Señor Jesús, participan de o en la benevolencia de Dios.

No obstante, en todo este pueblo también descansa la responsabilidad y obligación de hacer la voluntad (: complacencia) de Dios; a esto somos amonestados en Filipenses 2:12: «ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad». Estas últimas palabras no quieren decir que Dios, caprichosamente, quiera hacer u obrar en unos, y en otros no; ni que debamos simplemente esperar por si Dios quiere obrar en nosotros. No. Pablo dice, clara y expresamente, que Dios opera en nosotros tanto el querer obrar como el obrar mismo. Y El opera y actúa en los creyentes por medio de Su Espíritu. Pero no opera en nosotros como en algo inanimado. De ahí que la operación de Dios en nosotros no nos exime de la tarea de laborar nuestra salvación con temor y temblor. Pues, precisamente en la confianza total en la actividad de Dios realizaremos nuestra salvación. Y esto, para gloria de la voluntad de Dios. De estos versículos se han dado diversas versiones; pero yo me quedaría con ésta: «Pues es Dios quien en vosotros hace el querer y el obrar, para que le seáis agradables» (cf. Leidse Vertaling). Pues no somos nosotros quienes obramos nuestra propia salvación por nuestras propias fuerzas, sino que es el Dios

de Israel quien da el poder, las fuerzas; el querer y el obrar no es o sale de nosotros, sino de El, y sólo de El. Por eso le corresponde a El toda gloria y honor. Desde Su poder, nos dispondremos a llevar a cabo nuestra salvación, y así le seremos agradables.

Jamás debemos temer que vayamos a arrebatarse a Dios Su obra de Sus manos. Pues, precisamente por la mayor actividad de los creyentes prosigue felizmente la voluntad o benevolencia de Dios. Como dice el escritor sagrado: «Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor» (Heb. 12:28-29).

UNIDAD

Una palabra hermosa para un asunto magnífico. Todos estaremos de acuerdo con ello. Al menos si se logra esa unidad que hace referencia a un asunto bueno. Pues si una banda de ladrones forma una unidad, no es precisamente algo plausible y hermoso.

Sin embargo, es un asunto verdaderamente conmovedor cuando de la congregación en Jerusalén se escribe: «Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común» (Hch. 4:32).

Cuando miramos en torno al mundo que nos rodea, encontramos poca unidad y mucha división. Esto no nos sorprenderá si vivimos en o de la Palabra del SEÑOR, pues ésta no nos ha predicho otra cosa. Aquí me viene a la memoria la palabra del Señor Jesús: «Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores» (Mt. 24:6-8). Pero no debemos pensar que somos los primeros que vivimos en un mundo di-

vidido. Hace un par de días que yo leía en un libro de Olevianus, escrito hace 400 años: «El mundo se descoyunta en todas sus articulaciones, y, no obstante, se sigue viviendo en toda clase de impiedad». Así que ya en aquellos tiempos se vivía exactamente como hoy; sólo con una diferencia, según mi parecer, que todo lo que aquí y allá ocurre en este mundo, penetra mucho antes y más profundamente en nosotros. Pues lo que pueda acontecer en la otra cara del mundo, llega a nosotros en un par de horas o de minutos a través de las noticias de la radio. Y es que, por decirlo de alguna forma, el mundo se ha hecho más pequeño mediante el milagro de la técnica. También antaño hubo guerras, y sublevaciones, y desgracias en toda la redondez de la tierra, pero las noticias de todo ello penetraban lentamente en las otras partes del globo. Ahora ya no hay distancias en el tiempo y en el espacio. La radio y la TV nos tienen informados casi minuto a minuto, día a día; y los periódicos y revistas nos sirven cada mañana, cada semana, los más diversos acontecimientos, las tretas de la guerra fría o caliente en cualquier parte de la tierra. Antiguamente podían cometerse asesinatos masivos en toda una serie de tribus en el Congo sin que en esta parte de Europa se supiera lo mas mínimo y nadie levantara una voz de protesta. Pero ahora somos informados detalladamente de lo que se cuece o trama en cualquier rincón de la tierra. Está más claro que nunca, que vivimos en un mundo atormentado y desgarrado, y en él cobra mayor veracidad la palabra de Pablo: «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó» (Ro. 1:18-19). Nada de esto podemos

cambiar; lo que podemos hacer, nos ha sido determinado en la Palabra del Señor: «Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad» (I Ti. 2:1-2).

No nos debe extrañar que en el mundo no se pueda encontrar una verdadera unidad. El pecado trae consigo división, y la impiedad destroza la convivencia. Pero sí debemos temblar por el hecho de que también entre los que se dicen creyentes en Cristo falte tan frecuentemente la unidad. Esto no debía ser así; mas, a veces, así es. Recuerdo, por ejemplo, el problema de la discriminación racial en cualquier parte de los cinco continentes. Debemos ser muy cautos con nuestros juicios al respecto. Me sorprende de que algunos informadores sean tan ligeros en sus juicios, con solo haberse dado un paseo de un par de semanas por esas naciones o continentes. Para estar al día, de una manera real y verdadera, debemos penetrar mucho más en las circunstancias e historia de esos pueblos implicados en tal problemática, a fin de tener una base firme en los juicios que vamos a emitir. Sin embargo, es verdaderamente triste, que «blancos y negros» no se puedan sentar, por lo general, a una misma mesa cuando se celebra la Cena del Señor, aunque está escrito: «Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa» (Gá. 3:26-29). Esto no obstante, aquí no podemos solu-

cionar este problema, pero sí podemos suplicar al SEÑOR la sabiduría para aquellos gobernantes, a fin de que se comporten también en este asunto conforme a las ordenanzas del SEÑOR.

Puedo imaginarme que algunos piensen que el Consejo Mundial de las Iglesias es un intento para demostrar una cierta unidad de muchas iglesias en el mundo. Por mi parte, no espero muchas cosas de esta organización; pues su base, al respecto, es demasiado amplia y difuminada; además, semejante organización –con tan portentoso y valioso centro en Suiza– me parece demasiado mundana. Con esto no quiero afirmar que esta organización no haga cosas buenas, por ejemplo, prestando ayuda a pueblos que se hallan en necesidades. Pero, que de aquí surja la verdadera unidad de las iglesias, no se me ocurre pensarlo. Mas, en este tipo de organizaciones, nuestro afecto es mayor hacia el Consejo Internacional de Iglesias Cristianas. Sin embargo, tampoco debemos esperar muchas cosas del mismo. El que las figuras más eminentes de estas iglesias fieles a la Biblia se reúnan de vez en cuando, no causará mal alguno; pero pocos son los frutos que se ven en relación a la unidad tan deseada de los creyentes. Es un hecho evidente que iglesias fieles a la Biblia, cuyos representantes se reúnen en cualquier parte del mundo, muestran muy poca disposición a la unidad en el país en que conviven. Con esto no quiero asegurar que el C.I.I.C. no realice cosas buenas. Pero de esta organización espero muy poco respecto a la unidad de las iglesias fieles a la Biblia que conviven en un mismo país.

Si bien, tengo esperanzas de que mi desconfianza se vea confundida. ¿Quién no se alegraría si las iglesias fieles a la Biblia llegasen realmente a una verdadera unidad? Yo, al menos, me gozaría de ello.

Esto de la unidad de los creyentes en Cristo en nuestros propios países es un asunto lamentable, más que un triste consuelo. Si nos inquieta esta división de los creyentes en nuestro entorno más próximo, no debemos consolarnos con la consideración de que esto es mucho más grave en otras partes del mundo. Porque entre nosotros mismos la cosa es demasiado grave como para consolarnos con las incomprensiones y divisiones recíprocas de los otros. También puede suceder que estemos tan acostumbrados a la división y desunión que nos parezca cosa de poca monta. Pero es algo a lo que jamás nos debemos acostumbrar, y, por contra, lo debemos considerar siempre como una cosa grave. Este es al menos mi propio convencimiento, y desearía realmente que la inquietud al respecto fuera tan grande en las diferentes iglesias, que surgiese este clamor común: «¡Esto no puede ni debe seguir así por más tiempo! Ya no podemos justificar ante el Señor de la Iglesia el seguir viviendo tan juntos y, al mismo tiempo, tan enfrentados mutuamente».

Las conversaciones entre Roma y Reforma las considero de poca utilidad. Que Roma jamás se convertirá, no me atrevo a decirlo. Pero, en cualquier caso, la sima entre Roma y Reforma es tan profunda y ancha, que ya no tiene sentido el hablar de unidad. Mas ¿tendremos que decir lo mismo de las iglesias que se llaman reformadas, y su búsqueda hacia la unidad? ¿No? ¿Pues, hasta cuándo esperamos para lograr una verdadera unidad?

El celebre teólogo holandés, el Dr. H. Bavinck, escribió en su día: «El Protestantismo está irremediablemente dividido». Y esta desagradable situación se la ha querido atemperar o explicar con la bonita palabra: pluriformidad.

En esta diversidad se manifestaría la pluriformidad de la obra de Dios. Quien quiera creer esto, que lo crea; pero yo no lo puedo llevar tan lejos. Y es que en las Sagradas Escrituras no encuentro ni una sola palabra o fundamento para semejante pluriformidad. Nos podemos consolar con la distinción de lo menos puro y lo más puro; pero eso también es querer poner paños calientes a la herida que sangra, según me parece. Aquí nos confrontamos a una situación anormal, a una ruptura del pueblo de Dios, a lo cual jamás nos debemos acostumbrar.

Datos de las Sagradas Escrituras

Se pueden aducir toda clase de argumentos para defender la tesis de que nos debemos conformar a la situación actual. Mejor es convivir amigablemente unos junto a otros, que vivir juntos entre controversias.

Pues, aunque todos los reformados vivieran en una sola iglesia, con ello no se habrían acabado todas las diferencias. Aún habría muchas más cosas que citar.

Contra estos argumentos también hay mucho que aducir. Quizá vuelva después a este asunto. Pero lo primero y principal es lo que el SEÑOR dice en las Sagradas Escrituras acerca de la unidad y división al respecto. Me angustia que, a veces, no se toma esto lo suficientemente en serio. En alguna ocasión se me ha dicho que yo tenía razón en esta materia, y que el SEÑOR quería unidad, y que debía haber iglesias concurrentes entre las que tienen una misma confesión de fe..., pero que también había que contar con la práctica, y que había que tener en cuenta la realidad. Es evidente que debemos ser prácticos y tener presente la realidad. Esto no obstante, no debemos restar ni un punto al deseo del SEÑOR.

En una célebre Confesión de Fe, muchos reformados profesan: «*Creemos que esta Santa Escritura contiene de un modo completo la voluntad de Dios...*» (Cf. *Creemos y confesamos*, art. 7; ed. FELIRE, 1ª ed. año 1973). Y si consta que el SEÑOR no quiere divisiones en Su pueblo, ni iglesias concurrentes que persisten en coexistir unas junto a otras apelando a la historia o a la religiosidad práctica, también es cierto que esas iglesias deben hacer todo lo que esté de su parte para lograr la unidad querida por Dios.

En este capítulo quiero repasar lo que encontramos en las Sagradas Escrituras acerca de la unidad de los creyentes que buscan su salvación en Jesucristo. Para ello, me quiero limitar al Nuevo Testamento. Pues, a este respecto, una apelación al Antiguo Testamento resulta difícil en cierto sentido, porque bajo la antigua economía el pueblo del SEÑOR no sólo debía ser una unidad eclesial, sino también nacional. En el Antiguo Testamento nos confrontamos con una iglesia-pueblo, pero esto no se da en el Nuevo, pues ya no vivimos en la vieja economía, sino en la nueva. Teniendo esto en cuenta, me limito a los datos del Nuevo Testamento.

Comienzo con los textos en que aparece la palabra *unidad*. A mi entender, este caso se da en Efesios 4:3 y 13. Aquí el Apóstol escribe a los creyentes en Jesucristo que hay en Efeso, estas palabras: «Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la *unidad* del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y

Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos» (vs. 1-6).

Por mucha que fuera la diversidad en la congregación de Efeso, y por mucha que fuera la variedad de ministerios y dones que allí el Espíritu de Cristo hubiera distribuido, sólo hay un Espíritu, un cuerpo, una vocación, una esperanza, un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre. Acerca de esto no voy a extenderme ahora, pues ello más bien debilitaría que fortalecería estas palabras. Pero sí quiero que todos los que leemos este pasaje, dejemos que estas palabras actúen en nosotros; pues esta amonestación del Apóstol también se dirige a nosotros. Por ella se nos recuerda que sólo hay un Señor, y un Espíritu, y un bautismo, y una fe; y, por tanto, también se nos pregunta: -¿Nos hemos esforzado por conservar la *unidad* del Espíritu? ¿Y seguimos esforzándonos aún por esto? Que cada uno responda por sí mismo.

En el v. 13 de este mismo cap. 4, se habla de «la *unidad* de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios». Esto no añade nada nuevo a lo que arriba se dijo. Pero queda claro que únicamente se puede hablar de *unidad*, cuando hay *unidad de fe*; y ciertamente de *fe en el Hijo de Dios*. Donde Jesucristo no es reconocido como el Hijo de Dios, no hay iglesia o congregación. Por consiguiente, el reunirse con quienes o con lo que parece que lleva el nombre de iglesia, es imposible. Además, hay que tener en cuenta que el Apóstol no habla de unidad de opinión, o de unidad de costumbres, o de unidad de actividades; ¡sino de unidad de fe! Donde hay unidad de fe, allí se debe buscar también la unidad eclesial.

Es evidente que con este par de textos no se han agotado todos los datos acerca de la *unidad*. Pues,

aunque la palabra *unidad* no aparezca en más pasajes, sin embargo sí nos encontramos este tema. Por eso es instructivo que repasemos aquellos textos donde aparece la palabra *un* o *uno*. Uno de esos lugares está en Mateo 23:8 y ss.: «Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque *uno* es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque *uno* es vuestro Padre, el que está en los cielos. No seáis llamados maestros; porque *uno* es vuestro Maestro, el Cristo». Estas palabras fueron dichas con relación a escribas y fariseos. Pero aún tienen validez para nuestros días. Naturalmente que todos sabemos que sólo hay un Maestro, y un Padre, y Guía. ¿Quién de nosotros lo negaría? ¡Pero cabe preguntarse si lo «sabemos» poner en práctica! Es frecuente en la iglesia apelar a la palabra de un maestro, aunque esa palabra contradiga la Palabra del Maestro; y, asimismo, fue frecuente honrar a los padres de la iglesia de tal manera que ello suponía ir en contra de esta Palabra acerca del Padre; y a veces algunos líderes se han hecho con tal facción y poder en la iglesia, que se rompió la unidad de aquellos que debían seguir a un solo Guía y Maestro. Verdaderos escrituristas (: escribas) no hacen mal alguno, más bien son una bendición para la iglesia del SEÑOR. Pero, constantemente han habido escribas (: escrituristas) que con su presunta erudición han impedido, más que fomentado, la comprensión de las Sagradas Escrituras. Nosotros tenemos, en cualquier caso, un solo Profeta y Maestro. Cuanto más fielmente escuchemos Su Palabra, y cuanto más cerca permanezcamos de Su doctrina, tanto más se intensifica la unidad en la iglesia. El es manso y humilde de corazón; Su yugo es suave y su carga ligera. Mas, por desgracia, esto no se puede decir

de todos los eruditos en Sagrada Escritura. No sin razón se ha hecho famoso aquello de «rabies theologorum» (el furor de los teólogos), pues ha originado muchas divisiones.

Del Evangelio de Juan quiero recordar el cap. 17, donde encontramos la conocida oración sacerdotal de nuestro Salvador. De allí cito las palabras siguientes: «Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean *uno*, así como nosotros... Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean *uno*; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean *uno* en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean *uno*, así como nosotros somos *uno*. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (vs. 11 y 20-23).

Sé muy bien que de estas palabras del Señor Jesús se ha abusado muchísimo. Con ellas se ha querido defender una unidad que es imposible defender. Pero, aun reconocido esto, no debemos desentendernos del contenido de estas palabras. Pues, no sólo tenían relación a los discípulos directos de Jesús, sino también a todos los que por su palabra creen en El. El Salvador no pidió división, sino unidad. El y el Padre son uno en amor y verdad, en gloria y misericordia. Así también serán uno todos los que creen en El. El amor unifica, el odio divide. Cuanto más cerca vivimos del Señor y cuanto más cautivados estamos por el amor con que El nos ha amado, tanto más poderosamente fluirá nuestro amor hacia todos los que creen en Su Nombre; para que el mundo reconozca que Jesucristo ha sido envia-

do de Dios. La división no sólo es perjudicial para la iglesia, sino también para el mundo.

¿Acaso no debemos avergonzarnos ante este mundo por causa de nuestras divisiones? En primer lugar, por el amor a Dios debemos buscar unidad; pero también por causa o amor al mundo, a fin de que pueda conocer y reconocer el amor de Dios, el cual también fluye hacia él, «porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn. 3:16). Tales palabras deben instarnos a buscar y conservar la unidad dentro de nuestras propias iglesias. Pero esas mismas palabras también nos deben mover a buscar la unidad con aquellos que juntamente con nosotros han alcanzado «una fe igualmente preciosa que la nuestra» (II Pe. 1:1).

Es imposible en un solo capítulo citar todos los textos bíblicos en los que se insta a la unidad. Pero sí puedo citar un par de lugares de las Sagradas Escrituras. Ya indiqué el pasaje que hablaba de unidad según el ejemplo de la primera iglesia en Jerusalén (cf. Hch. 4). Ahora quiero referirme a Ro. 12:3 y ss.: «Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque de la manera que en *un* cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros».

En la iglesia del Señor hay gran diversidad, y ésta puede existir; diversidad de dones, de ministerios, de razas, etc., Pero, en toda diversidad, todos los creyentes son *uno* en Cristo. Una sola cosa por la

fe en Cristo, una sola cosa por el Espíritu de Cristo, y una sola cosa por la Palabra de Cristo que nos gobierna si somos como es debido. En fin, un solo cuerpo en Cristo.

Si alguien dijese que todo esto corresponde a la iglesia «invisible», y que esta unidad existe a pesar de toda división eclesial, me temo que esto no deja de ser un triste consuelo. Pues, ¿acaso el Señor no querría que esa unidad, por decirlo de alguna manera, se manifeste visible y palpable? Visible, al menos, para todos aquellos que creen. Cuando en la congregación de Corinto se dan disputas partidistas, y cada uno tiene su propia divisa, Pablo no les alaba por este motivo; ni tampoco le agrada que haya un partido que lleva su nombre; y entonces pregunta: «¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?» (I Co. 1:13) Un momento antes había escrito: «Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer».

Cuando en Corinto se producen abusos en la celebración de la Santa Cena, de manera que se pone de manifiesto la división, el Apóstol escribe: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan» (10:16-17). Quizá haya congregaciones (e iglesias) en que hermanos y hermanas sinceramente están en contra de la celebración de la Mesa del Señor, porque exista permanente desunión en medio de la

congregación. ¿Acaso puede durar constantemente esa división si se participa realmente en el cuerpo y sangre del Señor? ¿Y el pensamiento o recuerdo de ese único cuerpo y sangre del Señor no debería seguir empujándonos a buscar la unidad con todos los que buscan su salvación en Cristo, que ha muerto por nuestros pecados?

Aún habría posibilidad de dar más citas. Pero concluiré con las palabras de Pablo a los Filipenses: «Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria... Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (2:1-5); y lo que sigue, todos lo podemos leer por nuestra cuenta. ¡Ojalá que también vivamos así!

A pesar de toda diversidad

He intentado mostrar, desde el Nuevo Testamento, que el SEÑOR nuestro Dios quiere unidad de todos los que sinceramente creen en Jesucristo. Nadie se atreverá a negarlo. Ruptura y división son consecuencia del pecado, no fruto de la gracia de Dios. La lucha entre iglesias y mundo es inevitable, y no debe haber comunión entre la justicia y la injusticia. No hay unidad plena posible entre creyentes y no-creyentes. Pero la comunión de todos los que buscan y hallan su salvación en Jesucristo, le agrada al SEÑOR. No debía haber escisiones. A veces se ha apelado al texto de I Co. 11:19, donde se lee: «Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados». Pero este «es

preciso» no quiere decir que esas disensiones o divisiones agraden al SEÑOR. No, el Apóstol quiere decir que en la situación pecaminosa de la congregación de Corinto, habían de llegar divisiones. Mas esto no significa aprobarlas.

Si el SEÑOR quiere la unidad, los creyentes también deben luchar por ella. Podemos decir que la verdadera unidad es un don de Dios. Pero con este don pasa lo que con los otros dones: que son una tarea para nosotros. Esta unidad no llega espontánea ni automáticamente. Las divisiones y disensiones llegan más «espontáneamente» que la unidad. Con esto quiero decir que aquellas proceden, como lo más normal, de la naturaleza pecadora de los hombres. La naturaleza de todos nosotros está corrompida; y si nos dejamos llevar por ésta, venimos a parar indefectiblemente a situaciones pecaminosas.

Pasa lo que con una lancha que se halla en un río caudaloso; si la cuerda o cadena con que la barquilla está asegurada se suelta, se irá indefectiblemente hacia el mar. No es preciso que nadie la ayude. Y si alguien quiere volverla a su lugar, tendrá que agarrarla fuertemente y tomar los remos y emplearse a fondo. Me parece que el ejemplo es claro. Si queremos unidad, tendremos que remar navegando contra la corriente de las inclinaciones y ambiciones pecaminosas. Esto cuesta esfuerzo; es más: cuesta lucha; también cuesta negación propia, sacrificio. Más fácil es dejarse llevar en las situaciones pecaminosas. ¿Pero, lo aprobaría el SEÑOR? Nadie se atreverá a decir que sí. Será, pues, una lucha a campo abierto. Aunque nunca se logrará la unidad perfecta. Sin embargo, esto no nos debe impedir luchar por ella. Tampoco en nuestra vida personal alcanzaremos la perfección. Sin embargo, eso no es razón para no perseguirla. Pablo,

en Fil. 3:12, escribe: «No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo que fui también asido por Cristo Jesús». Me parece que también podemos aplicar este texto en nuestro celo por la unidad de todos los que aman la manifestación de Jesucristo.

En este capítulo quiero avisar de un malentendido o equivocación. Se trata de que la unidad no podría ser compatible con la diversidad. Esto es un error. En Hch. caps. 2 y 4 leemos cosas muy hermosas sobre la iglesia primitiva. Los que aceptaron la palabra de los apóstoles –unos 3.000– «perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» (2:42). Eran *uno* en la fe y *uno* en el amor: pues se cuidaban entre sí como miembros de un solo hogar. Pero no debemos pensar que allí no hubo gran diversidad. Sin embargo, ésta no rompió la unidad. Después surgieron realmente dificultades. Sobre todo entre cristianos provenientes del paganismo y cristianos conversos del judaísmo. Estos opinaban que quienes provenían del paganismo, debían ser primeramente circuncidados, y también debían cumplir la ley de Moisés. Pues aún no podían comprender que estaban liberados de la ley que Cristo había cumplido plenamente. Por lo cual surgió «mucha discusión» (Hch. 15:7). Amenazaba una división, podemos decir. Pero en el llamado concilio de Jerusalén, este peligro quedó conjurado. Los cristianos conversos del paganismo no precisaban circuncidarse; pero debían abstenerse de diversas costumbres o usos paganos. El yugo de la ley que los judeocristianos querían imponerles, no cayó sobre ellos. Es seguro que la diversidad de pareceres aún permaneciese entre aquellos que habían venido del judaísmo y los que habían sido paganos. Pero con-

tinuaron siendo una sola cosa por la fe; como el mismo Pedro dice: «Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos» (v. 11).

Por Gálatas 2:11-14, sabemos que entre Pablo y Pedro surgió alguna dificultad acerca de una cuestión semejante. En un principio, Pedro comió con los pagano-cristianos en una misma mesa. Luego se retrajo por temor a los circuncidados. Pedro actuó así por respeto o temor humano; y, en su equivocación, también arrastró a judeocristianos y al mismo Bernabé. Al llegar Pablo, éste le reprendió abiertamente, y es seguro que convenció a Pedro de que no podía obligar a los paganocristianos a vivir como los judeocristianos. La unidad que debe haber entre cristianos, no es una unidad que surge por vivir de la ley; ni una unidad que nace porque un partido o grupo obliga al otro y le iguala; sino que es una unidad de fe en el mismo Cristo, el cual nos es revelado por el Evangelio. Semejante dificultad se dio también en la iglesia de Roma. No sabemos exactamente quiénes componían aquella comunidad; pero podemos convenir en que allí se daba gran diversidad de creyentes. Los judeocristianos difícilmente podían olvidar su pasado, y los pagano-cristianos aún no estaban del todo libres de sus tradiciones. Además, allí habría romanos y griegos que no estaban de acuerdo en todo. Es posible que allí también hubiera diferencias entre orientales y occidentales; pero estas diversidades no rompieron la unidad de la fe. Al menos, nada oímos al respecto. Sin embargo, sí existía una dificultad: a saber, la diferencia acerca de la cuestión de lo que se debía o no se debía comer; probablemente relacionado con el problema de si se debía considerar a unos días más importantes que otros.

Pablo interviene en esta cuestión, y señala la pauta en el cap. 14 de su carta a los Romanos. Sabe que allí hay hermanos débiles en la fe. Estos creen realmente en Jesucristo, pero no aciertan a creer en la libertad que tienen en El. Es evidente que no se atreven a comer carne, y quizá tampoco se atreven a probar vino. Probablemente temían que comían o bebían algo que anteriormente había sido ofrecido a los dioses. ¿Podía todo esto armonizarse o compaginarse con la fe en el Señor Jesús? Opinaban que no; y, por eso, sólo comían alimentos vegetales. Pero, al parecer, la mayoría de la congregación no estaba de acuerdo con esto. Pablo llama a éstos los fuertes en la fe; pues se sabían libres de estas cosas. Además, había diversidad de pareceres respecto a determinados días. Es probable que los débiles en la fe se atuvieran a días de ayuno. También puede ser que aún observasen el sábado. Mientras que los fuertes en la fe opinaban que ya no estaban obligados al cumplimiento del sábado y a los días de ayuno.

Diríamos que Pablo impondría una de las dos concepciones o ideas a todos. ¿Acaso no tenía razón una de las dos partes? Pero Pablo hace algo muy distinto. Comienza amonestando a recibir al hermano débil en la fe dentro de la congregación. Y ello no con esta idea: «¡Intentaremos convencerle alguna vez de su punto de vista equivocado!». No; deben admitirle sin discutir, y sin juzgar, o condenar su parecer. El uno come de todo, porque cree en Jesucristo; el otro sólo come alimentos vegetarianos, porque cree en Jesucristo. Ambos creen; por tanto, son *uno*; la fe les reúne a ambos.

Naturalmente, existía la tendencia de los fuertes en la fe a menospreciar a los débiles. Y habrán pensado: —«¡Qué gente más escrupulosa, apocada y

anticuada!» Mientras que los débiles, dirían: —«¡Cómo se atreven! ¡Comer carne que quizá ha sido ofrecida a los dioses!» Ellos lo condenaban, y es seguro que pensarían que los fuertes caminaban por un plano inclinado y resbaladizo; lo cual ¡desembocaría en el espíritu mundano y llevaría a la apostasía! Pero Pablo viene a decir: —Que el fuerte no menosprecie al débil, y que el débil no condene al fuerte. Pues Dios ha recibido tanto al fuerte como al débil. ¿Acaso no creen en Cristo el Señor? ¿O es que eso no es suficiente? ¿No es verdad que el hombre no es justificado por las obras, sino por la fe? Les aconseja, pues, a que no se juzguen entre sí, porque no son jueces de los siervos de Cristo; y el siervo lo es o deja de serlo con respecto a su Señor. Dejen, pues, el juicio al Señor; y no tengan miedo de que ello conducirá a apostasía; tengan un poco más de confianza en la gracia de Dios. ¿Acaso el Señor no es poderoso para mantener en pie a unos y otros? Y dejen de juzgarse mutuamente respecto a guardar o no ciertos días, con tal de que cada uno se tome en serio la fe en el Señor Jesús, y esté seguro de que es de El. Naturalmente, que a cada uno le debe preocupar el Señor y todo lo concerniente al servicio de El. El hermano débil que aún se atiene al sábado, lo hace por el Señor.

El uno come y da gracias a Dios por ello. El otro no come, y también da gracias al Señor. ¡Así que están unidos en la acción de gracias! Pablo parte del hecho que ambos grupos lo hacen por agradar al Señor. Y si éstos no se confían de unos y de otros, entonces la unidad y comunión se rompe. Pero si eso se acepta desde ambas partes, entonces la unidad y comunión no se rompe en razón de semejantes cosas. Y aunque ello muy bien pudiera ocurrir, ciertamente no debería ser así. Todos son, tanto en

la vida como en la muerte, propiedad del Señor Jesús. Cristo ha muerto por ellos, y por ellos resucitó, para así reinar sobre vivos y muertos. No sólo es el Propietario de los fuertes en la fe, sino también de los débiles. Ambos pertenecen al pueblo que el Señor ha comprado al alto precio de Su sangre.

Pablo termina este pasaje con estas palabras: «Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo... De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Ro. 14:10-12). El Apóstol nos indica aquí el camino que también nosotros debemos seguir en nuestros días. Pero nos resulta difícil. A todos nos gustaría uniformar todo: igualdad en puntos de vista, en estilo de vida, en la voluntad y en las obras. Esta propensión a obligar a todos a una sola opinión y a un mismo comportamiento, ha ocasionado muchos males en la iglesia, y por lo mismo han surgido divisiones.

A veces todo esto no se lleva más lejos de lo que se puede soportar, pero nunca como miembros de un mismo rango. También esto se da entre nosotros. Empero, por el solo hecho de que nos soportemos, no llegamos a la auténtica unidad. En los días de Pablo existían cosas más o menos pasaderas; también se dan ahora. Pudiera ser que alguien piense que hoy en día no ocurren; pero, en realidad, ahí están.

No es fácil transportar esta enseñanza de Pablo a nuestro tiempo: esa diferencia de comer o no comer alimentos, el observar o no ciertos días. Por supuesto que esto no se da entre los verdaderos cristianos. Pero sí nos encontramos con diferencias en la observación o celebración del domingo: los unos viajan, los otros no lo hacen; el uno hace algunos

trabajos que otro no se atreve a hacer. ¿Quién tiene razón en esto? No nos menospreciemos ni nos condenemos por estas cosas. Con tal que se haga o se deje de hacer por el Señor, entonces la unidad no se romperá por estas cosas. Así podríamos citar muchas cosas más: unos llevan sus hijos a una escuela evangélica, otros a otra donde también se enseña la Biblia. Ambas familias lo hacen por el Señor y están seguros de obrar bien, en conciencia. ¿Les criticaremos por ello y les juzgaremos? Estoy convencido de que no debemos.

Hay cosas de poca monta que no deben impedir o estorbar la unidad y convivencia. Aunque esto ocurre, si no me equivoco; pero no debía ser así. La tradición tiene una influencia poderosa: los unos son luteranos y los otros calvinistas (por poner un ejemplo). ¿Pero no sería mejor que nos preguntásemos si somos de Cristo? ¿Acaso no nos ha aceptado Dios a unos y a otros? Por tanto, debemos aceptarnos mutuamente.

En la lucha contra el enemigo

Puedo suponer que en la lectura anterior haya surgido algún interrogante: —«Pero en las Sagradas Escrituras no está tan claro eso de que debe haber unidad, y que debemos mantener la paz, y que debemos sobrellevarnos unos a otros. ¿Acaso los cristianos no somos convocados a la lucha, y, asimismo, no se nos habla de división que Cristo ha traído a la tierra?»

Ya me suponía que iba a surgir esta cuestión; pero todo no se puede decir al mismo tiempo. Además, me parece que la apetencia de la lucha entre nosotros es tan grande, que una incitación a la misma no es muy necesaria. Yo mismo me pregunto, ¿cómo ocurre que aquí y allá haya mutuas desave-

nencias, a veces pertinaces y constantes? Por naderías, en más de una ocasión. Por una palabra impensada, que mejor hubiera sido no haberla pronunciado, se pone en peligro la vida de una congregación. Y ocurre que la persona que dijo tal cosa tiene pocas ganas de reconocer que no debió haberla dicho; pues ¡en realidad era verdad! Pero, ¿quién es capaz de desdecirse? Y aquellos a quienes iban dirigidas aquellas palabras, tienen poco deseo de olvidarlas. Fue una simpleza, aunque verdad, pero imprudente. ¿Y por esto se ha de exigir satisfacción? ¿Que incluso sería para salvación del imprudente? El caso es que, así las cosas, quien cometió la imprudencia obtiene partidarios; y quienes se sienten heridos —que no saben tener dos oídos: uno para oír, y otro para dejar salir lo oído— también cuentan con partidarios. Y, en efecto, ya no hay dos o tres personas encontradas entre sí, sino dos partidos o facciones en la congregación; y, si Dios no lo remedia, la congregación se dividirá, ya no habrá remedio que lo evite. Es natural que nadie se sienta culpable, y que cada parte crea tener el derecho de su lado. Entretanto, el diablo se ríe de que con tan pequeña llama haya podido prender todo el bosque; y ninguna de las partes encartadas se ha dado cuenta que han jugado la carta del diablo.

Me parece que en casos semejantes se debe actuar como dice Pablo: «¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados? Pero vosotros cometéis el agravio, y defraudáis, y esto a los hermanos» (I Co. 6:7-8). Sé muy bien que el Apóstol escribe estas palabras en relación con los pleitos que se llevan ante el tribunal civil. Pero, opino que dichas palabras también encajan en un contexto más amplio.

Quizá dirá alguien: —«¡Sí, pero se deben poner

los puntos sobre las íes!» Mi respuesta es que eso debe ocurrir alguna vez, pero que es insensato hacerlo en todas las ocasiones. Si no me equivoco, todos sufrimos un poco del mal del perfeccionismo, de la enfermedad de querer aclararlo todo. Se ataca a una palabra, y se topa por una nadería; y, a veces, se hace un elefante de un mosquito, que se quiere derribar con un cañón. Donde se quiere proceder con tanta «sabiduría», más bien se debería traer a la memoria el pasaje del apóstol Santiago: «Porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía» (Sant. 3:15-17).

Permitidme volver a mi tema. En efecto, el SEÑOR en Su Palabra no sólo habla de unidad, sino también de división; no sólo de paz, sino también de lucha. El Señor Jesús dijo a sus discípulos: «No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa» (Mt. 10:34-36). En el mismo capítulo, el Señor Jesús también habla del caso en que el hermano acusará al hermano, y los hijos se levantarán contra sus padres, y viceversa. Y ocurrirá que haya quien ame más a su madre y a su padre que al Señor; pero «el que ama a padre o madre más que a Mí –dice Jesús–, y el que ama a hijo o hija más que a Mí –repite–, no es digno de Mí» (v. 37): «y el que no toma su cruz y sigue en pos de Mí, no es digno de Mí. El que halla su vida, la per-

derá; y el que pierde su vida por causa de Mí, la hallará»

Con esto no creo haber afirmado que Cristo ahora ya no trae más lucha sobre la tierra. Pero no toda lucha que es emprendida por cristianos es tal que la traiga Cristo mismo. La discordia y división que El trae gira en torno a El. Muchas veces leemos en Mateo cap. 10 esta expresión: «por causa de Mí», o «por causa de mi nombre». Cuando el Señor Jesús aún estaba en la tierra, ocurrió muchas veces esta división; y habrá acontecido que alguien que siguiera tras Sus pisadas fuese arrojado de la sinagoga. Cuando los apóstoles se lanzaron al mundo con el Evangelio de Jesucristo, encontraron dura resistencia; y provocaron división entre judíos y paganos. Quien escogía por Cristo, era odiado y a veces despojado de sus bienes. En tiempos de persecución muchos perdieron la vida por Cristo. Cristo, pues, trajo fuego a la tierra, y lucha, y disensión, y aún lo provoca. Pero con esto no podemos aprobar toda clase de lucha, disputa y disensión en la vida congregacional. Pues el Señor quiere división y lucha entre el mundo y Su pueblo, pero paz entre los hermanos y hermanas. El trae división entre creyentes e incrédulos, pero quiere comunión entre todos los que le siguen a El y guardan Su Palabra.

Esto se pone muy de manifiesto en unas palabras muy conocidas del apóstol Pablo; me refiero a II Co. 6:14 y ss.: «No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concurrencia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente». Aquí se hallan plenamente enfrentadas

justicia e injusticia, luz y tinieblas, Cristo y Belial, fe e incredulidad, templo de Dios e ídolos. Tenemos los enemigos contra los que debemos luchar: injusticia, tinieblas, Belial, incredulidad e ídolos. Llamemos a la injusticia, injusticia, y a las tinieblas, tinieblas, etc.; y luchemos concretamente contra ellas. Entonces habremos luchado, en primer lugar, contra nuestra propia carne, contra toda injusticia en nuestro propio corazón y vida; y después también habremos luchado contra el pecado a nuestro alrededor, y no pactaremos ni colaboraremos con él. Debemos luchar contra nuestra propia carne, contra el mundo, el diablo y su reino. Hagámoslo; pues, si esto ocurre, es probable que ya no encontremos ni tiempo ni fuerzas para pelearnos con los hermanos. Seamos prudentes con nuestras expresiones, porque también daremos cuenta de toda palabra vaña. A veces se califica a otras iglesias de «sinagogas de Satanás». Esto da la impresión que entre éstos sólo existe injusticia, tinieblas, incredulidad e idolatría. Pero es que resulta muy fácil calificar a otros de palabra y por escrito; pero con ello quizá lesionamos la verdad. Cuando Pablo escribe este pasaje, está pensando en el paganismo; no lo debemos olvidar.

También yo sé muy bien, que el paganismo puede introducirse. Pero también sé que eso mismo puede ocurrir en la propia iglesia. Por tanto, más bien debemos luchar concretamente contra el pecado en nuestro propio corazón y vida, y en nuestro propio entorno. Esto es más difícil que señalar con gruesas palabras y demostraciones los pecados de los demás.

La parábola del fariseo y el publicano también se ha escrito para nosotros; y no debemos pensar que el peligro del fariseísmo no existe para nosotros. Si pensamos tal cosa, sólo estamos causando

un placer a Satanás. El hombre que se creía justo y menospreciaba a los demás, incluso se atrevió a decir en su oración: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano» (Lc. 18:11-12). Había logrado grandes cosas y se había encontrado consigo mismo. Pero el Señor juzgó de forma diferente su conducta; pues no fue justificado, es decir, no recibió el perdón de sus pecados, lo cual tampoco había pedido. Mas el publicano que oraba: «Oh Dios, sé propicio a mí, pecador», volvió justificado a su hogar.

Lo que somos, lo somos por la gracia de Dios; y lo que tenemos, lo tenemos por la gracia de Dios; y lo que seremos, lo seremos por la gracia de Dios; y en el poder de esa gracia debemos luchar contra toda injusticia.

La mencionada equivocación la vemos en la vida de otros, en el hacer o dejar de hacer de hermanos y hermanas en la fe. ¡Pero en ellos vemos cómo somos nosotros mismos! Tenemos, por así decirlo, gafas ahumadas ante nuestros ojos cuando se trata de (ver) nuestros propios pecados; nos vemos a nosotros mismos no como nos ven los demás. Pero esa misma soberbia que aborrezco en el otro, también mora en mí; y la misma vanidad que desapruuebo en otros, anida también en mi corazón, etc., etc; y contra esos pecados debo luchar, para que no prevalezcan, sino que sean vencidos.

Y con esta lucha contra el pecado debemos empezar en la vida propia. Pues me da la impresión como si se creyera que sólo se puede luchar contra toda clase de equivocaciones y errores si nos organizamos perfectamente. Esto tampoco es algo nuevo, pues semejante malentendido es casi tan viejo

como el mundo. Yo he conocido gentes que luchaban fogosamente contra estas cosas; eran miembros que vivían los problemas, que cooperaban en la lucha de todo tipo de comisiones, y que no faltaban a ninguna asamblea; que daban valientes conferencias contra la revolución, y que luchaban aguerridamente contra toda clase de apostasía que observaban en cualquier parte. En fin, no digo que esto no tenga valor alguno; no. Pero, efectivamente, carecerá de todo valor si esas mismas personas en su vida personal, familiar y laboral dan la impresión evidente de que no luchan contra su propio pecado.

En la epístola a los Efesios, cap. 6, el Apóstol nos amonesta que nos vistamos la armadura de Dios, en la lucha «no contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes». Pero estas palabras van precedidas de consejos para la vida normal de cada día. Y la lucha contra los «malos espíritus celestes» se libra cuando luchamos contra el pecado en la vida, tal y como ésta va transcurriendo. Pablo, en los caps. 5 y 6 de la mencionada carta, nombra los pecados de prostitución, avaricia, lenguaje soez, borracheras y vida desordenada; y llama a una conducta virtuosa en el hogar; da instrucciones para la vida de los esposos, de padres e hijos, de amos y criados. Ahí precisamente se libra la gran batalla; y si en esta lucha somos una sola alma, nos encontraremos tan ocupados, que nos faltará tiempo para tirarnos mutuamente de los pelos.

¿Una quimera?

Realmente parece una empresa fatua que en estos tiempos, dadas las relaciones existentes dentro de

las diversas iglesias y entre las diferentes iglesias entre sí, se hable o escriba acerca de la unidad. Cada iglesia, en su propio seno, tiene tensiones que dificultan la unidad y la paz propia. También sé que es difícil juzgar acerca de las iglesias en las que uno mismo no se encuentra, pues tampoco resulta cosa fácil pronunciar un juicio sobre las propias iglesias. Pero creo poder decir que existen contrastes que continúan dificultando el mutuo entendimiento. Así que, ¿tiene verdaderamente sentido el escribir acerca de la unidad? ¿No resulta todo esto una cierta «confusión» a la cual no debemos prestarnos? ¿Acaso esta unidad no es una quimera imposible de realizar en esta economía? ¿No dejaremos estar este asunto tal como está, y mirar hacia el perfecto reino de Dios en la nueva tierra, donde se dará la unidad cumplida y perfecta, porque allí Dios será todo en todos? (cf. I Cor. 15:28).

Precisamente porque creo en la venida del reino perfecto de Dios, pienso que no debemos dejar de perseguir la unidad de los creyentes ya en esta economía. El imperio de la gracia de Dios aún no está en su plenitud, pero ahí está. En Ro. 14:17, leemos: «Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo». Si oramos: «Venga Tu reino», estamos suplicando también la paz para todos los que se dejan dominar por la gracia de Dios; y si suplicamos esta paz, también trabajaremos por ella. Debemos ir tras esta paz, y fomentarla, y buscar la verdadera unidad para todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo; porque si la oración no va pareja a las obras, todo queda en un vano juego de palabras.

Me temo que se ora muy poco por la unidad; porque se hace poco por la unidad. A este respecto, no me excluyo a mí mismo. Nos ocurre que somos

propensos a dejar la actual desunión tal y como está, no creemos poderosamente en el poder de la gracia de Dios, la cual puede reunir lo que está disperso, y puede unir lo que está dividido, y puede congrega lo que está disgregado. Puedo suponer que alguien pensará que esto es una afirmación imprudente por mi parte. ¿Quién dirá cuánto se ora por la unidad de todos los que buscan y encuentran la salvación en Cristo Jesús? Concedamos que es verdad, que es bastante atrevido decir que se ora poco por la unidad. Sin embargo, me atrevería a dejar así las cosas. ¿Acaso no se ahorraría y se desearía mucho más la unidad si se la suplicara constante y poderosamente? ¿Y no escucharía el SEÑOR la oración de los justos si le suplicaran y se acercaran a El como un torrente de aguas, a fin de que nos libre de nuestras divisiones, y congregue a todos los que invocan el Nombre del SEÑOR, y sean salvos?

Así pues, se orará por la venida del reino de Dios; lo cual incluye, según la exposición del célebre Catecismo de Heidelberg, lo siguiente: «Conserva y aumenta Tu Iglesia» (cf. Cat. de Heid., 48). Esto suplicamos. Mas, ¿no estamos pensando todas las iglesias cristianas en nuestras propias iglesias cuando así oramos? Así es en la práctica. Pero me atrevería a preguntarles a todos: —¿Eso está bien? ¿No estamos achicando las fronteras de la Iglesia, y, consecuentemente, las del mismo reino de Dios? Pues la Iglesia y el reino de Dios son realmente distintos, aunque, sin embargo, también guardan estrecha relación entre sí, y tanta que quien ora por la venida del reino de los cielos, también ora por la conservación y aumento de la iglesia. La frontera entre ambas realidades sólo es conocida por Dios y nadie más.

Debíamos orar más por la unidad de «los verda-

deros creyentes en Cristo, los cuales esperan en Jesucristo toda su salvación, siendo lavados por Su sangre, y santificados y sellados por el Espíritu Santo» (art. 27 de la Confesión de Fe Neerlandesa); y entonces también trabajaríamos mucho más por la misma.

No ignoro que se hace bastante al respecto. Que se celebran reuniones anuales para orar y leer juntos la Palabra de Dios. Allí se encuentran representadas diversas iglesias cristianas nacionales e internacionales. ¿Pero se hace algo a nivel de iglesias de un mismo lugar, pueblo o ciudad? ¿Se ora allí por la unidad? ¿Se buscan entre sí? ¿Se tiene inquietud por la situación presente? ¿Se tienden puentes, o se cavan simas entre unos y otros? Aquí me asalta la palabra del profeta: «Y se disipará la envidia de Efraín, y los enemigos de Judá serán destruidos. Efraín no tendrá envidia de Judá, ni Judá afligirá a Efraín; sino que volarán sobre los hombros de los filisteos...» (Is. 11:13-14). ¿No debíamos cesar de hacernos la competencia? ¿Acaso no agradaría al SEÑOR si conjuntamente «voláramos sobre los hombros de los filisteos»?

La obra del SEÑOR es glorificada, y ¿quién se opondría a esto? Pero no criticamos nuestros propios pecados ni los sancionamos, como sería mi gusto. ¿Qué hemos hecho, pues, de la obra del SEÑOR? Se ha dicho, que en una reforma el SEÑOR concede gozo sobre gozo. Y lo creo así. ¿Por qué, pues, no confesar que a veces nos hemos inferido mutuamente dolor sobre dolor? ¿Acaso ignoramos lo que ocurre en nuestras propias iglesias? ¿No será que con eso nos quiere decir algo el SEÑOR? No es mi intención sacar a relucir los «trapos sucios» de ninguna iglesia. Se ha comentado que no debemos juzgar una reforma según los pecados de las gen-

tes de iglesia. No lo sé; pero me parece demasiado fácil callar ante tal criterio; y, en cualquier caso, me parece que hay razones para que nos humillemos ante el SEÑOR, «porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación» (II Cor. 7:10). Pero en los encuentros y conversaciones echo mucho de menos la humildad, la cual es primera y principal característica de la iglesia del SEÑOR. Y esto ocurre a propios y extraños. ¿Llegaremos alguna vez los verdaderos creyentes en Cristo a una auténtica unidad? No es preciso que especulemos al respecto, ni tampoco es ésta la verdadera cuestión. Lo que a mí me preocupa en este momento es si en todo lo que hablamos y escribimos acerca del tema, y en toda nuestra actitud al respecto, agradamos y complacemos al SEÑOR.

En resumen: ¿en qué consiste o no la unidad?

Hay cuestiones que propiamente nadie puede aclarar de forma correcta. Uno de esos problemas me parece ser lo que aquí nos ocupa: la unidad de la iglesia.

Sé de personas cristianas que no ven en absoluto tal problema, e incluso no quieren hablar de ello. Dicen que si confiesan «una única iglesia cristiana universal», están pensando en su propia iglesia; pues esa es la única iglesia santa y universal. Naturalmente –añaden–, hay hermanos y hermanas que se hallan fuera de esta verdadera iglesia. Pero éstos se encuentran en una iglesia desgajada, o en una iglesia falsa, o en una secta; éstos realmente creen en Jesucristo y viven en el santo temor del SEÑOR, pero se encuentran en un lugar donde verdaderamente no les corresponde estar; pertenecen a esa iglesia única, la cual es la nuestra.

Este es, más o menos, el convencimiento que existe en toda clase de iglesia cristiana. Hablando con propiedad, toda iglesia suele decir: ¡Aquí debían encontrarse todos los creyentes!

Concretando un poco más la cuestión, tememos que existen varias iglesias cristianas que además llevan el nombre de *reformadas*. Pero también éstas suelen estar, si no enfrentadas, sí mutuamente indiferentes. Y pregunto: ¿Dónde se halla el origen o causa de tal ruptura, y dónde se encuentra la unidad? Se responderá que la multiplicidad de las iglesias reformadas tiene su origen en el pecado, pues éste es el que divide, y disgrega, o rompe la unidad. Pero con esto no adelantamos mucho, pues el pecado también mora en toda la diversidad de iglesias cristianas, y, sin embargo, el pecado no rompe entre ellas la unidad existente. Debo confesar al respecto, que no me lo puedo explicar. Pero quiero citar un par de cosas que, al reflexionar sobre este tema, han subido a mi mente.

Según mi pobre entender, uno de los orígenes de tanta división y ruptura en las iglesias cristianas, es la equivocación de que *el-ser-uno* puede darse únicamente cuando los miembros de la iglesia *están-de-acuerdo*. Pero esto mismo puede dar lugar a separaciones. La historia es testigo de ello.

Estoy convencido que nunca seremos *uno*, si debemos *estar o ponemos de acuerdo*. Ciertamente debemos estar de acuerdo en que el SEÑOR quiere que convivamos juntos. Pero también podemos tener diverso parecer en ciertas cuestiones teológicas. Tales diferencias de pensamiento se dan en todas las iglesias, y quizá no provocan divisiones. ¿Acaso, pues, podrían ser esas diferencias de criterios el impedimento para una unión o reunificación?

A veces me pregunto por qué miembros de dife-

rentes iglesias pueden ser o *sentirse uno*, aunque al mismo tiempo no pueden estar de acuerdo en todo. Y por qué esto no puede ser así entre las iglesias.

Tuve un amigo que en muchos aspectos no estaba de acuerdo conmigo. El pensaba distinto acerca del nuevo nacimiento y de la elección. Sin embargo, nos sabíamos ser una misma cosa en la fe en Jesucristo. No teníamos el menor problema en reconocernos hermanos en Cristo, en el sentido más pleno. Mi amigo enfermó gravemente; y una de las últimas veces que le visité, me habló sobre el fundamento de su confianza total en Cristo tanto en la vida como en la muerte. ¿Cuál era el punto de apoyo de su corazón? El Evangelio de la justificación gratuita del impío o del perdón de los pecados por la sangre de Cristo. Este hermano no esperaba nada de sí mismo, ni tampoco se apoyaba en su nuevo-nacimiento; sino que se sabía propiedad de Jesucristo por medio de la fe. Y así partió lleno de paz y consuelo, y no dudo ni un instante de su salvación eterna.

¿Cómo es posible que realmente pueda existir unión personal, aunque no se esté en todo de acuerdo, mientras que esto mismo no pueda darse entre las iglesias? ¿No será porque a nivel personal no nos aferramos a conceptos teológicos, mientras que las iglesias sí lo están? ¿Será por eso que los sínodos, concilios, y asambleas aclesiales se ponen tan difícilmente de acuerdo, es decir, porque allí se encuentran los especialistas y teólogos?

Así pues, la unidad de la iglesia no consiste, a mi humilde entender, en estar de acuerdo en cuestiones teológicas; ni tampoco en que todos los miembros de la iglesia tengan las mismas costumbres y hábitos. Pues todo es diferente de ciudad en ciudad, de región en región, de país en país, etc.

Habría muchas más cosas que citar. Pero prefiero concluir repitiendo la pregunta: ¿En qué consiste la verdadera unidad?

Por supuesto, no en la igualdad de criterios, ni en la igualdad de costumbres y hábitos, no en la igualdad de cultura y nivel social. Sino en la unidad de la *fe*, en la unidad del *amor*, y en la unidad de la *esperanza*. Esa unidad de fe no se rompe porque uno es «débil» en la fe, y el otro «fuerte». Ya me refería a esto anteriormente; por eso es importante que releamos Romanos cap. 14. El «fuerte» no menospreciará al «débil», y éste no condenará a aquél. Esa unidad de la fe tampoco se quebrará por cualquier tipo de diferencia. Esa diferencia permanecerá ahí mientras conozcamos en parte; mientras nos conocemos y reconocemos como creyentes en Jesucristo, seremos uno en el Señor. Esa unidad de la fe tampoco se puede romper, o al menos no debe ser rota, porque uno sea más emocional y el otro más sobrio. Diferencia de situación, de constitución, de educación y una tradición, siempre existirá en la iglesia. Pero si creemos en un Dios y Padre, y en un Salvador, Jesucristo, y en un Espíritu Santo, buscaremos unidad con todos los que tienen la misma fe.

Y si así somos *uno* en la fe, también lo seremos en el amor; en el amor a Dios, y en el amor a los demás; y nos soportaremos mutuamente en muchos tipos de discordia, e igualmente nos sabremos perdonar muchas cosas. De esta manera también seremos *uno* en la esperanza: en la esperanza en la vida eterna en una tierra nueva. Por eso comenzamos aquí y ahora a convivir con todos los que esperamos vivir juntos hasta la eternidad.

DIVERSIDAD (y palabras similares)

Estaremos de acuerdo en que entre los hombres existe diversidad o variedad. Ni siquiera dos personas serán completamente iguales entre sí. Incluso los gemelos, que para los extraños son muy difíciles de distinguir, y para los padres es muy fácil saber de cuál se trata. Y ello es así porque además de conocer sus diferencias somáticas, han observado las diferencias de su carácter, temperamento y aptitudes.

En la creación de Dios hay una diversidad imperceptible en la cual se revela la sabiduría multiforme y multicolor de Dios. Y otro tanto ocurre en el mundo de las personas: hay diversidad de razas, lo cual, ahora que nuestro mundo se hace tan pequeño, da ocasión a muchas dificultades. Hay gran diversidad de pueblos. Un inglés tiene propiedades típicas por las cuales se distingue de un francés o de un alemán. El primero, por lo general, es fleumático, el segundo es vivaz, y el tercero suele ser serio y radical.

También dentro de cada pueblo las diferencias suelen ser grandes. Pero en toda diversidad siempre hay algo que une todas aquellas diferencias. Así es como forman una nación y pertenecen a un pueblo

determinado, y en los días difíciles surge aquella unidad, muy claramente, en medio de toda diversidad o diferencia.

Esto así, ahora reconoceremos todos que en el mundo u orden de los hombres hay gran diversidad o puede haberla. Pero parece muy difícil el poder reconocer y apreciar esa diversidad en la iglesia. No digo que esto sea cosa fácil en el mundo. Pero pienso que en la iglesia nos encontramos en esto con más problemas que fuera de ella.

Creo que debemos prestar más atención a esta diversidad en las iglesias del SEÑOR, de lo que normalmente hemos hecho hasta ahora. Entonces nos sobrellevaremos más fácilmente, y conservaremos más tranquilamente la unidad en medio de toda diversidad.

No debemos pensar que esto transcurriera de otra forma en la iglesia de los primeros siglos. Recordemos la convivencia en la iglesia apostólica. ¿Quiénes eran miembros de la misma? –Creyentes de toda procedencia imaginable. Allí estaban los procedentes del judaísmo; su pasado, como es lógico, influía en sus puntos de vista y costumbres. Así, difícilmente podían prescindir de la celebración del Sabbat (: sábado); además, les costó tiempo hasta llegar a comer de todo, pues estaban bajo la idea de los alimentos «puros» e «impuros». Quien procedía de los fariseos tenía la costumbre de ayunar en días determinados; apenas podían comprender la libertad que habían adquirido en Cristo; y transcurrió bastante tiempo hasta que se vieron liberados de toda clase de tradiciones. Es probable que la primera generación de éstos nunca se vio libre de prejuicios. De ahí la decisión final en el llamado primer concilio de Jerusalén, Hechos cap. 15.

Algo muy distinto eran los cristianos que tenían

un pasado pagano. Las cartas de los apóstoles dan testimonio de ello. ¡Cuán difícilmente pudieron romper con toda clase de costumbres y usos! También les habrá costado trabajo hacerse una pequeña idea de lo que a los judeocristianos les inquietaba; y otro tanto podemos decir de éstos con respecto a aquéllos.

Además, en las antiguas congregaciones existía toda clase de diversidad: allí nos encontramos a siervos y amos, gentes de alta posición social y otras procedentes de lo más bajo de la sociedad. Por la primera carta a los Corintios tenemos la impresión que esta diversidad incluso daba problemas a la hora de la celebración de la Santa Cena. Ya he hablado de esto en el capítulo anterior, haciendo notar estas diferencias, así que me parece superfluo repetirme. Podemos, pues, afirmar que semejante diversidad siempre ha sido grande en la iglesia a través de los siglos. Por eso no nos ha de parecer extraño que también exista en nuestros días, e incluso debemos querer que no sea de otra manera. Sin embargo, debemos combatir las diferencias pecaminosas o viciosas; y las contradicciones que son consecuencia del pecado, debemos odiarlas e intentar erradicarlas. Debemos tener muy presente que todas las obras de Dios muestran una pluriformidad maravillosa. No hay dos árboles completamente iguales, ni incluso dos hojas de un mismo árbol. Así ocurre también en el mundo de las personas; y así es también en la iglesia. Y así puede y debe ser también en la congregación. Un célebre personaje pronunció una vez este pensamiento: «La igualdad o uniformidad es la maldición de la vida moderna». Pero dudo que este axioma sólo pueda tener validez para la «vida moderna». Que en la iglesia o congregación pueda y deba haber más diversidad, es algo incontrovertible para mí.

Puesto que en contadas ocasiones he estado en el extranjero, no me atrevo a decir lo que ocurre en aquellas iglesias hermanas. Pero, aunque no esté muy enterado de ello, sí me atrevo a decir que una verdadera iglesia del SEÑOR, en cualquier parte del mundo, es diferente de esa misma iglesia en nuestro propio país. Pues los emigrantes –aunque sólo sea por causa del idioma– intentarán trasplantar su propia vida eclesial en aquella región o país donde se han afincado. Mas, con el paso del tiempo, su iglesia cobra otro aspecto o carácter que el que tiene en su país de origen. Y esto no es condenable, sino digno de aprecio, si no me equivoco.

Pero, permanezcamos más cerca de casa. Una iglesia local al norte del país se diferencia en algo de otra de la misma denominación situada al sur.

En ésta se atenderán más firmemente a viejas tradiciones; en la otra se habrán liberado de muchas de las viejas costumbres. Esto quizá pueda verse en la celebración del día del SEÑOR o domingo, en donde las tradiciones juegan un papel importante. Debemos ser muy prudentes al juzgar sobre las costumbres de los otros. Yo tengo experiencia de esta diversidad dentro de las iglesias de una misma denominación y situadas en diferentes puntos de mi país. Nunca hay dos completamente iguales. Todo influye: la diversidad de idiomas, de temperamento, de clima, etc. Pero, sea como fuere, la diversidad existió siempre y ahí está ahora mismo, en nuestros días.

Y así deberá ser, si no me equivoco. Por consiguiente, no lo lamentamos. Ni mucho menos juzgue ésta a aquella congregación por causa de diversidades o diferencias del tipo que he señalado. A no ser que se pueda manifestar o mostrar fácilmente que esas tradiciones son pecaminosas o

implican puntos de vista contrarios a la Palabra de Dios. Por cierto, debemos luchar contra el pecado; pero la pluriformidad en la vida del pueblo de Dios no debemos intentar reprimirla. Esto nos haría sectarios; y ya sabemos que la «secta» busca la uniformidad en todo; y quiere una comunión de identidad de pensamiento, de igualdad de expresión y de igualdad de acción. En resumen: que todos deben hacer, decir y pensar como lo hace el líder, llámese como quiera. Pues, en caso contrario, se viene encima el anatema, la excomunión, etc. ¡Pero esto no deberá ser así en la Iglesia de Jesucristo!

No es fácil aceptar la diversidad que pueda existir en la iglesia del SEÑOR. Hay diversidad de criterios en diferentes asuntos que, con frecuencia, se distancien entre sí. Si alguien tiene un criterio determinado que, según su opinión, está bien contrastado, le será muy difícil comprender que no todos compartan dicho punto de vista. Nos resulta complicado y difícil adentrarnos en la forma de pensar de los demás. Pero debemos aprender a hacerlo. Es bueno que nos imaginemos cómo los demás llegan a tener otros puntos de vista.

Pongamos por ejemplo la cuestión que puede surgir entre pastores y médicos acerca del problema de la regulación de la natalidad. Es frecuente que las opiniones de ambos sectores se separen o dividan.

¿Cómo es que los médicos ven aquí más dificultades que los pastores? Probablemente porque aquéllos en su trabajo se encuentran con más dificultades o problemas que los teólogos. Así pues, si el grupo de médicos evangélicos tiene otros criterios acerca de este tema, los pastores podrán o deberán preguntarse: «¿Si nosotros fuéramos médicos, pensaríamos igual que esos hermanos?» Y otro tanto podrían o deberían preguntarse los médicos.

Concluyendo, debemos intentar situarnos en las experiencias y criterios de los demás. Así, no nos anatematizaremos mutuamente con tanta ligereza, sino que buscaremos juntos la solución a la luz de la Palabra del SEÑOR.

Y otro tanto se podría decir de las diferencias entre teólogos y geólogos cristianos respecto a los interrogantes sobre Génesis cap. 1. ¿Por qué todos los geólogos cristianos se hallan aquí con dificultades? ¿Si yo fuera geólogo, sería distinto o pensaría de otra manera? Probablemente no. Debemos, pues, tener un poco más de confianza los unos en los otros. Según I Corintios 13:7, un conocido exégeta comenta: «El amor recíproco es la madre de dos hijas: la confianza mutua y la buena esperanza recíproca». Si se da esta confianza, cualquier clase de diversidad no perturbará la verdadera unidad en el SEÑOR.

PERFECCIÓN

También ésta es una bonita palabra para un asunto importante. En esto todos estaremos perfectamente de acuerdo. Pero también es evidente que se trata de algo que raramente se logra en esta vida; y conforme nos vamos haciendo mayores, lo comprobamos con mayor claridad. No sólo nuestro conocimiento se mantiene «en parte» o limitadamente, sino que esto también se puede decir de toda nuestra existencia con todas las expresiones o manifestaciones de la vida.

Existe muchísima búsqueda y lucha por la perfección. En todos los terrenos de la vida. Pero, por desgracia, casi siempre en terrenos en los que nadie o pocos logran demasiado. Tomemos, por ejemplo, el capítulo del deporte. Aquí se lucha por los mayores logros o metas, cuyo límite sigue siendo una incógnita. Un atleta que ha logrado 10,6 segundos en los 100 metros, hace lo más que puede por conseguir 10,5; y si logra establecer un récord mundial en esa distancia, la hazaña se vitorea y difunde rápidamente por todo el mundo. Lo mismo podríamos decir de nadadores, ciclistas y automovilistas, etc. Es increíble cuando se oye lo que estos hombres se han de esforzar para alcanzar su

mejor puesta a punto, y luego sus títulos. No sólo se privan de caprichos, o se abstienen de ciertas comidas, o dedican todo su tiempo libre al deporte que les gusta. Además, se ofrece y sacrifica la salud y la vida en aras y en la búsqueda de la perfección de lo más alto y sublime.

De todo esto no siempre se pueden decir muchas cosas buenas. De suyo, el deporte no hay por qué rechazarlo, aunque así haya sido en los ambientes reformados, citando para ello las palabras del Apóstol: «el ejercicio corporal para poco es provechoso» (I Ti. 4:8). Recuerdo bien mi época de joven, que alguien que jugaba al fútbol no era realmente considerado como un buen cristiano; pero esta idea ha desaparecido; y aquella vieja tradición se ha roto felizmente. El deporte, como juego, recreo y distracción, es una buena cosa; tampoco se puede calificar de malo intentar medir las propias fuerzas o resistencia. La inclinación a explotar lo que llevamos dentro me parece que ha sido puesta por Dios en el hombre.

Pero lo malo es que el deporte no se ha quedado en ser un juego o recreo. El elemento competitivo se ha impuesto, y así el deseo de honor y gloria.

Y, por último, en nuestros días se ha añadido la lucha y apetencia por el dinero; ya que muchos deportes se han convertido en empresas.

Por otro lado, la perfección, el récord en el terreno deportivo, casi ha llegado al límite de las posibilidades humanas. Y el precio ha sido demasiado alto, a veces. Me gustaría que entre el círculo de los cristianos reformados se diera una cada vez mejor información en este orden de cosas. Quizá estas consideraciones, expuestas brevemente, contribuyan a ese fin.

Pero no sólo en el terreno deportivo se lucha por la perfección. Lo mismo vemos en el área de la ciencia y la cultura. Aquí existe un gran interés y hasta pasión para descubrir la esencia de las cosas. Paso a paso se va penetrando hasta la «esencia» de la materia, por decirlo de alguna forma. Conforme se avanza más y más en esto, cada vez se está ante mayores maravillas de la creación de Dios. Un «lego o laico» en este campo entiende muy poco o nada al respecto. Oímos de moléculas, átomos, electrones, protones y neutrones; pero para nosotros son poco más que sonidos. Sin embargo, una cosa es clara, que en los laboratorios se trabaja febrilmente por llegar a saber cómo se interrelacionan «materia» y «potencia». También en este área hay una búsqueda hacia el conocimiento perfecto.

Este mismo afán de perfección también domina a los artistas de cualquier clase. Persiguen lo perfecto, sin lograr jamás su meta perfecta y totalmente; y quien en este o aquel terreno ha llegado el primero, posiblemente será el que se dé perfecta cuenta que no ha logrado el objetivo final.

También existe un empeño en perfeccionar al hombre y al mundo de los hombres. A este respecto, me viene a la memoria ese movimiento que se conoce por el nombre de: «Rearme Moral». Este quiere seguir con la obra de Frank Buchman.

Esta organización se la conoció antaño como el *Oxford Group-Movement*. Propaga sus ideales en libros y revistas. El punto de partida de esta acción son los cuatro términos siguientes: «Perfecta sinceridad, perfecta pureza, perfecto desinterés y perfecto amor». Podemos decir que lucha por la perfección en el terreno de las virtudes humanas. Los partidarios de este movimiento están convencidos que este mundo no puede salvarse con la prosperidad o bienes-

tar en el terreno financiero y social. Además, sabe que los hombres deben cambiar; y su lema es: «Cambio de los pueblos en base al cambio de cada persona».

¿Qué debemos decir de este movimiento? No querría criticarlo. En cualquier caso, las gentes del «Rearme Moral» ven que el mundo no marcha bien. A fin de cuentas, tienen razón cuando dicen que el odio, la desconfianza y la angustia enturbian las relaciones entre pueblos y estados. No me atrevería a decir que este movimiento no realice bien alguno. En este mundo se ha luchado por ideales menos altos. Pero, con esto concluye toda la alabanza que pudiéramos hacer de tal movimiento.

Efectivamente, se habla del Espíritu de Dios que puede cambiar el espíritu de los hombres; se piensa que el Espíritu de Dios, en tiempo de tranquilidad, inspira buenos pensamientos a los hombres que quieren escuchar, y que así es indicado el camino que deben seguir políticos y líderes. También hablan del Evangelio de Jesucristo. Sin embargo, no han sondeado las profundidades de la corrupción y perdición humana, piensan demasiado bien de los hombres. Si no me equivoco, no estarán de acuerdo con el apóstol Pablo, cuando dice: «por cuanto todos (los hombres) pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Ro. 3:23) No tenemos por qué dudar de las buenas intenciones del «Rearme Moral». Pero con esto no se salva al mundo. De Jesucristo se pueden decir muchas cosas buenas; se le considera como un Ejemplo, pero no como el Propiciador o Pagador por los pecados; no se le reconoce como el Salvador de los hombres y como el Mediador entre Dios y los hombres. En consecuencia, tam-

poco se reconoce el Evangelio de la gracia de Dios que se ha manifestado y revelado en Jesucristo; aunque posiblemente para ellos –me refiero a los del «Rearme Moral»– sea Jesús *un* camino de salvación junto a otros salvadores; pero Cristo Jesús no es para éstos lo que El ha dicho de sí mismo: «Yo soy *el* camino, y *la* verdad, y la vida» (Jn. 14:6), y añade: «nadie viene al Padre, sino por mí». Concluyendo: este movimiento es humanista, es decir, espera la salvación del mundo de hombres de buena voluntad, los cuales, con alguna ayuda de un poder superior, buscan absoluta sinceridad, pureza, desinterés y perfecto amor, como el bien para y entre los hombres. Pero de este movimiento no podemos esperar una verdadera y auténtica mejora de las relaciones en este mundo.

Cuando consultamos las Sagradas Escrituras con el fin de saber lo que nos dicen acerca de la perfección y palabras similares, el resultado parece un tanto extraño. En el Antiguo Testamento se habla de píos o piadosos que sirven al SEÑOR con un corazón perfecto. Así leemos en I Reyes 8:61, como deseo de Salomón para todo el pueblo del SEÑOR: «Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos, como en el día de hoy». Y del mismo Salomón se dice en I Re. 11:4, que las mujeres extranjeras engañaron su corazón, «y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David». Del rey Asa, leemos que en sus días los lugares altos no fueron quitados, pero sigue: «Con todo, el corazón de Asa fue perfecto para con Jehová toda su vida» (I Re. 15:14). Es evidente, pues, que perfecta o plena dedicación no quiere decir que a esa dedicación o consagración no faltase absolutamente nada. En efecto, Asa

sirvió rectamente al SEÑOR, estuvo en la recta actitud para con o hacia Dios, pero esto no quiere decir que ese servicio era absolutamente perfecto. Por tanto, recibimos la impresión que *perfecto* o *pleno* tiene un significado relativo. Algo parecido vemos también en otras palabras. En las Sagradas Escrituras, los piadosos son llamados «justos», es decir, los que están en relación recta o justa para con el SEÑOR. Esto no quiere decir que no tropiecen y caigan; pero su general enfoque y actitud de vida está dirigida y proyectada al SEÑOR su Dios. Así la expresión: «corazón perfecto» o «de todo corazón», no quiere decir que no existiese debilidad alguna o fallos en la vida de los píos (:justos), sino que temían al SEÑOR sincera y rectamente.

En el Nuevo Testamento las palabras *perfecto* y *perfección* las encontramos con bastante frecuencia. Conocidas son las palabras del Salvador a sus discípulos: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mt. 5:48). A este respecto, será bueno tener en cuenta el contexto en que esto se dice. No es sólo una expresión general, ya conocida por el Antiguo Testamento, sino que está en relación con los mandatos que Cristo mismo ha dado a sus discípulos. Los «antiguos», es decir, los rabinos en sus escuelas ciertamente habían enseñado la ley, pero se habían aferrado a la «letra»; además, habían permitido lo que desde el principio no fue así. Frente o contra todo eso el Señor Jesús ha dado Su propia explicación. Sus discípulos no sólo no matarán, sino que tampoco se airarán e insultarán; no sólo no cometerán adulterio, sino que tendrán que huir de toda mirada o deseo impuro; no darán libelo de repudio, sino que guardarán la fidelidad conyugal; no jurarán...; no sólo amarán a sus amigos...; pues así son los hijos

de su Padre que está en los cielos, «que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?»; y en este contexto, sigue Jesús: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto». Dios es perfecto; ha amado a los enemigos; deja salir Su sol sobre malos y buenos. En esto seguirán o imitarán a Dios los discípulos de Jesucristo; como Sus hijos queridos; y entonces son «perfectos». Esta palabra, en el original griego, viene a significar: lograr el objetivo, llegar a su destino, responder a su vocación.

Debemos tener presente que el Señor Jesús dice todo eso a sus discípulos. Así pues, no se trata de un estímulo humanista para poner en tensión las posibilidades o poderes humanos, y así llegar al amor absoluto, incluso para con los enemigos. Sino que es una amonestación del Señor, del Dueño y Maestro, dirigida a los que son Su propiedad, para que en el poder de Su gracia y del Espíritu Santo lleguen a este fin presentado.

Nosotros, por naturaleza, no estamos inclinados a amar a enemigos; sino todo lo contrario. Si seguimos nuestra «naturaleza», ya pueden salir corriendo nuestros enemigos. Estamos inclinados a pagarles con la misma moneda con que ellos nos han pagado. Por lo que respecta a nosotros, no podrán recibir nada bueno. Con nuestra «buena voluntad», nuestras «mejores fuerzas» y nuestro «sano juicio» no llega a muchos resultados ese precepto del amor a los enemigos.

La fuente de ese amor a los enemigos es la fe

en Jesucristo. El nos amó tanto, que se entregó a sí mismo por nosotros hasta la muerte de cruz. Si esto toca nuestro corazón y su Evangelio nos arrastra como potencia de Dios, nos saca de las tinieblas del odio a la luz del amor de Dios, entonces escuchamos Sus mandatos. De esta manera, no sólo *creemos* el Evangelio del amor, sino que también *nos comportamos* según las exigencias del amor. Vamos tras aquella perfección, aquel objetivo de la vida que consiste en amar a los enemigos, hacer bien a los que nos odian, y bendecir a los que hablan mal de nosotros; vigilando y orando, cayendo y volviéndonos a levantar, luchando y siendo derrotados, y volviendo a vencer; así es como somos hijos del cielo y del Padre que hace salir Su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos.

**«Al premio del supremo llamamiento de Dios»
(Fil. 3:14).**

Acabamos de recordar las palabras de Jesús en Mt. 5:48: «Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto». Aquí hay una promesa, pero también un mandato. El SEÑOR concede todo lo que es necesario para nuestra perfección. Se da a sí mismo, nos da el Espíritu Santo que es todopoderoso y, consecuentemente, es capaz de renovar nuestra vida. A ese don también va unida la donación y la entrega para ir tras la perfección. De eso habla el apóstol Pablo en la carta a los Filipenses, cap. 3, avisando a éstos de los «perros», «malos obreros» y «los mutiladores del cuerpo». Se refiere a los judaizantes que confían en la carne. Estos querían llevar a los creyentes a que se circuncidasen; querían volverles a una vida bajo la ley, y así apartarles de Jesucristo como el único Salvador. Pablo encuentra muy peligroso el trabajo o

intento de aquéllos. Pues quieren engañar a la congregación, y llevarla a que no lo espere todo de la gracia de Jesucristo. Ellos se glorían en la carne, confían en su ascendencia y se apoyan en privilegios carnales.

Pablo dice que está enterado de todo esto; que lo conoce; que él mismo lo ha hecho en alguna ocasión, y que aún lo podría hacer, porque también él es un circuncidado, un judío de los judíos, del pueblo de Israel, de la tribu de Benjamín, un hebreo de hebreos; según la ley, un fariseo; por el celo, un perseguidor de la iglesia; según la justicia que es por la ley, irrepreensible. En lo religioso había ido muy lejos.

A este respecto, Lutero dijo en alguna ocasión: «Si por la vida monacal se pudiera conseguir la salvación, yo ciertamente la habría conquistado». De igual forma parecería que se expresa Pablo: «Si por la vida según la ley se pudiera conseguir la vida, seguro que yo la habría obtenido; porque yo he hecho todo lo posible por lograrla».

Pero Pablo ha considerado todo eso como «pérdida», y lo ha tirado por la borda; lo ha abandonado y lo ha considerado como «basura». Una sola cosa es importante para él: ganarse a Cristo, conocerle, encontrarse en Él. Toda justicia propia, toda vida según la ley no significa nada; sólo la justicia de Cristo, que ha sido hecha suya por la fe, le puede hacer mantenerse en pie ante Dios. Un solo objetivo está ante él; conocer a Cristo, y descubrir el poder de Su resurrección. Esto proporciona comunión o participación en Su muerte y nos asemeja a la muerte de Cristo; y hace morir al viejo hombre, y resucitar a una nueva vida; y el fin es la resurrección de entre los muertos al final de los tiempos.

Luego, Pablo escribe aquella frase sorprenden-

te: «No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, para ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús» (3:12). Y lo repite una vez más con lo que sigue: «Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús».

Sobre estos versículos podríamos colocar este epígrafe: «¡Aún no, aún no!» Es posible que alguno de los filipenses haya pensado: «Este Pablo es un hombre perfecto; ya ha librado la batalla, ya ha logrado el premio y ha terminado la carrera». El Apóstol lo niega categóricamente; no lo deben tomar por tal; pues aún no ha logrado el fin último y más alto. Pero lo persigue, y va tras el objetivo para el que fue asido por Cristo.

Compara su vida con la tensión de un corredor en la pista de carreras el cual no mira hacia atrás, pues eso lo frenaría en su marcha. Tiene su vista puesta en la meta donde se halla el premio para el vencedor. Así es como Pablo contempla y dirige su mirada hacia la corona de la victoria, hacia la vida eterna, que el Señor le dará en el día postrero. El fue llamado por Dios cerca de Damasco. Fue llamado por Cristo. Ese llamamiento venía de arriba, y llama hacia arriba, a fin de buscar en Cristo todo lo necesario para la salvación, pues en El también se halla la garantía de que Pablo acaba su carrera. ¡No es como moneda puesta de canto, ni suerte de lotería! En su lucha no hay agarrotamiento ni angustia por si lo conseguirá; pues ha sido llamado por Cristo, y asido por su Salvador, el cual es suficientemente poderoso como para hacer perseverar a Pablo hasta la meta.

Estoy seguro que este relato nos habrá conmovido. Somos conscientes de que aún no somos perfectos, y que aún no hemos conseguido la meta. Esto también es bueno, con tal que sigamos persiguiendo el objetivo final; porque Cristo nos ha asido. Es cierto que no hemos sido llamados como Pablo cerca de Damasco. Pero sí hemos sido llamados por el Evangelio, que es poder de Dios para salvación a todo aquel que lo cree.

Así que, por un lado, decimos: «Aún no estamos allí, aún no lo hemos logrado. ¡Cuántas son aún las diferencias y debilidades contra las que diariamente tenemos que luchar! ¡Qué fe tan pequeña, y a veces cuánta infidelidad en nuestro propio corazón, contra el cual tenemos que arremeter! Tanto, que alguna vez suspiramos: —«Miserable de mí, tan contrariado y burlado por el pecado, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?» Tanto, que concluimos suplicando: —«Creo, Señor, ven en mi ayuda en la lucha contra la incredulidad».

Pero, por otra parte, también decimos: —«Llegaremos realmente». A Dios gracias, por Jesucristo nuestro Señor (Rom. 7:25). Esta certeza y seguridad también puede existir en nosotros; y precisamente porque no es que nos abandonemos o confiemos en nuestras propias fuerzas, es decir, en nuestra propia carne; sino que confiamos plenamente en El y nos hemos abandonado al poder de Cristo, el cual es insondable e inagotable. Si, pues, le conocemos a El y el poder de Su resurrección, entonces no dudamos jamás; porque el Señor es tan fiel como fuerte, y concluirá con nosotros Su obra.

Peligros

Hay cierto cristianismo que sólo sabe de miserias, que sólo sabe lamentarse: —«Aún no lo hemos

logrado». Y añade: –«Y probablemente tampoco lo llegaremos a alcanzar nunca». Son gentes que califican a tales expresiones como la mayor y más suprema sabiduría. Lo cual no es cierto. Pues, en semejante manera de hablar falta toda fe, y, en consecuencia, también falta toda lucha. Por tanto, no se da en ellos esa lucha o búsqueda de la perfección, a la que Pablo, en nombre del Señor, nos estimula. Y, según espero, también ustedes estarán de acuerdo conmigo en que semejante actitud no es conforme al Evangelio. Otro peligro consiste en la opinión de que el objetivo final ya ha sido logrado. En cierta ocasión me encontré con alguien que aseguraba que no había pecado jamás. Estaba, por así decirlo, de vuelta de toda lucha; y su actitud corrompía todo lo que «tocaba». No es extraño, pues, que aquel «creyente» terminara mal. No se trataba de un reformado.

Sin embargo, dentro del círculo de los reformados, existe el peligro de que algunos piensen que ya «han llegado», que ya lo han logrado. Estos hermanos se han engreído con su perfecto «sistema teológico», lo cual conlleva a una aridez mental y vital. Y dudo de si entre nosotros hemos logrado desembarazarnos de este peligro. Atengámonos, pues, a lo que tenemos, y hagamos como nos dice el Apóstol: «No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, para ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús».

Pero alguien dirá: –«¿Acaso Pablo no dice que somos perfectos?»– Ciertamente; y acerca de esto quiero decir un par de cosas.

El apóstol escribe: «Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos» (Fil. 3:14). ¿Encaja esto verdaderamente con lo anterior? ¿Pueden ambas

cosas ser verdad: aún no perfectos, y, sin embargo, ya perfectos? Ambas cosas son verdad para todo aquel que cree en Jesucristo. Pues, tanto en la palabra como en el problema de la perfección, hay perspectiva. Perfecto, literalmente, significa: haber llegado a un fin; pero esto no es aún el objetivo o meta final. El «haber llegado a un fin» podríamos explicarlo con el «haber llegado a una meta».

A este respecto, no hace mucho que ha aparecido una disertación en la que el escritor ha intentado mostrar que la palabra que el apóstol Pablo usa aquí, viene a significar lo siguiente: momento crítico, punto de cambio. Quien, pues, ha llegado a la fe en Cristo, ha logrado un momento crítico, un cambio de rumbo provisional; es «perfecto» en Cristo: ha sido transportado de la muerte a la vida; puede considerarse en Cristo, «muerto al pecado, y vivo para Dios» (cf. Ro. 6). ¿Esto quiere decir que ya no se debe luchar o perseguir la meta final? ¡Ni mucho menos! Pablo dice que todos los que han aprendido a considerarlo todo como pérdida y basura, y han conocido a Cristo, deben sentir ahora lo mismo que él: y que todos ellos deben poner todo el corazón en alcanzar la meta final; porque para eso les ha asido Cristo.

Como aclaración de esto mismo, quiero indicar otra palabra que sale muchas veces en las Sagradas Escrituras; se trata de la palabra: *redención* o *salvación*. En esta se halla la misma perspectiva que en la palabra: *perfecto*. Quien cree en el Señor Jesús es salvo: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2:8).

Esto no quiere decir que a esa salvación ya no le falte nada, o que ya no haya que perfeccionar nada; pues el mismo Apóstol que escribió eso,

amonestó o aconsejó a la congregación de Filipos con estas palabras: «por tanto,... ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2:12-13). Son, pues, *salvos*; pero también deben labrar su *salvación*; y la meta es: la redención o salvación final, la cual será la parte o herencia de los creyentes al retorno de Cristo. De ello habla Pablo en I Tes. 5:8 y ss.: «Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la *esperanza de salvación* como yelmo. Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para *alcanzar salvación* por medio de nuestro Señor Jesucristo». En otros lugares se habla de heredar la salvación, lo cual indica claramente la salvación final en una tierra nueva, donde Dios será todo en todos.

Por consiguiente, no hay contradicción si decimos: somos perfectos, ya hemos logrado una meta final por la fe en Jesucristo. Y, sin embargo, aún no somos perfectos, es decir, aún no hemos logrado la perfección final. A ésta llegaremos después de esta vida; cuando estaremos con el Señor por la eternidad, sin mancha ni arruga. La fe de que en Cristo tendremos todo lo que es necesario para nuestra salvación, puede preservarnos de toda duda. La fe de que hemos sido llamados por Cristo, puede salvarnos del encogimiento y angustia. Pues Cristo ha privado al diablo de todo su dominio, y ha vencido al mundo, y es más poderoso que todos los poderes de la carne. Por la fe somos vencedores: sí, más que vencedores (cf. Ro. 8).

Pero el convencimiento de que aún no hemos alcanzado la meta final, nos puede guardar de soberbia y descuido. Aún no hemos arribado. Tene-

mos que luchar por la santidad, sin la cual nadie verá al Señor; aún no estamos donde debemos estar. «El que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía» (Ap. 22:11). Pongamos todo nuestro corazón en la meta final a la cual Pablo lo dirigió. Entonces podremos decir: «He pelado la buena batalla, he acabado la carrera» (II Tim. 4:7).

PROFESAR, profesión de fe; CONFESAR, confesión de fe, de pecados...

Actualmente preocupa bastante este tema. Mucho es lo que se escribe y se habla, tanto para jóvenes como para mayores, acerca del significado de estas palabras y expresiones. Se afirma que *profesar* supone nada menos que remedar o repetir lo que dicen las Sagradas Escrituras. A los creyentes se les recuerda que han «jurado» una Confesión de Fe y, consiguientemente, que deben atenerse y mantener la promesa o juramento hecho.

Parecería como si los redactores de las confesiones de Fe eran cristianos perfectos y casi infalibles, no ya con relación al contenido de las mismas, sino también con respecto a la formulación de los distintos artículos a creer.

Una iglesia que calla es una iglesia muerta

Cuando oímos la palabra *profesar*, pensamos primero, y casi exclusivamente, en la profesión de nuestra fe al llegar a nuestros años de discernimiento, y pedimos entrar a sentarnos a la Mesa del Señor o Santa Cena.

Es un gran privilegio poder profesar o confesar nuestra fe; y también es una cosa muy grande y hermosa que tengamos una Confesión de Fe. Pero no es bueno que nuestra profesión se reduzca a cosa de un día o momento; y es algo malo si sólo «creemos» esa Confesión de Fe, pero no profesamos nuestra fe en medio del mundo cuando se presente la menor oportunidad de hacerlo. Y es de temer que este mal ocurre con cierta frecuencia, como me consta por mi experiencia pastoral.

A este respecto, recuerdo muy bien el caso siguiente. Cierta persona que apenas se metía en nada ni participaba en las actividades congregacionales, se acercó a charlar conmigo. Había sido educada en el Evangelio y había ido a un colegio cristiano; pero poco a poco se había distanciado de todo esto. Además, también dudaba de muchas personas que iban a la iglesia, y decían creer; pues, ¡se notaba muy poco en sus vidas! Su vecino tenía un cargo de responsabilidad en una iglesia reformada, y se entendía muy bien con él, ayudándose mutuamente como corresponde a unos buenos convecinos. Pero cuando a él se le escapaba alguna «blasfemia», su convecino, creyente reformado, ni se inmutaba, debía preferir silenciar lo ocurrido en su presencia. Por eso esta persona dudaba de que su vecino fuera un verdadero creyente.

Cuando hablé acerca de esto con el mencionado creyente reformado, me respondió que nunca hablaba de temas religiosos con dicha persona. Como dando a entender que eso era cosa del pastor.

Reconozco que hay muchas personas de un carácter bastante cerrado, sobre todo si se trata de cosas del Reino de los cielos; y que esto guarda relación con falta de valentía para expresarse frente a los demás. No me atreveré a decir que tales per-

sonas no pueden creer sinceramente en el Señor Jesús. Debemos ser prudentes en nuestros juicios. Sin embargo, no es bueno que uno se avergüence de pronunciar el nombre de Cristo, si se presenta la ocasión de profesarle nuestra fe.

Este creyente reformado, a que me he referido, daba la impresión a su convecino incrédulo de que no tiene tanta importancia si se cree o no se cree. ¡Y luego nos lamentamos actualmente en nuestras respectivas iglesias de la falta de poder de captación de nuestra congregación! ¿No residirá la razón o motivo de ello en que muchos de nosotros callamos cuando deberíamos hablar? ¿Acaso funciona muy bien la profesión de fe de los creyentes? Me temo que no. En Hechos 4:31, tenemos: «...Y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios». Eso era responsabilidad no sólo de los apóstoles, sino también de todos los miembros de la primitiva Iglesia. ¿Aún se podría decir otro tanto de nosotros?

Es importante repasar alguna vez lo que las Sagradas Escrituras nos dicen de la profesión o confesión de fe de los creyentes. Respecto a las palabras *profesar*, *confesar*, *profesión* o *confesión de fe*, etc., significan propiamente: Decir algo públicamente, expresar abierta- y públicamente lo que se piensa de algo.

Esto aparece muy claro en Juan 1:20: «(Juan el Bautista) confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo». Este mismo significado también se manifiesta claramente en Hebreos 11:13: «Y confesando (es decir, los creyentes que en este capítulo se mencionan) que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra». Es frecuente que también signifiquen: Decir juntos, expresarse conjuntamente. Entonces también obtienen el significado de: Alabar

y bendecir. A este respecto, el Dr. Brouwer, traduce con toda razón el texto de Hebreos 13:15: «Por tanto, ofrezcamos a Dios por medio de Jesucristo constantemente un sacrificio de alabanza, a saber, el fruto de los labios que *bendicen* Su nombre». Profesar, pues, es hablar, reconocer con palabras algo o a alguien; la profesión de fe es un *fruto de los labios*: y, como es natural, detrás de ello debe estar el corazón; y con la boca debe expresarse el corazón. Así que el profesar, confesar, etc., es algo que realizamos con la boca.

Claro que lo que profesamos o confesamos puede ser puesto en un papel, y así fijarse en una Confesión de Fe escrita. Pero, el profesar o confesar una fe es, en primer lugar, una expresión oral. También Pablo lo expresa así en Ro. 10:8 y ss.: «Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero *con la boca se confiesa* para salvación».

Cuando alguien defiende con valentía aquella expresión de la Confesión de Fe que dice, «que nuestra naturaleza está corrompida, que todos nosotros somos concebidos y nacemos en pecado», está muy bien. Pero si no confiesa sus injusticias a Dios y a los hombres, entonces no guarda una conducta recta frente al SEÑOR, su Dios; y entonces su valiente actitud en pro de dicha expresión de fe significa muy poco o nada.

Cuando alguien defiende con valentía «que Cristo es el Hijo eterno y natural de Dios», hace muy bien. Pero si esa persona no confiesa a Cristo, Hijo de Dios, ante los hombres, sino que renuncia a hablar

de El en cualquier forma o lenguaje, entonces su adhesión a la Confesión de Fe significa muy poco. Pues el Señor Jesús ha dicho: «a cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos» (Mt. 10:32-33). Una buena Confesión de Fe es algo bueno; sí, algo muy bueno. Mas el gloriarse en una Confesión de Fe debe ir aparejado con la confesión del Nombre del Señor en la práctica de nuestra vida; de lo contrario, semejante gloria es un asunto vano.

Lutero dijo en una ocasión: «El Evangelio no es otra cosa que un predicar y proclamar la gracia y misericordia de Dios, ganadas y conseguidas por la muerte de Cristo, el Señor. Y propiamente no es aquello que está en los libros y se ha resumido en letras, sino que es más bien una predicación oral y una palabra viva, viviente, y una voz que resuena por todo el mundo y se proclama abiertamente, de manera que es oída en todas partes».

El Evangelio, ciertamente, está fijado en las Sagradas Escrituras. Pero está destinado a ser predicado o anunciado; y donde este Evangelio es creído con el corazón, allí la confesión de Cristo es la respuesta al Evangelio. Y acerca de esta confesión yo querría decir lo que Lutero dijo del Evangelio: «El profesar o confesar la fe no es otra cosa que un predicar y proclamar la gracia y misericordia de Dios, ganadas y conseguidas por la muerte de Cristo, el Señor. Y propiamente no es aquello que está en los libros y se ha resumido en letras, sino que es más bien una predicación oral y una palabra viva, viviente, y una voz que resuena por todo el mundo y se proclama abiertamente, de manera

que es oído en todas partes». Es bueno y necesario que la iglesia haya puesto y establecido por escrito su profesión o Confesión de Fe. Pero, para que no se convierta en un capital muerto, los miembros de la iglesia deben proclamar esa Confesión o Profesión de Fe con la boca, con la palabra viva, de forma que quien tenga oídos para oír, oiga. Una iglesia que calla es una iglesia muerta. La iglesia viva habla y confiesa. Con esto no quiero decir que la iglesia-reunida-en-sínodo deba transmitir mensajes, o que deba expresar su juicio o criterio acerca de toda clase de acontecimientos actuales. Sino que más bien quiero decir que los miembros de la iglesia no deben avergonzarse del Evangelio, y que deben ser testigos vivos de Cristo. En el célebre *Catecismo de Heidelberg*, se pregunta: «¿Por qué te llamas cristiano?», y así dice la respuesta: «Porque por la fe soy miembro de Jesucristo y participante de su unción, para que *confiese su nombre...*» (Dom. 12, preg. y resp. n° 32).

Quizá muchos de los lectores conocen esta formidable respuesta, pero con eso no acaba todo. Si somos verdaderos miembros de Cristo mediante una fe verdadera, entonces no podemos callar, sino que más bien *podemos* confesarle a El. Esto no será una obligación dura y costosa, sino que será carga ligera. Cuando el Sanedrín ordena a Pedro y Juan que no hablen o enseñen bajo la autoridad del nombre de Jesús de Nazaret, responden: «No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (Hch. 4:20). Nosotros no somos apóstoles, ni todos nosotros somos pastores, pero en todos nosotros debe darse algo de aquella respuesta: –No podemos dejar de hablar de lo que hemos oído.

Ponemos reparos y luchamos contra toda clase de sectas que propagan mentiras o medias verda-

des. Y, ¿acaso no nos avergüenzan frecuentemente por la valentía y calor con que hablan? ¿Aún seguimos siendo nosotros una iglesia que profesa y confiesa su Fe? ¿O somos una iglesia que calla y enmudece? Muchos de nosotros tenemos una buena Confesión de Fe. Pero, ¿también somos confesores de esa Fe?

Confesión de pecados

Cuando repasamos cómo se usa en las Sagradas Escrituras la palabra *confesar*, podemos distinguir dos clases de uso. En ambos casos significa: expresar abiertamente. Pero, en el primero de los casos, expresamos o confesamos quiénes somos ante o para Dios. En el segundo, expresamos o confesamos lo que creemos. En el primer caso, el objeto de nuestra confesión es nuestros pecados. En el segundo, el objeto de nuestra confesión es Dios y Jesucristo, a los cuales confesamos ante los hombres. Es curioso que en nuestro lenguaje común no sea muy frecuente asociar la palabra *confesar* con nuestros pecados. Cuando usamos esta palabra, principalmente pensamos en nuestra profesión de fe de Dios y de todo lo que El nos ha revelado en Su Palabra. Con esto no quiero afirmar que nosotros no confesemos nuestros pecados. Sólo digo, que nosotros, creyentes reformados, las palabras *confesar* y *confesión* rara vez las ligamos o unimos en nuestro lenguaje común a nuestras propias culpas y pecados. Y esto, según mi criterio particular, no es del todo acertado. Pues, si recorremos las Sagradas Escrituras, es frecuente que hallemos unidas las palabras *pecado* y *confesar* o *confesión*, muy frecuentemente. Y es que el lenguaje ordinario de las Sagradas Escrituras es otra cosa que nuestra práctica. Citaré algunos textos: En Levítico, cap. 5, se nombran algu-

nas transgresiones de las que alguien puede hacerse culpable (vs. 1-4); y el v. 5, continúa: «cuando pecare en alguna de estas cosas, confesará aquello en que pecó». La intención será ésta: que lo confiese ante el SEÑOR, al cual también deberá presentar una ofrenda por el pecado.

Otro ejemplo lo tenemos en el cap. 16 del mismo libro, donde encontramos la institución del gran día de la expiación. Aquí leemos el v. 20: «Cuando hubiere acabado de expiar el santuario y el tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo; y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y *confesará* sobre él *todas las iniquidades* de los hijos de Israel...» Aarón, pues, en nombre del todo el pueblo, debía confesar los pecados que eran puestos «sobre la cabeza del macho cabrío», para que este animal, cargado simbólicamente con la culpa del pueblo, fuera enviado al desierto, del cual jamás volvería. En esto se hallaba expresado, que pecados-confesados son pecados-perdonados, los cuales jamás serán ya tenidos en cuenta por el SEÑOR, Yavé, Dios del Pacto. En el libro de Nehemías, cap. 9, se nos describe el día de penitencia y oración; pues leemos: «El día veinticuatro del mismo mes se reunieron los hijos de Israel en ayuno, y con cilicio y tierra sobre sí. Y ya se había apartado la descendencia de Israel de todos los extranjeros; y estando en pie, *confesaron sus pecados, y las iniquidades de sus padres*». Reconocieron, pues, no sólo sus propias injusticias, sino también las de sus padres; reconocieron, a fin de cuentas, la culpa común o comunitaria de todo el pueblo.

Todos nosotros conocemos los salmos penitenciales 32 y 51. En el 32 David expresa que mientras escondió su pecado, se sintió destrozado; y luego

sigue: «Mi pecado te declararé, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado». Pecado inconfesado, permanece pecado imperdonado; pero pecado confesado, es pecado perdonado. Esto está totalmente en consonancia con las conocidas palabras de Proverbios 28:13: «El que encubre sus pecados no prosperará; mas, el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia».

La confesión de pecados no tiene por qué ser necesaria para que ella sea causa o razón del perdón de los pecados. Pues, antes de que los confesemos, el SEÑOR ya está dispuesto y preparado a tener misericordia y perdonarlos. Pero, por decirlo de alguna forma, El no puede concedernos el perdón, cuando no reconocemos nuestros pecados ni pedimos perdón de ellos.

También es conocido el salmo penitencial de David, expresado tras su pecado con Betsabé. En este Salmo 51 le oímos gemir: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti sólo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio. He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre». Y en este mismo salmo encontramos estas estremeedoras palabras: «Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios».

También en el Nuevo Testamento se habla repetidamente de confesión de pecados. Cuando Juan el Bautista comienza su predicación penitencial,

muchos se acercan a él para hacerse bautizar, y esto ocurre «confesando sus pecados» (Mt. 3:6).

Cuando Pablo ha anunciado en Efeso el Evangelio y ha engrandecido el nombre de Cristo, judíos y griegos llegan a la fe «y muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos» (Hch. 19:18). Una verdadera fe que acepta el mensaje gozoso de Jesucristo, va siempre acompañada de confesión de la perdición propia. Si conocemos al SEÑOR en la omnipotencia de Su gracia, no puede ser por menos que también nos conozcamos a nosotros mismos en nuestra pequeñez y miseria. Cuando Pedro obtiene la capacidad de ver la majestad de Cristo con ocasión de la pesca milagrosa, leemos: «Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lc. 5:8).

Dado que aún no hemos alcanzado la perfección y a cada paso tenemos tropiezos en nuestra vida, tenemos constantemente necesidad del perdón que nos es dado por la oración. Juan escribe en su primera carta: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1:8-9). El SEÑOR concede perdón compasiva- y abundantemente.

Pero cuando el SEÑOR perdona el pecado, entonces también limpia de toda injusticia; y si la culpa del pecado es quitada, y la relación para con el SEÑOR vuelve a ser buena, entonces estamos en Su gracia, y, consecuentemente, tampoco podemos vivir en el pecado. Por eso es tan grave si falta la confesión de culpa; pues no tendrá lugar el perdón, y no se producirá la limpieza de toda clase de injusticia o transgresión; y todo irá de mal en peor.

Pues donde hay perdón, allí hay vida; pero donde falta perdón, allí impera la muerte, falta la gracia de Dios y, en resumen, falta todo lo que es necesario para la salvación.

¿Quizá estaría aquí el origen del enflaquecimiento de la vida Espiritual? En toda actividad y campañas que se llevan a cabo en las diferentes iglesias, se produce la queja bastante generalizada de que exista tan poca profundidad en la vida de sus miembros. Escribo con toda intención la palabra *miembros* (= miembros de la iglesia), porque casi no me atrevo a usar la palabra *creyentes*. Pues, donde hay fe, allí hay –a pesar de toda caída o debilidad– un corazón contrito y humillado por el pecado; y donde esto tiene lugar, también se produce la confesión de culpas; y donde ésta acontece, allí también hay perdón; y donde hay éste, hay comunión con Dios; allí hay renovación y progreso de poder en poder; y ya no hay debilidad ni impotencia, sino florecimiento de la vida en la gracia de Dios.

Actualmente las iglesias se preocupan bastante por extenderse. Se organizan campañas de toda clase: edificación de nuevas iglesias o lugares de culto –lo que supone a veces millones y millones de dinero–; ayuda a regiones o pueblos subdesarrollados –una vez más millones y millones de dinero, aportados por la iglesia «A» o «Z». Y todos tan contentos y orgullosos si la campaña tiene éxito. Pero me van a permitir que les diga una sola cosa: No se olviden que también en estas obras debe ser la fe la causa y motor de las mismas. Así pues, la vida de fe es lo primero y principal. Porque, aunque pobláramos el mundo de buenas y hermosas catedrales, aunque ayudáramos a mitigar muchas miserias en el mundo, aunque todas las iglesias se unieran en una poderosa organización mundial...

mas faltasen corazones contritos y espíritus quebrantados, todo lo anterior no valdría ni significaría nada. Sólo donde se confiesa pecado y se recibe gracia, allí, y sólo allí, hay vida. Nadie habla mal de las campañas, en sentido general y amplio; yo tampoco me refería a éstas. Pero, ¡cuidado!, si falta la profundidad de la vida de fe en el SEÑOR, ninguna campaña de extensión de la iglesia la podrá salvar a ella misma de su impotencia y debilidad.

Confesar los pecados propios

Está bien que la IGLESIA (en su Confesión de Fe) según las Sagradas Escrituras, se haya expresado acerca de la profunda caída, y perdición, y corrupción del hombre. Pero no será nada bueno si únicamente nos limitamos a estar de acuerdo con esa Confesión de Fe. Se trata, pues, de que también confesemos nuestros propios pecados.

De mi vida pastoral guardo el vivo recuerdo de que, en más de una ocasión, se me aconsejó que acentuara más la maldad innata del hombre. Alguien me dijo alguna vez que yo «debía jugar mucho más con el fuego del juicio», pues ¡la humanidad era tan mala y estaba totalmente equivocada! Le pregunté si eso también tenía que ver con él; a lo cual me respondió con un «SÍ» rotundo. Pero, cuando le pregunté por los pecados que él confesaba al SEÑOR, no supo nombrarme ni uno solo; y eludiendo la pregunta, respondió: —«¡Ahora soy tan pecador, que no acierto a confesar mis pecados!» En efecto, este hombre estaba de acuerdo con todos los artículos de la Confesión de Fe que hablan del hombre y su pecado. Pero no conocía ni confesaba sus pecados propios; hablaba de la maldad del hombre en general, probablemente porque se lo habían inculcado desde muy joven; repetía lo que era pura

tradición. Mas, semejante conformidad con la Confesión de Fe, tiene poco o ningún valor.

He conocido a gentes que «temblaban» al oír una predicación sobre el pecado; lo encontraban fantástico; nunca les parecían demasiados «rayos y truenos» en la iglesia. A estos pastores les encontraban magníficos y poderosos. Pero he notado muy bien, ¡que este género de predicación apenas rozaba sus frías vestimentas! Temblaban en la iglesia, como les pasa a otros en el cine ante una película de terror o misterio. Encontraban hermoso el sermón de tales predicadores. Sin embargo, cuando ellos se veían acusados de sus propios pecados, se enfadaban, y ¡eso no lo consideraban en absoluto hermoso ni práctico!

A mí no me gustan las predicaciones «hermosas» acerca del pecado, y desconfío del éxito de las mismas. Creo que el Evangelio es un poder de Dios para salvación, para todo aquel que lo crea (cf. Ro. 1:16); Y allí donde se anuncia el gozoso mensaje o buena nueva de que Dios de tal modo nos ha amado, que nos ha dado a Su Hijo propio para remisión y rescate por nuestros propios pecados, allí mismo se produce quebrantamiento de corazón y confesión de pecado y huída a la gracia de Dios en Jesucristo. Allí, pues, no sólo llega una conformidad con la Confesión de Fe, sino también una confesión de la culpa personal ante Dios, con esta súplica: «Oh Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lc. 18:13).

Reconocimiento de que el hombre es malo, así en general, dice poco o nada. Ciertamente hay una comunitaria confesión de culpa que tiene valor. En las Sagradas Escrituras surgen, de vez en cuando, orantes que confiesen los pecados comunes con y por el pueblo. Recuerdo la oración de Nehemías: «Te ruego, oh Jehová... esté ahora atento tu oído y

abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado. En extremo nos hemos corrompido contra ti, y no hemos guardado los mandamientos, estatutos y preceptos que diste a Moisés tu siervo» (Neh. 1:(5) 6-7). Ejemplos semejantes se pueden encontrar en Daniel 9:4 y Esdrás 9:7. Estos hombres habrían avisado contra el pecado, y se habrían liberado de la apostasía general, en tanto en cuanto un hombre se puede mantener libre en tiempos semejantes. Pero no se engrieron sobre sus paisanos, sino que se mostraron solidarios con ellos en la confesión de su culpa común; ni dijeron: «Ellos» han pecado, sino que hablaban de «nosotros» hemos pecado.

Me pregunto si también nosotros conocemos esa solidaridad en la culpa. Aquí y allí no marchan bien las cosas en nuestras iglesias respectivas. Falta quizá el amor y comprensión recíproca. Los «zelotes» no soportan a los «rezagados», y viceversa. Me temo que en algunas partes no falta un cierto espíritu de fariseísmo. En otros lugares se echa de menos la «sabiduría que es de lo alto» (cf. Sant. 3:17). Esto debemos confesarlo como culpa recíproca, según el ejemplo de Nehemías, Esdrás y Daniel. Pero si falta esa común declaración de culpabilidad, estamos propensos a intimidarnos y acusarnos recíprocamente de que las cosas no marchan bien. Con esto no quiero afirmar que no nos esté permitido señalarnos mutuamente los pecados y debilidades concretas. Esto no sólo está permitido, sino que incluso debe ser así. Pero lo que sí quiero afirmar es que también existe una culpa común a la cual no debemos substraernos ninguno. ¿Acaso no sería éste el me-

jor medio y remedio para soportarnos más los unos a los otros?

Es evidente que la confesión personal de pecados tampoco puede faltar en la vida de los creyentes. Donde hay verdadero conocimiento del SEÑOR, tampoco faltará aquélla. ¿Cómo alguien podría conocer al SEÑOR en Su santidad, justicia y amor, sin reconocer los pecados propios? En la medida que creamos más firmemente en la gracia de Jesucristo, también confesaremos más seriamente nuestras injusticias. Escribo: *injusticias*, en plural; con lo cual quiero decir que no sólo debemos reconocer nuestro pecado, nuestra corrupción; sino que también debemos confesar ante Dios pecados determinados, con nombre y apellidos. No recuerdo muchas de las predicaciones que oí en mi juventud. Pero, en cualquier caso, de una no me he olvidado, aunque ya hace 40 años que la escuché. El texto estaba tomado de Josué, cap. 7, donde se relata la conocida historia de Acán. Cuando éste es señalado como culpable, Josué le dice: «Hijo mío, da gloria a Jehová el Dios de Israel, y dale alabanza, y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras» (v. 19). Entonces Acán respondió: «Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel, y así y así he hecho: pues vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de peso de cincuenta siclos, lo cual codicié y tomé; y he aquí que está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello» (vs. 20, 21).

Esto se nos puso como ejemplo de confesión de pecados de manera sincera y total; y también nosotros nos debíamos acostumbrar a confesar nuestros propios pecados con su nombre y apellidos: «así y así he hecho». Y a mí me parece que aquel predi-

cador de entonces tenía toda la razón. ¿Por qué ocurre que ciertas debilidades, fallos y hábitos equivocados nunca son vencidos por algunas personas? A veces nos da la impresión que no se lucha contra tales cosas. ¿Y no será porque no se confiesan jamás concretamente al SEÑOR? ¿O no será porque en realidad no se ve ni se reconoce lo pecaminoso de esos hábitos? Pues, si confesamos a Dios pecados concretos, nos son perdonados. Y entonces también nos disponemos a luchar contra ellos en el poder del Espíritu Santo; y todos seguiremos teniendo defectos y debilidades, ya que en esta vida no se alcanza la perfección; pero, esto no obstante, lucharemos contra ellos. Y ¿no se habría de notar? O ¿acaso el SEÑOR no ha prometido que venceremos en la batalla? Si conocemos al SEÑOR, también nuestros defectos y debilidades, el SEÑOR hace rectos nuestros caminos. Ciertamente conservamos nuestra naturaleza pecadora, y también se podrá decir de nosotros aquello de «cada loco con su tema». Sin embargo, por la gracia de Dios progresaremos en la lucha contra nuestras equivocaciones; y si alguien no progresa, cabe preguntarse si confiesa de forma concreta sus pecados; y también habrá lugar a interrogarse si cree realmente en Jesucristo. Pues, donde hay fe en la gracia de Dios, allí hay también reconocimiento de la perdición propia, y confesión de los pecados propios, y se pueden aplicar las palabras de I Jn. 1:9, que dicen: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y *limpiarnos* de toda maldad».

El Nombre de Cristo

Ya he hecho notar, que en el uso de la palabra «confesar» en las Sagradas Escrituras pueden dis-

tinguirse dos grupos. En muchos textos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, se habla de confesar los pecados a Dios y los hombres. De esto hemos hablado principalmente hasta este momento. Un segundo grupo de textos hablan de confesar a Dios y a Jesucristo ante los hombres. De esto queremos tratar de aquí en adelante. Para ello nos limitaremos al Nuevo Testamento, puesto que la palabra «confesar» en el Antiguo Testamento muy raramente va ligada al nombre del SEÑOR, Dios del Pacto. Es evidente que los píos de la antigua economía creyeron en Dios, y que confesaron su fe; pero la palabra «confesar» aparece raramente en este contexto.

En el Nuevo Testamento, «confesar» significa: declarar públicamente su fe, reconocer a Jesucristo como Señor, salir en Su defensa, darle testimonio de alabanza. En el conocido discurso de Jesús, previo a la misión de los doce, en Mateo cap. 10, les dice: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos» (vs. 32-33). Cuando Pablo se justifica ante el gobernador Félix, dice: «Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas» (Hch. 24:14).

El núcleo o clave de la confesión de fe es que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Señor de la Iglesia, sí, de todas las cosas. En la conocida confesión de fe de Pedro no encontramos la palabra «confesar», pero allí expresa lo que es el núcleo y esencia de toda confesión de fe: «Tú eres el Cris-

to, el Hijo del Dios viviente» (Mt. 16:16). De esa confesión pende la salvación. Pues el Señor Jesús dice a Pedro: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Y en total consonancia con esto, escribe Pablo en Ro. 10:9: «Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación». No se puede afirmar con certeza y seguridad que ya en tiempos de los apóstoles se conocía una fórmula en la que se confesase la fe. En cualquier caso, el contenido de la confesión de fe venía a concretarse en que se reconocía al Señor Jesús como el Hijo de Dios, y como el Señor de toda criatura. Pues Pablo escribe en Filipenses, cap. 2:9-11 «Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre».

Podría parecer sorprendente que se hable poco o nada de confesar el Nombre de Dios. Pero no es tan extraño. Pues quien confiesa el Nombre de Jesucristo como el Hijo de Dios, también con ello confiesa el Nombre de Aquel que ha enviado al Hijo. Pues El y el Padre son uno. Y quien confiesa al Hijo, también confiesa al Padre. Esto lo declara Juan expresamente: «¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre» (I Jn. 2:22-23). El Padre se ha revelado en Jesucristo, Su Hijo. Quien cree

en Cristo, cree en el Padre, y quien confiesa a Cristo, expresa que cree en el Padre que le ha enviado.

La confesión con la boca proviene de la fe del corazón. Un conocido refrán dice: «De la abundancia del corazón, habla la boca». Si alguien ha sido captado por el Evangelio, y cree de corazón que Jesucristo es su Redentor y Salvador, ¿cómo podría guardar silencio? Alguna vez se me ha dicho que se podría creer, sin que sea necesario expresarlo. No digo que no sea posible, pero será una fe de peligrosa debilidad. En Juan 12:42, 43 leemos: «Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios».

Se dice, pues, que algunos gobernantes creían; y no hemos de entrar en disquisiciones al respecto. Así que, el hecho de que creyeran, está bien; pero el que tuvieran temor de ser expulsados de la sinagoga, y el que temblasen más ante los hombres que ante Dios, no estaba bien en modo alguno. Deberían haber elegido: O creer en Jesucristo, y también confesarle públicamente; o elegir por la sinagoga y por el honor de los hombres. Pero esto último terminaría en la negación de Jesucristo. Quien sinceramente cree en Jesús, el Señor, no podrá por menos de confesar Su nombre cualquier día. Una fe que no habla, muere lentamente.

Es de temer que no se prodigue el confesar el nombre de Cristo. Esto sólo puede ocurrir cuando falta fe. En mi práctica pastoral he notado que muchos padres acudían fielmente a la iglesia, mandaban sus hijos a un colegio cristiano y les hacían que participasen en la escuela dominical, mientras que en sus hogares no se hablaba ni una palabra

de Dios o del Señor Jesús. También pude observar que resultaba «angustioso» cuando en determinadas circunstancias se pronunciaba el nombre de Jesús. Parecía extraño y se procuraba llevar la conversación hacia otras cosas menos peligrosas. Cuando en el propio ambiente uno se avergüenza del nombre del Señor, ¿cómo se podrá llegar a confesar el nombre de Cristo en medio del mundo? ¡No debemos hacernos ilusiones de que se logre mucho por miembros de semejantes hogares! Mientras tanto, nos quejamos y lamentamos de la falta de poder de captación por parte de la iglesia. Y no faltan razones, según creo. Pero, ¿esa falta de poder de captación de la iglesia no se debe a que los miembros de la misma en su vida ordinaria se avergüenzan de confesar el nombre de Cristo?

En cierta ocasión, hablé con un joven que llevaba unas cuantas semanas haciendo el servicio militar. La vida del cuartel le parecía denigrante. No notó que entre los camaradas hubiera cristianos. Se blasfemaba, se hablaba mal y obscenamente, y apenas nadie protestaba contra esto. Cuando, maravillado, le pregunté si no había nadie que diese testimonio de su fe, me respondió: —«Sí; hay un joven que no se avergüenza; ora y se rebela cuando allí se blasfema, y se comporta como un cristiano».

Al requerirle si él mismo no hacía otro tanto, me contestó: —«¡No vale de nada!». Así que, este joven reconocía que aquello no estaba bien, y que aquel otro joven le causaba mucho respeto. Pero le parecía bastante difícil el ir contra la corriente allí reinante. Y yo me pregunto, si no les pasa esto mismo a muchos soldados procedentes de familias cristianas.

Por lo demás, esto no sólo ocurre en los cuarteles militares. Me ha parecido leer que muchos emigrantes en países extranjeros o en ambientes

extraños se pierden definitivamente para la iglesia, para cualquier iglesia. Es decir, que desaparecen en medio del mundo. Es natural, que en un entorno protector como es el hogar, el pueblo, etc., hagan como nosotros, profesen su fe cristiana y se llamen cristianos vivos. Mas fuera del círculo familiar y congregacional, parece como si propiamente no tuvieran fe. Pues, de lo contrario, no desaparecerían al llegar a los ambientes extraños.

Vivimos en una época en que la iglesia no capta, sino que pierde. Y en lugar de que la iglesia conquistase al mundo, es ella la vencida por el mundo. Por eso, al final de una famosa parábola, pregunta el Señor Jesús: «Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lc. 18:8). Y nosotros mismos nos podemos preguntar: si ahora llegara junto a nosotros el Hijo del Hombre, ¿nos hallaría con fe? Esa fe que noche y día busca a Dios en la oración, y todo lo espera de El; esa fe que se fortalece en Dios, y que también se manifiesta en la confesión ante los hombres. Cuando leemos en los Hechos de los Apóstoles acerca de la rápida difusión del Evangelio sobre toda la tierra, nos preguntamos asombrados cómo fue posible. Y lo fue por la poderosa acción del Espíritu de Dios —oigo decir. Muy bien y exactamente contestado. Pero ¿cómo obró poderosamente ese Espíritu? ¡Por los corazones de aquellos que creyeron, y por las bocas de aquellos que confesaron el Nombre de Dios!

No debemos decir que el Espíritu del SEÑOR ya no es poderoso ni obra en nuestros días. En ese caso estaríamos echando la culpa al SEÑOR de la apostasía de la iglesia; y esto es impío y blasfemo. El Evangelio, en tiempos de los Apóstoles, conquistó el mundo por la confesión de fe de gentes sencillas, hombres y mujeres, que no se avergonzaron del Evangelio.

Soldados en sus regimientos, obreros en su lugar de trabajo y comerciantes en sus negocios creyeron con el corazón, y por eso confesaron con la boca que Jesucristo era el Salvador del mundo. El mismo quiere usarnos aún a nosotros para la conservación y extensión de la iglesia, ¿o le parece a usted que el SEÑOR no quiera esto de nosotros? Si no me equivoco, nos ocupamos mucho más de la conservación que de la extensión de la iglesia. Me temo que nos volvemos más hacia dentro, y que nos dirigimos mucho menos hacia fuera. Nos protegemos contra el mundo, y nos preocupamos de que ningún influjo del mundo penetre en nosotros. Esto está de acuerdo con el texto de Santiago 2:17.

Pero, ¿también nos preocupamos de que nuestra influencia penetre en el mundo? ¿Nos preocupamos de que nuestra fe sea «audible» en el mundo por medio de nuestra confesión de fe?, ¿por nuestra proclamación del Señor y nuestra defensa de Su Nombre? No me refiero a una acción eclesial comunitaria de evangelización, sino a una confesión de fe personal de nuestra fe en Jesucristo donde se presente la menor oportunidad.

Si nada de esto ocurre, ¿de qué nos sirve nuestra propia Confesión de Fe con todos sus artículos? De nada nos aprovecha que nos gloriemos de ella. También aquí tiene validez la palabra de Jesús: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt. 7:21).

Expresar la Confesión de Fe.

Lo que hasta ahora escribí acerca del tema puede resumirse en estas palabras: Las Sagradas Escrituras

relacionan la palabra «confesar» o «profesar», por una parte, con nuestros pecados; y por otra, con Jesucristo, el Hijo de Dios. O dicho de otra forma: Confesamos quiénes somos para Dios, y confesamos quién es Dios para nosotros.

Sin confesión de nuestros pecados y sin confesión de nuestra fe en Jesucristo no somos salvos. Cuando alguien no confiesa su culpa a Dios, y su fe del corazón no procura expresarla con la confesión de su boca, jamás podrá la «fe» en una Confesión de Fe salvarle; aunque ésta fuera la más perfecta Confesión de Fe que exista en el mundo. En cuestión de «profesar, profesión de fe, etc.», siempre se tratará, en primer lugar, de esto: que los creyentes confiesen concreta – y prácticamente sus pecados a Dios, y que no se avergüencen del Evangelio de Jesucristo. Sin esta confesión de culpa y sin esta defensa y proclamación del Nombre de Jesucristo, no puede existir la iglesia. Jamás han faltado estas cosas en una iglesia viva. Y si eso ha fallado realmente, la iglesia está muerta y madura para el juicio. Aunque, sobre el papel, no le falte la Confesión de Fe más perfecta del mundo. La iglesia debe ser una iglesia testimonial y testificante, o no es iglesia. Una iglesia muda o silenciosa puede tener un hermoso edificio, y una fuerte organización, y un bonito orden de cultos, etc., pero, a pesar de cosas tan hermosas, está muerta; aunque tenga nombre de que vive. Y que todo esto es posible, nos lo confirma la palabra del Señor a la iglesia de Sardis: «El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto» (Ap. 3:1). Estas son palabras como para echarse a temblar, pues también podría ocurrir en nuestros días que una iglesia aparentemente viva, esté muerta. No

pensemos, pues, que esto no podría ocurrir a nuestra iglesia. En la iglesia que se engrié en su propia valía, etc., se corre inminente peligro de que no esté muy lejos de la muerte.

Hasta ahora hemos hablado especialmente acerca de la palabra *confesar*, y de lo que con ella se relacionaba. De aquí al final de este capítulo queremos fijar nuestra atención en la palabra *confesión*, la cual aparece bastante menos veces que la anterior en las Escrituras.

En el Antiguo Testamento sólo aparece en relación de «hacer confesión», y siempre como el reconocimiento de pecado y culpa ante Dios. Así en Josué 7:19, donde Josué dice a Acán: «Declárame (= haz confesión) ahora lo que has hecho; no me lo encubras». Y Nehemías dice: «Confieso (= hago confesión de) los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado» (Neh. 1:6). Y por citar aún un ejemplo conocido, en el Salmo 32 leemos del propósito de David en confesar (= hacer confesión de) su culpa, y esto lo expresa en la siguientes palabras: «Dije: Confesaré (= haré confesión de) mis transgresiones a Jehová». El uso de la palabra *confesión* en el Antiguo Testamento no aporta una nueva faceta, pues *hacer confesión* es exactamente lo mismo que *confesar*. En ambos casos o expresiones se trata de expresar con la boca o verbalmente. El corazón quebrantado y contrito se expresa y manifiesta en la confesión con los labios.

Esta palabra raramente aparece en el Nuevo Testamento; y, donde sale, casi siempre lo hace con el significado de «confesar activamente»; así por ejemplo en II Cor. 9:13, donde Pablo escribe: «Pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que *profesáis* al evangelio

de Cristo». Los corintios han hecho aportaciones materiales para las necesidades de los santos en Jerusalén. En lo cual los hermanos en Jerusalén han experimentado la confesión (de fe) obediente de los hermanos en Corinto, con respecto al Evangelio de Cristo. Aquí aparece la palabra *confesión*, pero en el sentido o significado de *confesar activamente*.

También encontramos esta palabra en la carta a los Hebreos. Así en 3:1, leemos: «Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra *profesión*, Cristo Jesús». Lo cual, el Prof. Brouwer, traduce con toda razón: «poned vuestra atención en el enviado y sumo sacerdote, *al cual confesamos*, en Jesús»; y otro tanto hallamos en el comentario del Prof. Grosheide: «*Homología* significa consonancia, concordancia; luego se trata de una confesión común o en concordancia, que todos juntos profesamos», y sigue: «así pues, la iglesia hizo una confesión (de fe) común, en la cual se expresaba acerca de la misión y obra sumosacerdotal de Jesús. No es algo imposible que ya en esta época cristiana existiese una confesión de fe fijamente formulada. Sin embargo, esto es una cuestión muy complicada que no puede ser aquí investigada. En cualquier caso, por el texto no se evidencia que el escritor sagrado quisiera decir eso».

Un segundo caso, en He. 4:14, se dice: «Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión». Los hebreos amenazaban dormirse en la fe. El ser cristiano les parecía una cosa difícil. Corrían peligro de apostatar. Pero ahora se les recuerda que tienen un gran Sumo Sacerdote en los cielos, Jesús, el Hijo de Dios. El puede compadecerse de sus debilidades, pues ha sido tentado como

ellos, pero sin pecar, por eso les está permitido acercarse con osadía al trono de la gracia, para recibir misericordia y encontrar gracia y ser ayudados en el tiempo oportuno. Pero entonces deben permanecer firmes e inquebrantables en la confesión o profesión de su fe, es decir, que Jesús es su Sumo Sacerdote en los cielos. Esto fue lo que confesaron cuando se hicieron cristianos, y en ello deben perseverar: han de resistir en la fe y mantenerse en la buena confesión (de fe) que un día expresaron con sus labios.

En Hebreos 10:23, está escrito: «Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió». Normalmente hablamos de *profesión de fe*; pero aquí se habla de *profesión de la esperanza*. Los Hebreos han profesado que «son extranjeros y peregrinos» en la tierra. Añoraban otra «mejor, esto es, la patria celestial». Esperaban en «la ciudad que tiene fundamentos, cuyo artista y constructor es Dios». Esta es, pues, la confesión o profesión que no deben abandonar, sino que han de perseverar en ella. Así pues, han de permanecer profesando su esperanza y atenerse o aferrarse fuertemente a esta creyente espera o esperanza. En esto han de perseverar los hebreos.

Por último, aún hallamos un par de citas en las que aparece la palabra confesión o profesión, como I Ti. 6:12 y 13. Así escribe Pablo: «Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos. Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato...» Aquí se habla de la confesión o profesión de fe que Timoteo hizo en una ocasión, y de la profesión de fe que Cristo expresó

ante Pilato. Probablemente Timoteo hizo profesión de fe en la presencia de muchos testigos cuando fue bautizado; otros opinan que se trata del momento de la instalación de Timoteo como colaborador o ministro colaborador con Pablo, mediante la imposición de manos. Nunca llegaremos a saber cómo fue. Asimismo también nos resultará imposible precisar si para estas ocasiones ya existía una «fórmula» de profesión de fe explícita o escrita. Pero, en cualquier caso, aquí se trata de un profesar o confesar con la boca aquello que se cree con el corazón; y esto es lo que aquí se lee literalmente que ha hecho Timoteo.

Por lo demás, cuando en el texto recién citado nos encontramos con que Jesucristo «dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato», debemos pensar en el testimonio que el Señor Jesús dio de sí mismo ante el juez Pilato, a saber, que El es Rey en el Reino de los cielos, y que este Reino no es de este mundo, y que El vino al mundo para dar testimonio de la verdad. También en este texto se cree ver, y con razón, una manifestación expresa de lo que es la gran verdad –que Jesús de Nazaret es el Salvador del mundo.

Todo lo dicho indica que, según las Sagradas Escrituras, existe una confesión para ser profesada, y que, al igual que el Evangelio, está destinada a ser proclamada; la confesión o profesión está ahí para ser expresada. Si una confesión de fe se convierte en capital muerto con el que nadie opera, entonces tiene poco o ningún valor. Una iglesia puede convertirse en una iglesia-de-confesión-de-fe, mientras que la mayoría de sus miembros ni conocen ni profesan su contenido, porque ya no creen más.

Con esto no se está hablando mal de las confesiones de fe; pues, si éstas son según las Sagradas

Escrituras, entonces son buenas. Pero una iglesia no es buena a causa de que tenga una buena confesión de fe; sino que sólo es buena cuando confiesa o profesa su fe, de palabra y de obra.

DIVISIÓN (la iglesia de Corinto)

No está lejos de la verdad si acepto que la mayoría de los cristianos tienen una idea demasiado bonita de las iglesias apostólicas. Esto guarda estrecha relación con la frecuente propensión que tenemos a ensalzar el pasado por encima del presente. Esto es algo que padecen especialmente las personas mayores. «No es que antes» –dicen– «todo fuera estupendo; pero todo funcionaba mejor que hoy día».

A veces parece como si dichas personas, en su juventud «nunca hubiesen hecho novillos» o «jamás hubiesen roto un plato». Probablemente lo crean así; mas yo tengo mi propia opinión al respecto. Naturalmente que en estos tiempos han cambiado muchas cosas; y que muchos de los cambios no suponen una mejora. Pero en todo cambio el corazón humano ha permanecido idéntico.

El algunos casos, una generación pasada puede haber sido «mejor» que la actual. En otros aspectos, probablemente ni un solo grado «peor». Yo mismo, que ya no me considero tan joven, no me atrevo a decir que en mi juventud todo era mucho mejor; y, según los relatos que entonces oía a los mayores, la generación que me precedió tampoco

fue mucho mejor. Así pues, debemos tener cuidado en no idealizar el pasado, y esto no sólo tocante al «mundo», sino también respecto a la iglesia.

Una ojeada a la iglesia en Corinto es realmente conveniente para curarnos de la ilusión de que en las iglesias apostólicas todo era «color de rosa» y «luna de miel». Nada más lejos de la realidad. Allí había disensión, y no poca; existían grupos y partidismos, y esto se notaba incluso en las comidas fraternales: se daban diferencias de visión y actitudes respecto al trato con los gentiles. ¡Algunos encontraban lícito el trato con una mujer ramera! Sobre lo uno y lo otro volveré más adelante; pero, primero, quiero hacer notar otras cosas.

Esperaríamos que Pablo en una carta a semejante iglesia habría comenzado con una acusación; o, en todo caso, con una serie de quejas. Pero no comienza por ahí. ¿Con qué, pues? El principio de esta carta es muy normal. Así procede Pablo casi siempre. Primero, se nombra a sí mismo como remitente: «Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios y el hermano Sóstenes». En segundo lugar, nombra al destinatario: «A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Cualquiera que sean los vicios que puedan existir, allí en Corinto hay una iglesia de Dios, la cual se compone de santificados en Cristo.

Por Cristo fueron llamados de las tinieblas y trasladados al Reino de Su gracia: son santos, apartados del mundo y dedicados al servicio del Dios Santo; y en esto se encuentra su expresado privilegio. Han sido honrados para ser santos y pertenecer a Dios y a Cristo; pero en esto se halla también su alta vocación: para vivir ahora como tales,

en medio de una «generación maligna y perversa» (Fil. 2:15). Pertenecen a aquella gran multitud que en todas partes «invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Esta es otra explicación para aquellos que pertenecen a la iglesia de Dios: Todos los que invocan el nombre de Cristo, porque creen en Su Nombre. Todos éstos, también hoy en día, pertenecen a la iglesia del Señor Jesús, extendida por toda la redondez de la tierra.

En tercer lugar, sigue un deseo y una promesa: «Gracia y paz a vosotros de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo». Pablo les pone bajo la gracia de Dios, y ruega para ellos la paz de Dios, la cual supera toda comprensión. Es la gracia que aún está sobre la iglesia de Corinto, y que ojalá siempre permanezca sobre ella; y asimismo esta iglesia participa en la paz de Dios. Pablo, pues, no anatematiza a esta iglesia, sino que la bendice. No invoca la ira de Dios ni el disfavor de Cristo sobre la iglesia de Corinto. Antes bien, la desea y concede gracia y prosperidad. Esto es algo que nos debe hacer reflexionar. ¿Somos nosotros así de misericordiosos y dulces? El Apóstol lo fue realmente; y en ello fue un buen discípulo de su Maestro. Ojalá que también nosotros lo seamos; y si no, ya estamos tardando en serlo. Pero es posible que alguien replique: –«Ese comienzo de la carta no dice nada extraordinario, pues Pablo estaba acostumbrado a hacerlo; luego fue algo impensado. Por eso no debemos prestarle demasiada atención».

Me parece que Pablo no era un hombre formalista que cuidaba de las apariencias. Deberemos tomar muy en serio que partía del convencimiento de que la gracia de Dios estaba con los corintios, y que la paz era posesión suya. Asimismo, debemos tomar totalmente en serio que da gracias a Dios por las

riquezas de la iglesia; pues escribe: «Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falte en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo». Nada agradece a los Corintios ni les alaba. Pero los desórdenes que allí existen no le pueden impedir dar gracias a Dios por la gracia que se les ha manifestado. En Cristo son aún ricos. Han oído el Evangelio y pueden hablar del mismo, no en ignorancia, sino en conocimiento. En ningún don andan escasos, y en nada están por detrás de las otras iglesias. Tienen el don de profecía, el don de lenguas y muchos más, de lo cual se habla en el cap. 12. Además, ven en lontananza el retorno de Cristo.

Notamos, pues, que Pablo no dice que todo esté perdido ni que todo se vaya a perder, ni que todo sea apostasía. No; ya que, a pesar de toda la miseria que hay en Corinto, puede dar gracias a Dios.

Con esto no está dicho todo. También con vistas al futuro de la iglesia el Apóstol tiene una buena confianza o esperanza. Pues escribe: «El cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irrepreensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo». Dios les confirmará y sostendrá; de manera que están «libres de acusación» en el día postrero. Nadie podrá alegar contra ellos acusación alguna; éste es el significado de la palabra «irrepreensibles». Pues Cristo, su Juez, es también su Salvador. Pablo no confía o espera en la fidelidad de los corintios, pero sí en la fidelidad de Dios. Pero nosotros, por cuanto alcanzamos a preveer, no decimos tan rápidamente

te que una iglesia esté totalmente corrompida. Dios no abandona la obra de sus manos.

Amonestación a la unidad

Una vez que el Apóstol ha saludado a los santos y ha dado gracias por ellos, comienza a amonestarles; y no lo hace en su propia autoridad, como si él fuera mucho mejor que ellos, sino en nombre de Cristo, el Dueño y Señor de la iglesia.

Les amonesta a que sean uno, y a vigilar contra las divisiones. Deben estrechar filas fuertemente, deben ser de un solo sentir y pensar. Pues, desde el hogar de los Cloe, le han llegado noticias fidedignas de que entre ellos hay disputas y luchas intestinas; aunque aún no haya certeza de que entre ellos haya ya grupos determinados y concretos. Pero «cada uno de vosotros» —dice— tiene su slogan: «Yo soy de Pablo; y yo soy de Apolo; y yo de Cefas; y yo de Cristo».

Por consiguiente, el uno decía: —Pablo es mi líder. Otros no se amilanaban, y decían: —Nosotros somos más partidarios de Apolos. Un tercero se gloriaba en ser de Cefas, es decir, de Pedro. Y por fin, un cuarto grupo exclamaba: —¡Nosotros somos de Cristo! Es probable que estos últimos se expresasen en sentido exclusivista, de forma que creyeran ser la verdadera y única iglesia.

Nos gustaría saber con detalle y exactamente lo que allí ocurrió. Por eso, como sin pensar, nos asalta esta pregunta: ¿Por qué unos se adherían a Pablo y otros a Apolos? ¿Qué había detrás de aquella adhesión a Pedro? Y, por último, ¿qué significaba que un cuarto grupo se llamara «de Cristo»? No les voy a entretener con las explicaciones que acerca de esto se han dado, pues son innumerables; lo cual es una indicación de que yo tampoco sé la verda-

dera. Con semejantes cuestiones ocurre lo mismo que con algunas medicinas que se recomiendan para una u otra enfermedad. No sabría decir cuántas medicinas se recomiendan para el reuma; pero en cualquier caso, son tantas que se pone de manifiesto que aún no se ha encontrado el remedio eficaz. Así ocurre con este pasaje de I Corintios, cap. 1. Así que, debemos manifestar honradamente que no conocemos la verdad al respecto.

En todo caso, es un hecho que allí amenazaban las divisiones, porque cada uno se adhería a uno de los grandes –personajes que se citan, y pretendían llamarse según su nombre.

Pablo califica de erróneos tales slogans: «¡Yo soy de tal», o «yo soy de cual...!» No tiene una palabra de elogio para ellos; tampoco para el hecho de que algunos pretendan llevar el nombre de él. Por eso pregunta breve y justamente: «¿Acaso está dividido Cristo?» ¿Es Cristo sólo para una parte de la iglesia? De cualquier manera, Pablo quiere decir que la división en la iglesia no concuerda con el don de Cristo a toda la iglesia. Nadie puede llamarse a sí mismo: «yo soy especialmente «de Cristo»: pero los demás tampoco deben provocar que alguien diga eso, porque se adhieran a determinados personajes humanos. Juan Calvino supo ver la intención de estas palabras de Pablo, al comentar: «Resumiendo, se puede decir que la unidad de la iglesia sólo puede ser mantenida cuando todos nosotros reconocemos a Cristo como nuestro único Señor, y jamás damos a los hombres ocasión para que ellos desplacen a Cristo a un segundo plano».

El Apóstol sigue preguntando: «¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?» La respuesta es suficientemente clara. Entonces, ¿por qué se levanta el slo-

gan: -«¡Yo soy de Pablo!»? El se alegra de que únicamente bautizara a Crispo y a Gayo; como también a la familia de Estéfanos; pues, de lo contrario, los corintios se volverían locos en poder decir: -«¡Nosotros hemos sido bautizados en nombre de Pablo!»

Un Maestro: Jesucristo

Hoy día debemos aceptar de corazón este aviso del Apóstol. Ciertamente nos está permitido tener muy presentes a nuestros líderes y ministros. Y como mejor lo haremos será, me parece a mí, siguiendo su fe, imitándoles en su confianza en Dios. No levantando pancartas en favor de ellos ni haciendo de su nombre una consigna. Esto ha originado grandes males en la iglesia. A muchos les gusta llamarse calvinistas. Para ser sincero, debo decir que no me agrada tal cosa. Es cierto que podemos aprender mucho de Calvino; y debemos tenerle bien presente como un gran reformador. Pero, ¿por qué habríamos de llamarnos por su nombre? En bien de nuestros tiempos, no citaré nombre alguno. Pero roguemos que nadie se llame según el nombre de los reformadores. Sólo Dios es grande; y Jesucristo es nuestro único Salvador.

Cuanto más buscamos la vida y nuestra salvación fuera de nosotros mismos, en Jesucristo y sólo en El, tanto menos peligro corremos de dividirnos en grupos que se reúnen en la iglesia en torno a grandes figuras.

Este peligro era grande en la iglesia de Corinto. Esta iglesia constaba principalmente de griegos que habían llegado a la fe en Jesucristo; pero que no se habían deshecho inmediatamente de su pasado. Eso no es cosa fácil. Ahora bien, los griegos eran gentes preocupadas por la sabiduría. Querían sa-

ber y profundizar. En Grecia había filósofos famosos que formaron sus propias «escuelas». Muchos de ellos aún siguen influyendo la filosofía de nuestro tiempo. Dos de aquellos celebres filósofos son generalmente conocidos: Aristóteles y Platón. Pero no eran los únicos; y todos aquellos filósofos tenían discípulos que se llamaban según su «maestro».

Una parte de la iglesia se habrá constituido por antiguos judíos. Mas también en el judaísmo había toda clase de grupos y «escuelas». Un par de nombres son de todos conocidos: Hillel y Sjammai. Los unos se adherían a ésta, los otros a la otra. También los judíos estaban acostumbrados a «grupos» y «partidos».

¿Era, pues, tan extraño que, como cristianos, les fuese posible reunirse en torno a «grandes» hombres? Alguien que había llegado a la fe por medio de Pablo, se gloriaba extraordinariamente en Pablo. Otro que había aprendido muchas cosas de Apolos, o posiblemente había quedado prendado por su elocuencia, iba tras Apolos. Un tercero apreciaba a Pedro como uno de los apóstoles del Señor Jesús. ¡Todo es tan humano y comprensible! ¿La cosa era tan grave?

Pablo piensa que sí. Eso podía ser muy normal en el mundo griego y judío, pero en la iglesia no debía ocurrir que alguien se gloriase en los hombres ni se llamase según aquéllos. En ella sólo hay un Maestro: Jesucristo. Pues en ella sólo hay UNO que se ha entregado a sí mismo por Su pueblo, hasta la muerte de cruz. ¿O quizá ha ido otro a la muerte por los pecadores? ¿O alguno de esos grandes personajes se ha dejado clavar en la cruz? ¿Están sus nombres en el Evangelio?

Naturalmente que no. Pablo y Apolos y Pedro – y complétese la lista con todas las grandes figuras

que le son conocidas de la historia antigua y moderna de la iglesia— tienen que agradecer su vida y salvación a Jesucristo, y sólo a El. El es un perfecto Salvador; pero también el único Redentor; y sólo hay un Nombre debajo del cielo por el que debemos ser salvos (cf. Hch. 4:12). Por eso toda gloria en los hombres proviene del enemigo. Y «el que se gloria, gloriése en el Señor» (I Cor. 1:31).

Pablo ha anunciado el Evangelio a los corintios. De esto escribe: «Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo» (1:17). Pablo no ha actuado como un filósofo, para ganar a hombres con palabras de sabiduría humana. No llegó con pensamientos bonitos o ideas hermosas, envueltas en lindas palabras. No se ha limitado a dar ideas ni ha saciado su búsqueda de la verdad. El ha anunciado a Cristo crucificado. Esta «palabra de la cruz» es necedad para aquellos que se pierden. ¿Qué felicidad se podría esperar de alguien que se deja crucificar? ¿Qué es lo que con eso se consigue en este mundo? ¿Acaso esto no es debilidad y necedad? Según el criterio del mundo, ¡alguien que hace cosa semejante no puede ser sabio!

En efecto, asegura Pablo. «Mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios» (v. 24). En eso se revela el poder del amor de Dios: que Jesucristo se ha humillado hasta la muerte de cruz. Esto no lo puede comprender la «sabiduría de los sabios», ni puede entenderlo la «inteligencia de los entendidos». Pero, mediante la cruz, Dios destruye la sabiduría y la inteligencia de los hombres.

«¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha

enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (vs. 20-21). El mundo judío estaba lleno de escribas. ¿Pudieron ellos traer salvación con su sabiduría? El mundo griego estaba lleno de filósofos. ¿Pudieron con su filosofía traer redención? ¿Qué hicieron aquellos sabios y escribas? Con toda su sabiduría no conocieron a Dios; y ahora ha placido a Dios, en Su sabiduría, salvar por la predicación a aquellos que creen.

No somos hechos salvos por sabiduría, ni por ciencia somos rescatados de la condenación eterna. Sino por la fe que el «simple» Evangelio infunde y devora, por así decirlo. La fe no escudriña ni soluciona los problemas, sino que tiene por verdadero lo que Dios hace proclamar, y confía en el hecho de que Dios ha amado tanto al mundo, que ha entregado a Su Hijo unigénito hasta la muerte de cruz, para que nosotros viviéramos.

Los judíos desean señales del poder de Dios, y si no las ven no creen. Los griegos buscan sabiduría, y lo que no entienden no lo aceptan. El Cristo crucificado es para los judíos un «tropezadero», un tropiezo, una piedra de escándalo; y para los gentiles es una locura, una necedad; es incomprensible para ellos que un condenado a muerte pueda traer salvación. Mas, para aquellos que oyen la voz del Evangelio, Cristo, el crucificado, es poder de Dios y sabiduría de Dios. En Cristo crucificado los creyentes notan el poder de la grandiosa misericordia de Dios; y ven en ello la insondable sabiduría de Dios para salvar de la culpa y del castigo a la humanidad perdida.

«Porque lo insensato de Dios (es decir, en la

valoración de los hombres sabios) es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios (a saber, según el juicio de los hombres fuertes) es más fuerte que los hombres» (v. 25).

La sabiduría mundana trae división

Los sabios y poderosos de este mundo encuentran necesidad y debilidad la cruz de Cristo y el Evangelio de la salvación. No saben qué hacer con ellos. ¿Qué se compra con ellos y qué se logra con los mismos? No es nada más que algo irrisorio y ridículo.

Esto pasa no sólo con el Evangelio, sino también con la iglesia. Y, si no, ¡que se miren a sí mismos los hermanos y hermanas de la iglesia en Corinto! ¿Quiénes han dado oídos a la voz de la Buena Nueva? «No sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios: sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor» (vs. 26-31).

¿Qué tiene la iglesia para gloriarse? ¿Con qué puede brillar y resplandecer? Nada tiene de qué gloriarse, y con nada puede brillar. Esto era así en tiempos de Pablo, y así continúa siendo, si todo marcha bien en la iglesia. No son buenos tiempos para la iglesia cuando en ella sus miembros se glorían de la propia sabiduría, en las propias fuerzas y en

la grandeza humana. Algo no marcha bien en la iglesia cuando quiere concurrir con el mundo en sabiduría, poder y grandeza. En Corinto no había razón de ello. A la iglesia de Corinto pertenecían gentes que a los ojos del mundo eran necios, insignificantes y débiles. Pero esos necios, insignificantes y débiles han sido elegidos por Dios; a éstos ha colmado Dios de gracia y en Su insonable sabiduría les ha llamado de las tinieblas del pecado a Su luz admirable. Dios les ha honrado a ellos, esclavos y obreros portuarios y gentes de la «escuela nocturna», para humillar y confundir a los poderosos, y a los sabios, y a los grandes de la tierra. No porque estos creyentes, mediante su elección, dieran muestras de su propia sabiduría y poder que brillaba por encima de la del mundo.

Ni mucho menos. En ellos no había nada de qué gloriarse. Pero fueron elegidos, es decir honrados y ensalzados, para mostrar al mundo la sabiduría de Dios, Su justicia, santidad y salvación. Todo lo que son y poseen, lo han de agradecer a Dios. Todo lo que tienen, lo poseen en y por Jesucristo.

En Dios está su origen, y en Cristo tienen su existencia. Sin El no son nada; y sin El nada pueden; y sin El nada tienen. En ellos mismos son pobres, y desnudos, y débiles, y necios, y perdidos, injustos e infelices. Pero Cristo les ha sido dado como sabiduría, justicia, santificación y redención. Quien cree en El, encuentra la justa sabiduría, tiene una visión recta del pecado, la gracia y los caminos del SEÑOR. Quien vive en comunión con Cristo, está en la recta relación para con Dios, y es libre de culpa, y tiene derecho a la vida eterna. Quien pertenece a Cristo por la fe es santo, apartado del poder del infierno y transportado al Reino de los cielos. Todo esto tienen en y por Cristo. De manera que toda

gloria en los hombres queda excluida, y únicamente pueden gloriarse en el Señor.

Me imagino que alguien se haya preguntado: -«¿Qué tiene que ver ahora esto con el mal de la división y su remedio?» Mucho, por no decir todo. Pablo no pierde los nervios. No pierde de vista su objetivo. Sabiduría y poder mundanos traen división; y si éstos penetran en la iglesia, también provocan allí la ruptura de la recta unidad. Entonces el uno sabe más y mejor que el otro; y uno puede hacer las cosas mejor que el otro; y se intentan aventajar entre sí en vano engreimiento; y la iglesia comienza a gloriarse en sus grandes pensadores, en sus sabios filósofos y en sus poderosos líderes. ¿Y se librará alguna vez la iglesia totalmente de estos peligros? Probablemente no. Pero ya se ha ganado mucho cuando los creyentes piensan en estos peligros. Hoy día también existen dichos peligros. Y para nosotros, los reformados, no en último lugar. A veces miramos demasiado los pecados de los demás, y no nos damos cuenta de los peligros que a nosotros mismos nos acechan. Si no me equivoco, los reformados son muy susceptibles a los males que Pablo señala a los corintios. Me parece que los reformados siempre fueron bastante vulnerables al peligro griego arriba mencionado, es decir, que sobrevaloramos el pensamiento; que nos gusta sacar conclusiones a las que fácilmente nos unimos; que nos gusta el sistema, y no nos resulta fácil dejar que el misterio sea misterio. Prescindiendo del peligro que encierra, nos agrada ser desmedidamente sabios. Ya hemos sufrido en propia carne la miseria que supone que nos dispongamos a buscar fórmulas teológicas y luego imponerlas; fórmulas que quizá lógicamente encajen a la perfección, y que, sin embargo, no sean verdad ni estén de acuerdo

con la realidad. ¿Qué hemos aprendido de todo eso?

¿Hemos aprendido algo del mal que supone gloriarse en grandes teólogos y líderes? Pues deberemos aprenderlo, si queremos agradar al Señor; pues toda gloria en los hombres no proviene de Dios. El mejor remedio contra estos males es: ¡Gloriarse en Jesucristo, y en El únicamente! Entonces no sobrará gloria que dar a los hombres.

Espíritu y poder

En el primer capítulo, Pablo ha mostrado que el Evangelio de Cristo crucificado, según el criterio de los incrédulos, no es más que un caso de necedad y debilidad. ¿Qué se puede lograr con él en este mundo?

Otro tanto ocurre con la iglesia de Cristo; la cual, medida con el rasero mundano, no puede significar gran cosa, pues no son muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles los que pertenecen a ella. Así fue en Corinto, y así ha seguido siendo a través de los siglos. Si se trata de sabiduría y poder, lo cual es mundano, la iglesia no puede concurrir con los no-creyentes. Pues también es necedad y mundano que la iglesia se gloríe en su sabiduría, poder y grandes personajes. «El que se gloría, gloriése en el Señor». Toda otra gloria es mala.

En el cap. 2, Pablo comienza mostrando que su actuación está totalmente en consonancia con la naturaleza del Evangelio y con la situación de la iglesia. Yo transcribo aquí los primeros cinco versículos: «Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Je-

sucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios».

El Apóstol no ha actuado como un orador griego; no buscó su poder en la elocuencia ni en los razonamientos; tampoco intentó ganarse a los oyentes con argumentos filosóficos. Esto lo dejó para los oradores griegos o los sabios judíos. Pablo venía a traer «el testimonio de Dios». Un testigo debe contar la verdad; debe decir lo que ha ocurrido. Un verdadero testigo no precisa de adornos. La palabrería frecuentemente hace sospechoso al testigo. Cuando alguien reclama nuestra ayuda y precisa de muchos rodeos y usa de muchas palabras rebuscadas para aclararnos su necesidad y apuro, no confiamos demasiado en él; y primero preferimos investigar concienzudamente el asunto. La verdad no necesita florituras.

Pablo, voluntariamente, no ha querido saber otra cosa que Jesucristo, y éste crucificado. Se ha pensado que Pablo tomó esta decisión después de su visita a Atenas. Allí se habría explicado de otra manera; y cuando todo le resultó un fracaso, habría decidido intentarlo de otra manera en Corinto. Pero esto no puede ser verdad. El Apóstol jamás ha hecho otra cosa que anunciar a Cristo. Dio testimonio de Su pasión y muerte, de Su resurrección y ascensión, de Su humillación y exaltación. Cuando dice: «Jesucristo, y éste crucificado», no niega que también haya predicado al Cristo vivo y glorificado. Sino recalca que especialmente ha dado testimonio de la muerte de Cristo, y con ello del amor

de Dios, el cual entregó a Su Hijo a la muerte de cruz.

Su llegada junto a los corintios no fue tan impresionante. Vino cerca de ellos «con debilidad, y mucho temor y temblor». Nos imaginamos al Apóstol como una figura poderosa, como un héroe de la fe que ni por nada ni nadie tenía miedo, y que sabía dominar fácilmente todas las situaciones. Ya había pasado por muchas horas de fuego, ¿por qué habría de temer aún? Era un hombre acostumbrado a hablar y conocía los sudores y nervios del novato en la materia, diríamos.

Pero la realidad fue otra cosa muy distinta. Su actuación fue débil, no causó gran impacto. Según II Co. 10:1, sus adversarios también decían que en el trato personal no pasaba de ser pobre hombre, aunque estando ausente escribía cartas poderosas. En Gá. 4:13, Pablo habla de «una debilidad de su carne», con lo cual habrá dado a entender un mal corporal. Así que no fue el héroe que han hecho de él generaciones posteriores. De sus cartas, tenemos la impresión que estuvo muchas veces al final de sus fuerzas. Cuando por primera vez anunció el Evangelio en Corinto, parece que tenía poca ilusión de que su trabajo tuviese resultado. Pues, en Hch. 18:9, leemos: «Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad».

El Apóstol, pues, fue un hombre de los mismos sentimientos que nosotros; tenía sus altos y sus bajos, y a veces no supo qué hacer; incluso escribe en II Co. 7:5: «Porque de cierto, cuando vinimos a Macedonia, ningún reposo tuvo nuestro cuerpo, sino que en todo fuimos atribulados; de fuera, conflic-

tos; de dentro, temores». Pablo hablaba y predicaba no con pulidas palabras de sabiduría. Esto habría atraído la atención hacia el que predicaba; y si Pablo hubiera hecho eso, las gentes se hubieran marchado a sus casas comentando: «¡Vaya un predicador, vaya un gran predicador! ¡Qué gran orador!» –Pero con eso no hubiera aprovechado a ninguna persona. Pablo, pues, llegó con algo distinto: con demostración de Espíritu y poder. Anunció a Cristo, el Señor: predicó el Evangelio y éste como un poder de Dios para Salvación; y ese Evangelio es la Palabra del Espíritu. Pablo habló del amor de Dios, y de la gracia de Jesucristo, y de la comunión del Espíritu Santo. No llegó a ellos con poder propio, sino con el poder de Dios; y no llamó la atención sobre él mismo sino que convenció de pecado y de la gracia de Dios. Si hubiera llegado con palabras elocuentes de humana sabiduría, habría puesto en sus oyentes pensamientos e ideas; y quizá hubiera hecho de ellos unos buenos teólogos o filósofos. Mas, ahora y mediante la demostración del Espíritu y Su poder, no sólo suscitó pensamientos hermosos, sino fe, esto es, conocimiento de la gracia omnipotente de Dios y confianza en Su insondable misericordia. Esa fe no descansa en sabiduría humana, sino en el poder de la gracia de Dios. Esa fe no se gloría nunca en hombres, sino sólo en Dios.

Cristo y el Espíritu son uno

De la continuación del cap. 2, se evidencia que Pablo no quiere decir que no predique sabiduría. El Evangelio de Cristo revela la sabiduría y el poder de Dios. Pero esa sabiduría no es de este mundo, y no es entendida por los líderes de la humanidad. Los poderosos de este mundo no entienden nada de ella. Esto se puso de manifiesto cuando ellos cru-

cificaron al Señor de la gloria. No hubieran hecho esto si hubieran acertado a ver la gloriosa sabiduría y la poderosa gracia que fue revelada por el sacrificio de Cristo. Esto está totalmente en consonancia con lo que se halla escrito. Pues la Escritura dice claramente: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman» (v. 9). El Evangelio no proviene del hombre sino de Dios, no de abajo sino de arriba.

Supera todo entendimiento y ningún corazón humano lo puede abarcar.

Pero Dios lo ha revelado a Su pueblo por el Espíritu Santo, pues ha entregado a la iglesia no sólo Su Hijo sino también el Espíritu Santo; y este Espíritu escudriña todas las cosas, también las profundidades de la gracia, sabiduría y poder de Dios. ¿Cómo si no, sabríamos acerca de los planes salvíficos de Dios? Sólo el espíritu del hombre sabe lo que hay en el hombre. Nadie más. Así tampoco nadie sabe lo que de sabiduría y poder y gracia hay en Dios, sino el Espíritu de Dios. Este es el Espíritu que Dios ha derramado sobre la iglesia de Cristo, de manera que Pablo puede escribir: «Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido» (v. 12). Si por la fe en Jesucristo vemos algo de la omnipotente gracia de Dios, y si entendemos algo de Su inescrutable sabiduría, eso no se debe a la brillantez o claridad de nuestro espíritu, sino al Espíritu Santo.

Pablo habla y predica lo que Dios, en Su gracia, ha dado a Su pueblo. Anuncia perdón de pecados y vida eterna, en lo cual podemos participar por la fe en Cristo. Pero no usa palabras de humana sabiduría para ensalzar todo esto cerca de los hom-

bres. Usa palabras que le han sido enseñadas por el Espíritu Santo. Habla sobre asuntos Espirituales con palabras Espirituales, es decir, palabras que llevan el sello del Espíritu Santo.

No entierra el Evangelio bajo toda clase de elocuencia o ropaje brillante. En este caso los oyentes se hubieran marchado a casa con poco más que bonitas palabras y hermosos pensamientos. Todo esto no puede salvar al hombre de su perdición.

El hombre «natural», esto es, el hombre-sin-Espíritu-Santo, no acepta el Evangelio, la Palabra del Espíritu. Es para él locura y necedad; no lo puede entender. Pero quien es guiado por el Espíritu, se da cuenta del amor de Dios y de la gracia y sabiduría en Jesucristo.

Pablo concluye este cap. 2, con estas palabras: «Mas nosotros tenemos la mente de Cristo». En ello tenemos una medida fija, a la cual reconocemos la dirección del Espíritu. Cristo y el Espíritu son uno. Si conocemos pensamientos y palabras de Cristo, entonces conocemos los pensamientos y palabras del Espíritu Santo. Cuando obedecemos a Cristo y hacemos su voluntad, estamos obedeciendo al Espíritu y nos encontramos haciendo la voluntad del Espíritu. El Espíritu Santo jamás nos separa de Jesucristo ni nos aparta del Salvador. Así escribe Pablo en II Co. 3:17: «Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad».

Es indudable que Pablo, también en este cap. 2, ha tenido presente la división y disenciones en Corinto; y de forma clara también ha indicado la curación de este mal. ¿Hay allí partidarios de Pablo que hacen de su nombre un lema o consigna? Cuando hayan oído leer esta carta habrán visto claramente que su figura exaltada nada tiene que

ver en todo eso. ¿Acaso él se ha predicado a sí mismo? Tampoco ha llamado su atención mediante elocuencia o exposiciones filosóficas. El ha anunciado a Cristo como el perfecto y único Salvador. ¿Quieren, pues, los «Paulinistas» causarle un placer? Pues bien, entonces deben buscar la vida y la salvación sólo en Cristo, y gloriarse sólo en El. ¿Piensan haber encontrado en Pablo un héroe en quien descargar su necesidad de dar culto a los héroes? Entonces se equivocan lamentablemente. El no es más que un hombrecillo entre los hombrecillos. Debían saber cómo a veces le temblaban sus piernas. Así de débil es. Apenas se puede mantener en pie, y a veces está lleno de temor y temblor. El poder no hay que buscarlo en Pablo, sino en Cristo y en el Espíritu Santo. Estos son realmente omnipotentes, pero el poder del Apóstol no cuenta para nada.

¿Buscan sabiduría? Que no la busquen en un hombre, sino siempre en el Evangelio de Jesucristo y en el Espíritu Santo. Fuera de éstos no hay salvación. Y si se pretende hacerlo, entonces te conformas al mundo, no vives del Espíritu, sino de la carne; y te asemejas al hombre «natural»: las gentes que se dejan guiar por sus propios deseos y pasiones. En tal caso se entristece al Espíritu Santo, y ello es un negocio peligroso con el que es preciso cortar directamente.

Hoy en día se echan pestes de la predicación; se habla de la pobreza de la predicación. No se puede retener en la iglesia a la juventud, ni tampoco a los intelectuales ni a los obreros. Sí, ¿y quién lo lograría realmente? Se intenta por todos los medios y formas retener a las gentes, captar su atención; mediante una predicación actual, moderna; mediante el uso del lenguaje de esa misma juventud; también mediante toda clase de inventos, según creo. Algu-

nos célebres predicadores aún tienen llenas las iglesias. Hay predicadores de juventudes, y hay predicadores para los estudiantes, y hay predicadores con cargos especializados.

¿No preferiríamos seguir el ejemplo de Pablo? ¿No querer saber otra cosa que Jesucristo, y éste crucificado? ¿Y reconocer que no somos más que hombrillos débiles que con temor y temblor han acometido la gran obra del anuncio del Evangelio? ¿Sin latines ni florituras? Sólo el Evangelio es un poder de Dios para salvación. El resto nada es.

Hombres espirituales

En el cap. 3, el Apóstol vuelve al tema de la división de la iglesia; tema que desde el principio no ha perdido de vista. La soberbia es la fuente o causa de la disgregación en la iglesia. El afán de gloria y protagonismo conduce a sectarismo. Estos penetran frecuentemente en la iglesia, pero no es ése su lugar. En la iglesia no está bien gloriarse en los hombres. No hay nada por lo que ensoberbecerse. ¿En qué poder o sabiduría se gloriaría la iglesia, cuyos miembros pertenecen a ese grupo de gentes que en el mundo no cuentan para nada? ¿Y qué razón podría tener gloriarse en líderes que apenas pueden mantenerse en pie sin temblar? ¿Y cómo sería posible enorgullecerse de una predicación que a los ojos del mundo es necedad e impotencia? Esto es lo que Pablo ha mostrado desde 1:18 hasta 2:5. Después de lo cual, por así decirlo, ha hecho una paradita acerca de la sabiduría que también él anuncia, pero para aquellos que están maduros al respecto, para los «adultos en Cristo», podríamos decir.

Luego vuelve a dirigirse a los corintios: «De manera

que yo, hermanos, no pude hablaros como a Espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales» (vs. 1-3).

Normalmente la palabra «espirituales» está escrita con e (minúscula) en casi todas las versiones. Pero yo prefiero hacerlo con E (mayúscula). Pues con la palabra «Espirituales» se da a entender hombres y mujeres que se dejan guiar por el Espíritu Santo; y la palabra «carnal» quiere decir que se dejaban guiar por la carne. Con lo cual, el Apóstol no quiere decir que no tuvieran ni chispa del Espíritu Santo en su vida; pues, ¿acaso no habían llegado a la fe en Jesucristo? Pablo, acto seguido, dice que están «en Cristo», aunque les califique de «niños en Cristo». ¿Cómo pudieron creer sino por el Espíritu? Mas Pablo quiere decir que se dejaron llevar demasiado por la carne. Cuando fueron hechos cristianos, no desapareció radicalmente su paganismo y judaísmo; aún conservaron y llevaron mucho de todo esto dentro de la iglesia. Esto les dominaba cuando aún se gloriaban en sus «hombres» (Pablo, Apolos, Pedro,...). Lo cual no se lo había enseñado el Espíritu Santo, sino que brotaba de su propia carne, es decir, de su propia naturaleza o carácter pagano o judío. Así pues, el que fueran «carnales» no quiere decir, en este texto, que cayeran en el terreno o materia sexual; ni tampoco que dedicaran mucha atención a su cuerpo, o que no tuvieran moderación en comer o beber. Sino que quiere decir que aún se dejaban arrastrar de su propia y vieja naturaleza cuando se dejaban llevar de cualquiera que les dirigiese la palabra.

Esto, por otra parte, era comprensible y perdonable en aquel período inicial. Apenas habían he-

cho que llegar a conversión; aún eran «niños en Cristo». Ciertamente habían sido recibidos en la comunión con Cristo, y transportados del reino de las tinieblas al Reino de Cristo. Pero aún debían ser alimentados con leche; aún no podían digerir alimentos sólidos. Pablo les habrá traído el ABC del Evangelio. Pero las consecuencias de esto para toda su vida, es algo que todavía no les había podido enseñar. Pablo no podía aún alimentarles con «vian-das»; no podían digerirlas. Esto no es un reproche, sino sencillamente un hecho. Es lo mismo que ocurre en tierras de misión, según creo. Mas es grave que aún sean carnales. No pueden digerir «alimentos sólidos», pues todavía se dejan dominar por su carne, por su pasado pagano o judaico. Todo eso es lo que Pablo ha entendido por las noticias de los familiares de Cloé.

Es probable que el Apóstol haya previsto que los corintios oyeran con extrañeza estas afirmaciones, y se preguntaran: -¿Ellos aún carnales? ¿Aún medio paganos? ¿Ellos con sus dones y poderes? ¿No había dicho Pablo que nada les faltaba en ningún don? ¿No habían sido enriquecidos en todos los aspectos? (cf. 1:4-9). Y, esto no obstante, ¿aún serían carnales?

En efecto, dice Pablo: «Pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres (inconversos)? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales (= andáis como hombres inconversos)?» Hay entre ellos celos y disputas; y, por otra parte, son celosos y entusiastas, pero el ímpetu de su espíritu está fundado en los hombres, y eso conduce a disensiones y envidias. Los grupos pujan y presumen entre sí; los unos tienen un líder más grande que los otros. Esto

no es celo que provenga del Espíritu, sino de la carne; es humano; algo así se puede esperar; también podríamos decir: eso es mundano. Pero estas cosas no corresponden a la Iglesia de Jesucristo. Si el uno se gloria en Pablo, y el otro en Apolos, ¿acaso no es eso un puro tumulto mundano?

El hombre lleva en sus entrañas y en su sangre el afán de gloriarse en los héroes. Cualquier asociación gusta de tener en sus filas un par de «grandes personajes» en uno u otro terreno de la vida, a fin de brillar mucho más con ellos. Es como si los entusiastas de esos «grandes» se hicieran un poco más importantes y conocidos por causa de aquéllos. No niego que hay gentes de gran estatura, en todos los sentidos de la palabra. Es una suerte que los haya. Tampoco niego que esos «grandes» hayan hecho grandes cosas, en todos los terrenos o aspectos de la vida.

Pero insisto: Pablo lleva toda la razón cuando se dirige a los corintios, y les dice: Al gloriaros en los hombres, obráis simplemente como hombres, demasiado humanamente; pues eso es lo que el mundo hace.

El mundo griego se gloriaba en sus héroes deportistas; los judíos se gloriaban en sus rabinos; la iglesia-mundana en Corintio se gloriaba en Pablo, en Apolos... Por consiguiente, en este punto, aquella iglesia era igual al mundo; y en la historia, vemos que la iglesia en muchas ocasiones se ha asemejado al mundo en este aspecto. Si Pablo aún nos pudiera dirigir una carta, ¿no nos culparía de lo mismo? Me temo que sí; pues también en el círculo en que nos movemos se concede una posición preponderante a muchos líderes. El hecho de que los tales ya sean difuntos, no hace menos culpable el error de gloriarse en ellos.

Pero, dirá alguno, –¿Acaso no podemos recordar a nuestros ministros del Evangelio?– No sólo podemos, sino que debemos; está dicho en Hebreos 13:7. También sigue cómo debemos hacerlo: «considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe». Debemos hacerlo; pero no en este sentido: «¡Cómo llenaban las iglesias, y qué grandes eran sus actividades, y qué impresionante era su palabra, etc., etc.!». No. Antes bien, imitemos sus grandes hechos, tomemos en buena consideración sus predicaciones de la Palabra y vivamos de la misma fe de la que ellos vivieron. Mas, por otra parte, tengamos presente lo que también Pablo escribe de sí mismo y de Apolos: «¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor. Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios» (vs. 5-9).

¿Quién o qué es Apolos? –Un servidor. Y ¿quién o qué era Pablo? Un servidor. Esto no nos suena tan mal como a los corintios. Pues en el mundo de entonces, el servir era un empleo desvalorizado, y un servidor era un hombre-de-nada. El servir era misión o tarea de mujeres y esclavos.

Los hombres importantes no servían, sino que exigían e imperaban. Es cierto que estos creyentes pueden estar agradecidos que por el ministerio de Apolos y Pablo han llegado a la fe; pueden dar gracias a Dios por ello, y pueden tener presentes en su pensamiento a sus servidores. Pero, al mismo tiempo,

no pueden olvidar que el Señor ha concedido a Sus servidores los dones por los que y con los que podían realizar su ministerio.

Pablo, según sus dones, ha plantado; Apolos, según su capacidad, ha regado. La imagen es muy clara. Cuando se prepara un jardín, el primer trabajo es poner las plantas en la tierra. Pero con eso no está concluida la obra, sobre todo en Oriente. A continuación, será preciso mantener la humedad de las mismas. Pablo hizo el primer trabajo, y Apolos el segundo. ¿Pero es esto razón para encumbrarles tanto? ¿Acaso ellos han dado el crecimiento? ¿Podían ellos hacer que un esqueje arraigase y creciese? –De ninguna manera. Dios dio el arraigo y el crecimiento.

Sin hablar figuradamente: Pablo evangelizó, y Apolos enseñó, pero Dios hizo nacer la fe y llevó a conversión. Ciertamente por el ministerio de ambos. Pero, ¿debe un servidor o ministro obtener o recibir el honor que corresponde al Maestro? Pablo declara sin rodeos: Nosotros no significamos nada en comparación con Dios que da el crecimiento. No debemos disponernos a escudriñar estas palabras del Apóstol; debemos dejarlas como están: ¡Ellos nada significan! En consecuencia, quien se gloria en ellos, ¡se gloria en nada! Lo cual es demasiado insensato como para enorgullecerse. Acabemos, pues, con estas cosas.

Tampoco se debe decir que el hombre que planta es más importante que el hombre que riega. Pablo dice rotundamente: son igual, lo mismo; o literalmente: son uno, una misma cosa; están en la misma línea; ambos son servidores, y con eso basta.

¿Acaso no hay diferencia alguna? –Ciertamente, asegura Pablo. Cada uno recibirá su recompensa según su trabajo propio. El uno ha sufrido más en

su trabajo que su colega; el uno también ha sido más fiel en su ministerio que el otro. Esto lo tiene en cuenta el Señor. Cada uno recibirá su paga. No según los dones que haya recibido, sino según el trabajo que haya realizado. Pero esto es un asunto entre el Señor y Sus servidores; y esto se pondrá de manifiesto al fin de los tiempos.

Dios recompensa a los obreros que se ocupan del trabajo en Su campo. Los obreros no se deben humillar o despreciar entre sí; y la iglesia no debe ensalzar a uno o unos por encima de los otros. Pues, conjuntamente, están al servicio de Dios. Quizá Pablo quiere decir que él y otros colaboran con Dios, que son comprometidos por Dios en Su obra que El realiza en Su campo. Pero, en todo caso, ellos están conjuntamente en relaciones de servicio; y les es permitido trabajar en la edificación de la iglesia, la cual es «labranza de Dios, edificio de Dios».

Si todo esto es verdad para Pablo, Apolos, Pedro y tantos otros de aquellos días que fueron ministros de la iglesia del SEÑOR –y es verdad–, ¿entonces también tiene validez para todos los que, de una u otra forma, están ocupados con la labranza de Dios? Cualquier nombre bajo el que se acojan, no son nada en comparación con Dios a cuyo servicio están. Podemos decir que las pasadas generaciones se han hecho culpables del pecado que Pablo aquí nos indica. También conocemos las desastrosas consecuencias de ello. El gloriarse en hombres importantes, y el seguir a los mismos, ha originado división, formado partidos y provocado escisiones. ¿Qué hemos aprendido de esto? Alguien, cuyo nombre no recuerdo, ha escrito: «La historia enseña que la historia nada nos enseña». Esto tiene mucha miga. Cada generación conoce las faltas y fallos de la anterior y, sin embargo, se hace culpa-

ble de los mismos pecados. Naturalmente que entonces se da a esos pecados otro nombre. Cuando se alaba a éste o a aquél, se empieza por decir que no nos queremos gloriarnos en el hombre. Pero, entretanto y a pesar de todo, se cae en ese vicio. Más de una oración fúnebre, más de un «In memoriam», más de un libro, son una prueba viva y evidente de eso. Es casi un milagro de la gracia de Dios si una iglesia se abstiene de estas cosas. Supliquémos a Dios Su gracia, a fin de que nos abstengamos de este peligro, para que no sucumbamos por la soberbia sectaria.

«Así como por fuego» (I Cor. 3:15)

En los versículos precedentes, el Apóstol ha dicho que la iglesia es el campo, y al trabajo en la iglesia lo ha comparado con el plantar y el regar.

En lo que sigue: 3:10-15, prosigue con esa imagen. El mismo, como un entendido arquitecto, ha puesto el fundamento; le ha sido permitido fundar aquella congregación. Es lógico que un constructor inteligente comience poniendo el fundamento o cimiento de una casa. Esto no es para gloriarse; lo hace cualquier buen constructor. Además, Pablo excluye toda gloria al escribir: «conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada». Dios le ha «honrado» con poder ser apóstol, y le ha sido dado el anunciar el Evangelio. Un otro puede edificar sobre eso; tal como Apolos y otros lo han hecho en Corinto.

«Pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues

por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego».

Pablo, mediante la predicación del Evangelio, ha formado o reunido la congregación; ha llevado a la fe a judíos y paganos, pero a la fe en Jesucristo, y en El tiene la congregación todo lo que necesita para su salvación: «Cristo Jesús...» –les ha sido dado por Dios, para ser su «sabiduría, justificación, santificación y redención» (1:30). Esto quiere decir Pablo cuando escribe que él ha puesto el fundamento. Pero quien a partir de ahora trabaja en edificación y reedificación de la iglesia, debe mirar muy bien cómo lo hace.

En tiempos de Pablo se podían usar todo tipo de materiales en la edificación de una casa. Así cita: oro, plata, etc., etc. Se edificaban palacios en los que no se regateaban metales nobles y mármoles costosos; mas especialmente se usaba madera, lo cual, podríamos decir, que era un buen material. Es probable que el Apóstol, al escoger esta imagen, haya pensado previamente en que toda la edificación será probada por fuego. Por eso habrá citado la madera, heno u hojarasca como material de valor inferior que fácilmente es quemado por el fuego. Antiguamente se usaba bastante la paja o la caña, etc., para cubrir los techos.

No creo que Pablo quiera decir que en la edificación de una casa no esté permitido hacer uso del heno, madera u hojarasca, sino que lo que quiere decir es que en la edificación de la iglesia es importantísimo cómo alguien lo hace. Pues la obra de cada uno saldrá un día a la luz. Así que en el día postrero se evidenciará de quién fue buena la

obra en la iglesia, y de quién fue mala. Eso es algo que no se puede dilucidar durante esta vida; no es algo que logren los hombres, sino únicamente Jesucristo en el día del juicio, el cual aparece con el fuego de la prueba. Es muy posible que los falsos maestros en tiempos de Pablo tuviesen más éxito que el Apóstol. Puede ser que sus adversarios fuesen más famosos que él. Posiblemente pudiesen hablar con más «talento» y probablemente causasen mayor impresión. Pero, ¿qué significa eso? El éxito no es bendición, y los grandes resultados no son prueba de un buen trabajo. Cuál sea el trabajo de cada uno, eso lo ha de comprobar el fuego del juicio de Dios. Si el trabajo de alguno puede resistir el fuego de la prueba, el obrero recibirá recompensa. Pablo no esquivaba usar esta hermosa palabra: «recompensa», como tampoco el mismo Señor Jesús. Tampoco nosotros debemos tenerla miedo o prevención. En qué consiste esa recompensa, no lo dice el Apóstol; y, según mi opinión, tampoco debemos darle vueltas al asunto; es suficiente con saber que el Señor recompensa el trabajo fiel.

También existe la posibilidad de que el trabajo de alguien sea abrasado; entonces «sufrirá daño», dice alguna versión; o, como otros traducen: «pagará por ello»; o, como también podemos interpretar: «será castigado». En cualquier caso, se le escapará el premio. Pues es una especie de castigo para una persona si se evidencia que su trabajo se ha echado a perder. Pero esto no quiere decir que tal operario perezca o sucumba (eternamente). Pablo parte del hecho de que esa persona es un cristiano que cree en Jesucristo, y, consiguientemente, será hecho salvo; pero «así como por fuego». Es decir: a duras penas, a última hora. Será como un «tizón de madera ardiendo que se arranca del fuego».

Todos los obreros que de una u otra manera trabajan en la iglesia, debían pensar más en esto. Todos preferimos oír de maestros que deslumbran como estrellas (cf. Dan. 12:3). Que un ministro de la Palabra «difícilmente» será hecho salvo, lo encontramos un pensamiento extraño. Que mucha «madera, heno y hojarasca» es elaborada, y en el día del juicio perecerá, es algo que difícilmente penetra en nuestras mentes. Hace algunos años, apareció un librito «*¿Puede un pastor salvarse?*» No creo que este interrogante penetrara en las congregaciones; y habría que preguntarse si llegó a inquietar a los pastores. Me parece que debíamos tener un poco más de «temor y temblor» si pensamos en el día del juicio, cuando el fuego probará nuestra obra. Esto afecta no sólo a los pastores, ancianos y diáconos, sino también a todos los miembros de la congregación. Pues todos ellos tienen un ministerio o cargo, y todos ellos tienen un trabajo que realizar en la iglesia: edificándose mutuamente y aconsejándose unos a otros; y atrayendo a los que están fuera, mediante su conducta. Pues quien retrae a otros por su conducta desordenada, elabora hojarasca; quien vive legalísticamente, trabaja con madera; quien pone cargas demasiado pesadas de llevar, no edifica; quien predica sus propias opiniones y las quiere pasar por Palabra de Dios, será castigado en el fuego de la prueba; quien no quiere servir sino sólo dominar, no recibirá recompensa alguna. Muchos oradores célebres podían ser hechos salvos, «aunque así como por fuego». Estas son palabras como para echarse a temblar.

La iglesia es templo de Dios

No es bueno que la iglesia tenga un respeto desmedido a los hombres. Pues la iglesia (o ¡con-

gregación!) no está ahí para los «líderes», sino que éstos están ahí para la iglesia o congregación. Eso es lo que Pablo quiere inculcar a la iglesia de Corinto, cuando escribe: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es» (3:16-17).

Que un templo era santo, no encontraba reparos entre judíos o gentiles. Esto era indudable para la iglesia de Corinto. Quien violaba un templo, era reo de muerte. Ahora bien, dice Pablo, cuidado que nadie os viole a vosotros, iglesia de Dios. Pues vosotros, creyentes en Cristo, sois templo de Dios. El Espíritu de Dios mora en y entre vosotros; vosotros sois propiedad de Cristo y morada del Espíritu Santo.

Cuando leemos detenidamente esta carta, nos admiramos de que Pablo se atreviera a escribir estas cosas. ¿No había allí partidos? ¿No se transigía la prostitución? ¿No había desórdenes y desarreglos en la celebración de la Santa Cena? ¿No dudaban algunos de la resurrección de Cristo? ¿No se contristaba con ello al Espíritu Santo? Todo esto es verdad, y, sin embargo, Pablo les dice: «vosotros sois templo de Dios». ¡Cuánta paciencia debe tener Dios con Su pueblo! ¡Cuán misericordioso y clemente debe ser el Espíritu Santo, que quiere aguantar tanto tiempo en una iglesia a la que tanto le falta! Esto es un gran consuelo para la iglesia. Pero la amonestación también debe ser aceptada de corazón: «Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él».

Al escribir estas palabras, ¿pensaba Pablo en todos los males ya citados que aquejaban a la iglesia de Corinto? –Es lo más probable. Por tanto, tengamos

cuidado de que nosotros no violemos la iglesia de Dios, la iglesia de Jesucristo. Esto puede ocurrir de múltiples formas: honrando a los hombres desmedidamente, pues eso divide y destruye a la iglesia de Dios; aferrándose a opiniones que quedan fuera de las Sagradas Escrituras; rechazando sectariamente la comunión con hermanos y hermanas que Dios ha aceptado. Por otra parte, también se viola y destruye a la iglesia de Dios permitiendo prácticas mundanas en la iglesia. ¿Habría una sola denominación eclesial que se vea totalmente libre de haber violado el templo de Dios? ¿Habría una sola formación eclesial que sea inocente de la actual división? El templo de Dios no se limita a una sola iglesia organizada, sino que abarca a todas aquellas que buscan y encuentran su salvación en Jesucristo. Ese templo es muy violado, y ello nos debe llegar al corazón; y hemos de desear ser uno, una sola cosa, con todos los que pertenecen a nuestro Señor Jesucristo; porque el templo de Dios, y esto sois –somos nosotros– los creyentes, ¡es santo!

Gloriarse en los hombres es necesidad

Pablo apercibe de la sabiduría del mundo, la cual es necesidad para Dios. «Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios» (vs. 18-19). «Ser sabio en este siglo» significa: ser sabio según el criterio del mundo. Quien se cree ser sabio (según la norma o mentalidad del mundo), hágase necio (a los ojos del mundo), para hacerse verdaderamente sabio. Pues lo que es sabio para los hombres, es insensatez para con Dios. Y Pablo lo prueba con una cita de Job 5:13: «(Dios) prende a los sabios en la astucia de ellos»; y otra

del Salmo 94 «Jehová conoce los pensamientos de los hombres, que son vanidad». El mundo está lleno de «sabios», pero, ¿de qué les sirve? En su sabiduría no conocen a Dios, y no conocen el pecado ni la gracia, y por eso su obra es vana, infructuosa. Piensan poder eludir a Dios, pero El les caza en la propia sagacidad de ellos, la cual se les convierte en trampa. Se glorían en los hombres y quieren ser glorificados, pero el resultado es lo contrario a la plena glorificación. «Así que ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios». La inclinación a gloriarse en los hombres es mundano. Se cree que hacerlo es de sabios, pero es sencillamente necedad. No es de sabios poner su gozo y honor en el hecho de que éste o aquél ha sido tu profesor, ni en que fuera una buena, sabia y santa persona. Pero, aún supone ser menos sabio el ensalzar a uno con la humillación de otro. Pues, además de que tal persona no es tan buena, ni tan sabia, ni tan santa, como se la quiera hacer, hay que preguntarse: -¿Qué tienen que no hayan recibido? (cf. 4:7).

Además, la iglesia es heredera de todo; reinará con Cristo sobre todas las criaturas. Tanto Pablo, como Apolos y como Cefas, son de y para la iglesia. Esta no es para ellos, sino ellos son para la iglesia del Señor. Esto cabe decirse también del mundo, la vida y la muerte. Lo cual no quiere decir que los creyentes deban amar a este mundo; sino que el mundo redimido será la herencia de la iglesia; como lo ha dicho el Señor Jesús, o sea, que los mansos heredarán la tierra (Mt. 5:5). También la vida es para la iglesia; los creyentes no han de menospreciar la

vida, sino que por la fe en Jesucristo les está permitido gozar de ella; y no deben temer a la muerte, pues Jesucristo ha vencido a la muerte; y para aquellos que mueren en el Señor, la muerte es un tránsito hacia la vida eterna. Tanto el presente como el futuro es para el pueblo de Dios; y no deben vivir de tal manera el futuro que olviden el presente; ni tampoco deben vivir de tal forma el presente que pierdan de vista el futuro.

Todo es de y para la iglesia. ¿No es esto algo como para sentirse orgullosos? ¿No hay en esto razón para gloriarse en sí mismos? –De ninguna manera; pues la iglesia no es nada en sí misma, sino que es de Cristo; y Cristo es de Dios. De tal manera que todo el que se quiera gloriarse, ya tiene en eso razón y ocasión suficiente. Por tanto, que se gloríe en Cristo y en Dios, el cual nos ha enviado a Su Hijo amado. Cantemos, pues, gozosos: «Toda gloria queda excluida». ¡Qué hermosa verdad!, con tal de que no se quede en un simple canto. ¡Hagámosla, por tanto, realidad!

El único Juez

La última cita que hacíamos terminaba con estas palabras: «Todo es (de la iglesia) vuestro, y vosotros (la iglesia) de Cristo, y Cristo de Dios».

Ninguna persona debe estar en el punto central de la atención; tampoco hombres «grandes» como Pablo o Apolos o Cefas (Pedro); pues ellos son para la iglesia, y no al revés. Pero la iglesia tampoco debe gloriarse en sí misma, pues sólo significa algo como posesión y propiedad de Cristo; y Cristo lo es de Dios; únicamente Estos son grandes, y en torno a Ellos deben girar todas las cosas.

Conectando con esto, Pablo escribe: «Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y

administradores de los misterios de Dios» (4:1). No se les debe glorificar; ni se les debe hacer «señores» de la iglesia; pues no son otra cosa que ministros de Cristo, y administradores de los misterios de salvación de Dios. ¿Acaso el administrador es el dueño? –No; su única misión es repartir los tesoros del Reino de Dios; tesoros que son misterios para el mundo, pero que son mostrados por el Evangelio. De esos tesoros se trata. Los apóstoles son sólo «vasos de barro» (cf. II Co. 4:7).

De los administradores se espera y desea que sean fieles. Fieles en su ministerio del Maestro. Esa fidelidad debe evidenciarse. Pero acerca de esto juzga el Señor. «Yo –dice Pablo– en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano» (v. 3). Lo cual no quiere decir que a Pablo le tenga sin cuidado su buen o mal nombre; sino que quiere decir que no reconoce a los hombres como jueces suyos; pues aun cuando los hombres celebren una «reunión» acerca de él, eso le tiene sin cuidado; ya que carecen de competencia para juzgarle o condenarle. Por eso, los corintios no han de enfadarse, ¡pues Pablo tampoco se hace juez de sí mismo! No es consciente de mal alguno en su mayordomía, y está convencido de ser un buen administrador. Y, precisamente por eso, no está aún justificado, y, en consecuencia, aún no está libre. «Pero el que me juzga es el Señor», dice Pablo (4:4).

Luego sigue amonestando a los creyentes de Corinto: «Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios».

Esto nos lleva a recordar las palabras del Salvador en Mt. 7:1: «No juzguéis, para que no seáis

juzgados». No debemos jugar a jueces sobre nadie. Este es un consejo válido en general, también con relación a los mayordomos, los dispensadores de los misterios de Dios, y, consiguientemente, también con relación a todos los apóstoles en el sentido amplio de la palabra: todos los «enviados», todos los que son llamados para distribuir la «multiforme gracia» de Dios. Debemos ser muy prudentes con nuestra sentencia condenatoria o absolutoria.

Naturalmente que podemos y nos está permitido hablar con ellos acerca de su trabajo o ministerio; incluso lo pueden necesitar. También podemos hacer crítica, pero que edifique. Asimismo podemos y debemos hacer ver que somos consolados y amonestados por su trabajo; pues, de lo contrario, es como si ellos estuvieran hablando al viento. ¡Pero el juicio corresponde al Señor! El juzgará al fin de los tiempos; El sabe todas las cosas; El hace brillar la luz sobre lo que ha sido escondido en tinieblas.

Frecuentemente no vemos más que el lado exterior de los hechos. El Señor revelará o desvelará las intenciones de los corazones. Nosotros nos imponemos mediante la elocuencia, los grandes dones, el celo imponente y la fuerza de los hechos. Mas el Señor conoce las intenciones y los fanatismos. Sobre esto juzgará; y entonces cada uno recibirá la alabanza que le corresponda. Y, como es lógico, también la reprensión y la censura que no faltará según lo que precedió.

Entonces podría ser que hombres muy honrados y glorificados fueren salvos a última hora, «como por fuego»; y podría ocurrir que «grandes» personajes fueran muy pequeños, y viceversa. Es muy posible que una figura solitaria e incomprensida, con pocos dones, al menos con pocos dones que lla-

men la atención, ponga en evidencia que ha sido el mayordomo más fiel; y la alabanza que le espera será hecha suya.

Las relaciones en la iglesia del Señor no pueden ni deben ser las que se dan entre señores y siervos, o viceversa. La iglesia no es señora sobre el ministro de la Palabra, ni éste es señor sobre aquélla. Esas relaciones deberán ser tales, que todos en su lugar correspondiente sean ministros y servidores del Señor. Entonces no se podrá hablar de menores y mayores, ni de altos y bajos; sólo habrá una ilusión y pugna: aquella que es fiel al Señor al que sirve.

La iglesia puede pedir que su mayordomo, el pastor, sea fiel en la distribución de los misterios de salvación; y esto es lo que les debe preocupar a los ministros de la Palabra: la buena dispensación de la misma. Si, en la medida de sus fuerzas y dones recibidos, son fieles en esto, no tienen por qué preocuparse por la alabanza y las malas lenguas. Quien a ellos les juzga es el Señor. Es natural que pueden estar gozosos si alguien hace notar que la Palabra del Señor que administran le ha llenado de consuelo; y asimismo pueden gozarse de que de vez en cuando se note que las amonestaciones de la Palabra de Dios han sido para bendición; y también puede escuchar críticas edificantes. Insensato sería el que no lo hiciera así.

Pero de personas que quieren jugar a jueces sobre ellos, no deben preocuparse; ni de su condena ni de su absolución; pues, «quien a ellos les juzga es el Señor»; tampoco el propio juicio condenatorio absuelve a nadie.

Pero quien sinceramente cree en Jesucristo, y hace buen uso de sus dones, grandes o pequeños, ese tal puede mirar con conciencia tranquila hacia el día

del juicio en el cual juzgará el Señor. Allí también saldrán a la luz los motivos o fines equivocados que a veces nos guiaron. Esto quizá nos llene de temor y temblor. Pero nuestro Juez es también nuestro Redentor; y El puede tener compasión de las debilidades y deficiencias, pues era «manso y humilde de corazón» (cf. Mt. 11:29), y aún lo es, y también lo será en el día del juicio para todos los que acuden a El; también para los predicadores del Evangelio, con todas sus deficiencias. Un solo deseo debe dominar sus vidas: Ser administradores de los misterios de Dios. Todos y cada uno lo hacen a su manera. ¡Que nadie se meta en el pellejo de otro! Este es un grave peligro para algunos; sobre todo para los discípulos de un «gran» maestro o profesor; éstos pueden tener a gala el divulgar los pensamientos y enseñanzas de hombre «tan grande»; y a veces le imitan en la voz y en la mímica. Pero de esto sólo pueden originarse desgracias y disgustos, pues en tal caso se hacen servidores de un hombre.

Cuando un hombre con dotes brillantes encuentra muchos seguidores, es peligroso para la iglesia. Este hombre no podrá comportarse normalmente y aunque avise de este peligro, no servirá de mucho; y lo extraño del caso es que los simples imitadores no conservan y transmiten lo mejor, sino lo peor de la herencia. Dejemos que cada uno sea y permanezca como es; y que a su modo propio anuncie el Evangelio y todo lo que el Señor ha ordenado.

En una ocasión, oí que un pastor había recibido crítica a su predicación y que él se había defendido diciendo: «Para esa predicación he consultado libros de tal y tal y tal autores, ¿y aún no es buena?»

A posta no he querido citar los nombres de aquellos

autores. Pero esa defensa me pareció tremendamente débil. Como si una predicación fuera buena por el hecho de que transmitimos ideas de hombres «grandes». En efecto, pueden ser buenas, pero también malas. También es verdad que todos vamos un poco a caballo de las generaciones precedentes. Todos aprendemos de los demás. Pero, a fin de cuentas, todos los que anuncian el Evangelio han de procurar que, según su estilo y los dones recibidos, sean expositores de los misterios de salvación de Dios. Los pensamientos de los grandes hombres envejecen, los libros pierden su valor con el transcurso de los años; pero la Palabra de Dios, el SEÑOR, permanece para siempre (cf. Is. 40:6-9; I Pe. 1:25). El Evangelio es y permanece un poder de Dios para salvación (cf. Ro. 1:16). Sólo eso; y ser un ministro del Evangelio, es un placer y una bendición para la iglesia.

Los bienes recibidos

Todo lo ha aplicado Pablo a sí mismo y a Apolos. Sólo han podido plantar y regar. Dios dio el crecimiento. Ellos son servidores, no señores. Lo cual debe servir de enseñanza para los creyentes de Corinto. Han de entender lo que esto quiere decir: «No pensar más de lo que está escrito» (4:6). Con lo cual, según me parece, Pablo se refiere a lo que anteriormente ha citado de las Sagradas Escrituras, a saber: En 1:19, citó a Isaías 29:14: «Perecerá la sabiduría de los sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos»; en 1:31, apeló a lo que está escrito en Jeremías 9:24: «Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar...», es decir, «el que se gloria, gloriése en el SEÑOR»; y en 3:19, citó a Job 5:13, al decir: «El (Dios) prende a los sabios en la astucia de ellos»; y en 3:20, recordó las palabras

del salmista (94:11): «El SEÑOR conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos».

A esto han de aferrarse; y así no se gloriarán en uno a costa de otro; o como literalmente está, «para que ninguno de vosotros *resople* en pro de uno y en contra de otro». Esto es lo que hacen en Corinto: hincharse, engreírse entre sí: se hacen grandes a sí mismos, gloriándose en éste o aquél; pues, quien se gloria en otro, también se gloria a sí mismo. Esto le parece a Pablo una insensata trapisonda. «Porque» –añade– «¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» Parece que los corintios opinaban haberse conformado consigo mismo y con sus líderes. Y Pablo pregunta un tanto irónico: «¿Por quiénes os tenéis?» Efectivamente se pueden gloriar a sí mismos, mas para ello no cuentan con la apreciación de los demás; pero, sobre todo, no pueden contar con la estima de Cristo.

Además, aunque fueran algo especial y tuvieran extraordinarios líderes, ¿se lo debían a ellos mismos? –Por supuesto que no. Lo que son y lo que tienen, lo han recibido de Dios; y ante los bienes recibidos sólo cabe dar gracias y alabar al Dador, que es Dios. Ningún hombre cuerdo se gloria en los bienes que le han sido dados graciosamente. ¿Qué se diría de un mendigo que recibe una buena propina de un señor rico y se pone a engreírse en su posesión?

Está más claro que la luz del día que nadie se da gracias a sí mismo por los bienes que ha recibido, sino sólo al dador. Gloriense, pues, los corintios en el Dador, y sólo en El. Bien podríamos –y deberíamos– poner como texto bíblico a la entrada de nuestros hogares: «¿Qué tienes que no hayas reci-

bido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido». Por tanto, no nos engriemos; no sólo es insensato, sino también una prueba de ingratitud frente a Aquel que nos da todo lo que tenemos y somos. «Soli Deo gloria». Sólo a Dios el honor. ¡Aferrémonos a esto!

SOLEDAD

Se sufre mucha soledad en el mundo y en la iglesia, en las ciudades y en los pueblos, y esto a todos los niveles sociales.

En cualquier revista o periódico te puedes encontrar ésta o una parecida noticia: «Un anciano de 80 años se dispone a emigrar hacia su única hija que se halla en Australia. Aquí sólo tenía una hermana que también era anciana y de la que no podía esperar muchas cosas. Por eso se prepara para partir hacia un país tan lejano».

Este pobre hombre habrá sufrido aquí mucha soledad, y esa es la razón de por qué busca la comunión con su hija. Una noticia más al respecto nos prueba lo difícil que es soportar la soledad: «Un periodista, joven aún, quiso hacer la prueba de cuánto tiempo podría aguantar solo en una isla deshabitada. Disponía de suficiente alimentación y bebida; pero no resistió por mucho tiempo la prueba. Y es que sería muy difícil que un hombre pudiese aguantar la soledad absoluta sin que terminara enfermo, psicológicamente al menos».

No sólo en una isla deshabitada, sino también en una ciudad superpoblada es muy difícil sobrellevar la soledad. Cientos de moradores de las nuevas

viviendas-colmena apenas se conocen entre sí. Se cruzan en las escaleras y se encuentran juntos en un mismo ascensor. Se vive juntos, sin embargo, no existe y se echa de menos la comunión y comunicación entre las personas. También en la iglesia puede darse la soledad, aunque creemos que la iglesia es la «comunión de los santos». Esto, según el Catecismo de Heidelberg, significa: «Primero, que todos los fieles en general y cada uno en particular, como miembros del Señor Jesucristo, tienen la comunión de El y de todos sus bienes y dones (a); segundo, que cada uno debe sentirse obligado a emplear con amor y gozo los dones que ha recibido, utilizándolos en beneficio y salvación de los demás (b).

(a) Cf. I Jn. 1:3; Ro. 8:32+ I Co. 12:12-13; 6:17.-

(b) I Co. 12:21; 13:1 y 5; Fil. 2:4-8.

También aquí juega un papel perturbador el pecado; y más de un (a) solitario (a) se queja de que nadie mira por él (ella). Es probable que esto ocurra más bien en una congregación en la ciudad que en una congregación en un pueblo o pequeña población. Pero también aquí puede acontecer que los solitarios sean olvidados. ¡Qué cosa tan tremenda y grave! Imagínese por un momento: Un hombre anciano que ha perdido a su mujer, y vive solo. Va de acá para allá, pero no recibe ninguna visita; y si esto ocurre, es muy rara vez. No tiene a nadie con quien hablar; se pasa los días solo acompañado por sus pensamientos; se da una vuelta por la calle, en caso de que pueda hacerlo por su avanzada edad o porque el clima es benigno, pero vuelve una vez más a la soledad del hogar.

Si estamos acostumbrados a la comunión y compañía en el hogar o en el círculo de amigos, apenas nos podemos imaginar cuán desdichada pue-

de ser la soledad. En el Salmo 25 se tiene conocimiento de un lamento enternecedor: «Mírame, y ten misericordia de mí, porque estoy solo y afligido. Las angustias de mi corazón se han aumentado; sácame de mis congojas» (vs. 16-17).

No sólo las personas mayores se hallan solas; también hay jóvenes que se encuentran solos en el mundo. No hace mucho que escuché lamentarse a alguien de que apenas o rara vez se oraba por los solitarios en las reuniones y asambleas de la iglesia. ¿No deberíamos pensar mucho más en ellos? Escuchemos al apóstol Santiago: «La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: «Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones» (Sant. 1:27). ¿No podríamos también decir: Al culto de Dios también pertenece el preocuparse de los solitarios? Hay organizaciones en el mundo y en la iglesia que se dedican al cuidado de los ancianos. Esto es hermoso. En algunas iglesias se cuida de que los ancianos y solitarios reciban en el día de su cumpleaños una visita y un ramo de flores; asimismo se procura que dispongan de lectura y de ayuda, si es necesaria.

Cada creyente se deberá preguntar: –«¿Qué puedo hacer en mi entorno? ¿Puedo significar algo para un (a) solitario (a)?» Es posible que alguien diga: –«¡No sirve de mucho!» Esto puede ser verdad, pero en nuestra vida no se trata de lo que conseguimos, sino de lo que podemos dar a otros. De ahí que debamos poner atención a aquellas palabras: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria..., no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se des-

pojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres» (Fil. 2:4-7). Si El hubiera pensado en sí mismo, ¿qué hubiera sido de nosotros? El ha ofrecido por nosotros el sacrificio de su vida. Esto no se nos pide a nosotros. No nos cuesta nuestra vida si amenizamos un poco la existencia de los solitarios; quizá nos lleve un poco de tiempo y posiblemente algún dinerillo. ¿No es hermoso si con esto podemos servir a nuestro prójimo y así a nuestro Señor?

También hay una soledad de otra naturaleza. Es frecuente que vivamos juntos pero distanciados. Incluso puede ocurrir en el hogar que sus miembros vivan juntos en la mesa, en el salón de estar, junto a la chimenea, etc., mientras que no saben vivir los unos para los otros; se habla de todo y algo más, pero someramente, sin profundizar; y cada uno se expresa sobre asuntos que carecen de importancia, mientras que sobre los temas capitales se guarda un tímido y peligroso silencio. Recuerdo el siguiente caso: Erase una joven con problemas de fe. Se acercó a mí a hablarme del tema, y se expresó libremente. Le pregunté si alguna vez le había manifestado a alguien su problema, bien a su madre, bien a su hermana, la cual era casi de su misma edad y compartía la misma habitación con ella. Su respuesta fue taxativa: -«No; sobre eso no hablamos; mi hermana lo encontraría una tontería». Así que, a este respecto, vivían muy distanciadas.

Pero su hermana no lo encontraría una tontada -le dije. Y así debió ser, cuando un par de semanas después, su hermana también acudió junto a mí para hablarme de sus dificultades. -«¿Haría profesión de fe?», me preguntó. «Tenía tantas faltas, y su fe era tan pequeña y débil; y, por otra parte, había oído decir que no era una cosa tan fácil».

También a esta joven le pregunté si había hablado de este tema con su hermana, y me respondió con la misma rotundidad que aquélla: -«¡Oh, no! Lo hubiera encontrado extraño; nunca hablamos de esto».

Pero no serán éstos los únicos casos que existen. ¡Cuán acompañados y, a veces, cuán solos vivimos los unos de los otros! ¿Es que acaso nos avergonzamos del Evangelio? ¿Por qué nos parece extraño el pronunciar o el oír pronunciar el nombre del Señor en la conversación ordinaria? ¿Que sólo lo debemos pronunciar en la oración y cuando leemos las Sagradas Escrituras?

Sin embargo, también conozco que existe una especie de parloteo piadoso que nada aprovecha: hay gentes a las que no se les cae de los labios el nombre del Señor, de Dios, etc., incluso aunque no venga a cuento. Asimismo, tampoco está bien que nos quedemos como mudos cuando se presenta la buena ocasión de hablar del Señor, nuestro Dios: de cuánto El nos ha dado y nos ha prometido en Su Hijo.

En Deuteronomio 6:4, leemos: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes». ¿Acaso esto no tiene validez para nosotros? Y, en caso afirmativo, ¿lo hacemos? Quizá alguien diga: -«¿Es que no hablamos en nuestras organizaciones acerca de todos estos temas en relación con las Sagradas Escrituras?» -yo no lo niego; pero me refiero a la vida común y corriente de unos con otros. ¿También en esos momentos sabemos hablar del Señor y Sus cosas?

Podemos preguntarnos si no es frecuente que

vivamos demasiado aislados y solitariamente. No hace mucho que mantuve una charla acerca de esto con un buen amigo. Nos preguntamos cómo es que apenas nos atrevemos a hablar de estas cosas con las gentes. ¿Sería cuestión de nuestra falta de confianza mutua? ¿Y no es esto grave? ¿No debemos luchar contra esto? ¡Demos confianza a los demás! Así podremos esperarla de los otros.

En I Tesalonicenses 5:11, leemos: «Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis». Este capítulo trata del retorno de Cristo, quien para los incrédulos llegará como el ladrón en la noche; pero, para los hijos de la luz, no debe ser así; pues ellos deben ser sobrios y trabajar, y han de estar revestidos de la coraza de la fe y del amor, y con el yelmo de la esperanza de salvación. A los creyentes les está permitido saber que Dios no les ha puesto para perecer en Su ira, sino para la obtención de la salvación; y en este contexto, pues, dice: «animaos y edificaos unos a otros».

Cuando vemos que alguno toma un camino equivocado, debemos avisarle del peligro. Al que llora y se lamenta, podemos consolarle recordándole a Cristo que ha resucitado de los muertos; y al triste o apocado, debemos indicarle la enorme gracia de Dios que nos ha dado en Su Hijo para salvación de pecados. Al cansado e indeciso, debemos recordarle las enormes promesas de Dios, las cuales en Cristo son sí y amén. ¿Ocurre esto con frecuencia? ¿Colaboramos todos en esto? Sólo Dios sabe cómo estamos en estas cosas. Mi vida pastoral me ha hecho temer que, al respecto, nos falta mucho por lograr o avanzar. ¿No deberemos acusarnos de mucha infidelidad en este capítulo de la vida cristiana? Sin embargo, desapruebo esas reuniones en las que se

pone el «alma» sobre la mesa, y todo el mundo aprueba la marcha de las cosas. Así como también me desagradan aquellas otras en las que parece existir un cierto regodeo en sacar a relucir las propias y ajenas deficiencias al respecto. Pero deseo una comunión fraternal en la que se pueda oír una buena palabra de amonestación o de edificación.

Una mujer me dijo en cierta ocasión: –«Hay muy pocas personas con las que uno pueda hablar del SEÑOR y de Su servicio; hay que buscarlas con lupa».

Acerca de esto se debate y se disputa muchísimo. Y está bien: ¡pero el corazón puede estar tan lejos del problema y sus soluciones! Es cierto que falta mucho para llegar a una verdadera «comunión de los santos». ¿Y no podría deberse a que nos falta una fe filial e infantil? Me parece que sí. Si somos observadores, los niños suelen decir lisa y llanamente: –«El SEÑOR lo puede todo». Y, por otro lado, el mismo Señor Jesús nos ha dicho que debemos hacernos como niños para entrar en el Reino de los cielos. Entre nosotros se habla mucho de la iglesia. No olvidemos que la iglesia es: La comunión de los santos. Donde crece esta comunión, allí crece la iglesia; y donde esta comunión está enferma, allí hay una iglesia enferma.

En una iglesia sana, son visitados los solitarios, y los tristes son consolados, y los apocados son animados... Allí hay disposición y disponibilidad, y valentía para emplear sus dones para provecho y salvación de los otros miembros, con gozo, amor, fe y esperanza.

ÍNDICE DE TEXTOS BÍBLICOS

Génesis	Pág.	18:28	371
1	520	19:14	217
1:2	184	19:17	136, 341, 344
2:7	170	19:24	217
2:16-17	170	25:16-17	217
3:1s	170		
3:17-19	171	Números	
4:23-24	378	6:25	192
5:5	171	6:26	162
15:1, 4-5	81, 82	15:22	249
15:6	81	15:30	249
17:1	336	25	454
30:13	150	32:10s	201
31:1	222		
39:9	248	Deuteronomio	
42:18	216	3:26	202
45:13	222	4:23	335
47:8-9	171	5:16	171
		6:6s	346
Éxodo		7:6	285
1:17	216	7:7	475
3:5	230	9:20	202
16:3	454	12:11s	208, 447
19:16s	224	26:11	209
20:1ss	336	30:15	172
20:2	256	30:19	172
24:17	224	33:29	151
32:14	201		
33:18-20	223	Josué	
34:6	378	7:19	560
		7:19-20	551
Levítico		7:20-21	258, 551
5:1-4	543, 544		
5:5	259, 544	Jueces	
16:20	544	2:18	155

20:16	248	4:7	207, 447
		5:4	476
I Samuel		5:12	476
3:9	308	6:1-2	203
7:3, 6	270	16:9-11	173, 299
10:19	155	18:1-2	289
12:22	400	18:4-5	220
14:45	155	19	227
17:53	270	19:10-11	335, 426
		23	329
II Samuel		23:1	90
11:7	163	25:12-14	216
12	254	25:16-17	609
12:13	254, 394	27:9	202
		27:14	389
I Reyes		29:11	162
8:61	525	31:1	53
10:8	150	31:10	249
11:4	525	32	255, 544, 560
12:4	311	32:1	151
15:14	525	32:3-4	101
		32:11	74
II Reyes		33:9	83
6:3	400	35:22-24	53
		37:12	74
II Crónicas		39:5, 7	295
19:10	335	40:8	477
		41:4	255
Esdras		42	103, 108, 295
9:7	550	43:4	446
		49	328
Nehemías		51	255, 544, 545
1:5-7	550	51:5	249
1:6	560	51:10-11	102
8:8	209	51:18	475
8:10	209	65:11-13	455
9	544	68:3	447
		71:1-2	53
Ester		72:8	21
4:16	192	73:12	218
5:2	192	73:12-14	103
		73:26	108
Job		77:7-9	103, 218
3:1	103	77:11	108
5:13	597, 604	86:5	400
7:1	259	86:15	378
16:2	328	89:1	473
		89:8	475
Salmos		89:13	475
1:1-2	74, 151	89:13-14	459
1:6	74	89:15-18	474
2	250	92:4	208

94:11	598, 605	Isaías	
95	276	1:2	249
97	224	1:18	398
97:10-11	192	2:3-4	296
97:11-12	450	3:10-11	74
103	54, 179	6:1-3	230
103:14	261	7:14	232
103:19	21	9:5	166
104:24	227	9:6-7	164
104:30	184	10:17	231
104:33-34	208	11:6, 9	296
106:4	475	11:13-14	509
112:1	151	13:13	205
112:1-3	216	22:13	454
116:3	220	24:11	450
116:5	54	29:13	433
119:49	330	29:14	604
119:54	27	33:22	21
119:165	102	33:24	30
122	448	35:1-10	468
127	150	35:10	148
130	295	40:1-2	330
130:5	389	40:6-9	604
130:7	390	40:15	227
143:1	58, 59	40:27	103
143:2	65	40:29-31	389
143:10	477	41:14	231
146:10	21	42:1	478
147:10-11	476	43:2-3	231
		45:7	163
Proverbios		45:21	54
1:22	454	48:16	184
3:1-2	172	51:11	148
3:18	172	52:7-9	10
6:27	264	53:2	225
9:10	460	53:5	220
11:1	476	54:11	328
11:20	476	55:12	162
12:22	476	57:15	269, 456
14:29	379	57:21	163
15:1	381	61:1ss	10
15:8	476	62:5	446
15:18	379	65:17-19	468
16:32	263, 363, 379	66:11-13	329
28:13	259, 545		
		Jeremías	
Eclesiastés		3:1	285
4:13	335	6:14	163
7:8-9	384	8:11	163
11:4-5	41	9:24	604
11:5	188	13:23	275
		15:15	379

16:9	450	1:21	156, 248
20:14	103	1:23	232
27:8	311	3:2	19, 273
29:11	163	3:6	546
31:3	286	3:7-8	204
31:18	274, 278	3:12	22
		3:17	478
Lamentaciones		4:1-11	260
3:27	311	4:4	173
		4:8	222
Ezequiel		4:8-10	126
7:19	205	4:17	22, 273
13:10	163	4:23	11, 23
13:16	163	5:7	314
18:20-21	272	5:3	149
18:32	273	5:3ss	33
33:11	380	5:5	598
33:11s	260	5:7	145
		5:12	211
Daniel		5:27-28	372
7:10	123	5:29-30	265
7:14	21	5:44s	148
9:4	550	5:48	526, 528
9:8-9	255	6:12	259
9:16	54	6:24	126
12:3	595	6:28-29	222
12:11s	447	6:33	19, 25, 59
		7:1	600
Oseas		7:21	101, 340, 558
1:10	287	8:11-12	19
2:23	287	8:12	28
6:1	269	8:20	118
11:9	231	8:22	174
		8:23-27	218
Joel		8:25	156
2:13	269	9:18	174
		9:21	156
Amós		10	166, 503
5:12-13	272	10:19-20	184
		10:30	89, 174
Jonás		10:32	244
4:1-2	379	10:32-33	541, 553
		10:34	166
Miqueas		10:34-36	502
4:7-8	272	10:37	502
		11	23
Zacarías		11-12	24
10:2	328	11:27	401
		11:29	316, 603
Mateo		11:30	124, 309, 311
1:19	75	12:24-28	23
1:20	232	13:12	17

13:23	128	Lucas	
13:43	26	1:6	75
13:44-46	28	1:35	232
14:31	87, 90	1:73-75	127
15:6ss	128	1:79	164
15:9	433	2	12, 155
16	152	2:9	224
16:16	35, 554	2:10	210, 479
17:2	224	2:25	75, 330
17:5	478	3	144, 265
18	343, 344, 405	3:8	143
18:1-4	111	4	11
18:15	342	4:18s	210
18:19-20	184	5:8	546
18:22ss	98	6	152
18:23s	379	6:24	329
19:23	277	8:25	87
19:28	26, 32	11:28	153
20:25-28	112	12:20	454
20:26-28	137	15	174, 210
22:29ss	328	15:1	20
22:37	17, 126	15:5	94
22:37-39	28	15:11	457
23:4	101, 312	15:13	174
23:5-7	112	15:18	20
23:8ss	489	15:21	255
23:8-12	113	15:24	174
23:27	101	17:20-21	24
24:6-8	481	18	64
24:13	28	18:8	557
25	141	18:9-12	193
25:31-34	226	18:9-14	62
25:34	26, 244	18:11-12	505
25:34-40	122, 145	18:13	96, 394, 549
25:42	122	18:29-30	29
26:38	220	21:9	385
26:75	394	21:15	89
27:3ss	395	21:19	385
27:46	220	21:28	300
28:18	225, 241	22:24s	113
28:19-20	125, 312		
Marcos		Juan	
1:24	233	1:11-13	46
2:1-12	278	1:14	225
3:5	203	1:18	223
4:40	90	1:20	539
8:31-32	408	2:11	225
10:45	118	3	37
12:30	284	3:3-5	274
13:13	386	3:7	274
16:15-16	80	3:8	41, 188
		3:16	14, 92, 176, 287,

	340, 491	4:12	573
3:36	204	4:13	358
4:34	122	4:20	542
4:42	156	4:29	409
5:14	282	4:31	409, 539
5:24	176	4:32	481
6:39	89	5:3-4	184
6:47	43	5:42	13
6:68	35	6:4	129
7:4	408	9:31	184, 217
7:13	408	10:33ss	13
7:50	40	11:18	274
8:31-32	420	11:26	244
8:34-36	89	13:15	334
8:36	279	13:35-37	173
8:41-48	260	15	516
8:44	250	15:7	495
10	176	15:10	311
10:24	408	15:11	496
10:28	89	16:30	80
11:40	225	18:9	580
12:42-43	555	19:18	546
13	119	20:24	197
13:16-17	116, 153	24:4	399
14:6	176, 525	24:14	553
14:16	184		
14:27	165	Romanos	
15:3-4	244	1-11	337
15:5	261	1:18-19	482
15:11	211, 449	1:15	449
15:19	261	1:16	45, 55, 197, 279
15:26	184		549, 604
16:22s	211	1:17	56
16:33	165, 260, 353	1:18-32	204
17:3	177	2:4	380
17:11	232, 490	2:5	205
17:19	239	2:23-24	96
17:20-23	490	3:20	61, 64
18:20	409	3:21-22	56
20:27	90	3:21-24	65
20:29	16, 152	3:23	194, 524
		3:23s	225
Hechos		3:26	56
2	495	3:28	61
2:17	184, 244	3:28-30	71
2:26	299	4:3	76
2:40	339	4:4	193
2:42	495	4:5	61
2:46	355	4:9	81
3:19	273	4:13-14	83
4	491, 495	4:16	83, 196
4:11-12	410	4:17	77, 83

4:18	77, 83	11:6	194
4:19-21	77	12ss	337, 477
4:20-21	83	12:1	129, 133, 244, 337
4:22	76, 77	12:3	491
4:24-25	85, 87	12:4-8	134
4:25	71, 194	12:8	356
5	157	12:12	300, 469
5:1	61, 161, 166, 269, 389, 420, 456	12:15	105
5:1-2	296	13:1-7	337
5:1-5	317	14	497, 513
5:1-11	69	14:4	429, 440
5:2	225, 458	14:8	89
5:3	385, 387	14:10-12	499
5:4	317, 319, 321	14:17	269, 441, 452
5:5	185, 296		456, 507
5:6-8	288	14:17-18	443
5:8	92	14:22	153
5:12	170, 250	14:23	257
5:12s	250	15:3	118
6	533	15:5	390
6:1-2	282, 421	15:14	344
6:1, 4-6	269	15:26	234
6:4	241	16	137
6:10-11	269, 456	16:17	433
6:11	242	I Corintios	
6:12	327	1	570
6:12-13	244	1:4-9	566, 567, 568, 587
6:14	421	1:13	492
6:22	236	1:17	573
7:23	261	1:18	573
7:24-25	189, 262	1:19	573
7:25	531	1:20-21	574
8	297, 450, 534	1:24	573
8:2	421	1:25	575
8:13	269	1:26-31	575
8:15	184	1:30	94, 239, 593
8:16	89	1:31	573
8:18	108, 226, 469	2:1-5	493
8:24	158	2:9	582
8:28	89, 260	2:12	582
8:31	70, 198, 474	3:1-3	586
8:32	61	3:5-9	589
8:38-39	90	3:10-15	592
8:39	108	3:16	184
9:22-23	81, 380	3:16-17	596
9:25-26	287	3:18-19	597
10:8s	540	3:19	597
10:9	554	3:20	598
10:10	244	3:21-23	598
10:14	14	3:23	89
10:17	279	4:1	600

4:3	600	5:5	89
4:4	600	5:9	477
4:6	604	5:10	282
4:7	598	5:11	397
4:15	46	5:18-19	66
4:25	262	5:19	57
5:5	433	5:20	339
5:7	269	5:20-21	66
6:7-8	501	6:6	380
6:9-10	29	6:10	462
6:11	240	6:14	503
6:12	368	7:1	217
6:15	244, 608	7:4	213, 463
6:17	184	7:5	220, 580
6:18s	364, 372	7:6	330
6:19	89, 184	7:8-9	393
6:20	427	7:10	269, 510
7:7	371	8:1-3	357
7:14	235	9:13	560
7:17	433	10:1	401, 580
7:29-31	109	12:9	197
9:25	363	13:11	334
10:16-17	492		
11:19	493	Gálatas	
12	568	2:11-14	496
12:12-13	608	2:16	62
12:21	608	2:20	269, 456
13	142, 304, 436	3:6	81
13:1, 5	608	3:14	184
13:4	381	3:26-29	483
13:7	520	4:6	184
13:12	170	4:10	423
14:16	359	4:13	580
14:18	359	4:31	423
14:23	360	5	263, 383, 466,
15:1-2	16	5:1	311, 423, 426
15:10	121	5:13	426
15:19-20	301	5:13s	141
15:28	158, 507	5:13-15	424, 426
15:32	107, 350, 353	5:16-17	244, 261
15:33	372	5:19ss	252
15:35	353	5:22	381
16:15	139	5:25	49, 176
II Corintios		Efesios	
1:3-4	331	1:1	465
1:22	89, 184	1:4	465
3:17	422, 583	1:13	184
3:18	226	1:14	89, 234
4:5	130	2	396
4:7	600	2:1	174
4:17	303, 304	2:2	291

2:3	204	I Tesalonicenses	
2:4-5	279	1:3	390
2:8	158, 196, 533	1:6	463
2:8-9	194	2:7	345
4:1-6	488	2:11	345
4:2	381	3:13	261
4:3	487	4:3-5	371
4:13	487, 488	4:5	331
4:22-24	269	4:18	297, 331
5	506	5:2-8	302, 303
5:3-4	372	5:5-6	350
5:18	372	5:8	158
6	266, 506	5:8ss	534
6:3	172	5:11	331, 612
6:4	345	5:14	142, 344, 381
6:5	357	5:23	261
6:5ss	147		
6:11-12	266	II Tesalonicenses	
6:12	244, 261	3:3	89
6:15	166		
Filipenses		I Timoteo	
1:18	449	1:15-16	323
1:21	177, 179	1:18-19	244
1:25	464	1:19	461
2	180	1:20	433
2:1	338	2:1-2	483
2:4-7	610	3:3	402
2:4-8	608	3:16	225
2:5-8	119	4:8	522
2:9-11	554	6:1	311
2:12	158, 217, 397, 479	6:12-13	562
2:12-13	275, 277, 534	II Timoteo	
2:15	567	1:10	157
3	528	1:18	140
3:12	495, 530	2:12	244
3:14	532	2:19	372
4:3	139	3:10	380
4:4	212, 449	4	159
4:5	402	4:7	535
4:7	107, 167, 467	4:7-8	260
4:8	462		
Colosenses		Tito	
1:11	391	1:7	349
1:25	130	2:3	349
2:6	433	2:9s	147
2:21	144	2:11	196
3:5-6, 8-10	269	2:14	89
3:16	344	3:2	403
4:17	140	3:5	33
		3:7	34

Hebreos

1:14	123
2:1	338
2:3	158
2:14	89
3:1	561
3:12-13	338
3:13	345
4:2	17
4:14	561
4:14-16	414
4:15	220
5:7	220
6:6	275
6:9	92
6:10	139, 140
10:11	104
10:19	413
10:23	562
10:24-25	345
10:34	391
10:35	414
11:1	108
11:13	539
12:1	385
12:14	243, 302
12:28-29	29, 480
13	140
13:4	371
13:7	589
13:15	540

Santiago

1:2	104, 211
1:2-3	389
1:5	357, 358
1:6	91
1:14-15	264
1:18	45
1:19	60
1:20	59
1:25	153
1:26	128
1:27	105, 236, 609
2:14	100
2:16	265
2:17	558
2:23	81
3:15-17	502
3:17	403, 550
5:4-6	104
5:16	75

I Pedro

1:2	184
1:3	35
1:3-5	36, 300
1:4-5	159
1:4, 6	470
1:5	89
1:5-10	99
1:13	196
1:15-16	232
1:17	217
1:18-19	89
1:23	45
1:24-25	227
1:25	604
2:5	244
2:11	244, 372
2:15-16	424
2:18	403
2:19	391
2:20-23	391
3:2	217
3:12	75
3:13-14	153
3:15	304
4:7	352
4:8-11	117
4:10	352
4:12s	212
4:14	184
4:18	75
5:8	261, 352

II Pedro

1:1	58, 491
1:5-6	363

I Juan

1:2	89
1:3	608
1:8	58
1:8-9	58, 546
1:9	552
2:12	89
2:15	351
2:15-17	48, 461
2:22-23	554
2:27	244
2:29	47, 58
3:1	47
3:2-3	301, 302
3:7	58

3:8	48, 89, 250
3:9	47
3:10	48
3:18	289
3:21-22	412
4:2s	47
4:4	47
4:5	48
4:8	257
4:9-10	287
4:16-17	413
4:19	289
5:3	289
5:7	184

III Juan

1:4	212
-----	-----

Judas

1:4	212
-----	-----

Apocalipsis

1:6	244
3:1	559
4:8	232
5:8-10	244
6:16-17	205
7:9	478
14:13	153
21	178
21:3-4	468
21:4s	30
22	159
22:11	535

